

ALEXANDRA ROMA

Un
océano entre
tú y yo

Índice

Portada
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Notas
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

A mi padre, Javier, y a mi madre, Elena

Prólogo

Adriana parpadeó un par de veces tumbada sobre la hierba fresca. Aspiró profundamente, para llenarse los pulmones de ese olor a mar entremezclado en su justa medida con el de la naturaleza que la rodeaba.

Los expertos habían dicho que esa noche habría una lluvia de estrellas como no se había visto antes. Caerían entre cien y cuatrocientos meteoros por hora, un hermoso espectáculo que podía rivalizar con el de las famosas perseidas. Era consciente de que a lo largo y ancho del mundo, miles de personas se encontraban como ella, exactamente en su misma postura, esperando a que el infinito universo los maravillara como sólo él sabía hacer, con su grandeza eterna.

Sin embargo, Adriana era una afortunada. Tenía una de las mejores panorámicas del acontecimiento, desde la cumbre montañosa que custodiaba su ciudad en las Rías Baixas, Vilagarcía de Arousa. Casi podía competir con la del mirador de Lobeira. El manto oscuro cubría hasta donde alcanzaba la vista y, como banda sonora, poseía el silencio de la intimidad, adornado con el balanceo de las ramas de los árboles y los roedores, animales y aves que, conscientes de que ese territorio les pertenecía, se movían en él con total libertad.

Las luces de las diferentes viviendas de las colinas parecían luciérnagas que pintaban un cuadro gallego imposible de olvidar. Los árboles, salvajes e independientes como sus habitantes, crecían sin control, tratando de rozar con su copa esas nubes que allí estaban más cerca de la tierra que en ningún otro sitio.

De pequeña, Lidia, su madre, siempre le decía que la línea que separaba lo terrenal de lo divino era más tenue en Galicia. «¿Acaso alguien puede dudar, después de ver tanta belleza, que esto es el paraíso?», repetía sin cesar. Pero su criterio era poco objetivo y, por si alguna vez tenía alguna duda, sólo era necesario que sacara a relucir las viejas leyendas de las meigas.

Distinguió el primer astro que caía, transformándose en un rastro que trazaba un difuminado camino blanquecino que se perdía en el firmamento, entre las constelaciones. Lo señaló, pese a que estaba sola, e imaginó la cantidad de deseos que se estarían formulando en ese mismo instante. Ella no pidió ninguno. No estaba acostumbrada a dejar su vida en manos del azar ni de antiguas supersticiones. Si algo tenía que pasar, ocurriría sin que una estrella tuviera que interceder. No le gustaba soñar con fantasías futuras, sino modificar su realidad para vivir el presente deseado.

Permaneció en la misma postura, hasta que esa imagen de postal se enturbió con la aparición de un halo de luz blanca que provenía directamente de entre las nubes, enfocando un punto en el mar. No, no estaba presenciando una especie de acontecimiento paranormal. Se trataba de un helicóptero de la Policía Nacional, que acababa de localizar una lancha que trataba de introducir droga, no sabía si cocaína o heroína, que era con lo que más se traficaba allí, en el interior de las rías.

El barco comenzó a moverse entre las olas, serpenteando bajo la atenta mirada del piloto, que perseguía a los narcotraficantes sin tregua. Éstos, en lugar de tirar los fardos o entregarse, trataban de huir. A saber cuánto dinero costaba la mercancía que transportaban y las consecuencias de no llegar al punto fijo que habían pactado con los cabecillas de la organización. Tal vez en esos momentos los delincuentes no temían entrar en la cárcel, sino el día que tuvieran que salir de ella y enfrentarse a otro tipo de justicia más irracional.

Con la sangre comenzándole a hervir, Adriana fue consciente de que debía regresar a casa si no quería que notasen su ausencia. Desde que tenía uso de razón, su padre, Edelmiro, siempre había sido un poco exagerado en cuanto a la seguridad se refería. Pero su paranoia se había incrementado notablemente desde que, en las últimas semanas, habían recibido un par de cartas en las que, con letras recortadas de periódicos y revistas, amenazaban a su familia.

Pese a la alarma que eso había generado en casa de los Sierra, Adriana no estaba preocupada. Era normal que en el hogar de un político, concretamente el alcalde de Vilagarcía de Arousa, los detractores de sus medidas les dirigiesen mensajes poco amables, repletos de insultos y alguna que otra advertencia para intimidarlos. El problema, según su opinión, era que se les daba demasiado crédito a palabras viscerales, surgidas de manera irracional, que en realidad no eran más que una forma de expresar la frustración de muchos.

Se lo había intentado explicar a Edelmiro en innumerables ocasiones mientras éste caminaba arriba y abajo de su despacho, pero su padre siempre contraatacaba con lo mismo. Él pertenecía a la generación de los años setenta, esa que él llamaba generación perdida, y, según su experto e inalterable punto de vista, se empezaban a repetir los mismos sucesos.

Le hablaba de la historia negra de la costa gallega, donde el dinero, la droga y el poder se juntaron, fulminando de golpe a toda una población de jóvenes que se entregaban al polvo blanco, la *farina*, como comúnmente la llamaban en su tierra, sin prever las consecuencias. La convivencia con el narcotráfico provocó que el consumo se viera con total normalidad.

Hombres como su abuelo, que, crecidos en familias salidas de la miseria, tras enriquecerse con el negocio invertían en caprichos con los que nunca antes habían soñado y se permitían pazos, viñedos de albariño, joyas y coches de lujo.

Pero a ninguno de los capos, la mayoría de ellos rondando la cárcel, se les ocurría probar la mercancía de sus clientes, a los que, por otra parte, despreciaban. Adriana sabía que ése había sido el escenario en el que Edelmiro se había criado, viendo cómo su padre incrementaba la fortuna gracias a actos delictivos. Y por ese mismo motivo, por su experiencia, había dedicado su vida a eliminar ese lastre impuesto, demostrándose a sí mismo y a los demás que la delincuencia no era hereditaria. Él era un hijo de mafioso transformado en político, que dedicaba su tiempo a borrar la huella familiar con las medidas más restrictivas que se recordaban en la ría de Arousa.

Pese a su esfuerzo, Edelmiro aseguraba en las largas comidas en su churrasquería preferida, A Ría de Carril, frente a al Parque Nacional Islas Atlánticas de Galicia, que la ciudad estaba revolucionada. El dinero fácil siempre era atractivo y tentador, pero a diferencia de los años setenta, los nuevos cabecillas no lo usaban para sacar adelante a sus familias, sino para quemarlo con sus vicios, dejando parte de la mercancía en casa para consumo propio. Y era consciente de que si se mezclaba el negocio y el vicio, el resultado eran ajustes de cuentas, venta y consumo.

En mitad de esa lucha encarnizada contra la droga, estaba su familia. Lo único con lo que podían atacar a Edelmiro y volverlo vulnerable. Y a eso se debía la «privación de libertad» de Adriana. Avisar de todos sus movimientos y no poder salir de casa una vez llegada la noche, eran las consecuencias que pagaba. Aunque ella no hacía caso en absoluto de las normas impuestas entre los muros de su hogar, con veintisiete años, le parecía absurdo tener que escaparse a hurtadillas para ver una lluvia de estrellas.

Y si ese día había operativo, el ambiente estaría caldeado en casa de los Sierra. No quería ni imaginar cómo se pondría Edelmiro si se percataba de que esa noche su hija mediana había desobedecido sus normas. Pese a saber que se debía dar prisa, la curiosidad le pudo y se quedó hasta que vio cómo un policía se lanzaba desde el Cóndor hasta la lancha. Desde donde estaba no podía distinguir

los detalles, pero al ver que el pequeño barco blanco había frenado en seco, supuso que el agente había amedrentado a los delincuentes con su arma y no habían tenido más remedio que abortar la misión que los narcos les habían encomendado.

Meditando sobre cuál sería el castigo para la persona que pilotaba el navío, y no se refería a la cárcel, sino a la ley de la calle, Adriana deshizo el camino hasta llegar a la valla que limitaba el pazo de los Sierra. Una antigua construcción de piedra rodeada por ostentosos jardines y la fragante presencia de cientos de eucaliptos.

La luz de la segunda planta estaba encendida, lo que significaba que su madre y sus hermanas estarían viendo algún concurso de cocina, cuyas recetas la primera pondría en práctica, posiblemente al día siguiente. También vio encendida la del despacho y eso la preocupó un poco más.

Rodeó la casa hasta llegar a la parte trasera. Exactamente a la parte donde la valla poseía menor altura y estaba en un punto muerto de las cámaras de seguridad. Por ahí escapaba Adriana día tras día, volviendo a sentirse con la adrenalina de una adolescente que evita a sus padres para ocultarles que se ha pasado con la bebida. Pasó un pie por encima y notó cómo la piedra se le clavaba en los muslos desnudos. Se tendría que haber puesto algo más de tela que sus shorts vaqueros. Una vez arriba, sonrió satisfecha por su hazaña y saltó.

Se estaba frotando las manos para desprenderse del polvo blanquecino que se le había adherido, cuando distinguió una sombra oscura y veloz que se abalanzaba sobre ella. Con fuerza y determinación, la agarró y le retorció los brazos, colocándoselos a la espalda y empujándola luego contra el muro de piedra.

Adriana trató de soltarse retorciéndose, pero el desconocido la tenía bien sujeta. La retuvo sin esfuerzo aparente con una sola mano, cacheándola con la que tenía libre. Con movimientos mecánicos y firmes, paseó sus expertas manos desde sus pies hasta sus vaqueros, terminando en el lateral de la camiseta. Una vez se aseguró de que no llevaba nada, la soltó y Adriana se frotó las doloridas muñecas, sin comprender lo que estaba sucediendo.

—Tenemos una intrusa.

Oyó la voz del hombre por primera vez. Era grave, rigurosa y profesional. No era gallego, de eso estaba segura. Por su acento, se atrevería a asegurar que de alguna de las dos Castillas o de Madrid.

—En la parte posterior de la casa, zona de la fuente. No porta armas consigo.

Por lo menos le quedaba claro que no era un narco. No sabía qué le daba más miedo, si que la secuestrasen o tener que soportar a Edelmiro una vez la liberaran.

Adriana se volvió lentamente, notando cómo su mal genio, ese que no podía controlar y que la transformaba en una persona impulsiva e irracional, iba creciendo. Frente a ella había un hombre al que no conocía, recibiendo órdenes por un auricular oculto en el interior de su oreja. Se detuvo a analizar si lo había visto antes.

Era joven, rondaría la treintena, de pelo castaño, ojos color miel, mandíbula cuadrada y una barba de un par de días. La pista definitiva era su indumentaria. Como Samuel y Antonio, los guardaespaldas de Edelmiro, llevaba un traje negro perfectamente planchado, camisa blanca y corbata oscura.

—No des la alarma —continuó diciendo él por el pinganillo, ignorándolas a ella y su mueca de disgusto—. Es un objetivo fácil de retener, sesenta kilos y un metro sesenta y cinco. Probablemente una activista, no parece que pertenezca a una banda armada o terrorista —concluyó.

—Te estás equivocando... —murmuró ella.

—No te he dado permiso para hablar. Veremos si el dueño de la casa te quiere denunciar por invadir su propiedad o te deja marchar —añadió profesional, serio, sin quitarle la vista de encima por si trataba de escapar.

Adriana no se dejó amedrentar y lo miró desafiante, percatándose de que era bastante más atractivo que las otras «niñeras» de su padre. Por lo menos no parecía un portero de discoteca cincuentón venido a menos, como los demás que habían pasado por el pazo, pensó.

Estuvo a punto de hablar, de explicarle la situación y ahorrarle el ridículo, pero prefirió quedarse en silencio. Sería bastante más interesante ver la cara de perplejidad del novato cuando comprendiese que había metido la pata hasta el fondo. Aunque eso significaba también que Edelmiro descubriría que ella se había marchado, ignorando sus reglas.

Romeo, el pastor alemán de la casa, llegó precedido de Samuel y Antonio. Como siempre que la veía, el perro se puso a ladrar como un loco, corriendo a su encuentro para que lo acariciase. De las tres hermanas, Adriana era su favorita. Un afecto merecido, por las múltiples horas en que lo había sacado a pasear, nevara, lloviera o hiciera tanto calor que parecía que se iban a derretir.

Malinterpretando la reacción del animal, el joven se movió para interponerse en su camino, temiendo que fuese a atacarla. Pero *Romeo* lo sorteó y se lanzó en los brazos de su ama, que lo recibió con mimos, mientras miraba al nuevo de seguridad, que parecía bastante desconcertado, con aires de suficiencia.

—¿Adriana? —preguntó Samuel, extrañado.

Tenía migas del bocadillo que se estaba comiendo en la sala de las cámaras por encima de su abultado estómago.

—La señorita ha asaltado la casa desde el muro —explicó el joven con el ceño fruncido, tras percatarse de que su compañero conocía la identidad de la mujer que había entrado en la propiedad.

—Hay un error —contestó Samuel.

Aunque trataba de mostrarse serio, no podía evitar que la comisura de sus labios se curvara en una sonrisa que estaba reprimiendo. Después de tantos años a su servicio, prácticamente lo consideraban como de la familia y Adriana sabía que el hombre disfrutaba con su espontaneidad y su habilidad innata para meterse en líos.

—Te he dicho que te estabas confundiendo —le dijo ella al joven, con la satisfacción de dejarlo en evidencia.

—Pese a que no comprendo por qué ha utilizado la valla en vez de la puerta principal, no es una delincuente —explicó Samuel—. Todo lo contrario, se trata de la hija mediana de la familia, Adriana Sierra.

El desconocido no cambió su postura, erguido y recto. Sin embargo, Adriana, que era muy observadora, se percató de que tensaba los músculos y, como muestra de vergüenza, un color rosado le invadía la zona de alrededor de la nariz, arrugada por su ceño fruncido que todavía no había desaparecido.

—Una extraña manera de conoceros —continuó Samuel—, pero bueno, te presento a Hugo.

Dueña de la situación, Adriana se adelantó y le estrechó la mano de forma breve y firme, con una leve sonrisa, que se esfumó de su rostro cuando escuchó la segunda parte de la presentación.

—Tu nuevo escolta.

El sonido del despertador era una de las cosas que más exasperaba a Adriana, pese a que lo tenía programado con el clásico de Bon Jovi, *Always*, una de sus canciones favoritas, para mitigar el mal humor que le causaba que la arrancase del sueño. Intentaba adelantarse y levantarse sin necesidad de que llegara a sonar. Su estrategia era sencilla: dejaba la persiana subida del todo y esperaba que la claridad, como ocurría antaño, la fuese sacando de su estado somnoliento.

Miró el reloj de enormes números fosforescentes y vio que eran las siete de la mañana. Tal como suponía, las sábanas estaban tiradas en el suelo, hechas un revoltijo al lado de la cama. Cuando se acostaba inquieta, tenía la costumbre de rotar dormida de un lado a otro del colchón, hasta que deshacía la cama por completo, como si hubiese pasado un huracán. Y es que, en cierta medida, ella podía ser uno de ellos.

Todavía resonaba en su cabeza el eco de la acalorada discusión, de antemano perdida, que había mantenido sobre su nuevo escolta con Edelmiro, buscando el apoyo de alguna de las mujeres de la familia Sierra. Pero la estirada de Elvira, la hermana mayor, que seguía los pasos de su padre, hacía tiempo que había pedido tener uno, y la repipi de Olivia, la menor, parecía encantada con la ostentosa que supondría ir acompañada al instituto de un guardaespaldas. Por su parte, su madre, la zombie de Lidia, se había pasado con los valiums esa noche y estaba en su propia realidad alternativa.

Tras hacer la cama y devolver a la habitación el orden después del caos que ella misma había creado, se puso las mallas negras y el top deportivo, se recogió la larga melena castaño oscuro en una coleta alta y, tras calzarse, decidió salir a correr, para quemar adrenalina y calmarse en la medida de lo posible. Trataba de controlar su carácter y frenar al monstruo que estaba a punto de hacer su aparición.

Galicia era un paraíso impredecible. Una tierra salvaje que nada ni nadie dominaba y que cada día sorprendía con un clima que a veces te transportaba hasta islas Vírgenes y otras te lanzaba de cabeza en medio de una tormenta que presagiaba el fin del mundo. Adriana se asomó a la ventana para ver qué tiempo la esperaba esa mañana. La cristalera, que dominaba uno de los laterales del cuarto y daba paso a un estrecho balcón de piedra, tenía una de las mejores vistas del pazo. Su abuelo debió de subir hasta allí y ver cómo Vilagarcía, con su playa de arena fina y las montañas repletas de viviendas, se extendía a sus pies, para decidir gastar una ingente cantidad de dinero en aquella especie de mansión.

Pese a que el sol no había hecho aún su aparición, el cielo estaba despejado, lo que hacía presagiar un verano caluroso. Adriana se disponía a salir fuera y ponerse en marcha, cuando percibió un movimiento en la casa de los de seguridad, que ahora tenía más inquilinos. Era una edificación exterior en la que antaño habitaba el servicio doméstico, que ahora ellos no tenían ni se podían permitir. Con su propia cocina, cuarto de baño y cinco habitaciones, estaba situada en el jardín trasero, junto a una fuente rodeada de setos, que Lidia se esmeraba en podar formando figuras abstractas que no se parecían a nada que Adriana conociera.

La puerta de la casa pequeña se abrió y, desde donde ella estaba, vio que se trataba de Hugo. Si el chico la vio, no hizo ningún gesto que lo demostrara. Llevaba unos pantalones deportivos anchos por encima de la rodilla y una camiseta de manga corta blanca, que le daban un aspecto muy distinto del elegante y formal del traje, pero revelaban un cuerpo definido, musculoso y sexy. Adriana lo contempló de arriba abajo, impresionada por su buena condición física.

«Es tu niñera, la persona que te va a privar de tener intimidad», pensó, ahuyentando las instintivas fantasías que le habían surgido al imaginar las cosas que podría hacer con ese hombre.

Hugo fue directo al merendero y se agachó para estirar los músculos, ofreciendo a la espía, como se denominaba Adriana a sí misma después de acechar desde detrás de una cortina, una panorámica perfecta e impactante de su trasero. Una vez terminado el calentamiento, se agarró a la barra sobre la que extendían el toldo los días de verano y comenzó a hacer flexiones a un ritmo constante, quedando suspendido por encima del metal quince segundos en cada ejercicio.

Una parte de ella se habría quedado observando a su impuesto nuevo escolta, pero la práctica la avisó de que era la única oportunidad que tenía de salir a hurtadillas y poder correr sin su presencia. Se desplazó sigilosa hasta la puerta principal, ya que en la de atrás se toparía con Hugo. La cámara reaccionó a sus movimientos, cambiando de posición hasta enfocarla y ella, sonriéndole con suficiencia a Samuel o a Antonio, no sabía quién estaría a esas horas al otro lado, emprendió la marcha, dedicándoles una reverencia como despedida.

Ya iba a cantar victoria, cuando oyó el sonido de unos pasos detrás de ella. No quiso mirar, pero no tardó en comprobar que sus peores temores se hacían realidad. Hugo no tardó en alcanzarla y ponerse a su altura, obligándola a detenerse en seco.

—Buenos días, Adriana —la saludó con una sonrisa que a ella le permitió ver su dentadura y sus labios perfectos, un gesto que pretendía ser un ofrecimiento de paz después de su primer encuentro.

—Buenos días, Hugo —le devolvió el saludo con fingida cordialidad—. Una carrera rápida y cuando regrese ya puedes convertirte en mi sombra el resto de la mañana. —Trató de sonar autoritaria.

—Te acompaño.

—No es necesario. Como te digo, será sólo media hora de ejercicio para despejarme.

—Insisto.

Pese a que trataba de sonar amable, Adriana supo que no tenía alternativa. Hugo no le estaba consultando, sino informando. Él tenía el control y el mando. Una prueba de cómo iba a ser su vida a partir del momento en que chocó con él al caer del muro.

—Es más —continuó el joven—, me gustaría que me comunicases tus rutinas para poder elaborar el plan de trabajo de aquí en adelante.

—Eso es complicado. No soy una mujer de hábitos y menos cuando estoy de vacaciones.

Era cierto. Los días que trabajaba en la biblioteca pública de Vilagarcía de Arousa, cumplía los horarios, pero durante «su mes», como llamaba a los días libres en verano, no quería programarse la agenda. Le gustaba pensar que cada mañana era como el inicio de una nueva historia, un «Érase una vez» que sabía cómo empezaba pero nunca el final.

—Por ejemplo —prosiguió—, no todos los días salgo a hacer deporte. Sólo cuando estoy de mal humor y quiero quemar el exceso de energías para no pagarla con otros. —Lanzó la indirecta. Hugo encajó el golpe a la perfección, asintiendo con una media sonrisa divertida que se le escapaba por la comisura de los labios—. Pero no siempre soy como una gata arisca que araña a la mínima, a veces dicen que incluso desprendo dulzura —añadió, enterrando por el momento el hacha de guerra, consciente de que aquel hombre sólo hacía su trabajo y ella se estaba comportando como la adolescente rebelde que había dejado de ser años atrás.

—Me alegra saber ese dato, ya empezaba a temer por mi integridad física. Y eso, para un experto en las peleas cuerpo a cuerpo es bastante frustrante. —Le devolvió la broma de manera cordial—. Después de la conversación con tu padre, entiendo que tener un guardaespaldas no entra dentro de tus deseos ni de tus prioridades.

—¿Nos oíste? —preguntó avergonzada, mientras tomaba nota mental: hablar en gallego cuando no quisiera que Hugo se enterase.

—Habría que estar sordo para no hacerlo —contestó neutro—. La mayoría de las personas se sienten a salvo, y es natural, pero hay una amenaza real. Créeme cuando te digo que, si no, no me habrían llamado. No pretendo interferir en tu vida ni en tu intimidad, ésa no es mi función. Mi tarea es conseguir que nadie te haga daño, siendo tu parachoques, tu escudo humano o tu salvavidas, lo que necesites en cada momento. Pero ya que debo ponerme en riesgo por una persona, en este caso tú, con la que ni siquiera he cruzado más de un par de palabras, lo único que te pido es que hagas caso a mis indicaciones.

—No sé si tenías el discurso ensayado u os lo enseñan en la academia de policía, pero si es de cosecha propia es muy bueno. Te escucho.

—Cuando salgamos a correr, no siempre vamos a recorrer la misma ruta. Piensa un nuevo itinerario, ¿te parece bien? —Adriana asintió. Si algo tenía de bueno vivir rodeada de montañas eran los numerosos senderos que podía utilizar—. No camines por el borde de la calzada si hay algún tramo en el que pueden circular vehículos y avancemos en sentido contrario a la marcha, ¿te parecen aceptables estas pautas?

—Sí, pero tengo dos cosas que añadir. Por favor, no seas paranoico y me tires al suelo, disparando una bala al aire si ves un movimiento en la linde del camino. Estamos en las entrañas del bosque y nos podemos encontrar roedores, ciervos y terribles vacas que a veces se escapan y vagan solas.

Sonrió divertida, dando rienda suelta a su vena peliculera. De nuevo estaba de buen humor.

Sus amigas siempre le decían que era una montaña rusa de sentimientos, capaz de pasar de la felicidad más absoluta a la desdicha más lastimera en el transcurso de un segundo.

—También debo advertirte de que soy bastante rápida. He ganado la carrera de la Universidad de Coruña durante los cinco años que estuve allí estudiando, así que te aconsejo que me avises si debo bajar el ritmo para que me alcances. Nadie quiere que acabes sin poder mover las piernas en tu primera semana.

—Tomo nota de los dos consejos, Adriana.

Un poco más animada y optimista emprendió la marcha seguida a una distancia prudencial por Hugo. Correr siempre le ayudaba a pensar, pero por una vez estaba más entretenida volviéndose para comprobar si el hombre le seguía el ritmo, que analizando los engranajes de su vida. Estaba segura de que esos metros de separación estaban estipulados y de que la distancia que Hugo dejaba entre ambos debía de estar escrita en un manual. Experimentó reduciendo la velocidad de la carrera y aumentándola mientras él la imitaba, confirmando sus sospechas.

Tras una ducha de agua fría que le ayudó a desentumecer los músculos, se puso unos shorts blancos y una camiseta de tirantes azul celeste. Tenía que aprovechar la tregua que les había dado el tiempo, anunciando un verano que prometía ser caluroso.

En la puerta, contemplando el *cruceiro* que presidía la entrada, estaba Hugo, ya con su uniforme puesto, traje oscuro con corbata negra y camisa blanca. Adriana descendió la escalinata de piedra gris y fue directa a su coche, un escarabajo biplaza de color blanco y techo negro.

—Hoy te voy a llevar a uno de mis lugares favoritos —anunció, segura de que él seguía sus pasos, sin necesidad de mirarlo.

—Estaré encantado de visitarlo si me dejas las llaves.

—Nadie conduce a mi pequeño —dijo a la defensiva, volviéndose.

—No me opondré, siempre y cuando primero me cerciore de que es seguro.

Poniendo los ojos en blanco ante esas extremadas medidas de seguridad, Adriana le dio el llavero.

—Voy a comprobar que no haya paquetes adosados debajo —le explicó, mientras se agachaba y miraba con un espejo para cerciorarse de que en los bajos no había ninguna amenaza—. No han forzado las puertas. —Se aseguró de revisar la del piloto y el copiloto—. Tampoco el capó. —Lo cerró de golpe—. Y ahora un vistazo rápido al interior y nos podremos marchar. —Revisó los asientos, la parte inferior y el relleno, para pasar después al salpicadero, la caja de mandos y los pedales—. Nada está manipulado.

—Si esperabas encontrar algo, es porque menosprecias la capacidad de las decenas de cámaras que Samuel y Antonio han colocado en los lugares más insospechados de este jardín...

—Peores cosas he visto.

Hugo salió del coche para cederle el puesto de conductora a Adriana y se sentó en el asiento del copiloto.

—¿Tendremos que repetir este ritual todas las veces que coja a mi pequeño? No lo digo con acritud, pero si es así, tendré que salir con cinco minutos de antelación para poder llegar puntual a mis citas.

Encendió el motor, puso el coche en marcha y fue a abrir las ventanillas.

—Me temo que tienen que ir cerradas —comentó él y Adriana frenó de golpe.

—Creo que debes reconsiderar tus palabras. El aire acondicionado se estropeó hace algo más de un año y pasarás de estar en una sauna a un congelador según el día. —Esperó que Hugo cambiase de opinión después de conocer esa información, pero no lo hizo. No era nada permisivo con lo de incumplir el reglamento—. ¿Algo más? —añadió con voz cansada, cediendo para poder largarse del pazo cuanto antes.

—Las puertas con el seguro puesto y trata de evitar las retenciones.

—Esto no es tu ciudad, Madrid, aquí las caravanas kilométricas no existen —contestó, reanudando la marcha.

—¿Por qué supones que soy madrileño? —preguntó él, mientras se colocaba unas discretas gafas de sol y salían de la finca.

Adriana siempre había pensado que los hombres estaban más guapos con ese complemento y, viendo a Hugo, tuvo la prueba visual de que llevaba razón. Si de normal el chico ya era muy atractivo, con las gafas y aquella pose desenfadada estaba irresistible.

—Por el mismo motivo que tú sabrías que soy gallega en cualquier punto de España. Os creéis que no, pero vosotros tenéis muletillas, acento y estáis cargados de tópicos... ¿Me equivoco o eres de la capital?

—Madrileño, nacido y criado entre sus calles —respondió Hugo en guardia, mirando por los retrovisores sin parar durante el trayecto, cada vez que aparecía un nuevo vehículo.

El aparcamiento del puerto deportivo estaba prácticamente vacío y Adriana lo agradeció inmensamente. Pese a tener el carnet de conducir desde hacía casi una década, estacionar seguía siendo su punto débil y solía dar vueltas hasta encontrar un espacio del doble del tamaño de su escarabajo, para dejarlo sin problemas, evitando rayar coches ajenos. Y encontrar el hueco perfecto cuando las familias paseaban por el parque Miguel Hernández, disfrutaban de alguna película veraniega en los Gran Arousa u observaban la ría desde el muelle de los pasajeros, solía ser misión imposible, pero esa mañana aparentemente la suerte estaba de su parte.

Apagó el motor y, antes de que le diese tiempo a abrir su puerta, ya estaba allí Hugo, sujetándosela como todo un caballero de los de capa y espada, que Adriana dudaba que existiesen fuera de los libros de caballería, a no ser que estuvieran un poco locos, como en *Don Quijote*.

El ambiente de la ría de Arousa, con su olor salado y su sonido particular, lleno del chillido de las gaviotas, invadió a Adriana, que, sintiéndose en casa, caminó directa a su objetivo. Muchas veces se había planteado emprender aventuras y dejar Galicia atrás. Recorrer el mundo hasta establecerse en un lugar del que se enamorara. No sabía cómo sería éste, pero estaba segura de que el océano bañaría su costa. Era un lujo sin el que se negaba a vivir.

Diferentes navíos de todas las tonalidades flotaban sobre el agua cristalina, regalando a la imagen un juego de colores que se reflejaban sobre la superficie transparente. Había desde pequeñas barcas que los habitantes usaban para pasar las tardes de los domingos, hasta grandes embarcaciones en las que los pescadores salían a faenar para luego vender el pescado fresco a primera hora en la lonja.

Atravesó el puerto hasta llegar al *Valiente Atlántico*, el yate herencia de su abuelo, que su padre podía mantener a duras penas, y cuyo nombre debía a dos niñas entusiasmadas que un 4 de diciembre recibieron el mejor regalo de cumpleaños. El casco era blanco con detalles de madera, una mezcla armoniosa de elegancia y diseño, y tenía tres alturas, dos interiores y una cubierta al aire libre.

—¿Es tuyo? —preguntó Hugo impresionado, al ver que Adriana se detenía en la entrada.

—Sí. Después del placaje que me hiciste anoche, pasará mucho tiempo hasta que intente invadir propiedades ajenas.

Antes de que Hugo pudiese decir nada, Adriana le tendió las llaves y esperó, mientras él comprobaba que no hubiese ninguna amenaza en su interior. Esta vez empleó más tiempo que en el coche, pero finalmente le indicó que podía subir, con un movimiento de brazo.

Adriana ascendió por la escalera de popa, que comunicaban con la primera planta, compuesta de un salón, una habitación, baño y cocina integrada en la cabina, y luego continuó subiendo hasta el segundo nivel, donde, al aire libre, había una mesa con un cómodo banco esquinero de madera.

Tomó asiento en uno de los laterales y observó cómo Hugo iba directo a la barandilla, en la que se apoyó, mirando el infinito.

—No me digas que estás mareado...

—Si me aturciera este leve balanceo, no sería muy bueno en mi trabajo. Quería ver las vistas. No todos los días protejo a una chica que tiene en su poder un yate.

Se volvió, apoyándose de manera desenfadada. Los rayos del sol lo iluminaron por detrás y Adriana estuvo tentada de hundir las manos en su cabello y peinar con los dedos su rebelde pelo castaño.

—No te confundas e intentes pedirle a mi padre que te suba el sueldo. Fue un regalo y, en cualquier momento, veremos cómo cuelga en un lateral un cartel de «Se vende». Pero hasta que llegue ese fatídico día, lo disfrutaré como si fuera una millonaria cuya vida gira en torno a fiestas, coches deportivos y champán del caro.

El sol empezaba a pegar fuerte y Adriana se quitó la camiseta para coger un poco de color, quedándose con la parte de arriba de un biquini azul turquesa, como su camiseta, que sujetó debajo de su bolso para que no saliese volando con el aire. Ni la postura ni el gesto de Hugo variaron ante su descaro y se preguntó cómo la estaría observando detrás de sus gafas de sol. ¿Deseo, reproche o indiferencia? Una mirada siempre decía más que mil palabras.

—Si te apetece, puedes quitarte la chaqueta antes de que te dé una lipotimia, o sentarte. Te prometo que no parecerás menos profesional y seguirás resultando igual de imponente. Ningún terrorista se atreverá a atacarme porque estés cómodo.

—Estoy bien, gracias por el ofrecimiento —zanjó él el tema.

Adriana se encogió de hombros y buscó en el doble fondo de la mesa los papeles por los que se encontraban allí. Extendió los planos, manuales y el plan de empresa inacabado que la traía por el camino de la amargura. Pese a que todo el mundo daba por sentado que, después de licenciarse en

Administración y Dirección de Empresas, dejaría su trabajo en la biblioteca para hacerse cargo de la contabilidad y la gestión de los viñedos, bateas y diferentes negocios de su familia, sus planes eran bastante diferentes.

Llevaba años dándole vueltas a la idea de abrir su propia clínica de desintoxicación. Ayudar a esos enfermos, pues así denominaba ella a los drogadictos, a encontrar de nuevo el rumbo en la vida. Su propósito no casaba con el de su padre, cuya lucha encarnizada se centraba en meter entre rejas a todas las personas que tenían contacto con la droga, ya fueran capos o meros consumidores que se mataban raya a raya. Comprendía que lo hacía para limpiar su nombre, pues su abuelo se vendió a la mafia y acabó sus días en prisión.

Pero el sueño de Adriana no era castigar, sino ofrecer una segunda oportunidad. Para ello, emplearía hasta el último euro que había ahorrado durante años de trabajos mal remunerados mientras estudiaba, y vacaciones detrás de una barra, sirviendo mariscadas y albariño a los turistas, soportando a Olivia quejarse todos los días de que perjudicaba la imagen de la familia.

Sabía que no era el momento. Llegaban las elecciones y enturbiaría la fama de su padre, o eso decía el jefe de campaña, que no les dejaba hacer ningún movimiento sin su consentimiento. Esperaría unos meses a que las urnas hablaran. Un período que le serviría para informarse de las ayudas que tenía que solicitar y los bancos en los que era más fácil que le diesen un crédito. Tenía el local, el proyecto, un objetivo y estaba cargada de buenas intenciones, ahora sólo le faltaba el dinero. Si quería cambiar el mundo, tenía que intentarlo.

Notó la presencia de Hugo a su espalda e instintivamente colocó el brazo encima de los planos, escondiendo su secreto.

—Tengo una duda acerca de cómo funcionamos tú y yo —dijo ella—, ¿debo suponer que cualquier cosa que veas u oigas queda entre ambos como un secreto de confesión o algo así?

—No soy cura, Adriana. No actúo de manera correcta porque Dios me lo ordena. —Adriana rió como una niña por su ocurrencia—. Pero me esfuerzo en ser una persona de fiar. La confianza es básica en nuestra relación e intentaré cuidarla.

—Entonces te invitaré a un café por placer y no para comprar tu silencio —bromeó, poniéndose en pie. Le gustaba trabajar con una taza al lado—. ¿Cómo lo quieres?

—Solo, con un vaso con hielo —contestó él, desabrochándose el primer botón de la camisa.

Adriana estaba segura de que si continuaban allí toda la mañana, acabaría medio asfixiado, puesto que, con su rectitud, sabía que no consentiría quedarse con el torso desnudo.

Una vez en la cocina, colocó en la Nespresso la cápsula capriccio, la única que le quedaba, y esperó a que se hiciera. Se sirvió una buena taza de leche, con una mancha de café e ingentes cantidades de sacarina, y la colocó en la bandeja junto al vaso con hielo, el azucarero y el café solo de Hugo.

De vuelta a la cubierta, malinterpretó la postura del escolta, al que vio sentado en el banco, inclinado sobre los planos. Pero no se debía a una inapropiada curiosidad mal disimulada, sino a que había cogido un bolígrafo y estaba apuntando algo en un folio en blanco, mientras sujetaba el móvil entre la oreja y el hombro. Para no molestarlo, y porque ella sí era un poco fisgona, se acercó, tratando de hacer el menor ruido posible.

—Un cadáver en la orilla, lo tengo. —Fue lo primero que oyó al situarse a su espalda—. ¿Sabéis el nombre de la chica? —preguntó Hugo a la persona que estaba al otro lado, como si fuese un experto en la materia—. ¿Debería sonarme? No tengo constancia de que exista ninguna Valeria Sierra...

La diversión de Adriana se acabó de golpe, como un barco que colisiona contra un iceberg y se va a pique. Notó que las manos le temblaban y derramaba el café hirviendo sobre las piernas de Hugo, que se levantó de golpe para protestar, pero se detuvo de repente al ver su palidez.

Hacia años que Adriana esperaba esa llamada, pero eso no mitigó el dolor y el vacío inmenso que la invadieron en ese momento.

—Te llamo en cinco minutos. —Colgó y, preocupado y confuso, le preguntó—: ¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza. Le escocían los ojos, pero era incapaz de llorar. Enterarse de esa manera de la muerte de su hermana la había dejado sin palabras ni capacidad de reacción. No podía culpar a Hugo. Era imposible que él supiese de la existencia de su melliza. Nadie la mencionaba desde que, después de robar y empeñar las reliquias familiares, Valeria se marchó a buscar un paraíso en el que esnifar cada mañana al despertarse.

Recordó su último encuentro con ella, una tarde de abril de hacía dos años en la que su melliza se salvó de morir ahogada, después de que el barco en el que viajaba se fuera a pique cerca de la isla de Sálvora, en la boca de la ría de Arousa, por un ajuste de cuentas.

—Querían enterrarme en una isla —fueron sus palabras, antes de huir de nuevo.

Esa vez se quedó en un susto, pero ahora era real. Valeria, su pack, como les gustaba llamarse, había alimentado peces en el Atlántico. Y nada ni nadie podrían consolar a Adriana de su pérdida.

Hugo custodió a Adriana por la casa, a pesar de que sabía que no era necesario, no había peligro. El motivo no era protegerla de una posible amenaza, sino de sí misma. Desde la mañana anterior, cuando se enteró de un modo desafortunado de la muerte de su hermana Valeria, la joven apenas había comido.

Él lo sabía a ciencia cierta, pues había estado con ella hasta que habían esparcido las cenizas de la fallecida en el mar, y había visto cómo poco a poco Adriana se marchitaba, el color desaparecía de su cara redonda, las ojeras ganaban terreno alrededor de sus grandes ojos grises y se convertía en un robot sin vida. Todo lo opuesto a lo que había apreciado de ella antes del suceso.

Todavía se reprochaba no haber tenido más tacto, aunque no era su culpa. Lo primero que había hecho al regresar a la estancia que le habían cedido en la finca de los Sierra fue revisar una y otra vez los expedientes familiares que le había entregado el Servicio de Protecciones Especiales del Cuerpo Nacional de Policía. En ninguno de esos documentos, repletos de nombres, datos y fotografías, hacían mención de la hermana melliza.

«Aun así deberías haberlo sabido. Investigar más a fondo la vida de Adriana», se reprendió. Él era muy eficaz y no se podía permitir un fallo de esas características.

Estar presente en un momento tan íntimo y trágico le había resultado incómodo. Sobre todo desde su forzada posición de no intervenir ni mostrar empatía alguna. Como decía el manual, Hugo había permanecido a su lado, erguido, alerta, sin poder hacer nada más que decir un formal «Lo siento» cuando ella se había venido abajo mientras la acompañaba al tanatorio. Vestida con vaqueros y una camisa blanca, Adriana parecía más delgada, pequeña y vulnerable que de costumbre.

Se enteró de su destino cuando ella abrió la puerta del despacho del alcalde, Edelmiro Sierra. No le había dicho que la acompañase, pero tampoco se había molestado por que él la siguiese.

Edelmiro estaba apoyado en el escritorio de madera, sujetándose la cabeza entre las manos. Poco quedaba del hombre disciplinado que le había explicado sus funciones el primer día. Había desaparecido para ofrecer la imagen de un padre destrozado y desolado por el fallecimiento de su hija.

A su lado, junto a las tres estanterías que componían la biblioteca, se encontraba Elvira, la hermana mayor, una mujer fuerte, que había asumido el papel de gestionar la desgracia. Un rol bastante diferente al de la menor, Olivia, que había ido al funeral vestida con una falda que dejaba poco a la imaginación, un top ajustado y unos tacones imposibles, para pasarse todo el día whatsappeando con sus amigas por el móvil.

Por último, en un lateral estaba Rubén, el jefe del gabinete de prensa del partido político, paseando la mirada de uno a otro.

Hugo lo sabía todo sobre él. Lo había estudiado al detalle. Fecha de nacimiento, notas en el instituto, multas por botellón durante la universidad y acceso a su empleo y puesto. Era un hombre de unos treinta y cinco años, moreno, alto, delgado y con aspecto cuidado y elegante, y en esos momentos estaba hablando.

—Ha sido a pequeña escala. Mucho menor que la operación en la ría —dijo con voz grave—. Dos detenidos, un padre y su hijo.

—¿Qué han intervenido durante el registro? —preguntó Elvira, tras esperar unos segundos y asegurarse de que su padre no iba a decir nada, tal vez porque no le salía la voz.

—Mil cuatrocientos cartones de tabaco, seiscientos gramos de cocaína, una envasadora al vacío, teléfonos móviles, varias balanzas de embalaje y distribución de la droga, dos vehículos, una prensa artesanal y dos mil seiscientos ochenta euros en efectivo —recitó Rubén, leyendo las notas que había tomado en su pequeño cuaderno.

Adriana tomó aire antes de explotar y arrasar con todo.

—¿De verdad no tenéis otra cosa que hacer o pensar que en la desactivación de un punto de cocaína a pequeños camellos?

—También ha habido una reyerta entre bandas rivales con cuatro heridos. Dos de ellos permanecen muy graves en el hospital... —añadió Rubén con voz calmada.

Hugo notó que no pretendía ofender a la chica durante su duelo, sino explicarle la importancia de la situación.

—¡No me importa! Hace menos de una hora que hemos tirado las cenizas de Valeria. Un poco de respeto, por favor. Por lo menos esta noche se merece ser la protagonista de nuestros pensamientos.

Hugo se percató de que Adriana arrugaba la nariz y se ponía roja como la sangre que mana de una herida cuando estaba molesta.

—No seas injusta. Tenemos una responsabilidad con el pueblo gallego... —dijo Elvira, con una mirada que censuraba la actitud de su hermana.

—Si me haces el favor —replicó ésta—, los discursos los dejas para los mítines. El tema aquí es que Valeria acaba de morir y tú estás más preocupada por dar la cara para no perder votos que en lamentar que acabas de perder a un miembro de nuestra maldita familia. —El pecho le subía y bajaba como si se le fuera a salir el corazón.

—Adriana, cálmate, Elvira sólo trata de hacer lo correcto —intervino Edelmiro para zanjar la discusión de sus hijas, levantando la cabeza y dándose un masaje en la sien, sin apartar la vista de una fotografía familiar que tenía encima del escritorio.

Adriana se mordió el labio, seguramente para no decir algo de lo que podría arrepentirse después, mientras su padre, que parecía que se hubiese echado quince años encima, se ponía en pie.

—Estoy agotado. Necesito dormir. ¿Puedes hacerte cargo de la situación, Elvira?

—Por supuesto. Redactaré con Rubén la nota de prensa y, si te parece bien, mañana puedo hablar con los medios en tu lugar.

Pese a que no la conocía, Hugo se percató de que ella era la mente que, desde la sombra, daba voz a las ideas y discursos que encumbraban una y otra vez a Edelmiro hasta el poder.

—No, iré yo. Prefiero mantener la mente ocupada.

Elvira asintió conforme, pero no pudo esconder su gesto de decepción y un sutil chasquido de lengua. Tal vez ya se hubiera cansado de su discreto segundo plano y quisiera dar el salto para convertirse en protagonista.

Edelmiro se acercó a Adriana.

—Que no lo haya dicho ni llore no cambia el hecho de que hoy sea el peor día de mi vida, pequeña. —Le dio un beso en la coronilla—. Tú también deberías descansar y coger fuerzas para enfrentarte a un mañana en el que, sin previo aviso, recordarás su mirada y sentirás cómo te derrumbas.

Adriana asintió con los ojos vidriosos y salió detrás de su padre. Cada uno cogió una dirección y Hugo se tomó la licencia de custodiar a la mujer hasta su habitación, como si fuera un fantasma invisible que velara por ella. El policía que había sido una vez, el que se enfrentaba a operaciones importantes que terminaban con un comando desarticulado, decenas de detenidos y una medalla nueva para su uniforme, deseaba haberse quedado en el despacho. Pero su vida había cambiado en poco tiempo, y ahora se veía relegado a ese papel, y pretendía desempeñarlo lo mejor posible.

Adriana se detuvo en la puerta de su habitación y, sin mirarlo, dijo con una voz que se iba rompiendo con cada palabra que pronunciaba:

—Gracias por acompañarme. Saber que estabas ahí para recogerme, ha evitado que me cayese.

Sin darle opción a responder, se metió en el cuarto y cerró la puerta.

Hugo se dirigió directo a su dormitorio. La estancia era amplia, con pocos muebles, una cama de matrimonio, armario empotrado, mesilla de noche y escritorio. Todo de la última colección de Ikea.

Estaba muy cansado, llevaba muchas horas despierto y notaba cómo la vista se le empezaba a nublar. Pero no podía dormir. Ése era uno de los malos hábitos que había adquirido después de años descansando de manera intermitente, esperando siempre una llamada que lo obligase a levantarse, coger la pequeña maleta que siempre tenía lista y marcharse al aeropuerto sin saber el tiempo que estaría fuera ni su destino, y sin la posibilidad de avisar a ninguno de los suyos.

Una vez se puso cómodo, con unos pantalones cortos de su etapa en la academia y una camiseta blanca de manga corta, se sentó encima del colchón y sacó el ordenador para acceder al centro de coordinación operativo. Descargó todos los documentos que encontró de escoltas que habían cometido errores en sus servicios, y delitos que podían afectar a sus clientes, asesinatos, secuestros y atentados, para analizarlos una y otra vez con el objetivo de evitar que se produjesen con su protegida, hasta que, agotado física y mentalmente, no tuviera más remedio que ceder ante el sueño.

Estaba totalmente sumido en la lectura de los expedientes de delincuentes habituales, para ser una ciudad que rondaban los cuarenta mil habitantes, había demasiados nombres que aprender, cuando sonaron dos golpes secos en su puerta. Hugo no esperaba visita.

—¿Quién es? —preguntó, abriendo la puerta, no sin antes coger su pistola.

—Eres demasiado paranoico, ¿no? —le saludó Lucas, el escolta de Olivia, un chico de no más de veinte años que se acababa de graduar y todavía lo veía todo como un juego.

Hugo dejó el arma en el escritorio y esperó a que continuase. Había oído a sus compañeros organizar una partida de mus en el comedor y, puesto que Samuel estaba en la sala de control de cámaras haciendo el turno de noche, seguro que les faltaba un jugador.

—Alguien pregunta por ti en la entrada... Y por la ropa que lleva, cualquiera diría que vas a tener una noche movidita. Puso cara de pícaro, mientras se hacía el interesante.

Hugo fue directo al recibidor, pensando que debía de tratarse de una broma. Él no conocía a nadie en Vilagarcía de Arousa y, en el caso de que algún compañero le quisiera visitar porque le pillase de camino a algún operativo, no lo haría a las dos de la madrugada sin mandarle antes un mensaje, advirtiéndole.

La vio antes de llegar a la puerta y se detuvo un momento, contrariado. Al otro lado, con la luna de fondo, estaba Adriana. Llevaba una especie de camisón de tirantes blanco que se le pegaba a la piel y mostraba sus curvas, unas curvas demasiado apetecibles. Debía de tener frío, pues la chica se abrazó a sí

misma, mientras se frotaba los brazos con las manos para entrar en calor.

—Espero no haberte despertado —le dijo, cuando él se acercó a su encuentro con la duda pintada en el rostro.

Acudir a su encuentro en mitad de la noche no estaba bien lo mirara como lo mirase. La joven era una aparición demasiado bonita para alguien que tenía prohibido siquiera pensar en ella de ese modo. Por primera vez la veía con el pelo suelto, que le caía como una cascada ondulada a ambos lados del rostro.

—Tranquila, no podía dormir —contestó Hugo, tratando de desviar la mirada de sus pechos, que aquella tela tan fina dejaba entrever, junto con sus pezones, duros por la temperatura.

—Ya somos dos —convino ella sonriendo.

Pero Hugo se percató de que no era una sonrisa de verdad. Cuando Adriana quería deslumbrar con ese gesto, se le formaban dos hoyuelos en las mejillas.

—¿Qué quieres? —inquirió, un tanto incómodo por la situación.

De nuevo se repitió a sí mismo que no era muy buena señal que la hija de su jefe llamase a su puerta en mitad de la noche, con una ropa que podría arrancarle en un segundo.

—No te preocupes, no vengo a pedirte que me acojas en tu cama y tener una noche de sexo desenfrenado para superar el duelo y consolarme —dijo, como leyéndole el pensamiento—. Por lo menos hoy no tendrás esa suerte.

Adriana miró detrás de él y Hugo vio que Lucas se marchaba con una idea totalmente equivocada rumbo a la sala común.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó, algo más tranquilo. Las tentaciones eran más fáciles de evitar si no se presentaban.

—Me gustaría ir al yate. Podría haberme marchado, siguiendo mi táctica habitual, pero no tengo ganas ni fuerzas para soportar un enfrentamiento con Edelmiro a primera hora. Si tú me acompañas, todo estará solucionado. Sé que es una tontería, pero necesito estar allí. Cuando Valeria se marchó de manera definitiva, mi madre comenzó una espiral de autodestrucción —le explicó, cambiando el peso de un pie a otro—. No soportaba ver nada que le recordase a mi melliza. Como si eso la matase lentamente. El psicólogo nos comentó que tenía que asumirlo... pero el nivel de pastillas aumentaba. De hecho, si has coincidido con ella, habrás visto que todavía sigue abusando de los medicamentos...

Hugo no contestó a su pregunta no formulada. Era cierto que las veces que había coincidido con Lidia parecía que ésta se encontrara en otra parte, con la mirada eternamente perdida.

Pero él no estaba allí para emitir juicios sobre ningún miembro de la familia Sierra.

—Al final, Elvira tomó las riendas de la situación y decidió eliminar cualquier rastro que recordase que Valeria alguna vez había existido. Empaquetó sus cosas y las llevó al sótano, donde nadie las pudiese ver. Así que yo decidí recogerlas y las trasladé al único espacio que podía considerar mío.

—El yate —concluyó Hugo por ella.

—Sí. No me tomes por una loca. No creo que los objetos guarden la esencia de mi hermana, ni voy a proponer que hagamos una ouija para hablar con el otro mundo. Simplemente, están llenos de recuerdos de esa Valeria que había nacido para comerse el mundo y necesito recordarlos. Ver las fotografías del pasado y regresar a él como si nada hubiera cambiado —explicó—. ¿Me acompañas, Hugo?

Su mirada penetrante se clavó en los ojos de él. Había desesperación y súplica en ella.

—Dame cinco minutos —le pidió, arrepintiéndose al instante de haber accedido a algo que, de llegar a oídos de su jefe, le causaría más de un problema.

—Gracias —susurró ella, con voz aterciopelada.

Hugo se marchó a la habitación y se puso el primer vaquero largo que encontró colgado en una percha, cogió una chaqueta de cuero negro, la pistola y fue con Adriana, que lo esperaba encogida sobre sí misma.

—Toma.

Le tendió la cazadora y ella lo miró sorprendida por su gesto, mientras se la ponía y dejaba de temblar.

Hugo revisó el escarabajo de arriba abajo, para no incumplir todas las normas en menos de una hora, y le tendió las llaves a la conductora.

—Mejor lo llevas tú —dijo ella.

—Creía que nadie conducía tu pequeño.

—Las cosas no son blancas o negras, Hugo. Siempre hay una gran variedad de grises y matices y, cuando apenas puedo abrir los ojos, no acostumbro a conducir y poner a todos los demás coches en peligro.

Él asintió. Estaba agotado, pero no sería la primera vez que conducía en ese estado. Le vino a la memoria un viaje por Venezuela, después de tres días sin dormir, en el que la mirada se le nublaba y tenía que pellizcarse la pierna para no salirse de la calzada y sucumbir ante el cansancio.

Encendió el motor y traspasó la verja de entrada, mientras las cámaras se movían en su dirección. Sacó el móvil y le escribió un mensaje a Samuel diciéndole que se marchaba con Adriana al *Valiente Atlántico*. Fue conciso, sin dar demasiadas explicaciones, pero también sin nada que ocultar.

—¿Podemos abrir un poco la ventana? —preguntó ella, que, con el cinturón puesto, estaba hecha un ovillo, con la cabeza apoyada en el cristal—. Necesito aire.

Sin contestar, Hugo deslizó la mano por los mandos y bajó un par de dedos la ventanilla, lo suficiente para que lo único que pudiese entrar fuese el viento que en ese momento golpeaba el vehículo con violencia y no algún objeto peligroso. Siempre le había parecido ridícula esa norma. Si alguien quería disparar, lo haría igualmente con las ventanillas subidas. Pero él no era quien decidía el reglamento, sino sólo una de las personas encargadas de que éste se cumpliera.

—Creía que estaba preparada... —comenzó la conversación Adriana, mirando el cielo infinito repleto de estrellas—. El final de Valeria era predecible. Tardé meses en convencerme de que un día sonaría el teléfono y oiría la voz pausada de una enfermera, que, con delicadeza, me informaría de que mi hermana se había tomado una sobredosis.

—Siento la manera en que te has enterado. Si lo hubiese sabido, habría tenido bastante más tacto —se disculpó Hugo. De nuevo volvió a molestarse consigo mismo y apretó el volante.

—No es tu culpa, nadie te había hablado del fantasma de los Sierra. El gran fracaso de Edelmiro. Él que siempre había despotricado de las familias que tenían hijos drogadictos. Vienen de núcleos desestructurados, decía, con progenitores que se dedican al tráfico y la prostitución. Tanto escupió al cielo, que cuando le cayó encima por poco se ahoga. —Elevó las manos para ejemplificarlo.

Es cierto que las personas eligen su destino, pero hay algunas que nacen con una carga que les impide avanzar o cambiar de rumbo.

Tomaron una curva y Hugo se percató de que una moto iba tras ellos. Redujo la velocidad para comprobar por el retrovisor si los estaba siguiendo o se trataba de un mero usuario de la vía. El ciclomotor esperó unos metros hasta que la línea pasó a ser discontinua y los adelantó, para tranquilidad de él.

—«Siete años de idas y venidas. Ochenta y cuatro meses sin poder vencerla. No puedo más. Me resisto a que ella acabe conmigo. La cocaína ha dominado mi vida, pero no dejaré que haga lo mismo con mi muerte. Lo siento, pero no quiero terminar sin ganarle una partida, aunque sea ésta.» —Adriana recitó

las palabras de la nota de suicidio que Valeria llevaba consigo en el interior de una botella de cristal con un tapón de corcho, para que su mensaje no se perdiera con el agua.

Hugo había releído la nota decenas de veces ese día. Él también había memorizado hasta la última palabra.

—Si tú fueras a... —balbuceó Adriana.

—No hace falta que digas la palabra si no puedes.

—Tengo que hacerlo. Hasta que no me atreva a pronunciarla en voz alta, no podré pasar página. Como si decirlo lo convirtiese todo en real. —Tomó aire y se sentó recta—. Si tú fueras a suicidarte, ¿dejarías una nota tan poco personal? Es decir, ¿no les dirías algo sentimental a tus familiares, por breve que fuese, que los ayudase a superarlo? Si sabes que vas a morir, ¿por qué no hacerlo diciendo algo con tanto significado como «Te quiero»? Elegir que tus últimas palabras expresen lo que es el motor del mundo y no centrarte en lo que te ha destruido...

—Tal vez sea más sencillo hacerlo si no recuerdas todas las cosas buenas que te atan para quedarte.

A sus veintinueve años, Hugo había asistido a múltiples intentos de suicidios. La mayoría eran llamadas de atención. Se trataba de indicaciones, advertencias, posiblemente una manera encubierta de pedir ayuda. Por lo general, la persona que terminaba con su vida, lo hacía en un segundo de impulsividad, un momento que destrozaba la existencia de sus allegados. Si tenían otro más para pensar, muchos se arrepentían, y por ello él había asistido, en sus primeros años después de entrar en la policía, a llamadas de personas que pedían ayuda desesperadamente tras rectificar su decisión.

—Después de las cosas que has oído de Valeria las últimas veinticuatro horas, la imaginarás como una yonqui, pero tenía muchas cosas más.

—Te equivocas. No acostumbro a juzgar el paquete por el envoltorio, lo más importante de los regalos suele estar en el interior. Estoy seguro de que Valeria era bastantes cosas más que una drogadicta.

Adriana bajó las piernas y se volvió para contemplarlo sin disimulo. Así era ella, directa. Hugo podía ver sus ojos analizándolo bajo sus largas pestañas y eso lo puso nervioso.

—Valeria era una artista en potencia. En el instituto, todos la admiraban. Cantaba, bailaba, escribía, pintaba... nada se le resistía. —Hablabla de su hermana con devoción—. ¡Incluso ganaba a nuestros compañeros a chupitos y copas! Los que querían emborracharla para aprovecharse acababan la noche vomitando por las esquinas, mientras ella los acompañaba a casa...

Rió y esta vez de verdad, con aquellos hoyuelos que no dejaban lugar a dudas.

—Lograba cualquier cosa que se propusiera. Un día, para disgusto de mi madre, hacía descenso de barrancos y al siguiente, para su orgullo, ganaba un certamen literario. —Hizo una pausa, pensativa—. Recuerdo cuando teníamos quince años y me dijo que algún día volaría sobre el Atlántico. Obviamente, le pregunté si se refería a que lo haría con un avión o algo así y me contestó que no, que lo haría empujada sólo por el viento. Pensé que se trataba de una de sus locuras y entonces me lo explicó. Cuando muriera, quería que tirasen sus cenizas sobre el océano salvaje. A mí no me gustaba hablar de la muerte, pero ella me dijo que no hacerlo era temerle a la vida. Me obligó a prometerle que, si yo vivía, la ayudaría a surcar el cielo.

—Y lo has cumplido —trató de consolarla él, viendo que de nuevo se venía abajo.

Las cenizas de Valeria habían sobrevolado el océano, y todo porque Adriana les había transmitido el deseo de su hermana a sus padres.

Llegaron al aparcamiento, que estaba vacío, y Hugo decidió estacionar el coche lo más cerca posible del inicio del muelle. Al ver que Adriana no decía nada, la miró de reojo y vio que se acercaba a la ventana y fruncía el ceño.

—¿Qué es eso? —exclamó, desabrochándose el cinturón con dedos temblorosos.

Hugo siguió la dirección de su mirada y se topó con una columna de humo que salía del embarcadero. Alarmado, fue a pedirle que se quedase en el interior del coche mientras él se adelantaba para ver qué había sucedido, pero no tuvo tiempo. Ella abrió la puerta todavía en marcha y salió disparada. Hugo dejó el vehículo aparcado de cualquier manera y la siguió, alcanzándola justo cuando llegaba ante el yate de la familia Sierra, ahora en llamas.

El fuego lo dejó paralizado y lo trasladó al día en que su vida se había desmoronado como los tabiques de la casa en la que estaba, destrozando, sin posibilidad de recuperación, todo lo que hasta entonces creía cierto y real.

Adriana lo obligó a regresar al presente cuando lanzó la chaqueta de cuero al suelo y salió corriendo rumbo al *Valiente Atlántico*. Hugo la sujetó por la espalda con fuerza y determinación, atrayéndola hacia él.

—Tengo que entrar. No me pasará nada —comenzó tranquila, pero al ver que él no aflojaba su agarre, elevó el tono—. ¡No puedo permitir que todo lo que queda de Valeria se queme en un incendio! —Adriana intentaba zafarse por todos los medios de sus brazos, que la rodeaban desde atrás, pero él la tenía bien sujeta—. ¡Suéltame ahora mismo! —le gritó, revolviéndose inquieta.

—No me obligues a retenerte a la fuerza, Adriana. Te cargaré sobre un hombro mientras pataleas si es necesario —amenazó, consciente de que no permitiría que la mujer diese ni un paso más.

Le rodeó la cintura con un brazo, mientras con la otra mano sacaba el móvil para llamar a emergencias.

—Necesitamos una dotación de bomberos en el puerto —dijo cuando les respondieron—. En el muelle de pasajeros está ardiendo un barco.

La voz femenina de emergencias le informó de que no tardarían más de cinco minutos en llegar, tiempo suficiente para que la estructura del navío se viniese abajo.

—Voy a soltarte —anunció, al ver que Adriana había dejado de oponer resistencia—. Si intentas escaparte y entrar en el barco, volveré a cogerte e iremos directos al coche, donde te encerraré hasta que vengan los bomberos y nos podamos marchar de aquí, ¿entendido?

Ella asintió con la cabeza.

Hugo no confiaba mucho en que, invadida por la adrenalina y con la necesidad de rescatar algo de su hermana, dada su impulsividad natural, Adriana le hiciese caso y permaneciese a su lado mientras el yate, con todo lo que significaba para ella, desaparecía devorado por el fuego. La liberó, atento a cualquier paso en falso que ella intentase dar.

Adriana se separó unos metros y lo miró con furia, al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas. El pecho le subía y bajaba acelerado y parecía que de un momento a otro se fuese a lanzar a golpearlo y descargar en él todo el dolor que sentía. De hecho, cuando Hugo se percató de que se acercaba a él, esperaba que hiciese eso y no que sus brazos le rodeasen la cintura y, apoyando la cabeza en su hombro, se echase a llorar como si él fuera lo único que la mantenía en pie, su apoyo.

Él sabía que no debía. Era consciente de que su papel en aquella historia era ser un mero espectador, sin involucrarse, sin interactuar, un chaleco salvavidas que no intimaba con su protegida. Pero verla tan vulnerable y débil hizo que olvidase todo lo que había aprendido y que, con fuerza, la atrajese más cerca, hasta el límite en el que notó que sus cuerpos encajaban como las piezas de un puzzle. Intentó consolarla, enredó los dedos en su pelo y apoyó la barbilla encima de su cabeza mientras la abrazaba de un modo que no sabía que fuese posible.

—Estoy aquí —susurró en su oído, sintiendo cómo temblaba—. Todo va a ir bien. —La acarició, despidiéndose de su rigurosa profesionalidad.

Hugo levantó la vista a tiempo de ver, antes de que las llamas acabasen con el yate, que en un lateral del mismo, pintado con espray rojo, había un mensaje: «La deuda se hereda, la sangre lo paga».

Los granos de maíz explotaron, transformándose en palomitas. Adriana abrió el microondas y colocó el contenido en un bol de cocina para poder llevarlo al jardín. Se había levantado a la hora de comer y todavía tenía los ojos hinchados de las lágrimas que había derramado mientras dormía. Incluso en sueños, Valeria acudía a su lado para atormentarla. Ella, que solía pasar varios minutos frente al armario, seleccionando el conjunto que se pondría antes de salir a la calle, se había vestido con lo primero que había encontrado, unos shorts negros, una camiseta de tirantes roja y, para estar más cómoda, se había recogido la melena en una trenza lateral que le colgaba por encima del hombro izquierdo.

Tenía muy claro lo que quería hacer ese día: quedarse en casa leyendo un libro que le arrancase una sonrisa. Seleccionó *Pídeme lo que quieras*, de Megan Maxwell. Según había leído en las reseñas de los blogs de internet, a las que tanto caso hacía, se trataba de una novela fresca, ágil, con una historia de amor de las que atrapan y te obligan a permanecer sentada hasta que has devorado hasta la última página. La excusa perfecta para no pensar en los acontecimientos que habían trastocado su rutina y, lo más importante, su vida.

Salió por la puerta principal rumbo al jardín trasero para sentarse en el merendero y disfrutar de la lectura. Edelmiro y Elvira habían ido a poner la denuncia por el incendio del día anterior, que habían calificado de acto vandálico. Los esperaba una mañana ajetreada, puesto que, después de la visita al comisario de Vilagarcía, tenían que ir a hablar con el seguro para ver qué les cubría, daños propios y a terceros, y contratar una agencia de transportes para trasladar lo que quedaba del *Valiente Atlántico* a un centro de residuos.

En la entrada se encontró a Olivia con su escolta, Lucas, que iba cargado con las bolsas de la chica como si fuera una especie de mayordomo, o una percha, según lo mirase.

Como siempre, la menor de los Sierra iba arreglada de manera impecable, con un vestido palabra de honor blanco de la última temporada de la marca Fórmula Joven de El Corte Inglés que resaltaba su melena rubia, y los complementos, pendientes, colgante, anillo y pulsera, en tonos celeste, para destacar sus ojos azules. Adriana se preguntó cuánto habrían influido los rasgos nórdicos de la joven, heredados de su abuelo, o eso decían, para que el de seguridad se comportase como si fuera una mula de carga a sus órdenes.

Sin lugar a dudas, Olivia era la menos afectada por el suicidio de Valeria. Adriana no la culpaba, puesto que la pequeña de la familia no veía a su hermana desde que tenía diez años y ésta los abandonó. Por mucho que ese hecho le doliese, para ella había muerto una extraña.

—¿Te mudas? —le preguntó Adriana, al ver todo lo que llevaba.

—Todavía no. —Haciendo honor a su edad, la joven había amenazado más de una decena de veces con abandonar el hogar familiar y vivir de... ¿el aire? Porque si algo tenía claro la rubia es que trabajar para ganarse un dinero extra como había hecho Adriana a su edad, no entraba en sus planes—. Voy a casa de Sara para que me ayude a elegir qué me llevo a Londres.

Edelmiro le había contratado un curso de un mes en Inglaterra para que, con la excusa de aprender inglés, Olivia se dejase de quejar cada vez que le decía que no podía seguir llevando un ritmo de vida que, con sus múltiples visitas al centro comercial, dejaba la tarjeta temblando.

—Sigo sin comprender qué tiene que ver tu aventura bilingüe con este dispositivo de bolsas... —
Sonrió para dejar claro que se trataba de una broma y que no se molestase.

Ofender a su hermana pequeña era extremadamente fácil y había que andarse con pies de plomo.

—Tiene que ayudarme a seleccionar qué me llevo, qué dejo y qué cosas necesito comprar —
contestó la joven, poniendo los ojos en blanco, como si su respuesta fuera obvia.

—En tu armario hay ropa con la etiqueta puesta. Seguro que si echas un vistazo, descubres que
tienes todo lo que necesitas.

Olivia era una compradora compulsiva, o eso había deducido Adriana. Pese a tenerlo todo, siempre
necesitaba más. «Insaciable» era la palabra. Sabía que en buena parte era su culpa, porque, para no
escuchar sus pataletas de adolescente, le había consentido demasiado, malcriándola.

—Son de temporadas pasadas, Adriana —contraatacó la joven, como si la idea de su hermana fuese
un auténtico absurdo—. No puedo ir a Londres, a una de las escuelas más exclusivas, y ser la única que
no va a la moda, de estreno.

En realidad iba a una institución asequible, pero con sus aires de superioridad, le habían tenido que
mentir diciéndole que se trataba de una academia cara, para que accediera a ir. Olivia era el tipo de
persona que necesitaba ver el precio antes de decidir si algo le gustaba o no.

—Con lo guapa que eres, no necesitas una falda de cien euros para destacar... ¡Si te llevaste los
mejores genes de los Sierra! —bromeó Adriana.

—No me entiendes... —repuso la chica, ofendida, como siempre que alguien le decía cualquier
cosa, buena o mala, que requería dialogar y argumentar. Ese comentario supuso el fin de una
conversación en la que no hubo despedida. Olivia simplemente entró en el coche y cerró de un portazo.

Mientras se marchaban y Adriana los despedía con un tímido gesto de la mano, reflexionó sobre
cuánto tiempo faltaría antes de que a Olivia se le pasase lo que denominaban edad del pavo. Hizo
memoria y recordó cuando ella estaba en esa misma etapa. Tal vez había sido más rebelde, contestona e
impulsiva que de costumbre, creyendo que el cien por cien de las ocasiones llevaba la razón, pero no tan
inaguantable.

Caminó hasta el merendero. La sombra de los árboles se alargaba hasta el interior de éste, lo que le
permitiría estar más cómoda y no quemarse con los rayos del sol. Tomó asiento y abrió la primera
página. Tenía un ritual cada vez que empezaba un libro. Le gustaba saborear el inicio de las novelas, que
tanto aportaba sobre la trama, con más atención que cuando se introducía en el desarrollo. Leía los
primeros párrafos con delicadeza, embriagándose del primer encuentro de los protagonistas, ese que lo
cambiaba todo.

Deslizó el dedo para pasar de página, cuando oyó que alguien carraspeaba a su espalda. Levantó la
vista y se encontró con Hugo, que la miraba fijamente. No sabía cuánto tiempo llevaba allí antes de
hacerse notar. Era lo extraño y maravilloso que tenía la lectura: la capacidad de evadirse de la realidad y
estar a solas, viviendo a través de los personajes.

La sorprendió no haberse acordado de él, sobre todo después de que su olor se hubiera quedado
impregnado en sus fosas nasales. Todavía se le ponía la carne de gallina cada vez que cerraba los ojos y
sentía de nuevo sus robustos brazos rodeando con fuerza su cuerpo, atrayéndola hacia su hombro para
consolarla.

—Hoy tienes el día libre —anunció, desviando la vista a la página del libro, aunque, sabiendo que
él estaba allí, las letras se difuminaban y no podía prestar atención a la novela—. Mi intención es pasar
todo el día en esta misma postura, hasta que se vaya la luz y no pueda leer. Te aconsejo que hagas un
poco de turismo. Es un sitio muy bonito. Puedes ver Os Ballores, del segundo milenio antes de Cristo, el
Pazo de Rubiáns, el parque Enrique Valdés Bermejo, la plaza de Ravella...

—No es necesario que me enumeres todos los puntos de interés. El móvil y Google son la mejor guía... —Replicó amable, sonriendo y pasándose la mano por la barba rasurada del mentón—. No te quiero entretener. Sólo venía a darte una cosa.

—¿A mí? —se extrañó Adriana, que levantó la vista y trató de descifrar lo que escondía el hombre del cabello alborotado, detrás de aquellos ojos color caramelo que daban la sensación de que se alegraban de haber captado su interés.

—¿A quién si no? —Adelantó una de sus manos, que hasta ese momento tenía a la espalda, y le entregó una bolsa que Adriana no reconoció.

—¿Me has comprado un regalo? —Se levantó de un salto y estiró los brazos para coger la bolsa, pero él la apartó para hacer una observación.

—No es un regalo, es una especie de lección. —Hizo una pausa para que las palabras que iba a pronunciar calasen—. Cuando creas que lo has perdido todo, que está destruido, busca, porque siempre hay algo que rescatar. —Y diciendo esto, le tendió la bolsa, que ella cogió con curiosidad—. Esta mañana he madrugado y he decidido hacer una visita al yate...

Adriana dejó de escuchar las palabras de Hugo en cuanto vio el contenido de la bolsa. Allí estaba toda la documentación de su proyecto de clínica de desintoxicación, intacta, salvada del fuego. Una fotografía cayó de entre los planos y la joven se agachó para recogerla. Tenía los bordes quemados, pero no el centro. Y en ese punto se encontraba lo más importante, Valeria y ella posando, mientras le sonreían a Edelmiro, el fotógrafo.

—También he encontrado esto, pero no cabía ahí. —Le entregó una antigua cámara instantánea.

Adriana la cogió, rozando sus dedos con los de Hugo más tiempo del estrictamente necesario. Él no se apartó del contacto y eso le permitió comprobar que tenía la piel más cálida que había tocado jamás. Emanaba calor.

Observó que la cámara estaba en perfecto estado, con el carrete sin estrenar.

—Valeria me la regaló cuando cumplí veinte años. Me dijo que a partir de entonces ese número no se me olvidaría, porque tenía veinte intentos, ni uno más ni uno menos, para capturar esos momentos que quería recordar el resto de mi vida. —Cambió el tono de voz para poder imitarla—. «Elige instantes que te enseñen que el tiempo es relativo, transformen las horas en segundos y conviertan algo tan sencillo como el roce de unos labios en la sensación que describas cuando alguien te pregunte qué significa ser feliz. Convierte tus recuerdos en algo eterno.» —Hizo una pausa, acariciando la cámara—. Y yo le regalé unas entradas para ver en directo a La Oreja de Van Gogh en Bilbao. Ella tan detallista y yo tan comercial —bromeó.

Tragó para deshacerse el nudo que tenía en la garganta, antes de mirarlo y decir uno de los «gracias» más sinceros de su vida.

Con la fotografía entre las manos, acarició la cara de Valeria. Había temido que llegase el día en que no recordase su mirada, su sonrisa, su melena pelirroja o el modo en que fruncía la nariz siempre que tenía algo emocionante que contar. Pero ahora sabía que eso no pasaría, puesto que siempre podría verla, además en su mejor versión, gracias a la imagen de ambas que Hugo había rescatado. De repente, en su cabeza se encendió una bombilla.

—Hugo, nos tenemos que ir. Tengo una idea —lo apremió, puesto que acababa de darse cuenta de algo de vital importancia.

Adriana se arrodilló en el muelle, mientras metía la mano en el agua fría. La madera estaba ennegrecida por el fuego y los barcos que rodeaban al destruido *Valiente Atlántico* tenían la pintura desconchada y restos de ceniza en su interior. Algunos de los dueños comenzaron a quejarse de la situación nada más verla. Con paciencia, y sin saber si lo que decía era del todo cierto, les dijo que hablasen con su padre, que él lo solucionaría todo.

Tanteó hasta que localizó la cadena del ancla, que sujetaba el yate para que no se lo llevase la corriente. Buscó el doble amarre que colgaba en uno de los laterales. Elevó la sujeción, que no pesaba, ya que ésta no se anclaba al fondo, y la levantó cruzando mentalmente los dedos.

—Valeria y yo teníamos nuestro propio medio de comunicación—le explicó a Hugo, que permanecía a su lado, un tanto confuso por su reacción.

A veces tenía la sensación de que las personas que la rodeaban pensaban que era un poco alocada. No era extraño llegar a esa no tan errónea conclusión si no estaban dentro de su cabeza. Sin embargo, siempre que actuaba, lo hacía por algún motivo. El problema era que, en la mayoría de las ocasiones, no se molestaba en ayudar a los demás a que lo comprendiesen. Pero Hugo se merecía la aclaración, porque sin su ayuda no habría llegado a esa deducción.

—Nos apasionaban las historias de misterio con mensajes encriptados o escondidos en sitios que sólo conocían los protagonistas. —Comenzó a enrollar la cadena en su mano—. No recuerdo cuándo ni cómo se nos ocurrió, pero no íbamos todavía al instituto cuando empezamos a dejarnos notas ocultas, atadas al borde de la doble cadena del ancla. Lo hacíamos en la parte que no quedaba adherida a la arena del fondo.

—Si lo que pretendes es conservar un trozo del metal para recordar el pasado, tal vez necesitaríamos unos alicates o, mejor, una sierra eléctrica para cortar el cable de acero—apuntó Hugo, que, desde donde estaba, seguía sin entender muy bien qué estaba haciendo ella exactamente.

—Ésa no es mi intención. Lo que quiero es comprobar si mi intuición es correcta y estoy en lo cierto o no respecto a una teoría sentimental. Valeria no se quitaría la vida sin dejarme un mensaje más íntimo y personal.

Hugo arqueó las cejas, comprendiendo la situación. Adriana lo había visto claro desde el momento en el que él le había entregado las pocas pertenencias que se habían salvado del incendio. Tal vez su melliza no hubiera tenido unas últimas palabras para todos, pero sí para ella. Estaba segura, del mismo modo que sabía que, de ser cierta su teoría, ese escrito se encontraría allí.

Tiró con fuerza y arrastró la parte de la cadena que no estaba anclada hasta el muelle. Cerró los ojos e inspiró profundamente antes de enfrentarse a la realidad. Era todo o nada. Leer un adiós que anunciaba la marcha de Valeria o descubrir que su separación ya era un hecho y no quedaba nada más que decir.

Tal como sospechaba, en el extremo había una botella atada con una cuerda y, en su interior, un folio enrollado. Intentó quitar el tapón, pero no pudo. Las manos le temblaban de los nervios y sentía cómo su corazón se aceleraba como un potro desbocado, tratando de escapar de su pecho.

—Te ayudo—dijo Hugo, cogiendo la botella para quitar el corcho—. Supongo que querrás estar sola. Me apartaré un poco para dejarte intimidad. Si necesitas mi ayuda, sólo tienes que llamarme.

—Lo haré. De hecho, tú y yo tendríamos que buscar una especie de palabra o frase secreta para poder comunicarnos sin que nadie más se entere—bromeó, dilatando el momento en que leería las últimas palabras de su hermana.

—Has visto demasiadas series de televisión, Adriana—repuso él sonriendo, pues comprendía que la actitud de ella se debía a que buscaba una excusa para retenerlo y no enfrentarse a la realidad—. Tú grita mi nombre y, antes de que hayas terminado de decirlo, estaré a tu lado.

—¿Siempre?

—Bueno, si decides convocarme en mitad de la noche, fuerza más las cuerdas vocales y dame unos minutos para recorrer la distancia que nos separa.

Tal como le había dicho, se alejó unos metros y se sentó con tranquilidad en el borde del muelle, mirando al infinito. Desde su perspectiva, Adriana pensó que cualquiera que pasase por allí entonces lo confundiría con un modelo que posaba para promocionar los trajes de una lujosa marca de ropa italiana. Negó con la cabeza, sin poder creerse las tonterías que inundaban su mente antes de un episodio tan trascendental como ése.

Acarició el folio y lo desenrolló hasta distinguir la pulcra letra de Valeria. Tomó aire y notó que la congoja regresaba antes de ponerse a leer.

¿Sorprendida, pack?

Si lees esto, y no lo haces porque yo te lo confieso mientras terminamos con el surtido de cervezas de Estrella Galicia de todos los bares del puerto, ¡yo sí que estoy impresionada y conmovida a partes iguales, de que sigas realizando nuestros viejos rituales!

No, ahora en serio. Sé que he sido una pésima hermana y que os he hecho tanto daño que no lo podría enmendar ni aunque me pasase meses pidiendo disculpas sin parar. Lo único que puedo decirte es que llevo los últimos dos años intentando corregir lo que estropeé, acudiendo a una clínica de desintoxicación con la única meta de curarme, para regresar sin ser una persona que destroza a todo el que la rodea. Recomponer las piezas hasta volver a ser un ser humano y, sólo en ese instante, concederme el mayor anhelo: estar de nuevo con vosotros.

Y, según me han confirmado hace una semana, todo el sacrificio y las horas de terapia han dado su fruto y estoy limpia. Todavía me queda un camino muy largo. Cada día será una batalla contra el síndrome de abstinencia, pero me he entrenado y sé que puedo vencerle.

Esta noche comienza mi nueva vida, esa que prometo dedicar a compensaros por todo lo que habéis sufrido. Pero antes tengo que solucionar un pequeño problema con el que me he encontrado sin esperarlo nada más llegar.

Como te digo, soy consciente de que no vas a leer esta nota, de la misma manera que estoy segura de que no voy a poder explicar todo lo que siento cuando te tenga delante. Por este motivo lo he escrito, para bajar mañana contigo al Valiente Atlántico y obligarte a que leas lo que no puedo expresar con palabras.

Te quiere, tu pack.

Valeria

P. D.: Resérvame el verano en tu agenda, tenemos que ponernos al día de tantas cosas...

Adriana se quedó paralizada. No era en absoluto lo que esperaba. El mensaje de Valeria no era una despedida, era un saludo.

Ramón, el policía nacional que custodiaba la entrada de la comisaría, debió de verla tan alterada y decidida, que la dejó entrar sin preguntar cuál era el motivo de su visita. Adriana había tratado de localizar a Edelmiro y su secretaria le había comunicado que estaba con el comisario, por lo que no lo había dudado ni un momento y se había dirigido con Hugo directamente allí.

Estaba impaciente por mostrarles el descubrimiento a todos. El mensaje cambiaba por completo la versión de la muerte de Valeria. Estaba segura.

No llamó a la puerta educadamente, sino que la abrió, convencida de que su información era bastante más valiosa que cualquier formalismo. Edelmiro y el comisario Tomás, que estaban enfrascados en su reunión semanal, en la que se dedicaban a analizar las operaciones llevadas a cabo por los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, levantaron la vista de los expedientes, un tanto desconcertados por su visita no programada.

—¿Ha pasado algo? —se alarmó Edelmiro.

—Sí —confirmó ella—. Tenéis que ver lo que he encontrado. —Y les tendió el mensaje, antes de que su padre sacase falsas conclusiones que lo condujesen directamente a Lidia. Todos estaban preocupados por cómo ésta encajaría aquel duro golpe, con su personalidad frágil y débil.

—¿Qué es esto? —Enarcó una ceja, poniéndose las gafas.

—La prueba que necesitaba para poder asegurar que Valeria no se suicidó —afirmó Adriana, con una seguridad que obligó al sabueso de Tomás a colocarse detrás de Edelmiro y leer la nota con rapidez.

—¿Dónde estaba? —preguntó el comisario, que también se había puesto las gafas de media luna, que le otorgaban un aspecto más profesional.

Adriana siempre había pensado que las personas que ostentaban cargos tan importantes debían tener un aura de solemnidad, prestigio y poder que inundara cualquier estancia en la que estuvieran. Sin embargo, Tomás no imponía. Era menudo, delgado y algo desgarrado. No obstante, pese a su apariencia inofensiva y algo vulgar, era toda una eminencia en su campo. Expertos y veteranos de toda España no dudaban en afirmar que se convertiría en uno de los comisarios más influyentes del cuerpo.

—En el yate.

—Creía que lo habían acordonado tras el incendio —comentó confuso, ya que él mismo había dado la orden.

—No exactamente en el barco, sino oculto en la cadena del ancla —explicó Adriana y Tomás asintió conforme. Ese nuevo dato le encajaba más.

Ella comenzó a caminar arriba y abajo. Con el rabillo del ojo, pudo ver cómo los policías habían cesado en sus labores, para curiosear, con poco y mal disimulo, sobre lo que estaba sucediendo en el despacho de su jefe. No los culpaba, su entrada teatral había dado pie a esa reacción.

—Ya he terminado —anunció Tomás.

—¿Y bien? —preguntó alterada Adriana, que veía en ese texto la prueba irrefutable de que la muerte de su hermana no se debía a un suicidio.

—Lo estudiaremos.

—¿Estudiar? —Elevó el tono de voz mucho más de lo que pretendía. Esperaba una respuesta más contundente por su parte—. ¡Tienes que abrir una investigación ahora mismo! —ordenó a todas luces molesta.

—Adriana, deberías calmarte —repuso con tono amable pero autoritario el comisario.

En otras circunstancias, y si ella no hubiera sido la hija del alcalde, no le habría permitido hablarle así. Tal vez también influía el hecho de que era amigo de los Sierra desde que ella recordaba. Había visto crecer a Adriana y le despertaba simpatía, pero no hasta el punto de dejar que le restara autoridad.

—¿Calmarme? ¿Es que acaso no lo ves? Valeria no tenía intenciones de matarse. Se había curado y regresaba a casa. Este mensaje demuestra que hay algo turbio en su fallecimiento y como policía tienes que descubrir de qué se trata. —Le recordó sus funciones por si las había olvidado, un detalle que no le gustó demasiado a Tomás, que estaba esforzándose por no perder la paciencia.

Uno de los defectos de Adriana era que nunca se daba cuenta de cuándo una batalla estaba perdida. Luchaba hasta el final, aunque ya no hubiese nada que rescatar. Así pues, se acercó a donde estaban Edelmiro y Tomás y golpeando con el dedo índice en el folio, señaló:

—¿Lo ves? Aquí dice que se encontró con un pequeño problema. ¿Y si no era tan insignificante? — Buscó la mirada cómplice de Edelmiro. Él la tenía que apoyar en eso. Descubrir la verdad si había algún resquicio de duda era su deber como padre—. Díselo tú —le espetó—. Eres el maldito alcalde de Vilagarcía. ¡Utiliza tu cargo para que indaguen sobre el asesinato de tu hija!

Cuando se exasperaba, eliminaba el filtro mental y decía lo primero que se le pasaba por la cabeza. Tal vez había exagerado las conclusiones que había sacado al leer la nota. Sin embargo, lo había dicho en voz alta y ahora no había marcha atrás. Era una posibilidad tan válida como cualquier otra.

—¿Qué dices? ¿Asesinato? Adriana, creo que estás yendo demasiado lejos.

Entonces, el rostro de Edelmiro se ensombreció. Parecía que le resultaba mucho más fácil de asimilar que su hija se hubiese quitado la vida que barajar la posibilidad de que alguien se hubiera atrevido a matarla.

—Pues yo no lo veo así —dijo Adriana—. Es más, creo que hoy estoy más cerca de la verdad que ayer. —Y se cruzó de brazos a la defensiva.

—Ya te han dicho que lo van a estudiar...

—Son palabras vacías y lo sabes. Sin una investigación el caso se archivará antes de que termine esta semana. —Sacudió el folio delante de Edelmiro—. ¡Léelo de nuevo, hazlo! «Cada día será una batalla contra el síndrome de abstinencia, pero me he entrenado y se que puedo vencerle», ¿crees que diría eso para drogarse unas horas después y tirarse al mar? ¡No tiene sentido!

—¿Acaso sería la primera vez que actuase de una manera incomprensible? ¿Cuántas veces prometió que todo había acabado, para terminar inconsciente en una cuneta? ¿Cuántas? —Elevó el tono de voz. El eco de su pregunta acusadora resonó en la comisaría. Lo peor es que era cierto.

—En esta ocasión es diferente. —Adriana bajó el tono, recordando las mentiras de Valeria durante años. Engaños que les devolvían la esperanza durante unas horas, en el mejor de los casos, días, para luego quitársela de golpe.

—¿Por qué? Dame un solo argumento.

—Simplemente lo sé. Ella os mentiría a vosotros, pero no a mí. No tenía necesidad.

—Si es así, Tomás lo descubrirá.

—No si no le dan la importancia que tiene. Te lo suplico, ordena que abran una investigación.

—No —sentenció su padre, dando por finalizada la discusión—. Confío en su criterio profesional. Yo no soy nadie para decidir cómo deben estudiar este caso. No podría ser imparcial ni objetivo. Tú tampoco. Lo dejo en sus manos.

—¿Ésa es tu última palabra? —preguntó, consciente de que una vez que Edelmiro tomaba una decisión, nada ni nadie podía hacer que cambiase de opinión.

—Sí.

—Entonces tendré que buscar la justicia por mi cuenta.

—Si me vas a amenazar como una niña de quince años, sólo puedo pedirle a Hugo que te trate como tal e incremente la vigilancia de cada uno de tus movimientos. —Se dirigió al escolta, que asintió.

Hugo había tenido que realizar en un día un trabajo para el que, disponiendo del plazo de tiempo adecuado, habría empleado un par de semanas. Todavía desconfiaba de las intenciones que habían llevado a Adriana a decidir, a última hora, que necesitaba marcharse para «desconectar» a la Isla de la Toja, a unos cincuenta minutos de Vilagarcía. La mujer tramaba algo, estaba convencido.

Esas vacaciones improvisadas habían obligado a Hugo a pasarse una noche sin dormir, recopilando los planos de las plantas, habitaciones y salones del Hotel Balneario Hesperia, donde se hospedaban, analizar las vías de evacuación, el sistema contra incendios, las escaleras y salidas de emergencias y el pasado de los empleados. Por lo menos, no había encontrado nada sospechoso que complicase las cosas.

Pero, y eso era lo más incómodo, esa semana, en la Isla de la Toja se celebraba un congreso de una empresa farmacéutica, que había convocado a periodistas de los medios de comunicación más influyentes en el sector a ese mismo parador, por lo que éste estaba lleno y él tenía que compartir habitación con la joven, una suite en la última planta, con salón, baño y dos dormitorios separados únicamente por una puerta. Ya no era sólo que no le pareciese profesional dormir en una cama a pocos metros de su protegida, en la misma y lujosa estancia, cosa que no le había ocurrido nunca, sino que le resultaba complicado resistirse a las provocaciones de ella.

Adriana tal vez no fuera consciente de ello, pero esa misma noche, antes de marcharse al casino, había salido de la ducha y había ido al salón común con una simple toalla blanca cubriéndola y el pelo empapado mojando su cuerpo. Hugo había tenido que reprimir el instinto que lo invitaba a olvidarse de su cometido, cogerla mientras ella le rodeaba con sus piernas y, con la mano hundida en su cabello, penetrarla hasta saciar ese deseo irremediable que crecía cada vez que su olor lo invadía.

Él no era una estatua tallada en mármol y Adriana era demasiado bonita como para poder permanecer indiferente. Aunque nadie podía negar que Hugo disimulaba a la perfección.

La tentación no había disminuido cuando ella se había vestido. Había elegido un vestido largo atado al cuello, rojo satén, a juego con sus carnosos y apetecibles labios, con la espalda al descubierto, dejando a la vista sus curvas, insinuando el paraíso que se hallaba debajo de aquella tela.

Él no era el único que estaba impresionado con su belleza, lo podía ver en la cara de los hombres de todas las edades presentes en el casino de La Toja, que se volvían a su paso y lo envidiaban, suponiendo que era su pareja.

Se detuvo a observar a aquellos cuyo rango de edad estaba comprendido entre los dieciocho y los treinta. Éstos lo interpretaron como celos o posesión. Sin embargo, Hugo los analizaba porque era consciente de que la mayoría de los atentados los cometía gente joven que utilizaban las chaquetas, cazadoras o bolsas para camuflar las armas.

Adriana se detuvo en la barra, donde los más afortunados invertían en cócteles el dinero ganado y los que habían perdido más de la cuenta ahogaban sus penas en alcohol.

—Te invito a una copa —dijo ella, abriendo su pequeño bolso de mano.

—Estoy de servicio —le recordó Hugo.

—Eso tiene fácil solución, te doy la noche libre. ¿Qué quieres? —Enroscó en sus dedos el único mechón que quedaba fuera de su recogido, un moño bajo que le daba un aspecto formal y elegante.

—Me temo que tú no eres mi jefe —señaló Hugo—. Además, no me gusta mucho beber. —En su profesión, tenía que estar siempre alerta. Nunca sabía cuándo iba a necesitar todos sus sentidos. Por este motivo, el alcohol era una de sus prohibiciones personales.

—¿Ni una copa? ¿No disfrutas de esa sensación de desinhibirte y poder hacer lo que sea? ¿Actuar con los instintos de un animal, con la excusa de que licor tiene la culpa, cuando se trata de tu propio deseo personal?

—No necesito emborracharme para satisfacer mis apetitos. Disfruto más cuando soy plenamente consciente de mis actos.

Adriana se encogió de hombros e hizo un gesto para llamar al camarero, que acudió enseguida, ignorando a dos hombres que llevaban más tiempo esperando. Éstos iban a quejarse, hasta que vieron el escote de la mujer y decidieron que era mejor observarla con ojos lascivos.

—Una caipiroska de fresa.

—¿Y para el señor?

—No tomaré nada. Alguien tiene que asegurarse de que la señorita no acaba apostando el coche en una mesa de póquer.

—No me tientes... —amenazó ella, antes de esbozar una pícaro sonrisa.

El camarero asintió y trajo la bebida de Adriana.

—Si te preocupa que sufra un ataque de ludopatía, puedes estar tranquilo, no he venido a jugar —puntualizó ella, yendo con su copa hacia una pequeña terraza lateral, junto a una puerta acristalada, desde la que se podía ver a un lado el aparcamiento y, enfrente, la ría.

El único sonido que se oía era el del agua chocando contra el muro de piedra que rodeaba la isla. Como telón de fondo tenían O Grove. Enmarcada por un paisaje marino repleto de barcas y destellos plateados en la marea, la ciudad estaba coronada por una serie de montañas en las que se podía distinguir, gracias a la luz de la luna, todas las tonalidades de verde, más oscuro en la copa de los árboles y más claro en el césped de las praderas.

—Viendo los precios... creo que has elegido un mal lugar para tomar copas...

—Te equivocas. Nunca dejo nada al azar. He seleccionado el sitio idóneo para encontrar exactamente lo que busco —contestó misteriosa, mordiendo la fresa natural que iba en la bebida.

Hugo iba a preguntarle a qué se refería, cada vez más seguro de que Adriana tenía algún motivo oculto para aquella escapada, cuando siguió la dirección de su mirada. Un Rolls-Royce blanco acababa de entrar en el aparcamiento. Su olfato para detectar personas que podían acarrear problemas se activó. La porte de gángster, tal vez imitada del cine, del ocupante del asiento trasero, que llamaba más la atención que el propio vehículo, fue la pista definitiva.

«Un mafioso nunca está de vacaciones, si se encuentran con uno, es que está tramando algo», recordó Hugo las palabras de uno de sus superiores cuando ingresó en la academia de policía.

El hombre, que vestía un traje blanco de dos piezas, camisa negra y sombrero, entró en el casino seguido de un par de jóvenes, que por su porte debían de ser sus secuaces, una especie de guardaespaldas que lo protegían. Adriana lo observó, siguiéndolo con la mirada, hasta que entró en la sala de la que ellos habían salido unos minutos antes.

Bebió un largo trago de su caipiroska y fue detrás de él.

—¿Adónde crees que vas? —Hugo la sujetó del brazo, intuyendo sus intenciones pero sin comprender sus motivos.

—A hablar con el culpable de que esta noche estemos aquí —contestó, tratando de zafarse, pero él era más fuerte.

—Creía que necesitabas desconectar.

—Y yo que eras inteligente y no creerías esa absurda coartada, fabricada para Edelmiro. No podré desconectar hasta que no descubra la verdad. Si para ello tengo que hablar con el maldito capo de las Rías Baixas, créeme cuando te aseguro que lo haré.

—No si yo te lo impido.

Adriana estaba yendo demasiado lejos y él no lo podía permitir. Era un cordero que se metía voluntariamente en la boca del lobo. Autoritario y serio, se inclinó hasta colocarse a su altura, con un palmo de separación entre ambos, para tratar de intimidarla.

—Además —añadió—, Tomás ya se está encargando del asunto.

—En primer lugar, tú no eres nadie para decirme lo que tengo o no tengo que hacer. —En vez de amedrentarse, le hablaba orgullosa, sin apartar la mirada de sus ojos, con seguridad y convicción—. Y en segundo —se deshizo de su agarre—, ambos sabemos que entre lo que va a hacer el comisario y nada no

hay diferencia. Si quiero llegar a alguna parte, no me queda más remedio hacerlo por mí misma.

—Mañana mismo informaré a tu padre de este suceso —la amenazó Hugo.

—Hazlo —lo animó ella—. Pero yo ya tendré la información.

Lo sorteó, retándolo con sus ojos negros, que esa noche, con unas pestañas infinitas, parecían más grandes. Hugo, que se consideraba una persona paciente y que siempre lo tenía todo bajo control, notó cómo un brote de agitación, amargo como la bilis, le subía desde la boca del estómago.

Estaba molesto con ella y su manera irracional de actuar, ignorando la importancia de su trabajo y sus indicaciones. Estaba acostumbrado a trabajar con personas que lo escuchaban y seguían sus consejos, pero aquella mujer era diferente. Tenía sus propias convicciones, voluntad y una buena dosis de carácter. No era una oyente pasiva, sino un huracán activo. Le irritó ver cómo, con soberbia y sin bajar la cabeza o pestañear, se dirigía rumbo al encuentro del hombre del Rolls-Royce con determinación, sin importarle lo que él pudiese opinar.

Y, sin embargo, contradictoriamente, por primera vez en mucho tiempo, Hugo volvió a sentirse vivo, desconcertado por cómo haberse exasperado con ella había hecho latir de nuevo su corazón a un ritmo frenético que creía desaparecido.

Adriana caminaba veloz, decidida, como quien está llevando a cabo una misión previamente ensayada. No se detuvo ante el cordón de seguridad que separaba la zona vip del resto y fue directa a la mesa a la que el hombre del Rolls-Royce se había sentado y ahora observaba el jaleo de su alrededor, disfrutando en soledad de una botella de Moët & Chandon.

—¿Puedo acompañarte, Santiago? —preguntó ella, tomando asiento, antes de que éste aceptase.

Los secuaces del hombre se percataron de su osadía y fueron a su encuentro como perros guardianes. Hugo tuvo que intervenir y ponerse en medio, rozando con los dedos la culata de la pistola por si era necesario emplearla.

El tal Santiago, que, según pudo ver, tenía aspecto de campesino curtido al sol, hizo un gesto con la mano a sus hombres restándole importancia al hecho y éstos, visiblemente molestos, se dispersaron. No así Hugo, que permaneció cerca y atento a Adriana, cada vez más convencido de que ese acercamiento no había sido una buena idea.

—Nunca le niego un trago a una mujer con unas piernas tan largas que te invitan a perderte entre ellas. Y menos si eso me permite conocer a la mediana de los Sierra. Adriana, ¿no? —Saboreó su nombre, dejando constancia de que conocía su identidad.

—Sí, me alegra que mi popularidad haya llegado a La Toja —dijo, y sonrió con suficiencia. No le temía en absoluto.

Santiago se tomó su tiempo para analizarla de arriba abajo. Sus gestos, su expresión y su postura.

Hugo se percató de que era el tipo de hombre de pocas palabras y mirada penetrante. Si Adriana quería que le revelase algo, lo tenía complicado. Conocía a la gente como él. Personas de honor, cuyo código más sagrado era el del silencio. Narcotraficantes fieles a sus principios, que, por otra parte, mataban sin parpadear y a quienes la tortura de un semejante jamás les quitaba un minuto de sueño.

—Imagino que no has venido aquí a jugar. —Le sirvió una copa de champán.

—En realidad, venir a este casino era la excusa para hablar contigo —contestó ella, dejando claras sus intenciones. No había ido allí a jugar con él una figurada partida de póquer hablando con sutilezas y guardándose un as en la manga. En su primera intervención, había colocado ya las cartas sobre la mesa—. Todo el mundo conoce tu afición a la ruleta los fines de semana.

—Yo y mis rutinas, que un día me matarán —bromeó Santiago—. ¿Y en qué puedo ayudarte, si se puede saber?

—Claro que se puede. Si no fuera así, no estaría aquí.

—Clara, directa, sin rodeos. Me gusta. Te escucho.

—Necesito información sobre una persona.

—Intentaré ayudarte, aunque, como comprenderás, dado mi negocio no acostumbro a desvelar datos importantes. Mucho menos a la hija de un alcalde que persigue sin motivo aparente a un hombre que nunca se ha saltado ni siquiera un semáforo.

Hugo sabía que eso era cierto. Los grandes capos no daban nunca un paso en falso. Ellos no eran la mano ejecutora de los delitos y se guardaban mucho de cometer alguna infracción que pudiese dar pie a la policía a detenerlos.

—No me interesa tu trabajo ni el juego del gato y el ratón que te llevas con Edelmiro. Eso se lo dejo a él. A veces creo que os necesitáis el uno al otro para que vuestra vida resulte más gratificante. No existen héroes sin villanos —puntualizó, para dejar claro que por ahí no iban los tiros—. Mi interés tiene nombre y apellido: Rodrigo Falqué, la pareja de mi hermana Valeria. Quiero localizarlo y tener una conversación con él.

Hugo memorizó el nombre para indagar en su ordenador en cuanto tuviese la oportunidad.

—Una triste noticia lo de Valeria. —Si bien no sonaba sincero, tampoco parecía que quisiera burlarse de la muerte de la melliza de Adriana—. Ella no trabajaba con nosotros, pero él sí lo hizo. Hasta que la policía lo soltó por falta de pruebas demasiado pronto, señal inequívoca de que se había convertido en un chivato que ya no tenía espacio entre los míos —explicó.

—Eso no quiere decir que no lo tengas localizado, o puedas encontrarlo si te lo propones —contraatacó ella, tomando un sorbo de champán.

—¿Y qué ganaría con eso? El altruismo no forma parte de mi naturaleza.

—Nunca ha sido mi intención pedirte algo apelando a tu buena fe. No soy tan ingenua.

—¿Tienes algo que ofrecerme?

—No voy a pagarte, si es a lo que te refieres. Sin embargo, quiero contarte un detalle que te podría interesar. La muerte de Valeria no fue un suicidio, sino un asesinato, o esa hipótesis se está barajando.

Hugo tuvo que reprimir el impulso de tapparle la boca y obligarla a que lo acompañase de vuelta a su habitación en el hotel.

—No tenía constancia de eso. Mis fuentes siempre han señalado un suicidio como causa de la muerte.

Esas fuentes sólo podían provenir de dentro de la comisaría. Hugo sabía que más o menos antes de la Operación Nécora había cierta permisividad con los delincuentes por una parte de las fuerzas de seguridad que estaban compradas, pero creía que actualmente ese problema ya estaba solventado.

Su vena investigadora, esa que a partir de una llamada sospechosa podía destapar una red de narcotráfico, comenzó a bombear sangre.

—Ésa es la versión oficial, pero hay algo más. —Adriana esperó que la expresión de Santiago cambiase. No lo hizo. Como buen jugador, sabía disimular muy bien sus cartas—. Además, su muerte no es lo que te atañe. No creo que tú la mates, pero sí que te van a inculpar.

—¿Qué argumentos y pruebas tienes para esa afirmación?

—Al día siguiente quemaron nuestro yate y en un lateral del casco habían pintado con espray «La deuda se hereda, la sangre lo paga». Creo que tú tienes los derechos de autor de esa frase.

—¿Y quién querría hacer eso?

—No lo sé. Nuevas generaciones que se quieren alzar con el poder quizá. Esa búsqueda te la dejo a ti. En este sentido, te puedo ofrecer mi silencio por Rodrigo Falqué. No le he contado a la policía ese detalle que los guiaría directamente a ti y te obligaría a estar unos meses soportando una vigilancia extrema.

—¿Cómo estás tan segura de que no lo hice yo?

—Porque fue una chapuza. Si no llegamos a tiempo, ni lo habríamos leído. Tú eres un hombre metódico y disciplinado. Si hubieras querido que lo viéramos, lo habrías pintado en una superficie que no se consumiese con el fuego. Fue un imitador poco inteligente e inexperto en el arte de amenazar. Exactamente el perfil de una persona que obliga a escribir una nota de suicidio sin vigilar que mi hermana no se hubiese comunicado previamente con nosotros, como en efecto hizo. Tú eres un profesional.

—Me halagas.

—No es lo que pretendo. Lo único que quiero es que me digas dónde puedo encontrar a Rodrigo y, ya de paso, que investigues el suceso con tus medios. También, si es posible, me gustaría que si te enteras del nombre del autor más deprisa que yo, me informes. Dejo a tu elección que lo hagas antes o después de aplicar la justicia con tus propios métodos.

Santiago se recostó en el sofá y meditó.

—Vivimos tiempos muy confusos en las rías. Época de cambios. Nuevas generaciones, como tú dices. —Hizo una pausa—. Mañana ven a las nueve a mi casa. —Le tendió una tarjeta con la dirección—. Te facilitaré el domicilio de Rodrigo y te dejaré que hables con él antes de que lo haga yo.

—Así lo haré.

Adriana se puso de pie, dando por finalizada la conversación. Santiago la imitó y le estrechó la mano. Tenían un trato.

—De haberte conocido antes, habría intentado captarte. Las personas que transmiten pasión siempre tienen un hueco en mis filas —dijo el hombre.

Adriana asintió y se marchó, con Hugo pisándole los talones. El viaje a casa fue silencioso. Ella estaba satisfecha, meditando su próximo paso. Por su parte, él daba vueltas a la conversación de la que había sido testigo. ¿De verdad alguien intentaba inculpar a Santiago? ¿Con qué objetivo? Algo se estaba cocinando en Vilagarcía y cada vez sentía más el impulso de intentar averiguarlo.

—¿Por qué no me dijiste que habías leído el mensaje del yate? —rompió Hugo el silencio, nada más cerrar la puerta de la habitación y entrar en el salón de la suite.

—Tú también lo viste, ¿verdad? Ambos estábamos allí. No creí que fuera de especial relevancia decírtelo.

Adriana se dirigió al tocador y comenzó a quitarse los pendientes mirándose al espejo, con la puerta de su cuarto abierta de par en par.

—No para mí, pero sí para contárselo a un mafioso.

Con la adrenalina dominándolo, no lo pensó dos veces y entró detrás de ella.

—Entre tú y yo —comenzó Adriana, mirándolo a través del espejo, Hugo se había situado detrás, como si fuera una prolongación de ella—, no le he dicho nada nuevo. Todo el mundo sabe que están intentando involucrarlo en las amenazas a mi familia desde hace semanas, ya con la primera nota. Es demasiado evidente. Simplemente he utilizado lo que es vox pópuli para forzarlo a que me ayudase, nada más.

—Pactar con un capo no es algo sin riesgos.

—Utilizaré los recursos necesarios para averiguarlo todo. Me da igual tener que compartir camino con el mismísimo diablo si eso me ayuda a esclarecer lo que le sucedió a Valeria.

—Hay otras maneras mucho más legales, eficaces y seguras.

—¿Cuáles? —Se volvió hacia él para poder mirarlo directamente—. Dime una, porque, me creas o no, ésta era mi última baza.

Lo esquivó para coger la maleta, que todavía no había deshecho. La colocó encima de la cama y buscó su pijama.

—Yo. Podrías haber confiado en mí.

—¿En ti? ¿Y que informes a mi padre? —Enarcó las cejas—. No, gracias. Dejo que mis niñeras me cuiden, pero no las involucro en mi vida —añadió, evidentemente molesta por la anterior amenaza de Hugo.

—Creía que eso te detendría. Una equivocación, puesto que mis palabras han tenido el efecto contrario, te han animado.

—Si buscas que confíe en ti, amenazarme no es el método más adecuado.

Le dio la espalda y se dirigió al cuarto de baño para cambiarse.

—Y si tu intención es que la gente te tome por adulta y haga caso de tus teorías, presentimientos o sexto sentido, deberías actuar como tal y no como una niña de quince años, que, tras una rabieta porque no le hacen caso, decide ir directa a meterse en la boca del lobo. Creía que habías abandonado ese tipo de comportamiento tan impulsivo e irracional en el cambio de la adolescencia a la madurez.

Adriana quiso contestarle algo, pero no encontró las palabras.

—¡Mierda! —exclamó, con la cabeza inclinada hacia atrás. Se le había enganchado el colgante entre el pelo y el cierre del vestido—. ¿Podrías ayudarme, aunque nos encontremos en medio de una apasionante discusión?

Hugo puso los ojos en blanco, dirigiéndose hacia donde estaba. Esa mujer lo ponía de los nervios. Todo un logro para alguien tan calmado como él.

—No te muevas, por favor —gruñó, incapaz de deshacer el nudo si no se estaba quieta.

El pelo se le había enredado en el cierre del vestido y la única solución era tratar de soltarlo y luego desenredar el colgante. Le pasó la mano por la espalda y notó que se ponía tensa, dando un pequeño respingo, con el vello de punta. Su piel era suave al tacto. Hugo pensó lo placentero que sería acariciarla de arriba abajo y se preguntó si su sedosidad y delicadeza harían que sus rudas manos, curtidas en el trabajo, se suavizasen y así no dañasen un cuerpo que sólo podía calificar como exquisito.

—¿Estás muy enfadado? —preguntó Adriana volviendo la cabeza y mordiéndose el labio de un modo inocente.

—Estoy molesto. Para que me enfade necesitas hacer mucho más —le aclaró. Ella lo sacaba de sus casillas, hacía que olvidase cuál era su función y que desease algo que sabía que tenía prohibido, pero después de todo lo que había vivido, para enfurecerlo se necesitaba algo bastante más grave.

—Lo siento. Ojalá me hubieras conocido en otras circunstancias... pero estoy perdida y desesperada, me siento como un barco a la deriva.

Hugo consiguió deshacer el nudo y Adriana tuvo que sujetarse el vestido por la parte delantera para que éste no cayese al suelo, dejándola completamente desnuda. Había duda en sus ojos mientras apretaba la tela contra su pecho, como si una parte de ella se estuviese planteando qué pasaría si se quedaba expuesta ante el escolta.

—En ese caso, si quieres yo puedo ser tu brújula. Hazme partícipe de tu vida, Adriana, con tus miedos e inquietudes, y me convertiré en un matemático que pasa las noches en vela para solucionar tus problemas.

Con la otra mano, ella se soltó el moño, dejando que su cabello cayese como una cascada ondulada, enmarcando su cara. Lo que él acababa de decir la había dejado muda, con ese tipo de silencio más elocuente que las palabras.

—Está bien. Estoy segura de que juntos formaremos un buen equipo. —Su mirada la traicionó desviándose hacia la cama—. Entre tú y yo lo mejor está por llegar —añadió, antes de entrar en el cuarto de baño.

Salió a los pocos minutos, con el sencillo pijama de verano puesto. Era de dos piezas, un pantalón corto azul y una camiseta de tirantes blanca de Mickey Mouse y Minnie que le daba un aire infantil y gracioso. Se lanzó a la cama, rebotando en el colchón.

—¿Te importa si apago la luz? Estoy agotada.

Bostezó y Hugo se dio cuenta de que lo estaba echando de su cuarto. En realidad no sabía por qué todavía estaba allí. Ya no tenía ningún pretexto.

—No —repuso avergonzado—. Hago una llamada y yo también me voy a dormir.

Adriana asintió y se colocó de tal modo que sus extremidades ocupaban toda la cama de matrimonio.

Pese a estar agotado, en lugar de irse a la cama, Hugo salió a la terraza, que se comunicaba con el salón y la habitación de la mujer, y se apoyó en la barandilla. Desde allí podía ver la piscina rodeada de césped del hotel y, más allá de ésta, la Casa de las Conchas y la frondosa vegetación de La Toja, con el mar invadiendo sus límites. La luz de la luna acentuaba el contraste entre el verde y el negro salvaje del océano. Sacó el móvil y marcó un número que se sabía de memoria.

—¿Hugo? —preguntó extrañado su antiguo compañero Pablo, al otro lado.

Hugo llevaba mucho tiempo sin ponerse en contacto con él, pese a que su relación siempre había sido como la de dos hermanos. No podía ser de otra manera, después de que en numerosas ocasiones su vida hubiera dependido del otro en los dispositivos y operaciones.

—El mismo. Espero no haberte despertado. —Consultó su reloj de pulsera y vio que era la una de la madrugada.

—Para nada. Ya sabes que nosotros no somos de sueño fácil —añadió Pablo—. Me han contado que estás por mi tierra.

—Sí, estoy en Galicia, aunque en las rías, no en Fonsagrada. —Era la ciudad de su amigo—. Ya sabes que quien tiene que enseñarme la mejor pulpería de la comunidad eres tú.

Durante las interminables horas de vigilancia, Pablo siempre le hablaba del pueblo en el que se había criado, una de las localidades más elevadas de Lugo, donde, según su modesta opinión, hacían el mejor pulpo de toda Galicia.

—¿Y qué tal te trata la vida de escolta? —preguntó educado, puesto que sabía que Hugo no estaba allí por placer, sino por obligación y, en cierta medida, como castigo.

—Es bastante tranquila. Poca acción.

—Será temporal. Ya sabes que te necesitamos aquí.

—Gracias, pero eso no es del todo cierto.

Hugo no quería alimentar falsas ilusiones sobre que regresaría. Si se anclaba en el pasado, corría el peligro de no vivir en el presente.

—¿Y a qué se debe esta llamada? Porque quieres algo, ¿verdad?

—Sí. —Era tontería mentir o dar rodeos. Sabía que le debía un telefonazo para ponerse al día de sus vidas, pero ése no era el motivo de la llamada—. Tengo que pedirte un favor.

—Dispara —contestó Pablo extrañado, puesto que Hugo no era de los que pedían favores, pese a que los hacía constantemente.

—Necesito que me localices a un hombre. Se llama Rodrigo Falqué. Estuvo en prisión y puede que colaborase con nosotros para obtener la libertad.

—Dame un par de días.

Hugo agradeció que no le preguntase el motivo ni le pidiera explicaciones.

—Gracias. ¿Estás por Madrid? —Sabía que su excompañero no podía dar datos sobre su destino, pero aun así no pudo evitar preguntarle.

—Ya sabes cómo funciona esto. Hoy sí, mañana no lo sé. Vivo atado a un móvil que decide mi destino a través de escuetos mensajes de texto.

Hugo asintió, recordando que no hacía mucho tiempo ésa era también su vida.

—Pues si uno te trae hasta aquí, déjame que te invite a una buena mariscada.

—¡Eso está hecho! Pero el sitio lo elijo yo. A los madrileños os timan con cualquier langosta o bogavante de tres al cuarto —bromeó Pablo, mientras al fondo se oía la voz de Carolina, su pareja—. Te tengo que dejar, que desde que la parienta está embarazada, sufro el ataque nocturno del antojo. Si la despierto, tengo que llevarle enseguida unos pepinillos en vinagre si no quiero que mi futuro hijo nazca con una marca en el cuerpo.

—Salúdala de mi parte y pídele perdón si os he molestado. La verdad es que no he mirado el reloj antes de llamar. Una mala costumbre.

—¡Si ella está contentísima! Le encanta comer en mitad de la noche. A veces, creo que se pone alarmas sólo para pedírmelo. —Carolina lo volvió a llamar—. Te dejo. En cuanto sepa dónde está el tal Rodrigo, te devuelvo la llamada. Un saludo y disfruta de mi tierra de brujas y leyendas. Una vez que pruebas Galicia, todo te parecerá poco. —Bajó el tono de voz y añadió—: Y esta afirmación se puede aplicar también a sus mujeres... —Rió al oír a Carolina quejarse de su comentario, ya que ella era andaluza, de Granada exactamente, y colgó.

La breve conversación con Pablo le había dejado buen sabor de boca. Su compañero era una de esas personas capaces de transformar un mal día en el mejor de los recuerdos. Recordó la extraña afición que éste tenía de llevar una agenda en la que, a última hora del día, siempre escribía algo por lo que hubiese merecido la pena esa jornada. Si pusieran una imagen en el diccionario al lado de «positivismo», sin lugar a dudas sería la suya.

Se volvió para entrar en el salón y distinguió a Adriana en su cuarto, entre la danza oscilante de las cortinas blancas, que se balanceaban con la brisa. Sin controlar el rumbo de sus pisadas, cruzó el umbral y fue a su lado. Había cambiado de postura y ahora estaba dormida en posición fetal.

La cubrió con la sábana al ver que tiritaba y se detuvo a observar su rostro. No sabía qué estaba soñando para tener el ceño fruncido. Por un momento, pensó que le habría gustado poder acompañarla en sus sueños. Sin ser consciente de lo que hacía, le acarició la mejilla y ella se relajó, cambiando el gesto de enfado por una sonrisa que de nuevo acentuaba sus hoyuelos.

Confuso por su propia reacción cuando estaba cerca de ella, se apartó y fue directo a su cuarto. Mientras se desvestía hasta quedarse en calzoncillos, recordó la afirmación de Pablo sobre las mujeres gallegas y trató de recordar si había tenido alguna amante de allí.

Él era un hombre sexualmente muy activo. Disfrutaba en la cama y le encantaba hacer que las mujeres se estremecieran bajo su control. Pero sólo eso. Desde el primer minuto, siempre dejaba claro que sus relaciones empezarían y acabarían en la cama. Sin dolor. Sin sufrimiento. Sin entregarse tanto a una persona que ésta acabase teniendo el poder absoluto sobre él.

Negó al hacer memoria. No se acordaba de ninguna noche de pasión y caricias con una mujer de Galicia como protagonista.

Se tumbó sobre el colchón sin ponerse nada encima, seguro de que se despertaría antes que Adriana. Cerró los ojos y se sorprendió de lo rápido que cedió al sueño.

Esperaba librarse de su pesadilla habitual, pero ésta apareció en su subconsciente siguiendo el mismo ritual de todas las noches. De nuevo, Hugo se desgarró las cuerdas vocales llamando a aquella chica que nunca aparecía, mientras la buscaba desesperado por una casa cuyos cimientos caían devorados por el fuego.

Era curioso cómo recordaba cada detalle del momento que cambió su vida. El olor del humo y sus pulmones ardiendo; los ojos llorosos, que parecía que se le iban a derretir, fundiéndose con las llamas que complementaban el escenario; las piernas, que le comenzaban a fallar, la vista nublada y aquella sensación de desvanecimiento. Y lo peor de todo, el sentimiento de opresión en el pecho que se incrementaba cada segundo que pasaba sin verla, tan angustioso que creía que si alguien le atravesaba el corazón con una bala, le dolería menos. Matarlo entonces habría sido un acto de piedad por parte de su asesino.

El suave roce de una mano en su hombro lo devolvió a la realidad. Alertado al no saber quién era, tiró de la persona hasta situarla debajo de su cuerpo, con el antebrazo cubriéndole la garganta, impidiéndole respirar. Abrió los ojos y, entre la nebulosa, difuminado, distinguió el rostro contrariado de Adriana. Apartó el brazo de su cuello y la miró un segundo antes de levantarse.

—Lo siento —dijo, con el sudor descendiendo por su frente. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero los rayos del sol bañaban la habitación—. No estoy acostumbrado a dormir con nadie y...

—Y como buen paranoico y maniaco de la seguridad que eres, me has confundido con una delincuente en potencia por segunda vez. He aquí el claro ejemplo de lo que es tener mal despertar. —Adriana se levantó y, en lugar de marcharse al salón común, se acercó al sillón de la estancia, masajeándose la zona que Hugo le había apretado—. Comparada contigo, yo sólo tengo un poco de mal humor cuando suena el despertador... —bromeó, quitándole hierro al asunto—. Venía a invitarte a desayunar, pero en otra ocasión lo pensaré dos veces —añadió sonriente.

Hugo estaba avergonzado de su reacción. Nunca pasaba una noche entera con nadie. Incluso después de una sesión de sexo salvaje, se marchaba o dejaba que lo hiciera ella. Por eso había respondido al contacto defendiéndose como si lo fueran a atacar.

—¿Qué te pasó? —le preguntó Adriana, que lo miraba de arriba abajo sin disimulo.

Hugo no comprendía a qué se refería, hasta que se percató de que estaba prácticamente desnudo delante de ella, dejando a la vista las señales de su cuerpo.

—No es nada —Cogió la primera camiseta que encontró y se la puso—. Las peores cicatrices son las que no se ven. Las demás sólo son marcas sin importancia —agregó, sin medir sus palabras.

No le gustaba hablar del acontecimiento que tuvo como consecuencia que buena parte de su espalda estuviese cubierta por la cicatriz de una quemadura que lo había abrasado por dentro y por fuera.

—Te encantan las respuestas enigmáticas, cuando lo más seguro es que tu hermano mayor te patease el trasero haciéndote caer sobre unas ascuas, para disgusto de tu pobre madre...

Adriana colgó las piernas por encima del brazo del sillón. Parecía que pensara quedarse allí charlando, una actitud demasiado íntima, que incomodó a Hugo. Claramente, no estaba actuando con la profesionalidad que se requería en ese tipo de situaciones.

—No puedes negarlo —continuó ella—. Soy una experta en el análisis de la conducta.

—¿Has estudiado Criminología?

—No, pero veo mucho *Mentes criminales*.

La carcajada que surgió de la garganta de la joven le demostró que sólo quería introducir un punto de humor para que él dejase de estar tan tenso. Pero no lo podía evitar: cada vez que veía, rozaba o recordaba que tenía esa cicatriz, le ardía de nuevo.

—Pues para tu cumpleaños, recuérdame que te regale todas las temporadas a ver si aprendes más. Soy hijo único.

—¿De verdad? ¡Pobrecillo! No me extraña que seas tan estirado. —Se tapó la boca exageradamente, como si se le hubiera escapado sin querer, cuando se notaba que, en realidad, lo había dicho a conciencia—. ¡No has tenido infancia! ¿Qué se puede esperar de un niño que no ha luchado con sus hermanos hasta quedarse con un puñado de pelos en la mano?

—No me lo digas... Tú lo has hecho.

—¿Yo? ¡Qué va! A mí no me hacía falta pelear. Mis hermanas no se atrevían ni a rechistarme. Un movimiento de pestañas y las tenía a todas suplicando piedad. —Se estiró para recogerse el pelo en una coleta—. En mi vida sólo he tenido un rival: Sergio Flores, conocido localmente como el de Abel, porque su padre se llamaba así. Somos muy simples poniendo motes. —Se encogió de hombros—. Lidia siempre me recuerda un día que Sergio me saltó de un puñetazo un diente de leche. Me encontraron llorando en el suelo y se preocuparon al verme la boca ensangrentada. Me preguntaron si me dolía algo y mi respuesta los debió de impresionar, porque la recuerdan en absolutamente todas las reuniones familiares... —Puso los ojos en blanco—. Demostrando que era una niña más bruta que la mayoría de mis compañeros, me indigné y les dije que yo no era una princesita que lloraba por una herida. Las lágrimas eran de rabia porque no le había devuelto el golpe.

Hugo no pudo evitar reírse. Imaginó a Adriana de pequeña, una niña menuda, con más energía que un terremoto.

—¿Alguna marca de tu particular guerra con Sergio?

—No —respondió tras meditarlo—. Pero sí de otros dos hombres, cicatrices con las que aprendí que intentar impresionar a los chicos era una soberana tontería. —Se levantó la cola para mostrar una pequeña línea en el nacimiento del cabello—. Ésta se la debo a Víctor. Diez años y pelo rubio cortado a tazón, todo un imán para las niñas. Su afición era la bicicleta, así que decidí tirarme con él desde una cuesta... El problema era que no tenía frenos delanteros. Derrapé y me golpeé la cabeza contra una pared de piedra. Todo bastante escandaloso. —Se soltó la cola y se señaló la rodilla derecha—. Ésta se la atribuyo a partes iguales a Alejandro y a mi nada saludable pasión por los chupitos de tequila durante el instituto. A él le gustaba jugar a los dardos y yo había bebido mucho. Fui a lanzar el dardo con tanto impulso que me caí hacia atrás. Todo un momento patético y vergonzoso, aunque tratase de levantarme de la manera más digna posible, que mis amigas me recordarán incluso cuando tengamos que usar un bastón para poder andar por la rúa Baldosa para tomar unos vinos...

Adriana estaba a gusto contando anécdotas y a Hugo le gustaba escuchar lo que decía, ver que era una mujer con tantos matices como segundos tenía su vida. Estaba convencido de que habrían continuado charlando, olvidando lo extraño de tener a su protegida en su propia habitación, si el teléfono de ella no hubiese sonado en ese preciso instante.

—No conozco el número —comentó antes de contestar—. ¿Diga? —dijo levantándose del sillón.

Hugo aprovechó para encaminarse al cuarto de baño y darse una ducha que lo ayudara a despejarse, pero Adriana le hizo un gesto para que se detuviera, con el ceño arrugado por lo que estaba escuchando.

—Comprendo. Lo siento —titubeó al expresar la disculpa, como si no supiera muy bien qué decir, y colgó—. Era una ayudante de Santiago.

—¿Qué quería? —Había olvidado que Adriana había quedado en acudir esa misma mañana a casa del hombre.

—Avisarme de que no fuera.

—No te preocupes, encontraremos a Rodrigo por otra vía. Anoche mismo llamé a un compañero que nos pondrá tras su pista —explicó.

—La cuestión es el motivo por el que han anulado nuestra cita. —Estaba pensativa, como si un mar de ideas llenase su cerebro.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sufrido un infarto. Está muerto.

Hugo la miró con suspicacia y supo que ambos pensaban lo mismo: podía ser que el destino caprichoso estuviera jugando con ellos, pero las coincidencias no existían.

El Instituto Castelao de Galicia, ubicado en A Coruña, era un centro de desintoxicación de referencia, con más de treinta años de experiencia que lo avalaban. Estaba a una hora y cuarto de Vilagarcía y Adriana había acudido a primera hora de la mañana, después de que la tarde anterior Belén, la directora de la clínica, hubiese llamado a casa de los Sierra para decirles que tenían que recoger los objetos personales de Valeria.

Según la mujer, su melliza les había dicho que Adriana iría a buscarlos. Una prueba más que reafirmaba su teoría de que detrás de la muerte de su hermana se escondía algo. Todavía no sabía de qué se trataba, pero la teoría del suicidio perdía credibilidad con cada dato nuevo que obtenía.

La directora, una mujer bastante bajita de unos cuarenta años, media melena rubia, vestida con una bata blanca y con unas gafas que llevaba en la parte delantera del puente de la nariz, recibió a Adriana y Hugo en la entrada del edificio. En la fachada, que habían rehabilitado ese mismo año, predominaban los tonos amarillos y los balcones de piedra blancos.

Nada más verla, la mujer lamentó el fallecimiento de Valeria. Uno de sus casos más exitosos, que, «Desgraciadamente, no había tenido el final feliz que era previsible» fue su comentario sobre el suceso.

—Luchamos contra la imagen heredada de épocas pasadas —comenzó a explicarle a Adriana, mientras la guiaba hacia la que había sido la habitación de su melliza.

Y al ver que Adriana miraba los carteles que colgaban a ambos lados del pasillo, en los que se podía leer cosas como «España, primer puesto de consumo de cocaína. Nosotros cambiaremos los titulares», dijo:

—La idea de adicción siempre se ha asociado automáticamente con las drogas y éstas, a su vez, se han vinculado con estampas de marginalidad y pobreza. Nosotros luchamos contra esos clichés desfasados, que no se corresponden con la realidad de hoy en día. Si bien en los años ochenta la heroína castigó con dureza España y creó alarma social, las cosas han cambiado y el perfil, menos visible, no se corresponde con el estereotipo. —Y continuó su discurso ensayado, posiblemente para nuevos posibles pacientes—: Nos encontramos con comportamientos que degeneran en una patología como la adicción al sexo, las compras o el juego. La compañera de cuarto de Valeria había ingresado aquí por uno de estos últimos supuestos. Tratamos de mezclarlos para que, entre ellos, en las conversaciones banales del día a día, se ayuden sin ser conscientes de que lo están haciendo.

—Pero me imagino que el tratamiento será diferente.

—Siempre es distinto, aunque sea el mismo problema. No existen dos personas iguales, Adriana. Pero siempre hacemos un profundo análisis del paciente. Después, por ejemplo en el caso concreto de Valeria, llevamos a cabo un proceso de desintoxicación y adaptación, deshabitación, adquisición de nuevos hábitos, rehabilitación y, posteriormente, pasamos a la cuarta fase, denominada reinserción y seguimiento, que era en la que se encontraba ella, para controlar cómo afecta al individuo el abandono de su adicción.

Se detuvo delante de una puerta de madera en la que se podía leer «Blanca García» y «Valeria Sierra». Adriana recibió una descarga dolorosa. Todavía no habían quitado el nombre de su hermana.

—Tenemos un porcentaje del noventa por ciento de éxito. Las estadísticas no son una ciencia exacta, pero te puedo garantizar que todos nuestros indicadores nos confirmaban que Valeria estaba curada. Por eso la dejamos marchar. Un error irremediable que lamento profundamente —se disculpó Belén y, dentro de la precisión con la que hablaba y gesticulaba, Adriana pudo ver que lo decía con sinceridad.

—Gracias por cuidar de ella estos dos años. —Fue su manera de decirle que no la culpaba por lo sucedido.

La directora asintió aliviada.

—Blanca está en la habitación. No acostumbramos a darles información del exterior y mucho menos si ésta los puede perjudicar en sus avances. Por este motivo te rogaría que no le contases nada. Estaban muy unidas.

—Seré una tumba.

La directora enarcó las cejas y Adriana se percató de que tal vez no había sido el comentario más acertado.

—Vuelvo a mi despacho. Quédate el tiempo que consideres necesario —añadió, dando media vuelta.

La habitación era bastante sencilla, dos camas de noventa, un armario y un escritorio con vistas al exterior a través de las rejillas de las ventanas. Ningún elemento decorativo, salvo un cuadro con dos lemas: «Para empezar un gran proyecto, hace falta valentía. Para terminarlo, es necesaria perseverancia» y «¿Cuál es el sueño de los que están despiertos? La esperanza. La desesperanza está fundada en lo que sabemos, que no es nada, y la esperanza en lo que ignoramos, que lo es todo».

Una mujer, sentada al escritorio sin aparentemente hacer nada, se volvió.

—¿Adriana? —preguntó la chica que debía de ser Blanca.

Era más joven que Valeria, posiblemente tuviera unos veinte años, pelo color ceniza rizado, ojos verdes y una gran sonrisa que dejaba entrever sus dientes separados.

—¿Nos conocemos? —contestó ella, sorprendida de que la reconociese.

—No en persona, pero Valeria me ha hablado mucho de ti. Los recuerdos llenan los asfixiantes silencios —reconoció—. Cuando bajamos al aula de informática, solemos buscar fotografías en internet, normalmente en las redes sociales, para ayudar a que nuestros compañeros pongan cara a las personas de las que les hablamos. Y tú solías ser la protagonista de muchas de nuestras conversaciones.

De nuevo Adriana sintió cómo el estómago se le encogía con un dolor al que ya podía poner nombre: el de la pérdida.

Blanca se levantó y fue directa al armario, del que sacó una caja. Con mirada anhelante, la chica se detuvo un minuto a mirar las prendas que contenía, antes de cerrar de nuevo el mueble. Ese gesto permitió a Adriana averiguar, después de que Belén la informase de que la chica no estaba allí por problemas con las drogas, que su adicción tenía que ver con las compras.

—Las cosas de Valeria —dijo, tendiéndole la caja—. Supongo que te habrá dicho que lo guardó todo antes de irse. También me aseguró que volvería a buscarlo y de paso hacerme una visita. Pero ya se sabe, nadie regresa aquí si no ha recaído. No la culpo. Para poder avanzar, lo más fácil es olvidar el pasado, cortar el vínculo con lo que te recuerda el monstruo que puedes llegar a ser.

—No digas eso. No de Valeria. Ella no es... —Le costó pronunciar el verbo en presente. Trago saliva para poder continuar— ... Así. Después de tanto tiempo fuera, le está costando ponerse al día. Sólo eso.

—¿La agenda demasiado ocupada?

—Algo así —mintió y el engaño se le clavó dentro.

Deseaba con toda su alma que lo que estaba diciendo fuese verdad y Valeria estuviera rehaciendo su vida, con millones de planes pendientes, en vez de reposando en las profundidades del Atlántico.

Abrió la caja. En su interior sólo había un par de pantalones, camisetas y algún que otro pañuelo, su complemento favorito, que siempre acompañaba su vestuario. Los tenía en tonos lisos, estampados y con diferentes formas. Seleccionó uno y se lo puso. Todavía olía a ella.

—Ése no.

—¿Cómo dices?

—No creo que le guste vértelo puesto —respondió Blanca—. Es más, no sé por qué no lo tiró ese día.

—¿Qué día?

—Lo llevaba cuando Rodrigo vino de visita. Un par de días antes de que le dieran el alta.

Adriana se puso alerta.

—No me había dicho nada.

—No me extraña. Estaba avergonzada después de su reacción. De hecho, creo que prefiere que siga siendo un secreto. Pero él no se merece su silencio.

—¿Qué hizo el novio de mi hermana? —preguntó Adriana, más ansiosa de lo que pretendía.

—¿El novio? Querrás decir ex —puntualizó la chica y ella tuvo que contenerse para que su cara no delatase lo sorprendida que estaba ante esa información.

—Sí, la costumbre. Tantos años juntos...

—¡Pues menos mal que se quitó la venda y volvió a ver antes de que fuera demasiado tarde! Supongo que no querrá que lo sepas, porque, si no, con lo decidida que es, ya te lo habría contado ella misma. —Meditó—. Pero eres su pack y tienes que saber la clase de energúmeno que es ese hombre, por si intenta volver con Valeria y tu hermana cede.

—Te escucho —la apremió a continuar.

—Como te decía, vino aquí un par de días antes de que a ella le dieran el alta. Sus pupilas dilatadas y su mandíbula movediza delataban qué se había metido antes de entrar. Sin importarle cómo podía afectarle eso a ella. Valeria se enfadó y mucho. Le dijo que nunca cambiaría. Que le había prometido que lo había dejado y se presentaba así. Lo llamó mentiroso y bastantes cosas más. No puedo reproducirte toda la conversación, pero sí el final. —Esperó un momento para que su revelación obtuviese la atención que merecía—. Lo dejó. Lo acusó de ser una mala influencia. Un ancla que la mantenía atada a un pasado que quería abandonar.

—¿Y cómo reaccionó él?

Durante años, Adriana había deseado que ese enfrentamiento se produjera. Que Valeria se diera cuenta de que donde ella veía el príncipe de sus sueños, sólo había una serpiente venenosa que algún día se moriría con la inoculación de su propio veneno.

—Al principio Rodrigo intentó que cambiase de opinión. Se disculpó y le suplicó que volvieran. No paraba de decirle que estaban hechos el uno para el otro, como dos partes de una misma alma que abandonaron en la Tierra y que se habían encontrado para volver a ser de nuevo uno. —Puso los ojos en blanco—. Pero ella no cedió y se mantuvo firme en su decisión. Y entonces él mostró su verdadera cara. La parte de la moneda que le había mantenido oculta a Valeria. —Suspiró—. No voy a entrar en detalles. Te lo resumiré diciendo que se volvió loco. La insultó y amenazó, incluso trató de forzarla a que lo besase tirando de ese pañuelo. Pero ella se zafó. Finalmente, Rodrigo se fue, asegurando que se arrepentiría de su decisión. Por eso te lo cuento, porque tienes que cuidarla. No lo dijo fruto de la desesperación, de la rabia o la impotencia, sino con frialdad, como quien está anunciando sus intenciones, desvelando el futuro inmediato.

Hugo y Adriana fueron a la costa de Vilagarcía de Arousa. El puerto deportivo tenía cerca de quinientos amarres, lo que lo convertía en uno de los mejores de Galicia. Al fondo se podían divisar las playas de A Concha y Compostela. Aparcaron el coche y, dejando atrás el llamativo edificio náutico, construido en madera sobre el mar, fueron directos al paseo marítimo, a la Marisquería Iria y Teo, regentada por su mejor amiga, donde cocinaban las mejores vieiras y zamburiñas de la región.

Iria, cuyo nombre coronaba el lateral izquierdo del cartel de la entrada, debido a que sus dueños habían decidido llamar al restaurante con el nombre de sus dos hijos, se había hecho cargo del negocio familiar hacía dos años, tras la noche en que una curva cerrada se interpuso en el camino de sus padres, acabando con su vida.

La gallega, que vivía más de noche que de día y soñaba más despierta que dormida, pasó en un segundo de disfrutar de la vida universitaria a tener que ocuparse de su hermano menor de edad. Fueron momentos muy duros, en los que Adriana trató de estar presente para, además de prestarles apoyo para superar el duelo, ofrecer su ayuda más sincera en todo lo que estuviera en su mano. Entre otras cosas, para que pudiesen obtener un dinero extra en época estival, les cedió las visitas organizadas a las bateas de su familia en las que se criaban mejillones y vieiras. Un atractivo turístico para los visitantes que acudían a las Rías Baixas ansiosos de gastar dinero en aprender las tradiciones de una tierra vinculada al mar y las actividades marítimo-pesqueras.

Juan Carlos la saludó mientras quitaba el polvo a los diferentes objetos que adornaban el local, todos con motivos marineros, y colocaba los manteles de cuadros blancos y rosa en las mesas. El joven era amigo de Adriana desde la infancia y, tras una boda en la que acabó con la corbata atada a la cabeza y los pantalones bajados, después de terminar con todo el licor de hierbas de la barra libre, era también el marido de su mejor amiga.

Adriana, con confianza, fue directa a la cocina, donde sabía que encontraría a Iria atacada de los nervios.

—¡No tenías que haber venido! —dijo la joven en gallego, nada más verla entrar.

Era una de las pocas personas con las que Adriana hablaba en la lengua galaico-portuguesa de su tierra. Le encantaba el sonido cantarín al pronunciar las palabras, que, sumado a una buena melodía de gaitas de fondo, parecía envolver y embrujar a quien lo escuchaba, como las meigas de las que tantas leyendas había escuchado.

—¡Claro que sí! Te lo prometí hace semanas y siempre mantengo mi palabra. —Se recogió el pelo en una coleta y se colocó un mandil que colgaba de una de las paredes.

Iria era el claro ejemplo de que no hacía falta tener en exceso para dar. De hecho, ella, que muchas veces llegaba con problemas a fin de mes, había decidido solidarizarse con la situación de algunos vecinos y ofrecer un menú gratuito un día a la semana para los que estaban parados o con pensiones y pagas con las que sobrevivir y alimentarse se convertía en un reto diario.

—¿A qué te ayudo? —preguntó Adriana, viendo cómo su amiga, acelerada, se secaba el sudor que le caía por debajo de la redecilla con la que se sujetaba la larga melena morena—. ¿Pelar patatas? ¿Freír? ¿Fregar? Lo que sea...

—La verdad es que está casi todo hecho. Al final he decidido que el plato principal sea una succulenta ensalada de pasta, para así poder adelantar el trabajo y no agobiarme cuando la gente empiece a venir.

Señaló las ollas y Adriana destapó una para mirar el contenido, que, pese a ser sencillo, tenía una pinta estupenda.

—Entonces dime qué puedo hacer para sentirme útil.

—Tranquila, que cuando llegue la marea humana que espero, te hartarás de servir platos —bromeó—. Por el momento, puedes entretener a la pequeña.

Adriana se percató de que detrás de la enorme cazuela, rodeada de utensilios de cocina, estaba el cochecito de Bea, la hija de dos meses de Iria y Juan Carlos, que le recordaba cómo todo su entorno evolucionaba, mientras ella permanecía estancada.

La mayoría de las amigas de su círculo más cercano estaban emparejadas, casadas, embarazadas o buscando desesperadas un niño. Ella tenía un perro, una licenciatura recién terminada y vivía con sus padres en un pazo del que tenía prohibido salir cuando se hacía de noche. Aunque esta última norma había cambiado desde que tenía escolta. Un punto positivo para la presencia de Hugo en su vida.

En las pocas ocasiones en que se reunían, la agobiaban las conversaciones en las que todo giraba en torno al trabajo, la hipoteca, la convivencia en pareja, los niños, los dolores y molestias de estar en las últimas semanas de gestación y los lamentos de los que no lograban engendrar un bebé.

Además, siempre llegaba lo que ella denominaba el momento «dame una pistola y me disparo yo misma», ese instante en el que, sin pretenderlo, se convertía en el centro de atención y, como si fuera la batería de preguntas de una entrevista periodística, la interrogaban acerca de su vida amorosa, mirándose cómplices cuando les confirmaba que todavía no tenía novio ni era su prioridad echárselo. En resumen, no tenía hombre, ni casa, ni un trabajo prometedor. Le faltaba todo lo que su círculo consideraba necesario a esa edad.

Tampoco sentía la llamada de su reloj biológico para tener un niño, pero le encantaba jugar y entretener a los de sus amigas.

—¿Quién es la chica más guapa de esta cocina?

Sacó a Bea del cochecito, y la niña la recibió mirándola fijamente, boqueando como un pececillo. La sorprendió lo mucho que podía crecer un bebé en un par de semanas.

—¡Tú! —La apuntó con el dedo, hundiéndolo en su barriga—. ¿Y quién es la loca esta que te dice cosas que no entiendes y pone caras raras? —bromeó—. ¡La tía Adriana!

—Un ejemplo que nunca tienes que seguir —añadió Iria, divertida.

—Pero ¡si siempre he sido de lo más bueno que hay en las rías! No he bebido casi, ni fumado y mucho menos me he ido con chicos como una pelandrusca... —canturreó—. Lo que pasa es que tenía la mala suerte de que la única copa que me tomaba me sentaba mal, porque no estaba acostumbrada, la gente tendía a fumar a mi lado impregnándome del olor y...

—Y con los chicos sólo paseabas y subías al aparcamiento del mirador de Lobeira en mitad de la noche, para poner los empalagosos candados del amor, ¿verdad? Creo que se te olvida que he sido tu compañera en la mayoría de las resacas. —Miró el reloj—. Anda, diablillo con cara de ángel, deja esas excusas para la próxima generación de adolescentes y ayúdame, que estamos a punto de abrir.

Estaba abrochando el cinturón de la silla a Bea cuando llegó el hermano pequeño de Iria, Teo. Pese a que tenía la misma edad que Olivia, él había abandonado el instituto años atrás y faenaba en un barco pesquero para ayudar en casa. Al verlas, agachó la cabeza con timidez y se apresuró a alcanzar la puerta de la cocina, que comunicaba con el piso de la planta superior.

—¿Ni siquiera vas a saludarnos? —preguntó su hermana.

—Hola —dijo él, sin mirarlas, subiendo la escalera y cerrando la puerta tras de sí.

—Está de lo más raro —murmuró Iria.

—¿Qué sospechas que le puede pasar? —Adriana cogió una olla para llevarla a la barra.

—¿Con su edad? Todo y nada. Ya sabes lo que es tener dieciséis años. Un día te crees el amo del mundo y tocas el cielo con las manos y al siguiente estás hecho polvo como si vivieras en el peor de los infiernos.

—Podrías preguntarle. Con toda nuestra experiencia, seguro que te conviertes en una buena consejera.

—Sabes que es tan cierto que la edad otorga sabiduría como que él nunca me hará caso, después de que asumí el papel de adulta en nuestra casa. Me temo que para aprender tiene que cometer sus propios errores —comentó su amiga—. ¡Si no me ha aceptado la invitación de amistad al Facebook para que no pueda cotillear sus fotografías lleno de alcohol ni vea sus estados melancólicos copiados de canciones de porreros!

Abrió la puerta con la cadera, llevando la olla en una mano y tirando del cochecito con la otra.

—Eso es porque no eres una hermana tan guay como yo. Olivia me mandó la invitación ella misma.

Siguió a Iria. Tal como había predicho ésta, la gente, la mayoría mariscadores que habían perdido su empleo, había comenzado a entrar e iban dejando alguna pertenencia para reservar su puesto en la mesa.

En un acto reflejo, Adriana buscó instintivamente a Hugo. No sabía cuándo había adquirido ese hábito, pero le parecía una especie de ritual que la tranquilizaba. Sonrió al ver que estaba en la puerta principal, ayudando a Juan Carlos con las personas mayores que tenían dificultades para moverse y necesitaban un apoyo para llegar a su sitio. Él también pareció presentirla, porque, mientras llevaba a una señora de unos ochenta años aferrada a su brazo, la buscó con la mirada y una sonrisa ladeada se dibujó en su rostro al localizarla.

—¿Quién es ése? —le preguntó Iria, con los ojos abiertos como platos.

—¿Hugo? —Adriana señaló al escolta, para comprobar si se refería a él.

—¿Te lías con semejante monumento y no me has dicho nada? Una buena amiga detallaría hasta el último encuentro sexual, para que, además de morirnos de envidia, las demás pudiésemos fantasear con que nos lo tiramos, joder.

Iria volvía a ser la chica deslenguada que Adriana recordaba. Se tapó la boca con la mano y luego suspiró tranquila. Una niña tan pequeña no podía entenderlas.

—Por esto deseo que tardes mucho en aprender a hablar e imitar todo lo que dice tu mamá —añadió dirigiéndose a la pequeña Bea, que había cerrado los ojos y dormía aferrada a un ratón de peluche—. Tu padre me matará como un día nos llamen del cole y digan que pareces la niña del exorcista, escupiendo palabrotas sin parar. —Y mirando después a Adriana, dijo—: Y tú, desembucha...

—No es lo que piensas.

—Estáis esperando hasta el matrimonio, ¿verdad?

—No es mi amante, sino mi nueva niñera. Un gol que me ha metido Edelmiro, aunque el partido no está perdido.

—Si alguien me mandase a mí a ese jugador, dejaría que metiese cualquier cosa que quisiera en la portería. —Se mordió el labio con picardía.

Adriana iba a replicarle, cuando vio que su hermana Elvira entraba en el local. La acompañaba un séquito de periodistas, que empezaron a indicarle que posase al lado del cartel que decía que la comida era gratuita para parados y personas con rentas bajas.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Adriana—. ¿De verdad tiene que venir aquí a hacer campaña? ¿No podría ayudar sin más?

—¡Stop! ¡No dejes que aflore la bruja que hay en ti! —la cortó su amiga—. Lo está haciendo por mí. —Adriana levantó una ceja, incrédula—. Ayer me llamó para venir a echar una mano y me ofreció la posibilidad de llamar a la prensa, para así dar publicidad gratuita a mi negocio... y que se convierta un poco más popular...

—Bueno, aun así, no me puedes negar que podría haberse quitado el palo de escoba que lleva metido en el culo... —bromeó ella, aunque en el fondo estaba avergonzada por haber prejuzgado a la estirada de su hermana mayor.

—Anda, llévale un poco de ensalada al monumento y deja de comportarte como la arpía de una telenovela cutre. No te pega para nada. —Iria le guiñó un ojo, pasándole dos platos servidos, mientras la cola se empezaba a formar—. Yo me quedo aquí atendiendo y tú llevas la pasta a las personas mayores que no pueden venir.

Adriana hizo lo que le decía y fue directa hacia Hugo.

—Toma. —Le tendió la comida, dándole un golpe de cadera para que le hiciera caso—. No te quejarás de cómo te cuido, ¿eh? El primero. Es lo que tiene conocer a gente importante.

—Gracias, espero que no me acusen de tráfico de influencias. —Sonrió mientras se sentaba.

—No puedo prometer nada. —Luego se acercó y le susurró al oído, tan cerca que casi sentía su piel en la boca—. Pero si te detienen, tengo un par de contactos en la cárcel que pueden defenderte cuando estés en la ducha...

Hugo la miró divertido, con sus ojos color caramelo más brillantes que de costumbre, mientras ella se marchaba. Adriana observó la estancia y decidió que la mujer a la que él había acompañado sería la siguiente.

—Muchas gracias —dijo ésta, cuando Adriana le colocó el plato delante—. Sois una de esas parejas tan educadas que da gusto —añadió.

—¿Pareja? —se extrañó Adriana.

—Sí, tú y el joven que me ha ayudado a la entrada —afirmó la anciana, sonriendo con su desdentada boca.

—¡Ah, Hugo! —exclamó ella, desviando la vista hacia el hombre. Era la segunda vez en poco rato que alguien insinuaba que estaban juntos—. Me temo que sólo somos amigos —aclaró.

—Por el momento. ¿Sabes lo que he aprendido a lo largo de mis ochenta años? —Adriana negó con la cabeza—. Que hay miradas que traspasan el espacio y besan y, gracias a él, tú, jovencita, tienes los labios rojos e hinchados —afirmó.

Adriana regresó con Iria y estuvo sirviendo platos hasta que todas las personas tenían una ensalada de pasta delante. Una de las mayores preocupaciones de su amiga era que no hubiera suficiente, pero afortunadamente eso no sucedió y los estómagos más exigentes pudieron repetir.

La mayoría de las personas se acercaron para agradecerle la iniciativa personalmente y eso incomodó a la cocinera, que no lo había hecho por el reconocimiento, sino por su altruismo natural.

El agobio de servir no se podía comparar con el que Adriana sintió cuando ayudó a recogerlo todo, fregó los platos y contribuyó a dejar de nuevo la marisquería en condiciones de que pudiese seguir funcionando esa misma noche con otro tipo de clientes.

Si tenía que sacar una lección de ese día, era que el mundo de la hostelería era muy sacrificado y no estaba valorado como se merecía.

Llegaron a A Lanzada al atardecer, cuando el sol comenzaba a esconderse en el mar, iluminando con sus últimos rayos las aguas cristalinas de los más de dos kilómetros de playa. Custodiada por muros de hierba que parecían pequeños acantilados, y con un manto de arena blanca, su costa nada tenía que envidiar a las fotografías que Adriana había visto del Caribe. Al fondo, sobre la cima de una montaña, una pequeña ermita se erguía como único testigo de un espectáculo visual inmejorable.

La solemnidad del momento sólo se veía alterada con el ruido de los numerosos jóvenes que se habían reunido allí para festejar la noche de San Juan, transportando las maderas y leños que recogían de diferentes puntos de la vegetación.

Adriana, que siempre había celebrado ese día, hasta que sus amigas comenzaron a casarse, tener niños y obligaciones que les impedían salir toda una noche por ahí, se percató de que los chicos y chicas cada vez iban más equipados. En su época bastaba con llevar una toalla, una sudadera para enfrentarse al frío cuando éste hiciera su repentina aparición y litros de Estrella Galicia. Ahora montaban pequeñas tiendas de campaña e incluso carpas con altavoces y música, que otorgaban un aire profesional al encuentro. Si alguien le dijera que se había trasladado a Ibiza con sus fiestas mundialmente conocidas, no lo habría puesto en duda.

Aunque le habría gustado, Hugo y ella no se encontraban allí por ocio. Justo a la salida de la marisquería, una alarmada Lidia la había llamado. Olivia había dicho que quería descansar, puesto que al día siguiente cogía a primera hora de la mañana un vuelo hacia Inglaterra y quería que no la molestasen, necesitaba dormir. Aunque era extraño que se acostase tan pronto, su madre la había creído, puesto que la argumentación de la pequeña había sido que no podía ir con ojeras, ya que «la primera impresión es la que permanece y yo tengo que estar perfecta». Algo muy típico de la rubia, que se preocupaba más por su físico que por cualquier cosa en la vida.

Sin embargo, más tarde su madre había decidido dejarle en la habitación un regalo que le había comprado para el viaje, un perfume carísimo que Olivia llevaba pidiendo semanas. Al entrar había visto el cuarto vacío e inmediatamente había llamado a Adriana antes de informar al resto de la familia. Sabía que ella se lo tomaría como lo que era, una chiquillada de una adolescente, mientras que su marido y Elvira pondrían el grito en el cielo.

Adriana tenía que localizarla antes de que esos miembros de la familia se enterasen y las sirenas de la policía se oyesen por todo Vilagarcía de Arousa. Una tarea sencilla, después de llamar a casa de Ana y que la madre de ésta le dijese que el grupo de amigas habían ido a la playa de la A Lanzada.

La playa era muy extensa, por lo que, tras quitarse los zapatos y comprobar que Hugo la imitaba, echaron a andar juntos, observando cada grupo en busca de Olivia.

La sombra del cuerpo del escolta caía sobre Adriana, que se detuvo a mirarlo de reojo. Caminaba a su lado con ligereza, desprendiendo masculinidad en cada uno de sus pasos. El aire, que soplaba de frente, hacía que la camisa blanca se le pegase al cuerpo y se perfilasen un pecho y vientre demasiado apetecibles. Las puntas de su pelo alborotado se veían más claras, con el tono miel que le regalaban los rayos de sol. Era muy atractivo, con ese tipo de belleza que lograba deslumbrar a las chicas que pasaban por su lado y no dudaban en volverse con una risa nerviosa. Pero él no tenía ojos para nadie, actuaba con indiferencia ante lo que ocurría a su alrededor. El efecto que producía no le importaba.

Adriana estaba segura de que la mayoría de las mujeres que se cruzaban con él le deseaban sin siquiera haber intercambiado una palabra. Recordó el tacto de su mano rozándole la espalda mientras le desabrochaba el vestido en La Toja y se estremeció. El anhelo de tenerle, de que fuera suyo de una manera más íntima, un sentimiento posesivo que nunca había experimentado, la embriagó y estuvo tentada de hacer una locura: coger el toro por los cuernos y pedirle que, por una noche, dejase de ser su guardaespaldas para actuar simplemente como Hugo. Tal vez así lograría esas caricias que la excitaban sin haberlas probado.

Ella era una mujer muy independiente, que no tenía vergüenza a la hora de relacionarse con los hombres. El sexo nunca había sido un tabú en su vida. Sin embargo, con él era diferente. El motivo no era su conocimiento de la norma que regía a los escoltas, que les prohibía estar con sus protegidos. No. En el

fondo lo que la frenaba era que temía que la rechazase. Que ese sentimiento pasional que la tenía levitando las veinticuatro horas del día hubiera surgido sólo de manera unilateral.

—Hemos encontrado a la fugitiva —anunció Hugo tras detenerse.

—¿Qué fugitiva? —preguntó Adriana, con la cabeza llena de otras imágenes en las que el escolta llevaba menos ropa y le hacía comentarios de otro tipo.

—Olivia —aclaró él—. A saber en qué estabas pensando... —murmuró.

—Créeme cuando te digo que te incomodaría la respuesta... —Trató de que sonase como una broma cuando en realidad era cierto.

Adriana inspiró para calmar aquellos latidos acelerados que amenazaban con sacarle el corazón del pecho y siguió la dirección que le indicaba. En medio de una multitud congregada alrededor de una fogata estaba Olivia, ataviada con un vestido blanco, el pelo suelto y una rosa prendida en él. Una amiga la avisó y su hermana, al reconocerlos, no dudó en pasarle a otro el cigarrillo que sostenía en la mano y agacharse para expulsar el humo de un modo que intentaba ser disimulada.

—¿Cuándo he dejado de ser la que se escapaba y fumaba a escondidas, para convertirme en la pesada hermana mayor que corta el rollo en mitad de una fiesta? —reflexionó Adriana en voz alta.

—No sé si seguirás fumando, pero puedo afirmar que no hace mucho que has dejado de escaparte de tu casa. Literalmente menos de un mes —contestó Hugo con una sonrisa de suficiencia, recordando el día que se conocieron y la arrinconó contra el muro de piedra.

—Eso es agua pasada. Desde que has entrado en mi vida, me comporto como toda una señorita a las órdenes de un policía bastante severo.

Le guiñó un ojo antes de mirar a Olivia con la mayor seriedad que pudo y hacerle un gesto para que acudiera a su lado. Sabía que eso sería más cómodo para ella y menos humillante que si se ponía a echarle la bronca de rigor, a la que estaba obligada, delante de todos sus amigos y compañeros del instituto.

—La verdad es que te estoy domesticando, sí, sobre todo después de que atisbases la furia asesina que habita dentro de mí el día que me despertaste. —La miró con un aire pícaro y canalla que le encantó.

—No creas —dijo ella—. Tenía la situación bajo control. Lo que pasa es que no quise dejarte en evidencia. Tantos años de entrenamiento, tiro y artes marciales para que luego te venza una inofensiva mujer sin preparación en menos de un segundo. Habría dañado demasiado tu ego y no soy tan perversa.

—¿Sí? Pues me gustaría que me informaras de tu estrategia, porque yo te recuerdo débil, atrapada bajo mi cuerpo y suplicando que me apartase con una mirada como la del gato de *Shrek*.

—Para que luego digan que los hombres no veis lo que queréis ver, en una especie de realidad alternativa. Escúchame, Huguito —le dio con un dedo índice en el pecho—, estabas a mi merced. Un solo movimiento y te habría dejado en el suelo, encogido sobre ti mismo y con los ojos llorosos.

—Por favor, sorpréndeme con esa llave maestra. Tal vez la pueda utilizar en mi siguiente destino —se mofó de ella.

—Me habría aprovechado de esa imperfección vuestra. Un rodillazo es esos huevos tan sensibles que tenéis y habrías suplicado piedad —replicó orgullosa.

Le habría gustado continuar con la discusión, pero Olivia había llegado a su lado. Le encantaba cuando Hugo, sin ser consciente de ello, abandonaba aquel aire profesional y bromeaba con ella. De hecho, prefería incluso cuando notaba que lo estaba sacando de sus casillas y se ponía nervioso en las ocasiones en las que le hablaba de manera impersonal, como si fuese sólo una protegida más.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Olivia, visiblemente molesta.

—Eso debería preguntártelo yo a ti. Te suponía durmiendo para tener el cutis perfecto mañana... y me encuentro con que no sólo llegarás con ojeras a Inglaterra sino que te acompañará una resaca de campeonato —dijo Adriana, lo más seria y convincente que pudo, al darse cuenta del leve balanceo de su hermana.

—¿Sabes lo humillante que es esto? —contraatacó ésta—. Con la envidia que me tiene la imbécil de Rita, seguro que ya lo ha puesto en todos los grupos de WhatsApp para que se entere medio instituto —refunfuñó, mirando de reojo a una chica que, con claras intenciones de molestarla, levantaba el vaso como si brindase con ella desde la distancia, mientras sus dos compañeras le reían la gracia.

—Si hubieras hecho las cosas bien, Rita, o como se llame, no tendría ningún motivo para avergonzarte y habrías podido disfrutar de la noche de San Juan. Escaparse de casa sin avisar a nadie no es el comportamiento maduro que te presuponíamos para dejarte marchar sola al extranjero. —Sonó más severa de lo que pretendía, pero era su papel.

—¿Y eso me lo dices tú? —Olivia puso los ojos en blanco—. Necesitaba estar sola. No quería que me acompañase Lucas.

—Pensaba que te caía bien y que disfrutabas presumiendo delante de tus amigas de tener tu propio escolta.

—¡Y me encanta! Sobre todo la cara de envidia que se le pone a Rita. Ella tendrá un bolso Tous, pero... bueno, ése no es el tema. La cuestión es que antes de venir aquí tenía que hacer una cosa sola, sin testigos.

—¿Qué? —preguntó Adriana.

—No voy a decirte ni una palabra más —sentenció su hermana, cruzándose de brazos.

—Haberlo pensado antes. Creía que lo que querías era estar con tus amigas de botellón, pero si hay algo más quiero saberlo —insistió. No por curiosidad, sino por saber si estaba metida en un lío o tenía algún problema—. Elige, o me cuentas a mí dónde has estado o se lo dices a Elvira.

—No serías capaz de decírselo.

—¿Quieres comprobarlo?

Olivia la miró furiosa, con sus ojos azules fríos como el hielo. Durante unos segundos se debatió dudando si Adriana sería capaz de avisar a su hermana mayor.

—Está bien —decidió por fin, seguramente no quería tentar a la suerte. Si en vez de Adriana era Elvira la que iba allí, toda su reputación explotaría como una bomba. Quitarle la anilla a una granada nunca era buena idea—. Pero a ti sola.

Hugo captó el mensaje y se apartó unos metros. Tampoco parecía que le interesase excesivamente la conversación.

—¿Qué era eso tan importante que tenías que hacer sola?

—Dejar a un chico por segunda vez.

—¿Estás bien? —se preocupó ella. Sabía que a los dieciséis años los amores se vivían de una manera mucho más intensa, exagerada y visceral.

—Sí, claro, he sido yo quien ha roto la relación. —Suspiró cansada—. No estoy deprimida, llorando por las esquinas, bebiendo para ahogar penas, ni nada por el estilo, Adriana. Lo que pasa es que no quería que viniese Lucas, para que no viese al pesado de Teo llorando a moco tendido, suplicando que no lo abandonase...

—¿Teo? ¿El hermano de Iria? —Tuvo que interrumpir, impresionada.

Olivia asintió y Adriana ató cabos. Por eso estaba tan raro.

El chico llevaba años detrás de su hermana y ella nunca había mostrado el menor interés, a pesar de que él lo había intentado de todas las maneras posibles. Hubo un momento en que, conociendo los gustos de Olivia, incluso ahorró buena parte de su sueldo para poder regalarle una gargantilla y un bolso Gucci.

—¡No se lo puedes contar a nadie! ¡Ni se te ocurra! —exclamó entonces la joven, nerviosa—. Nadie puede saber que he estado con un... con un... ¡con un pescador!

—¿Y qué tiene que ver en esto su profesión? —preguntó, consciente de que seguramente no le gustaría la respuesta.

—Todo —afirmó Olivia con frialdad—. Yo no he nacido para ser la mujer de un pescador del pueblo.

—Me encantaría saber qué te mereces, según tu humilde opinión —le dijo Adriana, sabiendo que lo que saliese por su boca, inmediatamente la haría avergonzarse de ella.

No entendía cómo habiéndose criado en la misma casa, educadas en la idea de que había que juzgar a las personas por lo que eran y no por lo que tenían, las tres hermanas habían podido salir tan diferentes.

—No quieres escucharme. Lo veo en la forma en que me miras.

—Te escucho.

—Alguien con proyección.

—Sabes que Teo no tuvo otra salida. Sus padres fallecieron y tuvo que abandonar el instituto. Pero tiene metas y quiere evolucionar. Por no hablar de que desde pequeño siempre ha estado fascinado contigo...

Adriana recordó el día en que Iria le contó que su hermano estaba loco por Olivia y ambas fantasearon con la posibilidad de ser familia. Sin embargo, ella siempre había sabido que el joven estaba hechizado por su hermana pequeña, desde que eran unos críos y veía cómo la miraba mientras jugaban en el parque. Parecía que estuviese contemplando la mayor maravilla de la naturaleza.

—Cuéntale los dramas de su familia a quien le interesen —contestó Olivia con frialdad—. Ya sé que quiere evolucionar y que está intentando ascender... pero qué puede llegar a ser, ¿patrón de barco? Yo quiero un chico que me regale un diamante cada semana, me lleve a conocer el mundo entero en su propio avión privado y desconozca el significado de la expresión «llegar a fin de mes».

Se le avinagró el semblante con la última frase, como le ocurría siempre que Edelmiro lo decía en casa para negarle algún capricho.

—¿Y no te gustaría ser tú la que, con mucho esfuerzo, trabajo y dedicación, consiguiera tener su propio avión?

Olivia era una estudiante maravillosa, con una media de nueve. Por este motivo, dado su talento y capacidad, intentó apelar a sus propias ambiciones.

—Cuando cierro los ojos, me gusta más imaginarme con un cóctel en la mano y bronceándome en la playa. Te cedo a ti el puesto de emprendedora de la casa.

No podía permitir que Olivia se convirtiese en un caso perdido, pero ése no era el momento ni el lugar. Se marcó un objetivo: en cuanto su hermana regresase de Inglaterra, emplearía todas las armas de que disponía para educarla moralmente.

—El caso es que era consciente de que, como ha ocurrido, Teo lloraría y me suplicaría que no lo dejase, me diría que iba a cambiar, que lograría ser alguien de provecho y demás tonterías... Además —consultó el reloj—, mi intención era volver pronto con María, que está castigada y vienen a por ella. La pobre no da para mucho y ha suspendido hasta el recreo...

—¿A qué hora se va?

—Pues... —Adriana vio que una chica morena, no muy alta y bastante rellenita se estaba despidiendo de los demás—, creo que ya. Sus padres estarán esperando en el paseo. ¿Puedo ir con ella?

Adriana meditó. Estaba muy disgustada por lo que acababa de decir su hermana, unas opiniones y un comportamiento lamentables, y no le apetecía demasiado ir en el mismo coche que ella.

—Está bien. Pero no me engañes. Si en treinta minutos mamá no me ha dado un toque para decirme que has llegado... —trató de amenazarle, pero Olivia la cortó.

—Lo hará.

—¿Te importaría que nos quedásemos un rato o tienes algo que hacer? —le preguntó Adriana a Hugo—. Hacía años que no venía por aquí. Por otra parte, este sitio tiene unos atardeceres que deberían filmar para algún documental exótico del *National Geographic*.

—Si es cierto lo que dices, no tengo ningún plan que pueda competir con eso —dijo Hugo.

—No te gusta el fuego, ¿verdad? —Instintivamente, Adriana desvió los ojos de las hogueras que se estaban encendiendo hasta la espalda de él, donde le había visto la cicatriz.

Hugo se tensó y negó con la cabeza. Le incomodaba que alguien conociera la existencia de ese secreto que lo dejaba expuesto.

—No importa —añadió ella—. Vayamos a mi sitio favorito de A Lanzada —propuso ilusionada.

Hugo la siguió, notando cómo la arena blanquecina se deslizaba entre los dedos de sus pies a su paso. Caminaron por la orilla hasta llegar a una pequeña zona rocosa, que cruzaron; una especie de sendero dividía la costa en dos arcos semejantes a los de la parte superior de un corazón, con ese punto como vértice de unión. Al otro lado, había una isla virgen, con suelo de roca y superficie vegetal. Vieron que allí sólo había un hombre, que recogía ya su caña de pescar para regresar a casa.

—Si vinieras cualquier día, lo encontrarías abarrotado de gente a cualquier hora. Las aguas son tan claras que no necesitas bucear para poder ver el fondo. A veces te ves la piel tan nítida que te preguntas si es cierto que estás bañándote. Pero ¡la temperatura glacial del Atlántico no deja lugar a dudas!

Rozó con el dedo gordo del pie la arena húmeda. Su huella se borró segundos después con la espuma de una ola que quería alcanzarlos y luego Adriana prosiguió—: La noche de San Juan es el día de descanso de este sitio. Es el único lugar donde no permiten encender hogueras, para preservar su estado natural.

Comenzó a saltar de una roca a otra, evitando el agua, hasta el islote. Le hizo un gesto para que la siguiera y él lo hizo sin saber cuál era el destino final.

—Eso lo convierte en nuestro por una noche —añadió ella—. Al menos hasta que el alcohol haga su efecto y las parejas espontáneas busquen intimidad.

Rió y Hugo se preguntó si esa risa se debería a que ella misma había ido allí con algún hombre. El pensamiento le produjo una punzada de algo que no sabía cómo definir. Él no se consideraba celoso, pero aun así tuvo que borrar esa idea de su mente.

La isla estaba rodeada por el agua transparente de las pequeñas calas que la separaban de la zona donde los jóvenes celebraban la festividad. Adriana lo animó a seguir andando hasta el punto más alejado de la playa, que daba directamente al mar infinito. El agua se confundía con el firmamento y continuaba hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Se sentaron mirando el océano, mientras pequeñas olas que chocaban contra la superficie les salpicaban los pies.

Hugo oteó el horizonte y se percató de que, en uno de esos espectáculos que la naturaleza ofrecía algunos días de manera gratuita, el cielo mostraba toda la gama de azules que conocía, desde el cristalino al que se fundía con el negro.

—Es uno de los lugares más románticos que he visto —comentó Adriana, agarrándose las rodillas y apoyando la cabeza en ellas—. ¿Tienes novia? —preguntó directa.

Hugo la miró sorprendido. No estaba acostumbrado a dar datos sobre su vida privada a sus protegidos. No era una persona que se abriera fácilmente.

—Lo digo porque, si la tuvieras, sería un sitio bonito para sorprenderla. —Sonó apurada—. No quiero que pienses que soy una cotilla entrometida, aunque sea de ese uno por ciento que reconoce que ve *Sálvame* de vez en cuando...

—Me gusta la gente indiscreta —contestó él, al ver que se estaba poniendo nerviosa—. No, no tengo pareja —agregó y le pareció ver que una sonrisa asomaba a sus labios al oír su respuesta, pero no podía estar seguro—. ¿Y tú?

—¿De verdad tienes dudas? Vamos, Hugo —le dio un golpe con el hombro con familiaridad—, pero si parecemos siameses de tanto tiempo como pasamos juntos. ¡No te lo podría haber ocultado! De hecho, creo que prácticamente lo sabes todo de mí... ¡hasta has visto mi pijama de Disney! —Cogió una piedra y la tiró de manera que rebotó tres veces en la superficie, antes de hundirse hacia el fondo—. Después de Joaquín, el amor pasó para mí a un segundo plano —susurró.

—Déjame adivinar, ¿era uno de esos hombres que tiene como deporte favorito destrozar corazones?

—La verdad es que no te podrías ganar la vida como vidente. Te tendré que regalar a ti las temporadas de *Médium*.

Un escalofrío recorrió la espalda de Adriana y Hugo se quitó la chaqueta para echársela por encima de los hombros.

—Gracias —dijo y lo observó con esa mirada que conseguía penetrarle—. Joaquín fue el último hombre que ocupó mi corazón, pero si hay algún culpable de romper ese órgano vital, ésa soy yo. Lo conocí en la universidad y me enamoré perdidamente. Él representaba todo lo que yo había buscado. Los dos años que estuvimos juntos aprendí lo que es ser feliz y sentirme completa...

—¿Y qué pasó? —la cortó.

Por alguna extraña razón, le molestaba conocer todos los detalles maravillosos de sus relaciones pasadas. Como si el mero hecho de imaginarla amando a otro hombre fuese a volverlo loco.

—Nada. No hubo terceras personas ni meses discutiendo hasta que la relación se hizo insoportable. No me apasionan los dramas. Un día me di cuenta de que le quería, pero no con los cinco sentidos, no de esa manera que hace que, pese a conocer de memoria su rostro, te sigues quedando embelesada cada vez que lo ves.

—La rutina es la gran asesina de las parejas.

—No lo creo. No soy una soñadora. Soy consciente de que las historias de las novelas y el cine no existen, al menos no como las imaginamos. Pero sí estoy segura de que cuando encuentras a la persona adecuada, aunque hayas pasado veinte años a su lado, sigues queriéndolo besar, porque es tu momento favorito del día. Además, gestos tan cotidianos como comprar, cenar charlando de las cosas de la jornada, o dormir cada uno en el sitio de la cama que les corresponde se convierten en la gasolina que alimenta el motor del vehículo de nuestra existencia. ¿Y tú qué buscas, Hugo?

—Como tú has dicho, el amor tampoco es mi prioridad.

—Déjame adivinar... —Enarcó una ceja—. ¿Eres uno de esos hombres cuyo deporte favorito es romper corazones? —repitió su frase.

—Si alguna vez lo he hecho, no ha sido mi intención.

—No, tú tienes más clase. Sólo te veo un defecto...

—¿Uno?

—Por ahora... —murmuró—. Eres de los que se llevan el trabajo a casa y debes de ser, por tanto, demasiado protector.

—Tú tampoco ganarías mucho dinero como pitonisa. Creo que deberíamos ver *Mentes criminales* y *Médium* juntos. —Adriana seguía tiritando y no pudo evitar frotarle los brazos con las manos para que entrase en calor—. A los hombres ya no nos gustan las damiselas en apuros ni las mujeres débiles. Preferimos guerreras que se defienden ellas solas.

Adriana se levantó de un salto.

—¡Tengo una idea!

—Me asustas...

—Siempre me he querido apuntar a algún curso de autodefensa, pero lo he ido posponiendo. Tú puedes ser mi profesor. ¡Conviérteme en la luchadora que todo hombre quiere!

—¿Ahora?

—No veo por qué no. —Se encogió de hombros.

—Está bien —cedió.

Ella no era una de esas mujeres que aceptaban un no por respuesta.

Descendieron de nuevo hasta la arena de la cala, dejando el islote atrás. Adriana se quitó la chaqueta y la dejó encima de una roca.

—La defensa personal proporciona un sentimiento de control que es esencial para sentirse seguro —empezó Hugo, situándose delante de ella, que lo miraba atendiendo a todo lo que decía como una alumna ejemplar—. Todo el cuerpo es un arma, de la cabeza a los pies.

—Conozco la patada en las rodillas y los rodillazos en los genitales —contó Adriana sonriendo—. Pero me gustaría saber cómo dar un buen puñetazo, de esos que dejan KO al atacante.

—¿No querrás devolverle el golpe al niño que te hizo saltar un diente de leche?

—¡No! Ya me vengué en mi día...

—Empezaremos por ahí entonces.

Se movió hasta situarse detrás de ella. Adriana lo miró sin comprender muy bien por qué se colocaba ahí. Se acercó a ella, rozándole la espalda con el pecho, y le preguntó al oído:

—Lo más importante, ¿cómo colocarías la mano?

—Eso es sencillo. —Se volvió y su nariz chata le rozó la barbilla.

—Mira al frente y enséñame cómo lo harías.

Adriana levantó la mano, con el puño hacia arriba.

—Mal. De este modo te romperías la muñeca si golpearas con mucha fuerza. —Le colocó una mano en la cintura y deslizó la otra, con más lentitud de la que debería para disfrutar del contacto, desde su hombro, pasando por su brazo, hasta llegar al puño cerrado. Intentó ignorar que a ella se le había puesto la carne de gallina—. Tienes que ponerlo recto. Así. —Moldeó la postura de la mujer, que parecía más pendiente de la cercanía de su boca que de sus lecciones.

Hugo se apartó con mucho esfuerzo y autocontrol, para volverse a situar enfrente.

—Si, como dices quieres dejar a alguien KO, ésa es la manera. Sin embargo —se acercó un paso—, tienes que estar atenta a otros factores.

—¿Cuáles?

—Los pies.

Antes de que ella pudiese darse cuenta de sus intenciones, introdujo una pierna entre las suyas y, con un rápido y leve movimiento, la hizo perder el equilibrio y precipitarse al suelo. La sujetó por la espalda antes de que cayese, a tan pocos centímetros de la arena que las puntas de su pelo rozaban el agua que llegaba a la orilla empujada por las olas.

Sus ojos lo embrujaron y la miró inmóvil. La camiseta de tirantes se le había bajado un poco y podía ver cómo el pecho le subía y bajaba a un ritmo acelerado, como si le costase respirar. Entreabrió la boca para hablar, pero no dijo nada. Se limitó a morderse el labio con el anhelo y el deseo pintados en la cara. Lo estaba invitando al paraíso y él lo sabía.

Era consciente de que no debía, pero estaba perdiendo el control. Él, que siempre lo pensaba y analizaba todo, se encontraba con que ahora lo único que existía eran los labios de Adriana, su cuerpo, sus largas pestañas. Apretó los puños e intentó razonar consigo mismo. Ella era la fruta prohibida. No podía jugarse la reputación que tanto tiempo le había costado volver a tener incumpliendo su regla capital. Debía apartarse y fingir que allí no pasaba nada. Negarse esa sensación que creía que había perdido para siempre y alejarse.

No obstante, no lo hacía. No tenía fuerzas ni voluntad para apartarse de aquella mujer que lo había transportado de nuevo a ese umbral en el que lo ético, lo moral y lo correcto no importaban, sólo besarla y volver a sentirse vivo. Sin analizar las consecuencias, acabando con su profesionalidad. Dejando de pensar con la cabeza para hacerlo con el corazón.

—Hugo... —susurró Adriana y su voz se le antojó como los cantos de sirenas de los que hablaban los mitos, por los que tripulaciones enteras se habían ido a pique.

Hipnotizado y ansioso, mandó a la mierda todos los prejuicios que le aconsejaban apartarse y saludó a todas esas sensaciones que, embriagándolo, lo invitaban a saciar su deseo. A entregarse de nuevo. A arriesgarse.

Cerró los ojos y comenzó el descenso hacia su boca. Ya podía sentir su respiración, el temblor de sus labios. Le quedaba apenas un centímetro para rozarla, cuando su móvil sonó. Un aviso que, en mitad de la quietud, los devolvió a la realidad.

Ayudó a Adriana a ponerse de pie y se alejó unos pasos.

—¿Pablo? —dijo, al ver su nombre en la pantalla.

—¿Te pillo en buen momento? Pareces un poco alterado.

—Sí, es buen momento —mintió.

Desvió la mirada y vio que Adriana estaba de espaldas, contemplando la luna llena que había parecido en el firmamento sin que ninguno de los dos se diese cuenta. Puede que no hubieran terminado lo que habían empezado, pero habían cruzado una línea que lo cambiaba todo.

—Parece que tu querido Rodrigo es un trabajador nato, que no para de hacer méritos para ganarse una estancia en la cárcel. El último esta misma noche. Ha tenido una pelea con unos chicos, violando la condicional. Se ha librado porque en el último minuto no lo han querido denunciar.

—¿Dónde ha sido?

—Cerca de O Grove, en A Lanzada. —Hugo dio un respingo al oír eso.

—¿A qué hora?

—Hace menos de cinco minutos.

—No tengo nada para apuntar. Mándame la localización por WhatsApp, por favor. Da la casualidad de que estoy aquí y me gustaría hacerle una visita.

—Ahora mismo. Me debes una buena mariscada.

—Hecho.

Acababa de colgar cuando sonó un pitido que anunciaba que su amigo de comisaría le había mandado el mensaje.

—Adriana, ahora tenemos que irnos. —Ella se volvió con la decepción pintada en el rostro, pero la segunda parte de la frase hizo que lo olvidase todo, al menos temporalmente—. Un contacto me ha informado de que Rodrigo está en A Lanzada. Y tengo la localización.

Rodrigo estaba tan cerca, en el aparcamiento de la playa de A Lanzada, que a Hugo casi le pareció irónico, como si estuvieran destinados a encontrarlo. Recorrieron en silencio la corta distancia que los separaba. Adriana parecía poseída, con los ojos desorbitados, buscando entre los grupos, que, en vez de disfrutar de la noche en la arena, habían decidido utilizar los estacionamientos para organizar una especie de macrobotellón, acompañado por la música de los altavoces de los coches.

—Ahí está. —Señaló un Seat León tuneado con luces de neón, que destacaba gracias a los amplificadores y *subwoofers* del vehículo, que potenciaban la salida del sonido, haciendo que la música house inundase los espacios aledaños—. Déjame hablar a mí —añadió con autoridad, segura de sí misma.

No sabía qué iba a decir, seguramente dejaría que sus vísceras, todo lo que llevaba dentro y necesitaba expulsar, la dominasen y hablasen en su lugar.

Se detuvo al lado del coche. Hugo se preguntó cuál de los tres hombres, que estaban sentados en el maletero sirviéndose un cubata, sería la expareja de Valeria. Le llamó la atención que, además de aparentemente ir drogados hasta las cejas, superasen la media de edad de una fiesta en la que la mayoría de la gente rondaba los veinte años.

Él no era el único que se había percatado de ese detalle. Los grupos que los rodeaban miraban despectivamente a esa pandilla de desfasados que estaban llamando la atención con sus berridos, la violencia con la que se hablaban entre ellos, los bailes hiperactivos y los comportamientos extravagantes, fruto de la droga que habían consumido.

—Hola, Rodrigo —saludó seria Adriana y Hugo puso cara al hombre que estaban buscando. Era rubio, con unos ojos azules de pupilas totalmente dilatadas, la mandíbula desencajada y unos visibles espasmos musculares.

Hugo había tratado con muchos «enganchados», como le gustaba llamarlos a él, y podía catalogarlos con un rápido vistazo. Rodrigo era lo que denominaba «un niño bien venido a menos», jóvenes de familias de alto poder adquisitivo que, gracias al desahogo económico de que disponían, jugaban con el polvo blanco para experimentar algún tipo de emoción prohibida y *cool* y se perdían en el camino, destrozando su vida.

Rodrigo miró un rato a Adriana, como si estuviera ido, antes de reconocerla. Por un momento, Hugo se preocupó por el chico al ver que, con unas ojeras pronunciadas y un bulto en la frente, provocado seguramente por la pelea, temblaba al haberse excedido con la dosis. Entre las complicaciones más frecuentes de la cocaína, se encontraba la posibilidad de un ataque al corazón, o bien convulsiones seguidas del inminente paro respiratorio. No descartaba que a la expareja de Valeria le acabase pasando algo de eso.

—Hola, cuñada. —Adriana se tensó al oír cómo se refería a ella—. ¡Cuánto tiempo! Estás fabulosa, irreconocible —balbuceó, secándose el sudor, uno de los muchos efectos secundarios de las drogas.

—Tú también —contestó seca.

Ella era muy expresiva y, por cómo lo miraba, Hugo podía deducir que lo veía como un desconocido, la sombra oscura y acabada de la persona con la que había tratado en el pasado.

—¿Podemos hablar un minuto en privado? —preguntó entonces.

—Claro, para la familia siempre hay tiempo.

Rodrigo se sirvió otra copa y se alejaron unos pasos del coche. Adriana se dirigió a Hugo, pero éste se adelantó a la petición que le iba a formular.

—No, te acompaño y no hay más que hablar.

Los tres se detuvieron en uno de los laterales del aparcamiento, debajo de una farola que los iluminaba con una luz intermitente.

—Estoy intrigado. Todavía me acuerdo de cómo me gritabas que me alejara de Valeria, de tu familia, diciendo que no querías volver a verme. Y mira qué casualidad, al final tú has venido a mí. ¿Has cambiado de opinión?

—Echarte de mi casa es una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida —respondió ella con firmeza—. De lo único que me arrepiento es de no haberlo hecho antes. Tal vez las cosas serían ahora muy distintas.

—¿Y qué hay de esas noches con dos copas de más, en las que nos jurábamos amistad eterna? — Tuvo que sujetarse a la base de la farola para no perder el equilibrio.

—Se acabaron cuando el Rodrigo que yo conocía, ese que era una bellísima persona con un futuro prometedor, fue suplantado por lo que tengo delante.

Al joven no le gustó el comentario despectivo de Adriana y su rostro cambió, ya no mostraba una sonrisa cordial, sino que abría la boca enseñando los dientes, como un perro rabioso. Hugo se colocó más cerca de ella, por si intentaba hacer alguna tontería. Sabía que las personas drogadas actuaban de manera irracional e imprevisible.

—¡No te atrevas a decirme eso! ¡No cuando sabes perfectamente quién tuvo la culpa! ¡Yo estaba en la universidad estudiando Medicina! ¡Mis profesores me aseguraban que los hospitales se me rifarían! Y ella, ella terminó con todo —gritó, llamando la atención de las personas que estaban a su alrededor.

—El día que Valeria te confesó su adicción, tuviste dos opciones —replicó calmada, sin miedo—: Ayudarla a superarlo o unirte a ella y hundiros juntos. Tú escogiste. Asume la responsabilidad.

—¡Yo la quería y Valeria me destruyó para después dejarme!

—Ojalá hubiera podido ver esa escena en la clínica, para decirle lo orgullosa que estaba de ella.

—¿Ah, sí? A mí también me habría gustado estar en un sitio. Bueno, no, mejor en dos. Cuando se tiró al mar y después, cuando encontraron su cadáver comido por los peces, demostrando que cada uno obtiene lo que se merece, justicia divina. Me excito pensando que habría podido escupir sobre su cuerpo y decirle que era una grandísima hija de puta.

Adriana no cambió el gesto, pero una vena en su cuello se hinchó y comenzó a palpar.

Aquel impresentable había acabado con la paciencia, la formalidad y el autocontrol de Hugo, que apretó los puños dispuesto a estrellarlos directamente en su cara, pero ella, consciente de lo que estaba a punto de hacer, le pidió que se detuviera sujetándole la mano.

—¿Y no lo hiciste antes de que ella muriese? Tengo entendido que Valeria estuvo en Vilagarcía un día entero antes de suicidarse. Imagino que verla caminando por las calles, totalmente curada, preparada para comenzar una vida en la que tú no tenías sitio, debió de volverte loco. —Lo estaba llevando a su terreno—. No sería raro que quisieras mantener una última conversación...

—¿Crees que yo la maté? —la interrumpió—. Sí, eso es lo que piensas. Que en un momento de euforia la obligué a tirarse al mar, ¿no es cierto?

—Espero que no, pero me gustaría escuchar tu respuesta.

—¿Eso quieres? —Se acercó un paso y habló con los ojos fijos en ella—. Mi respuesta es que ojalá lo hubiera hecho. Pero no la habría obligado a quitarse la vida, lo habría hecho yo mismo. Se me empalma al imaginar mis manos en su cuello, apretando, viendo cómo suplica mientras se pone roja y no puede respirar, hasta que cae desplomada al suelo. —Hizo una pausa—. O follarla con una bolsa de plástico en la cabeza, llegando al orgasmo en el mismo instante en que ella abandona este mundo, corriéndome con sus últimos espasmos.

»Valeria era mía o de nadie. Desde que me confesó que me dejaba, supe que no llegaría a la treintena. Yo me encargaría de ello. Fantaseaba con el modo de hacerlo e incluso esa satisfacción me la quitó. Me enteré de lo que le había sucedido en comisaría, mientras esperaba salir del calabozo, al oír la

conversación de dos policías.

Adriana miró a Hugo con rabia y desesperación.

—Comprobaré si su coartada es cierta —dijo él.

—Yo también voy a comprobar una cosa. Veamos si eres un buen profesor, Huguito.

Y antes de que le diera tiempo a reaccionar, Adriana colocó el puño tal como le había enseñado y se lanzó sobre Rodrigo, golpeándolo con tanta fuerza que el hombre perdió el equilibrio y cayó al suelo, llevándose la mano a la boca.

—No me has enseñado tan bien. Mierda, cómo duele —se quejó.

—Déjame ver. —Tenía los nudillos raspados. Palpó preocupado, para ver si se había hecho algo—.

Por lo menos no te has roto nada. Iré a pedir hielo para ponerte antes de que se te hinche.

Rodrigo se levantó escupiendo sangre e intentó correr hacia Adriana, pero Hugo se interpuso y, con un rápido movimiento, le retorció el brazo hacia atrás, empujándolo contra la farola para paralizarlo, sin preocuparse por si le dislocaba el hombro.

—No llegarías a tocarla, pero no te permito ni que lo intentes, ¿entendido? —Rodrigo trató de zafarse de su agarre y Hugo presionó con más fuerza, inmovilizándolo de nuevo—. No se te ocurra ni mirarla. Cuando pases por su lado, agacha la cabeza o, la próxima vez, te romperé los huesos —aseguró protector.

Nada ni nadie tocaría a Adriana. La costaba contenerse y mantener la cabeza fría para no descargar en él toda la impotencia que le habían producido sus palabras. Era una de esas veces en las que tener que actuar como un profesional lo quemaba por dentro.

—No podrás protegerla siempre —amenazó Rodrigo.

—Quiero que escuches bien una cosa, desgraciado. En cuanto te suelte, voy a hacer una llamada y, a partir de hoy, un policía se va a convertir en tu puta sombra, acechando, esperando que cometas la mínima equivocación y violes la condicional, y créeme que lo harás, para encerrarte entre rejas. Ésa será tu suerte, un regalo que te doy, porque como le pongas un solo dedo encima, me tomaré la justicia por mi mano, y te aseguro que eso es lo último que te conviene.

Los dos hombres que lo acompañaban en el Seat León aparecieron enarbolando unas botellas rotas.

—Por favor, hacedlo —los desafió Hugo—. Intentad reducirme, pegarme, nada me haría más feliz que tener una excusa para dejar a este miserable inconsciente.

Estaba alerta, con los cinco sentidos puestos en enfrentarse a ellos si era necesario. Con su experiencia y las misiones que había llevado a cabo, eso sería pan comido.

Los dos hombres se movieron como depredadores, colocándose a ambos lados de Hugo.

—¿A qué esperáis? Vamos. Tenéis a vuestro alcance conseguir un dos por uno: paliza y dormir en la cárcel en una misma noche.

No se podía contener, ansiaba que llegase el primer golpe y así poder desquitarse.

Uno de ellos, con aspecto de armario empotrado y unos músculos de gimnasio bastante definidos, no pudo aguantar ante la provocación y se lanzó hacia delante. Hugo soltó a Rodrigo para enfrentarse a él y el exnovio de Valeria intentó agarrarlo por la espalda. Pero antes de que su compañero llegase, Hugo se volvió y lo golpeó en la nuez, le propinó una patada en la rodilla, haciendo que cayese al suelo, para terminar con un rodillazo en la cara que lo dejó revolcándose de dolor.

—¡Cuidado! —gritó un desconocido entre la multitud que se había congregado a su alrededor, justo a tiempo de que Hugo viera la sombra del otro hombre abalanzándose sobre él.

Le agarró la mano y le flexionó los dedos hacia atrás, obligándolo a tirar la botella. Luego le golpeó el lateral del cuello con el canto de la mano, algo que sabía que impediría momentáneamente que la sangre llegase al cerebro a través de la carótida y produciría la pérdida de conocimiento del agresor.

—¿Tú también quieres? —preguntó con un torrente de adrenalina circulando por sus venas al tercero, que, después de ver el espectáculo, negó con la cabeza.

Oyó cómo uno de los jóvenes hablaba con la policía para informarlos del altercado.

—¿Me dejas el móvil? —le preguntó al chico, que asintió—. Soy el agente Hugo Molina, escolta de la familia Sierra, un hombre que está con la condicional ha intentado agredir a una mujer y he tenido que reducirlos a él y a uno de sus compañeros. Ambos están visiblemente drogados.

—Ya hemos mandado una patrulla.

—Gracias.

Buscó a Adriana entre la multitud y vio que se estaba alejando. Sabía que se debía quedar allí para prestar declaración, pero no podía dejar que se marchase sola. Ya iría a la comisaría a explicarlo todo al día siguiente.

La alcanzó en la playa. Caminaba sin rumbo, golpeando el agua con fuerza, descargando así su rabia y su impotencia.

—Lo siento. Me he ido cuando he visto que estabas bien. No podía quedarme ahí y verle la cara después de las cosas que ha dicho —explicó, presintiendo su presencia, sin disminuir la velocidad. Estaba muy alterada.

—Adriana, para. —Se colocó delante de ella y la obligó a detenerse—. Tienes que calmarte.

—¿Calmarme? ¡No puedo! —exclamó—. ¡Todo se ha venido abajo!

—No tienes que hacer caso de lo que ha dicho. Es un...

—No es por Rodrigo. Él es un monstruo y su opinión no me afecta lo más mínimo. Además, el puñetazo me ha venido muy bien para superar esa parte.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—Estoy perdida, Hugo. —Sonó desesperada—. Al principio creía que él me aclararía a qué se refería Valeria cuando decía que había un asunto que tenía que resolver. Después pensé que tal vez Rodrigo era el hombre que estaba buscando, la persona que le había hecho daño a mi hermana. ¿Y ahora? ¡Ahora no sé cómo continuar! ¡No tengo nada! ¡Estoy sola!

Hugo colocó las manos a ambos lados de la cara de ella para obligarla a mirarlo.

—Te equivocas, yo estoy contigo. Te ayudaré a encontrar un hilo del que tirar, a dar el siguiente paso. Necesito que me creas cuando te aseguro que somos un equipo. —Habría dicho y hecho cualquier cosa para borrar la angustia y el pesimismo de su rostro.

—Todos piensan que estoy equivocada. Nadie me cree... —murmuró.

No le había escuchado. Hugo acercó su cara a la suya a menos de un centímetro, para forzarla a prestar atención a su siguiente frase.

—Yo te creo y siempre lo haré. —Ella bajó la cabeza, negando, pero él volvió a levantársela y pronunció lentamente la siguiente frase, ante su atenta mirada—: No seas terca, Adriana, lucharé todas las batallas a tu lado y siempre confiaré en ti, porque tú, la mujer más testaruda de todas las Rías Baixas, vas a ser mi verdad más absoluta.

Sus ojos brillaron húmedos, pero las lágrimas no llegaron. En lugar de eso, Hugo sintió la suavidad de sus labios contra los de él, presionando con cariño, y se quedó inmóvil, asombrado del calor que podían transmitir. Cerró los ojos y luchó contra sus impulsos, mientras ella atrapaba su boca con ternura e impaciencia.

Hasta ese momento, nunca había entendido la expresión «perder la cabeza por alguien», pero ahora la comprendía a la perfección. Ese contacto era el ancla que lo mantenía fijo al suelo, mientras todo su cuerpo levitaba en un mar de sensaciones que no podía controlar. Nunca había valorado los besos en sus

anteriores relaciones, pero con el de Adriana descubrió que, con la persona adecuada, eran algo que cambiaba sin remedio el rumbo de una vida.

Los tormentos pasados regresaron y se separó antes de continuar. Adriana, como las cosas más maravillosas del mundo, tenía el cartel de prohibido para él y no sabía si podría seguir haciendo caso a la normativa si probaba sus labios un solo segundo más. Ya una vez antepuso el amor a su profesión y lo perdió todo. No podía tropezar dos veces con la misma piedra. No podía aceptar caer ni equivocarse de nuevo. No podía repetir con Adriana, aunque negarse a ello le doliese físicamente.

—Yo no... —balbuceó, sin encontrar las palabras adecuadas para negarse.

—¿No puedes o no quieres? —Adriana se cruzó de brazos.

—Eso da igual.

—No, Hugo, tu respuesta a esa pregunta lo cambia todo.

Si el rechazo de Hugo no siguiera latente como una molesta carga, Adriana no habría aceptado la invitación, eso lo tenía claro. Pero la decepción y su ego herido, sumado a la curiosidad por la inesperada llamada, la habían llevado a decir que sí a la oferta de Iago. Éste, al que recordaba vagamente del instituto, antes de que se marchase sin dar explicaciones, había insistido en que necesitaba verla para proponerle un negocio común.

Ella le había explicado que, pese a haber terminado la carrera de Administración y Dirección de Empresas, trabajaba en la biblioteca de Vilagarcía y todavía no se había hecho cargo de los negocios familiares. Sin embargo, él había reiterado que sería una proposición suculenta a la que no se podría negar una vez hubiese escuchado los detalles.

La había citado en su yate. Según le había informado en la breve conversación telefónica (se preguntaba cómo había conseguido su número), el gallego vivía en un barco. No le extrañaba, toda la existencia de Iago siempre había estado rodeada de un aura de misterio y aventura en la que parecía imposible encajar una vida al uso.

Tal vez por ese motivo, y porque con dieciséis años poseía esa clase de atractivo en el que se mezclaba su faceta canalla con la de rebelde sin causa, la mitad de las alumnas se derretían por su sonrisa. Siempre había sido considerado el seductor de su clase por excelencia. Todas lo perseguían y discutían entre ellas disputándose su atención.

A Adriana nunca la había impresionado su carácter egoísta, su afán de llamar la atención y su aire de indiferencia cuando rompía el corazón de una de sus múltiples parejas. Era dañino, un joven cuyos efectos secundarios llevaban a sus víctimas a derramar amargas lágrimas. No le quería juzgar antes de verlo tras el paso del tiempo, pero dudaba que, con esa personalidad tan marcada, hubiese cambiado.

Iago había invitado a cenar a Adriana, con el pretexto de que los mejores contratos se cerraban con el estómago lleno y una buena botella de ribeiro para acompañar. Así pues, se había puesto un bonito vestido griego blanco, con la espalda cruzada por dos finas tiras, y se había recogido el pelo en una trenza lateral de espiga. Cuando se había mirado al espejo, había comprobado que el resultado era el que buscaba; se veía guapa, una mujer que llamaba la atención. Y ése era su objetivo, no por ese hombre del pasado que había llegado a su presente, sino por el escolta que le gustaría que estuviese en su futuro.

Hugo caminaba detrás de ella mientras se dirigía al yate. No habían hablado sobre la noche en la playa de A Lanzada, pero sabía que para él también había significado algo. Lo notaba en cómo la miraba y se tensaba cada vez que estaban cerca. La seguridad que siempre había demostrado desaparecía cuando Adriana propiciaba roces tan insignificantes como dos manos que se tocan fugazmente mientras caminan. Él retiraba la suya inmediatamente, con la duda pintada en el rostro.

En el extremo del muelle, distinguió la figura de un hombre al lado de un yate iluminado por un mar de luces. Las cosas le tenían que haber ido muy bien a Iago para poder permitirse un buque de tal tamaño. Mientras caminaba a su encuentro, se dijo que la vida no era justa. Su compañero siempre había sido un estudiante pésimo que no se esforzaba en disimularlo. Y, al contrario de los que se habían dedicado en cuerpo y alma a intentar comprar todas las papeletas para forjarse un futuro mejor, había sido él quien había ganado la lotería.

Llevaba unos pantalones blancos de lino y una camisa azul que acentuaba su piel aceitunada, herencia de sus raíces cubanas, y aquellos ojos que mezclaban el verde y el azul, como las playas paradisíacas que salían en los reportajes televisivos. La edad había endurecido sus rasgos, enmarcados por su pelo casi rapado, que apenas dejaba entrever su cabello negro azabache.

—Siempre supe que eras un valor al alza y que, como el buen vino, mejorarías con el tiempo. Encantado de volver a verte, Adriana —la saludó, besándole la mano.

Un gesto seductor anticuado que a ella le hizo gracia, más aún cuando observó con el rabillo del ojo lo poco que le gustaba el detalle a su acompañante.

—Y yo que tú nunca cambiarías. Los que nacen hipnotizadores de serpientes lo son para toda la vida —contestó, segura de que seguía siendo el Iago que había desvirgado a la mitad de las mujeres de Vilagarcía de su generación—. Te mentiría si no te dijera que me ha sorprendido tu llamada, Iago —añadió.

—¿No puede uno querer ver a sus viejas amigas, cuando regresa después de tantos años?

—Eso me cuadraría si tú y yo hubiésemos sido amigos, pero mis únicos recuerdos contigo son increpándote porque, con tu afán conquistador, me estuvieses convirtiendo en el paño de lágrimas de todas mis amigas. —Hizo una pausa para que le quedase claro que a ella no la podía seducir con sus cantos de sirena—. Supongo que nuestro encuentro se debe más al trato del que me has hablado, ¿me equivoco?

—Para nada. Veo que tú también sigues siendo como te recordaba, inmune a mis encantos de engatusador profesional. —Miró hacia la cubierta del barco, donde había una mesa con velas esperándolos—. Si te parece, podemos subir. Veremos si he acertado más con el menú que he seleccionado que con mi intento de cautivarte, para que tu respuesta a mi oferta sea positiva.

Adriana asintió y fue a subir al barco, rechazando el brazo que Iago le ofrecía, cuando Hugo, visiblemente celoso, intervino.

—Me gustaría comprobar la seguridad —anunció profesional.

—Por supuesto —respondió Iago sin mirarlo, como si fuera un actor secundario que no merecía su atención—. No te importará que, mientras lo haces, nosotros comencemos esta noche de alianzas, que promete... y mucho. —Alargó la última palabra mirando a Adriana de arriba abajo, sin la censura y el pudor que exigían las reglas de comportamiento social.

—Me es indiferente —gruñó Hugo.

Caminaron hasta la mesa, de impoluto mantel blanco y adornada con una vela y un jarrón con una rosa blanca y otra negra. En uno de los laterales de la cubierta había una especie de malla flexible, donde Adriana supuso que Iago se tumbaba con las mujeres a las que engañaba y, posteriormente, rompía el corazón.

—Una cosa —dijo él, dirigiéndose a Hugo—, si ves una sala con esposas, látigos y cadenas, no creas que mi intención es secuestrar a Adriana. Se trata de mi espacio de juegos, un lugar donde practicar un sensato, seguro, consensuado y placentero sexo.

Hugo asintió y, sin pronunciar palabra, se internó en el yate.

—Tengo una duda, ¿en ese cuarto oscuro permites que te besen o sigues con tu extraña manía de no dejar que nadie te roce los labios? —preguntó Adriana, recordando un dato que siempre le había llamado la atención cuando sus amigas le hablaban de sus encuentros con Iago.

—Todavía no ha habido una mujer que se haya atrevido a besarme —fue su escueta respuesta.

Ella negó con la cabeza, meditando sobre eso, cuando apareció un camarero llevando un carrito con una botella de champán que dejó en un cubo de metal lleno de hielo, y también una fuente de la que caía chocolate caliente con fresas para acompañar.

—Pensaba que íbamos a cenar... —murmuró Adriana, mientras el camarero le servía champán.

—Y lo haremos. Nunca me han gustado los convencionalismos, ¿por qué no empezar con la mejor parte de una cena? Así disfrutaremos con los cinco sentidos del delicioso chocolate, y no cuando estemos llenos de la comida que te prometo que vendrá.

—Es lo más inteligente que has dicho desde que he llegado.

—Brindo por ello.

Ambos levantaron la copa y las hicieron chocar, antes de beber un pequeño sorbo.

El carraspeo de Hugo casi la hizo atragantarse. Se volvió y observó su ceño fruncido. Molesto estaba aún más sexy, si eso era posible, que cuando le sonreía con aquella dentadura perfecta. Ver cómo le afectaba su trato con Iago hizo que Adriana deseara tensar más la cuerda hasta que el escolta estallase y cediese ante lo que, estaba segura, sentía.

—Todo está en orden —dijo, dirigiéndose únicamente a ella.

—Si es así, podrías esperarnos un poco más alejado. Adriana y yo tenemos mucho de que hablar en privado —contestó Iago en su lugar.

Hugo la miró directamente y ella asintió, más por seguir con su absurda «venganza» que porque realmente quisiera que se marchase. En el fondo, y en la superficie, le apetecía que aquella cena con champán, fresas, chocolate y conversaciones repletas de indirectas se produjera con él como testigo.

Hugo hizo gala de su autocontrol y se alejó de la cubierta. Con los puños apretados, se apoyó con fingida indiferencia en el mástil de madera. Las luces de la ciudad bajo el cielo encapotado eran su única distracción para no pensar en lo que estaba sucediendo a tan sólo unos metros de distancia.

De nuevo, Adriana sintió la tentación de acercarse a él, ponerse de puntillas y besarlo. Sin pensar, sin ningún motivo, sólo porque le apetecía. Avivar ese temperamento que sabía que se escondía debajo de su fachada de hombre recto y perfecto. Pero no podía hacerlo y enfrentarse de nuevo al rechazo. Él tenía la pelota en su tejado y era quien tendría que realizar la siguiente jugada.

Estaba tan ensimismada, que cuando escuchó la siguiente frase de Iago, creyó que había oído mal. Pero por si le quedaba alguna duda, él se la repitió:

—Menos mal que se ha ido ese incómodo policía. Estaba deseando que se largase para poder borrar esa estúpida sonrisa de suficiencia que tienes en la cara, putita. —Su mirada oscura se clavó en ella, al mismo tiempo que los tacones de ella lo hicieron en sus testículos.

—Vuelve a llamarme así y esta noche duermes con un huevo menos.

Adriana reaccionó sin comprender qué había cambiado para que Iago, que hasta ese momento se estaba comportando como si tuviera interés en ella, hubiese llevado a cabo ese cambio de registro.

Pero él, en lugar de amedrentarse, levantó la cabeza sonriente. Adriana apartó el zapato y fue a levantarse.

—Te aconsejo que no lo hagas.

—Y a mí me da igual lo que me digas.

—Pues no deberías. —Se recostó en el asiento—. No si quieres volver a saber algo de tu hermana.

—¿De Valeria?

—¿La drogadicta muerta? No —respondió Iago con desprecio—. Más bien de la rubia a la que Dios olvidó en el reparto de neuronas.

—¿Olivia?

—La misma. Los muertos sólo sirven para remover entrañas, pero los vivos son más útiles. Logran que sometas a personas, como una hermana desesperada, a tu propia voluntad. Consigues que hagan cosas contra su ética y su moral, actos que no se veían realizando ni en sus peores pesadillas.

La mente de Adriana se convirtió en un hervidero. No sabía cómo reaccionar, porque no entendía qué pintaba el nombre de la pequeña de los Sierra en aquella conversación. Ese giro inesperado la había dejado totalmente desconcertada.

—No sé a qué narices crees que estás jugando, pero te has equivocado a la hora de elegir una víctima para tu macabra broma. Olivia está fuera del país, estudiando.

—Llegó al aeropuerto, sí, y después se vino conmigo.

—Nos llamó desde Inglaterra... —balbuceó, sin poder creerse lo que estaba oyendo.

En el caso de ser cierto lo que decía, ¿para qué quería Iago a Olivia?

—Recuerdo ese skype. Lo tuvimos que repetir una decena de veces, porque la estúpida se ponía a llorar en mitad de la grabación. —Dio un sorbo a su copa—. Pero reconozco que el resultado final fue inmejorable. Demostró unas dotes de actriz que deberíais potenciar, si logramos el final feliz que a mí me conviene y tú deseas.

La imagen de la débil y frágil Olivia, aterrorizada en cualquier zulo, le vino a la cabeza. Adriana sintió que se volvía loca de desesperación.

—¿La has secuestrado?

—Creo que en el Código Penal lo consideran así, sí.

—¿Y qué te hace pensar que no voy a denunciarte nada más salir de aquí?

—Nada, pero la consecuencia de ese acto sería un tiro entre las cejas a la rubia y creo que eso es algo que tú no quieres. Piensa que antes de citarte he hecho los deberes y tengo gente en más sitios de los que puedes llegar a imaginar. Con dinero se puede comprar todo y a mí los billetes me sobran. Sólo era cuestión de tiempo que alguien aceptase. La Policía Nacional, como todas las profesiones, está llena de gente podrida de ambición... lo único que hace falta es tener olfato para descubrir quién huele mal. En este sentido, si fueras a la comisaría tratando de engañarme, yo recibiría una llamada de inmediato... Ésa sería la acción. La reacción ya te la imaginas. —Hizo una pausa para servirse más champán.

Adriana se sintió mareada. Instintivamente, buscó el apoyo de Hugo, que, como si estuviera conectado a ella, la miró torciendo el gesto.

—Deberías sonreír y fingir que soy la mejor compañía. No te conviene que él sospeche nada.

—Está bien —aceptó, desviando los ojos de los del escolta, a la vez que luchaba por no derrumbarse allí mismo y echarse a llorar. Con la mejor de sus sonrisas, se dirigió a Iago—. ¿Qué quieres de mí?

—Eso está mejor. Como supondrás, mi buena vida no proviene de un trabajo decente. No, eso os lo dejo a los infelices que vivís anhelando cosas que nunca podréis tener, mientras os matáis a hacer horas extra en una oficina. Yo elegí otro camino. Más fácil y peligroso. Con placeres inmediatos y muertes prematuras en la cuneta de una carretera. Pero ése no es el tema. —Apoyó los codos en la mesa y se acercó a ella. Hablaba con pasión—. Quiero devolverle el prestigio a Galicia por un breve período de tiempo. Convertirla de nuevo en la red que suministraba la mayor parte de la cocaína que se consume en España y quitarle el liderazgo a Gibraltar. Establecer una cabeza de puente para una red de tráfico de drogas intercontinental, que nos conecte con los colombianos. ¿Me sigues?

—Sí, pero no comprendo qué tengo que ver yo en todo esto.

—Tú eres uno de los puntos más importantes de mi plan. Las políticas de tu padre me estaban jodiendo y entonces un día, mientras iba con mi Ferrari, te vi corriendo y la bombilla se me encendió. Tú eres su niña mimada, en la que más confía. La llave para lograr que el océano sea mío. Si te tengo a ti, puedo lograr mi meta.

—¿Cómo? —preguntó angustiada. Nada de aquello tenía sentido para ella.

—Naves y bateas. Necesito un espacio donde llevar la droga, alijarla en una planeadora, avituallar a los barcos, descargarla en pesqueros sin tocar tierra y guardar la cocaína. Convertirme en el Cristóbal Colón que les descubre una nueva ruta a los cárteles para entrar en Europa con sólo dos envíos. No soy un hombre fiel, ni a las mujeres ni a las ciudades. Un trabajo eficaz, llenar mis arcas de dinero y marcharme. ¿Y qué mejor sitio para llevar a cabo mi plan, cuando están incrementando la seguridad como nunca en la historia, que en las propiedades de aquel que lidera la lucha? Sus criaderos son los únicos que carecen de vigilancia. Nadie tiene ninguna duda de la lucha de tu padre contra el narcotráfico ni sospecharían de sus terrenos. Y será por donde entre toda la droga.

—Sólo le veo un punto flaco a este plan. ¿Cómo crees que puedo ayudarte, con el único propósito de salvar a Olivia, si no tengo ni idea del funcionamiento de una red de tráfico de drogas intercontinental? —Conforme lo decía, fue como si todo aquello dejase de ser un sueño para convertirse en una pesadilla real.

Por un momento, miró a ambos lados con la esperanza de ver salir a una azafata con un ramo de flores enorme, que le indicara que se trataba de una cámara oculta de humor bastante dudoso. Pero en lugar de eso, se encontró con la respuesta del gallego.

—Por eso no te preocupes, yo te daré las indicaciones pertinentes. A partir de hoy, puedes considerarte mi alumna predilecta.

Hizo un gesto y el camarero regresó con una nueva botella de champán que tenía una etiqueta un tanto diferente. Fingiendo que le mostraba la marca, lo que hizo fue confirmarle sus peores temores con una fotografía adherida al envase. En ella se veía a Olivia despeinada, con los ojos hinchados y llorosos, magulladuras en la cara y unas ojeras moradas, sujetando un cartel escrito de su puño y letra en el que se podía leer : «Ayúdame, Adriana, por favor».

—¿Tenemos un trato? —preguntó Iago, pasándole su copa rellena.

—Sí —se apresuró a responder ella. Sería capaz de hacer cualquier cosa por salvar a Olivia.

Él levantó su copa para brindar y ambos bebieron, aunque a Adriana se le atragantó el licor en la garganta.

—Y recuerda —dijo Iago en un tono de voz tan frío que le traspasó la piel y tuvo que frotarse los brazos—. No me traiciones si no quieres que el Atlántico se convierta en la tumba particular de tu familia.

Le apretó con fuerza la mano, que todavía le dolía por el puñetazo que le había dado a Rodrigo el día anterior. Pero en lugar de quejarse, Adriana sonrió como si el contacto fuese lo más placentero del mundo, colocándose la máscara de aquella nueva etapa de su vida que no terminaría hasta tener de vuelta a Olivia sana y salva.

Adriana iba de copiloto, después de haber bebido durante la cena. Miraba por la ventana con una actitud distante y fría que a Hugo no le dejaba pensar en nada más que en la mano de Iago sobre la de ella, rozándola, acariciándola de un modo como sólo debía hacer él.

Tomó el primer desvío que encontró hacia una carretera secundaria, un camino rural desierto, y detuvo el coche de un frenazo. Bajó del escarabajo blanco y Adriana lo imitó.

—¿Pasa algo? —preguntó ella mirando las ruedas, pues había deducido erróneamente que habían pinchado.

—Necesito contarte una cosa —dijo Hugo, serio y decidido.

—Lo que me tengas que decir puede esperar a mañana —zanjó Adriana la conversación, encaminándose de nuevo al interior del vehículo.

—No, tiene que ser ahora. —La detuvo él cerrando la puerta—. Si me das una noche para meditar, cambiaré de opinión.

Se conocía lo suficiente como para saber que, si quería abrirse en canal, contar sus secretos más íntimos, era porque se encontraba en un momento de debilidad que tenía que aprovechar antes de que la coraza se volviese a instalar.

—Debo explicarte mi pasado para que entiendas mi presente y comprendas por qué actué así en A Lanzada.

Esperaba que ella se alegrase de ese paso, pero seguía actuando de manera extraña, como si tuviese la cabeza en otra parte.

—Está a punto de diluviar...

El cielo estaba oscuro. Las densas nubes lo cubrían todo y la única claridad que se dejaba ver era la de los relámpagos que anunciaban una tormenta inminente.

—No me importa. He encontrado la llave para abrir mi caja de Pandora y no puedo esperar —contestó, tratando de captar su atención.

—Te escucho —cedió al fin, abrazándose a sí misma para protegerse del frío, mientras se sentaba sobre el capó del coche.

Los faros estaban encendidos y la dotaban de un halo que iluminaba el tejido blanco contra su piel clara, transparentando buena parte de su anatomía.

Hugo tomó aire ordenando toda la información que le quería transmitir. Fue consciente de que su autocontrol se estaba esfumando y de que sus principios, cimentados sobre una sólida base, se resquebrajaban en mil pedazos. Todo por ese sentimiento que se había prometido que nunca volvería a experimentar.

—Las personas somos el resultado de lo que nos ocurre a lo largo de la vida. Todo nos afecta y nos marca sin vuelta atrás. Para que entiendas cómo y cuándo me cerré al amor, debo hablarte primero de la pasión que siento por mi trabajo. —Adriana asintió—. Nadie de mi familia es policía, pero desde pequeño supe que era la profesión para la que había nacido. Supongo que, como todas las personas, quería dejar mi pequeña huella en el mundo. Algo que me convirtiera en eterno, aunque no figurase en los libros de texto. Por ese motivo me presenté a las oposiciones. Si era capaz de salvar una sola vida ya habría logrado mi meta. Aprobé con veinte años y, tras informarme sobre los diferentes cuerpos que existían, decidí que quería pertenecer al que se enfrentaba al asesino más letal de todos, la Unidad de Drogas y Crimen Organizado, la UDYCO.

—¿UDYCO? —Adriana enarcó las cejas.

La mayoría de las personas creían que los asesinos sólo podían ser personas de carne y hueso y estaban muy equivocados.

—Sí, más de doscientas cincuenta mil personas mueren al año por sobredosis y consumo de drogas, ¿concibes un criminal peor?

—Nunca lo había mirado desde esa perspectiva. —Sonó satisfecha—. Continúa, por favor —lo instó a proseguir con la historia de su vida.

—Tres años después, conseguí mi objetivo y, con una carrera ascendente, me mandaron como agente encubierto para las operaciones que llevaban a cabo en Colombia. De esa etapa de mi vida, no te hablaré de los éxitos que acababan con la actividad ilegal implantada en el tejido económico, sino del fracaso que lo arruinó todo. En el año 2010, iniciamos una operación conjunta con las autoridades suecas y francesas y con el apoyo de la Europol y de Eurojust para el equipo de investigación.

Hizo una pausa para que Adriana fuera asimilando toda la información y él pudiese coger las fuerzas necesarias para seguir. Para alguien tan reservado, abrirse era un calvario, una tortura que lo exponía en cuerpo y alma.

—Queríamos identificar las principales figuras de una organización en Colombia y, tras diecisiete reuniones, decidimos que el lugar de trabajo sería Bogotá. Nos centramos en el principal encartado y sus cómplices, tratando de establecer los vínculos de una sofisticada red de empresas creadas para facilitar el blanqueo de capitales, la adquisición de propiedades y diversas transferencias económicas. Lo teníamos todo medido hasta el último detalle. Nuestra fuente nos había dicho cuándo zarpaba el yate que saldría hacia Europa con una tonelada y media de cocaína y que en el mismo viajaría el principal narcotraficante.

»Sólo teníamos que abordarlo en el Caribe y detenerlos a todos, para decidir después en qué país se llevaría a cabo el juicio. Era muy sencillo. Tan fácil que daba risa. —Sonrió con ironía—. Pero como ya pasó en la ficticia guerra de Troya, todo se truncó por una mujer que tenía nombre de perfume caro, Denise.

—¿Denise? ¿Era tu compañera? ¿Le pasó algo? —preguntó Adriana y Hugo sonrió, consciente de que estaba embelesada con la conversación. Lástima que su recuerdo más oscuro sonase interesante.

—No, Denise era camarera en uno de los locales donde se blanqueaba el dinero, un prostíbulo. Teníamos que acudir como clientes e infiltrarnos para encontrar alguna información. Desde que la vi la primera vez cruzándole la cara sin compasión a un hombre que había intentado marcharse sin pagar, captó mi atención.

—¿Ella era...?

—Sí, era una prostituta de la que me enamoré perdidamente.

Asintió comprensiva, sin censurarlo por entregar su corazón a una mujer que algunos catalogarían como de dudosa reputación.

—Su carácter, su pasión y su energía me cautivaron. Tras varios encuentros, me confesó que estaba siendo extorsionada por la mafia que traficaba con mujeres. No lo hizo para darme pena o para pedirme que la alejase de aquel mundo, sino simplemente constatando un hecho, para que entendiese por qué no podía dejar su trabajo y venirse conmigo.

»A partir de ese momento, abandoné toda profesionalidad y mi única meta fue salvarla y vivir ese final de cuento de hadas que ahora sé que sólo fue una fantasía.

Denise era su tabú autoimpuesto. Regresar a ella siempre le dolía, como si pudiera sentir de nuevo unos besos que lo envenenaban con lentitud, matándolo poco a poco. Sin embargo, por primera vez su rostro se difuminó en su memoria y la observó como un recuerdo lejano del que no podía distinguir los matices.

Levantó la vista y miró a Adriana, que cruzaba las piernas de una manera sexy de la que no era consciente y sonrió. Ella sí que era real. Le parecía un sueño hecho carne y hueso especialmente para él.

—Le revelé que era policía y cuál era mi misión allí. Todo ello durante las noches en que la cama se convertía en una aliada perfecta para conversaciones que terminaban con mi firme promesa de que el día que llevásemos a cabo la operación, iría a por ella y la rescataría para partir rumbo a nuestro futuro compartido...

»Y cumplí mi palabra. Llegué al prostíbulo una hora antes del comienzo del dispositivo y lo encontré sumido en llamas.

Adriana comprendió lo que vendría a continuación; las piezas del puzzle iban encajando.

—No lo pensé dos veces y me metí dentro, con los muros a punto de ceder, buscándola desesperado. En aquellos momentos me daba igual morir carbonizado o inhalar humo hasta asfixiarme...

—¿Y lo conseguiste? —lo cortó Adriana para devolverlo al presente.

—No, aunque no cesé en mi empeño. Estaba delirando, prácticamente inconsciente, tumbado en la escalera, con la espalda en carne viva, cuando un compañero, Pablo, me sacó de allí...

—Lo siento. Perder a Denise tuvo que ser un enorme trauma.

—No lamentes nada hasta escuchar el final de la historia. —Sonrió con amargura al pensar en lo próximo que vendría—. Me desperté en el hospital y lo primero que me dijeron fue que la operación se había estropeado por mi culpa. Una de las chicas del local les había contado que su proxeneta se percató de mi relación con Denise y que los narcos la obligaron a contarles todo lo que sabía, para después asesinarla y quemar su cuerpo en el incendio.

»Obviamente me relevaron del puesto. Pero eso no me importó. Lo verdaderamente doloroso fueron los meses de duelo, con la culpa anclada en mi pecho. No paraba de repetirme que mi intervención la había matado, hasta que, una mañana de octubre, Pablo me llamó y me dijo que tenía que enseñarme una fotografía de una detenida.

Adriana frunció el ceño con esta nueva información, adivinando el final evidente.

—La detenida se había quemado las huellas dactilares y no podían identificarla, pero a él le sonaba su cara. Me envió la foto y, pese a que el peinado era diferente, llevaba lentillas y la cirugía le había proporcionado unos labios más carnosos, la reconocí: era mi fantasma, era Denise.

De nuevo se vio dejándose caer de golpe en el sofá de su piso de la calle Ibiza. No se lo podía creer. Tenía que ser otra persona. Una hermana gemela tal vez. Y, en el caso de que se tratase de su Denise, debía de tener una excusa muy convincente. Tal vez se había visto obligada a huir por su bien, por su seguridad.

—Cuando Pablo me contó que ella me había traicionado y vendido, que siempre había trabajado para el narcotraficante, no le creí. Tuve que pagarme un viaje a Colombia, mirarla a los ojos y preguntarle. Escuchar su excusa por mí mismo. Como deducirás, su respuesta confirmó la versión de mi compañero y, desde ese momento, la fobia a enamorarme se instaló en mi interior, al lado de ese miedo al fuego que tengo desde el incendio.

—No puedo decirte lo que yo habría hecho en tu lugar. No lo sé. Quizá con lo impulsiva que soy, en vez de cerrarme a conocer otras personas me habría dedicado a jugar a la oca, pero en vez de «De oca en oca y tiro porque me toca», habría sido «De hombre en hombre y me lo tiro porque me apetece» —trató de bromear, pero al ver que Hugo no se estaba tomando la conversación a la ligera, cambió el tono. Bajó del capó del coche y se acercó a él—. ¿Alguna vez has leído *El principito*?

—No.

—Es un libro del que puedes sacar una enseñanza de cada párrafo. Hace tiempo memoricé ésta y me ha servido para aconsejar en varias ocasiones. —Carraspeó y le rozó el brazo para tener contacto antes de citar—: «Es una locura odiar todas las rosas porque una te pinchó. Renunciar a todos tus sueños porque uno no se realizó».

—Lo sé. No soy una persona derrotista, Adriana. Intento vencer mis miedos, de lo contrario, me convertiría en alguien débil y no está en mi naturaleza serlo. —Se dispuso a sincerarse del todo—. El problema es que, de entre todas las rosas del jardín, me he fijado en la única que tengo prohibida.

Ella levantó la vista sorprendida y fue a decir algo, pero Hugo le puso un dedo en los labios para obligarla a escuchar lo que tenía que decir.

—Me enviaron a Galicia como tu escolta como segunda oportunidad. No se me planteó como un trabajo difícil. Tenía que proteger a la hija de un político de una pequeña localidad al que estaban amenazando. Nada más. Era prácticamente imposible que tuviese ninguna complicación, por lo que

estaba tranquilo. Lo que nunca pensé es que me fascinarías como no lo ha hecho otra mujer. Hasta el punto de que me plantearía romper la regla capital, algo por lo que podría volver a ver mi reputación en entredicho. Me juré no volver a caer rendido ante nadie y, sin embargo, estoy de rodillas ante ti.

—Tu trabajo... Yo no quiero ser la responsable... —empezó ella, sin poder completar la frase, con el deseo luchando en su interior.

—¿Sabes qué? Nunca me he considerado un romántico, pero sí una persona que tiende a buscar el lado bueno de las cosas. Hasta hoy no había logrado encontrar un motivo positivo para perder mi puesto en la UDYCO. Pero lo he hecho. La traición de Denise me sirvió para encontrarte.

—Hugo, éste no es el mejor momento. Tengo muchas cosas que asimilar esta noche...

—No, Adriana, no caigas en un error común. Empeñamos todas nuestras fuerzas en buscar un instante ideal que no existe. Sólo tenemos el aquí y ahora y no pienso desperdiciarlo. Por mis prejuicios, por ceder el dominio a la razón y olvidar la pasión, he perdido dos besos tuyos que nunca podré recuperar. Y no voy a tolerar que exista un tercero.

Con fiereza, la atrajo hacia él y la besó, presionando con fuerza los labios contra los suyos. Ella respondió con el mismo apasionamiento y lo agarró por el pelo mientras lo atraía más cerca, sin permitir que ni siquiera el aire, que soplaba con fuerza, se colase entre ellos.

Sus lenguas se fusionaron y jugaron a entrelazarse. Hugo notó cómo todo su cuerpo reaccionaba al contacto y, colocando las manos en su trasero, la atrajo a su lado hasta que la mujer se convirtió en una extensión de él mismo. Adriana aprovechó la oportunidad para dar un pequeño salto y rodearle las caderas con las piernas.

Hugo se movió hasta el tronco de un árbol, donde apoyó la espalda de ella, abandonando su boca por un minuto para recorrerle el cuello, intercalando besos y pequeños mordiscos, haciéndola estremecer.

Adriana le tiró del pelo para obligarlo a mirarla a los ojos. Hugo pudo ver en ellos su reflejo y se sorprendió al comprobar que estaba sonriendo, tan feliz como no recordaba haber sido.

—No lo creía posible, pero besarte supera la mejor de mis fantasías —ronroneó él.

—Enséñame cómo terminaban —contestó ella sensual, moviendo las caderas y haciendo que Hugo se excitase y deseara continuar, llegar más lejos, hasta el final.

Sin decir nada, la llevó hasta el capó del coche, donde Adriana se quedó sentada, mordiéndose el labio impaciente.

El cielo comenzó a descargar un torrente de lluvia sobre ambos, una tormenta de verano tan intensa como el momento que estaban viviendo.

—No te detengas. Algunos se quejan de la lluvia y otros disfrutan haciendo el amor debajo de ella. Seamos de los segundos, por favor.

Hugo asintió y, con cuidado, realizó su deseo, quitándole el vestido blanco para dejarla sólo con las braguitas. Se apartó para mirarla y memorizar todos los detalles de aquel cuerpo perfecto, que, sin ropa, le gustaba todavía más. Bajo la lluvia, a la luz de los faros, Adriana abrió las piernas, invitando a su miembro, que sobresalía totalmente erecto por encima de su pantalón, a entrar en ella.

Hugo no se pudo resistir y acudió a su lado. Le quitó las braguitas con delicadeza y, mientras acariciaba sus pechos, de un tamaño perfecto, ni demasiado grandes ni demasiado pequeños, con la boca, introdujo un dedo en su interior, notando cómo se estremecía a su contacto y comenzaba a lubricarse excitada. Juguetón, le mordisqueó uno de los pezones, mientras aumentaba el ritmo de la penetración, notando cómo la respiración de Adriana se entrecortaba y le hacía subir y bajar el pecho, acelerado.

Ella no pudo más y, sin ternura ni miramientos, le arrancó la camisa haciendo saltar los botones, que cayeron esparcidos por el barro. Él se tumbó encima y comenzó a devorarle la boca mientras Adriana, apretando las piernas alrededor de su cintura, clamaba por su miembro.

Ella lo miró con deseo e inmediatamente comenzó a recorrer su pene de arriba abajo, masajeándolo, dándole vida, viéndolo crecer aún más.

Hugo echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos disfrutando del placer, sintiendo la lluvia sobre su cuerpo y el de Adriana, el resto de los sentidos le sobraban.

—Hugo, por favor, no puedo esperar más, penétrame.

Él la miró y se mordió el labio, excitado al ver cómo le suplicaba impaciente. Decidió no quitarle los zapatos de tacón ni las medias, que le daban un aspecto más sexy, pero sí le deshizo la trenza.

—Me encantas así, Adri, mi salvaje —murmuró, viendo cómo el pelo le caía a ambos lados de la cara, mojándose con la lluvia.

Introdujo su pene y tuvo que contenerse para no abrir la boca, asombrado. Parecía un molde hecho a su medida. Como si hubiese encontrado su casa. Como si Adriana y él formasen un rompecabezas que acababa de encajar. Embistió con fuerza y ella se incorporó para agarrarse a su cuello y morderle la oreja.

Las gotas que se habían acumulado en las puntas de su cabello lo salpicaron de un modo salvaje. Poco a poco, Hugo descendió hasta que sus bocas se encontraron. y se movió despacio pero con fuerza, para saborear cada penetración, el calor que emanaba de ella y la sensación de tenerla entre sus brazos.

Adriana arqueaba la espalda con cada embestida, mordiendo el labio hasta hacerse sangre. De repente, lo miró fijamente.

—Dímelo.

—¿Qué? —preguntó confuso.

—Tú lo sabes.

—Nunca me cansaré de tus labios, Adri, besarte se convertirá en mi momento favorito todos los días.

Ella se acercó y lo besó con calma, cubriendo su boca con ternura, saboreando cada segundo. Ese gesto de cariño lo volvió loco y notó cómo se excitaba cada vez más y más. Comenzó a aumentar el ritmo de las embestidas, mientras ella gemía de placer, gritando, sin importar que alguien pudiese oírlos.

La claridad de un relámpago iluminó el lugar y Adriana echó la cabeza hacia atrás sonriendo bajo la lluvia, al tiempo que su cuerpo temblaba y cedía al placer del orgasmo. Hugo, al notar el calor que emanaba de ella, no pudo contenerse y se dejó ir en su interior, con el potente sonido de un trueno como acompañamiento.

Todo sucedía más deprisa desde que Adriana había perdido su voluntad y su rumbo estaba guiado por el criterio de Iago. Veía la sucesión de acontecimientos que se habían producido como algo externo, aunque ella fuera la protagonista. Lo primero había sido renunciar a su puesto en la biblioteca de Vilagarcía en mitad de sus vacaciones. La excusa era que quería participar activamente en el negocio familiar, ya que, tras meditarlo en su tiempo libre, había determinado centrarse en la gestión de éste.

La decisión había sido recibida con alegría en el seno de la familia de los Sierra. Edelmiro no había parado de decirle lo orgulloso que estaba de ella y cómo creía ciegamente en su criterio para llevar la administración de las diferentes empresas.

Una vez conseguido lo más sencillo, Adriana había tenido que dar el siguiente paso, un poco más complicado. A primera hora, se había presentado en casa de Iria y ésta, con su energía habitual, la había recibido llevando en brazos a la pequeña Bea. Pese a que había ensayado lo que le iba a decir frente al espejo, las palabras se le habían atascado en la boca mientras trataba de explicarle que tenían que dejar de realizar las visitas turísticas a las bateas de su familia, ya que querían alquilarlas a una empresa externa.

Le habría gustado que su amiga se enfadase, la reprendiese y le retirase la palabra. A Juan Carlos y a ella esas excursiones les daban los ingresos extra que les permitían afrontar las vacas flacas del invierno. Lo necesitaban, y más ahora que tenían otra boca que alimentar. Adriana lo sabía.

Sin embargo, Iria le había preguntado cuánto le iba a pagar la empresa externa, para intentar igualarlo. Adriana había inventado unas cifras desorbitadas que sabía que ellos no se podían permitir para zanjar el tema. Notaba por la palidez de su amiga que era la peor noticia que podía darle, pero en lugar de echárselo en cara, Iria le había dicho que lo entendía y le había agradecido toda la ayuda recibida hasta el momento, sin reproches ni malos gestos o palabras.

En ese punto, Adriana ya no sólo obedecía las órdenes de Iago, que también, sino que no quería que su amiga y su familia se viesan salpicados cuando, tarde o temprano, todo saliese a la luz. Era consciente de que se estaba metiendo en un camino que la llevaba directamente a la cárcel por la acumulación de tantos delitos que prefería no llevar la cuenta. Estaba dispuesta a sacrificar su libertad por la vida de Olivia, pero no quería que nadie más cayese con ella. Ya nada era sencillo. Tenía que medir hasta el más mínimo movimiento.

El último cambio la había obligado a trasladarse a las afueras de Vilagarcía, a la casa situada en los viñedos familiares que bordeaban la carretera que comunicaba con Vilanova. Cuando su abuelo vivía, en la época de máximo esplendor por sus negocios delictivos, había llegado a tener veinticinco hectáreas de plantación de una uva blanca que producía uno de los mejores albariños de la región. Con el paso del tiempo y la poca dedicación de Edelmiro, que todavía recordaba las reuniones que habían tenido lugar en el interior del caserón, en las que decidían el impuesto con que iban a gravar la nueva cocaína procedente de África, el número se había reducido a seis hectáreas.

Iago, al que no se le podía negar que había estudiado la vida y posesiones de su familia a la perfección, le había ordenado que limpiasen las naves en las que antes se acumulaban las botellas y que ahora estaban en desuso, con la excusa de que iban a alquilarlas. Adriana no sabía cuál era el verdadero

motivo por el que quería los almacenes. Pero a veces pensaba que cuanto menos supiera, mejor. Si no tenía toda la información, se sentía menos cómplice.

En su mente se sucedían imágenes policiales de archivo, en las que se mostraba droga amontonada y material incautado, esas que enseñaban a la opinión pública tras detener a los miembros de una organización. Un escalofrío la recorrió al ser consciente de que tal vez algún día ella sería la protagonista en las noticias y los periódicos de la región. En la televisión saldrían los viñedos, con decenas de policías revisando el interior de las naves, e interrogando a los trabajadores de la plantación, que afirmarían, totalmente sinceros, que no sospechaban nada. Adriana les había prohibido acercarse, alegando que las personas que iban a trabajar en las naves eran muy celosas de su intimidad. Se había mostrado muy seria al respecto para que nadie incumpliese su indicación. No quería que más gente se viese involucrada sin necesidad.

Las dudas y los temores sobre si estaba haciendo lo correcto se dispararon cuando, dentro de una de las naves, vio una fotografía de Olivia sosteniendo un racimo de uvas, incómoda con sus eternos tacones sobre la tierra cultivada. De nuevo sintió una sensación de asfixia que la obligó a salir fuera para tratar de respirar.

Se sentó en el balancín, desde donde se veían las laderas repletas de viñas, con el sol escondiéndose detrás de la plantación, y descorchó una botella del albariño blanco familiar sin etiqueta. Con desesperación, bebió un trago, que, pese a inundarle la garganta del potente sabor afrutado y dulce de la bebida, le supo amargo.

Su intención no era otra que intentar no imaginar a su hermana sufriendo, maniatada y amordazada. Lo peor de todo era la incertidumbre, no saber qué le estaban haciendo exactamente. Tenía delante de ella un entorno excepcional y ella sólo deseaba beber hasta que se le nublase la vista y cayese inconsciente.

Las manos le temblaban cuando se volvió a llevar la botella a la boca y la puerta se abrió.

—Lo siento, no sabía que estabas aquí —dijo Elvira, que, en lugar de reprenderla por lo que estaba haciendo, parecía un poco confusa, medio ida, como Lidia.

Era extraño, puesto que llevaba todo el día con una especie de símbolo del dólar en la retina, desde que Adriana le había explicado que iba a alquilar las bateas y las naves, después de que su hermana mayor le comunicase su intención de acompañarla a los viñedos.

—Si quieres puedes sentarte conmigo —la invitó Adriana, antes de que Elvira volviese a meterse dentro.

No quería estar sola. Sabía que la distancia entre ambas crecía día a día, pero con Valeria muerta y Olivia secuestrada, la necesitaba más que nunca a su lado.

Las dos tragedias le habían servido a Adriana para valorar a Elvira. Olvidarse de lo malo y quedarse con lo bueno. El mero hecho de pensar que el azar, que últimamente lo destruía todo a su alrededor, también podía arrebatarse sin previo aviso a su hermana mayor, la volvía loca.

Se había instalado en un estado de paranoia. La vida le había demostrado que todo podía cambiar en un segundo. Los motivos por los que se había enfadado con Elvira, con o sin razón, se le antojaban tonterías que deberían haberse solucionado en menos de un minuto. Ahora que se enfrentaba a problemas de verdad, le resultaba más sencillo solucionar los otros.

Al verla sentarse sin poner ningún impedimento, Adriana tuvo miedo de que la hubiese descubierto. Todo el mundo le decía que era como un libro abierto y ella necesitaba disimular frente a los ojos alispados e intuitivos de Elvira. La miró de reojo y pensó lo diferentes que eran, pese a tener la misma sangre. Mientras que ella iba con un pantalón corto deportivo, una camiseta de manga corta blanca y una

sudadera con capucha y se sentaba con las piernas sobre el balancín, ocupando casi toda la superficie, Elvira llevaba un traje pantalón perfectamente planchado y estaba sentada en uno de los extremos, con la espalda recta y las manos sobre las rodillas.

—¿Puedo? —preguntó, señalando la botella.

—Claro, toma. —Adriana se la tendió.

—¿No has traído copas? —Ella negó con la cabeza—. Iré a por un par.

—¿Es necesario? Con la cantidad de veces que hemos bebido a morro...

Adriana se trasladó al pasado. A aquellos años en los que la inocencia regía su vida e iban a pasar los veranos a la finca. Por las noches, mientras sus padres dormían, Valeria, Elvira y ella bajaban a los viñedos con una botella de albariño escondida y se la bebían tumbadas en las laderas, con el cielo estrellado presidiendo la noche, mientras imaginaban el futuro que vivirían.

Unos sueños infantiles que nada tenían que ver con la realidad que tenían delante. La imagen idílica de postal de una familia feliz desapareció el día que Valeria esnifó la primera raya y las consecuencias los salpicaron a todos.

—Tienes razón. —Elvira bebió un pequeño sorbo con elegancia—. ¿Cuándo hemos dejado de interrumpirnos entre nosotras por tener tanto que contarnos? ¿En qué momento comenzamos a permitir que el silencio se instale entre ambas? —preguntó, mirando hacia el infinito.

—No lo sé.

—Yo sí. El día que decidí centrar todas las conversaciones en una política que ni te interesaba ni comprendías.

—Podría haber intentado aprender.

Recordó a Elvira hablándole de escaños, medidas y leyes y cómo ella asentía con la cabeza en otra parte, sin mostrar interés por algo que para su hermana mayor lo era todo. Tal vez por ese motivo, por que podía ver cómo la ignoraba, Elvira poco a poco decidió alejarse.

—Y yo a separar. Concentré todos mis esfuerzos en mi carrera profesional y olvidé cómo gestionar los otros aspectos de mi vida. A veces pienso que he malgastado el tiempo... —Sonaba alicaída y eso, en una persona que siempre tenía claras sus metas, firme y decidida, era extraño.

—¿Tú? Pero ¡si eres la mujer de éxito de los Sierra!

Elvira rió con amargura. Parecía mayor de la edad que tenía.

—¿Yo? Tú sí que has sabido aprovechar la vida. Eres guapa, simpática, inteligente, todo el mundo te quiere a su lado, confían en ti para los negocios familiares... Has sabido aunar la vida profesional y la personal. Yo soy la sombra de Edelmiro, el reflejo del alcalde, nada más. Si todo va bien, algún día me convertiré en la líder del partido, pero nadie me garantiza que gane. Puede que en las primeras elecciones me dé cuenta de que todo aquello por lo que he luchado y me he sacrificado ha sido una soberana tontería.

La culpabilidad sacudió a Adriana. Desde que había alcanzado la mayoría de edad, había aprendido que la vida de un político es pública y que todo afecta para conseguir votos. Por muy injusto que sonase, cualquier desliz por su parte podría hacer que su padre perdiera las elecciones, aunque fuera la mejor opción para la alcaldía. Por ese motivo, era consciente de que si se destapaba la ayuda que estaba prestando a los narcotraficantes, daba igual la razón por la que lo estuviera haciendo, inmediatamente las carreras ascendentes de su padre y de su hermana caerían en picado sin posibilidad de resurgir. La duda quedaría sembrada y aunque ella afirmase que ellos no sabían nada, siempre habría personas que no la creyesen. Todas y cada una de sus acciones estaban encaminadas a terminar con la razón de vivir de Elvira, pero no podía detenerse.

«No mientras Olivia no esté sana y salva», se repitió.

—Lo peor de todo es que he olvidado cómo relacionarme con otras personas, con los hombres... — continuó Elvira.

—Eso es como montar en bicicleta. Cuando aparezca el adecuado, sabrás cómo hacerlo. Las palabras surgirán solas, sin premeditación, de manera natural.

—No estés tan segura. —Bebió otro sorbo y le pasó la botella—. No debería decírtelo, pero no me queda nadie más. Ayer revisé la agenda de mi móvil en busca del teléfono de alguna amiga a la que llamar y pedirle consejo y estaba vacía. Contactos profesionales todos los que quieras, personales ninguno.

—¿Por qué no deberías decírmelo? —se ofendió Adriana, pero al ver a su hermana tan perdida, apoyó las manos sobre las suyas y añadió—: Siempre puedes contar conmigo, aunque el día anterior hayamos tenido una discusión que acabe con un portazo. Eres mi hermana y eso no va a cambiar nunca.

—No es por mí, es por la otra persona. El problema es que trabaja para Edelmiro...

—¿Es Nathan? —la interrumpió ella, bloqueada.

Elvira era una mujer muy atractiva, pero si ya le costaba hacerse a la idea de que en su apretada agenda hubiese sacado tiempo para interesarse por un hombre, mucho más le costaba creer que éste fuera un empleado de Edelmiro, con lo dada a cumplir las normas que era ella.

—¿El escolta? ¡No! —Rió—. ¡Eso sería demasiado incluso para ti! —bromeó y Adriana asintió.

Estuvo a punto de contárselo, pero no sabía qué eran Hugo y ella, por lo que no podía explicarlo. Además, no estaba del todo segura de que ese momento no fuera sólo un paréntesis en la actitud recta de Elvira y que, cuando regresase a su estado natural, se lo contase todo a su padre, que no dudaría en comunicárselo al jefe de Hugo en la Policía Nacional y eso le acarrearía a éste muchos problemas.

—Es otra persona...

—¡Dímelo, que la intriga me está matando! —exclamó Adriana, volviendo a ser la mujer curiosa y divertida cuya vida no estaba llena de problemas.

—Está bien... es Rubén. —Igual de vergonzosa que cuando era pequeña, Elvira se llevó las manos a la cara para tapársela.

—¿El jefe del gabinete de prensa? —Adriana abrió unos ojos como platos.

Por lo poco que lo conocía, era un hombre serio, siempre pendiente de los medios de comunicación, los datos, las operaciones y las encuestas para redactar las notas de prensa en el portátil que lo acompañaba a todas partes.

—El mismo.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué? —lanzó la batería de preguntas.

—Una a una. —Elvira sonrió divertida y al hacerlo pareció más joven—. Ya sabes que, después del incidente de Valeria, papá odia todo lo que tiene que ver con los periodistas.

Adriana asintió. Años atrás, habían amanecido con unas fotografías de su melliza, drogada y semidesnuda, en las portadas del principal periódico de Vilagarcía.

—Así que es de las pocas cosas que ha delegado. —Sonó resentida con su padre. Elvira llevaba muchos años demostrando lo mucho que valía, pero Edelmiro no incrementaba sus funciones—. Paso horas y horas con Rubén en el despacho. Siempre me había parecido atractivo, pero nada más, pero el otro día me preguntó si iría a cenar con él y le dije que sí. Hemos ido a comer o cenar los dos solos muchas veces, para tratar asuntos de trabajo. Sin embargo, esa vez estaba diferente, parecía nervioso, como si tuviera que añadir algo más. Y entonces soltó la bomba.

»Rubén es un hombre a la antigua, un galán como ya no quedan. Me dijo que no quería que fuese una comida de negocios, sino una velada íntima.

—¿Y qué le contestaste?

—¿Qué le iba a decir? ¡Que lo tenía que pensar!

—Pero si evidentemente quieres decirle que sí. ¿Qué tienes que meditar?

—¡Todo! Me da pavor tener una cita. Enfrentarme a algo que no está programado y que no voy a poder controlar... Rubén me conoce en el plano laboral y ahora quiere hacerlo en el personal... Pero es que... ¡no hay nada que mostrar! Me da miedo que cuando vea que soy una persona sin nada que ofrecer, vacía, sin matices, plana, pierda el interés... Él cree que escondo algo más debajo del envoltorio, pero el papel de regalo es todo lo que soy.

Adriana colocó ambas manos en las mejillas de su hermana y le habló seria y directa.

—Deja de decir tonterías y de compadecerte. Ése no es tu estilo. Eres toda una mujer con las ideas claras, inteligente y trabajadora. ¡Y claro que hay más debajo de esa coraza! Toma el timón y, si de verdad te apetece conocerle, cena con él y muéstrate tal como eres. Sin intentar impresionarlo o imitar lo que hacen otras mujeres. Si las quisiera a ellas, no te habría pedido la cita a ti.

»Cada ser humano es diferente, especial, con su propia esencia, y es eso lo que Rubén ha visto superficialmente y le ha atraído. Deja que rasque un poco, porque te aseguro que, aunque no lo sepas, Elvira, lo mejor que tienes está en tu interior.

Su hermana cubrió la mano de Adriana con la suya.

—Gracias.

Adriana se internó entre los viñedos. Observó la distancia que la separaba del caserón y, aunque se encontraba bastante alejada del único punto de civilización, miró todo lo que la rodeaba, antes de sacar el móvil de prepago que le habían entregado.

Pulsó el 1 en el teclado, donde tenía el teléfono de Iago en marcación rápida, y esperó a que éste contestase.

—¿Ya me echas de menos, preciosa? —preguntó él con voz aterciopelada y seductora.

Adriana ignoró su comentario.

—Tienes las bateas y las naves —anunció sin aportar ningún dato extra, tal como le había indicado, sin mencionar nombre o ubicación.

—Tu eficiencia me asombra. Te tenía en alta estima, pero eres mejor de lo que me había imaginado. En unos días te informaré del próximo paso.

—Un momento —lo interrumpió—. Antes de seguir quiero una prueba de que Olivia está bien.

Iago no era un hombre de principios. No podía confiar en él.

—Parece que estás ansiosa por volver a verme, nena, pero nuestro encuentro tendrá que esperar. Estoy muy ocupado y yo decido cómo y cuándo gasto mi preciado tiempo.

—Pues tendrás que hacerme un hueco en tu apretada agenda si quieres que te siga haciendo de sirvienta particular. —Se creció. La mejor manera de negociar con alguien como él era no mostrar miedo—. Una prueba a cambio de mis servicios como esclava sin voluntad.

Iago meditó unos segundos antes de volver a hablar.

—Tienes agallas, no dejas indiferente, me gusta. Me haces tener ganas, en la misma medida, de joderte haciéndole daño a Olivia o de ceder a tus peticiones. No sé por cuál me voy a decantar.

—Soy bastante amable, así que te ayudaré. —Sabía que en persona no se atrevería a actuar de un modo tan desafiante, pero la distancia y mantener esa conversación por móvil le daban fuerzas—. Tú mandas, está claro, pero también me necesitas. Si no fuera así, no habrías recurrido a mí. Tú mismo lo

dijiste, Iago, soy la llave. Si quieres abrir la maldita cerradura, no hagas ninguna tontería y mantenme contenta. De lo contrario, el castillo de naipes que estás levantando con los colombianos se vendrá abajo con la primera ráfaga de aire. Y en Galicia ya sabes que el tiempo es muy inestable.

—Una exhibitoria con mucho carácter. Para la próxima reunión, podrías cumplir una de mis fantasías, ponerte tu uniforme y encontrarnos en mi sala del placer. Te garantizo que de dos caracteres como los nuestros sólo puede salir una bomba de relojería.

Aunque no lo tenía delante, pudo imaginarlo recostado en la malla de su barco, con su tez morena y sus ojos verdes rebosantes de lujuria.

—Aunque mejor no —continuó Iago—, con tus cojones, preveo que te atreverías a besarme, y no me quedaría más remedio que matarte.

—Deja tus intentos de seducción para otras mujeres a las que les gusten los hombres dominantes y peligrosos, yo me conformo con que me asegures que podré ver a mi hermana o hablar con ella en menos de una semana.

—Has conseguido impresionarme. Te mereces ese regalo. Esperaba oír la voz temblorosa de Caperucita Roja antes de ser devorada por el lobo...

—Los tiempos han cambiado y los clásicos deberían hacerlo también. En mi versión del cuento, Caperucita sacaría una escopeta y terminaría con el lobo sin parpadear.

—No tientes al destino, nena, nunca has conocido a nadie como yo. Me cautiva que tenses la cuerda, pero si lo haces demasiado, no dudaré ni un instante en meterle un tiro a Olivia entre ceja y ceja. Y no creas que tendré pesadillas o remordimientos. Dormiré de maravilla, con la sangre reseca de tu hermana en mis manos.

Adriana se quedó paralizada. Tal vez se había excedido, por lo que decidió intentar otra estrategia.

—Todavía no has hecho nada. Aún puedes dar marcha atrás. Te prometo que no te denunciaremos...

—No. Para si no quieres perder la poca consideración que te tenía. —Su voz se volvió más dura—. ¿Sabes por qué eres de las pocas personas de las que guardo un buen recuerdo del instituto?

—No, después de secuestrar a mi hermana, ni siquiera sabía que me tuvieses consideración.

—Créeme que te la tengo. Pero una cosa no quita la otra. Que me caigas bien no significa que no te utilizaré y exprimiré para mi propio beneficio. Como te iba diciendo, en el instituto eras la única chica a la que apreciaba, por un motivo bastante sencillo, y es que nunca caíste en mi tela de araña. A diferencia del resto de las ingenuas, tú me veías como era: un ser despreciable y sin alma. No cedías a mis insinuaciones porque tú eras más lista y no creías en esa falsa ilusión de que me podrías hacer cambiar, transformarme en un hombre de provecho, rescatar de mi oscuridad esa luz que no existe.

»No hagas que eso cambie ahora. Lo peor que puedes hacer es apelar a mi inexistente compasión. No soy un juguete roto, soy la personificación de la ambición.

—Entendido. ¿Cuándo tendré la prueba?

—Pronto. Y recuerda una cosa que me define, para que nunca caigas en los errores de las demás. Podría follarte hasta el punto de no desear a ninguna otra fémina en mi vida. En la peor de las situaciones, incluso podrías convertirte en la mujer más importante de mi existencia. —Hizo una pausa para continuar con mayor intensidad—. Y, aun así, ten por seguro que si me ofrecieran una buena cantidad de dinero por ello, te asesinaría a sangre fría, porque yo, nena, no tengo corazón. Y eso te da una pista sobre cómo tienes que tratarme y cómo van a ser nuestros negocios.

No le apetecía ir a la habitación doble que había compartido con Valeria. Estar entre aquellas paredes la agobiaba como si fuera claustrofóbica y necesitara estar en espacios abiertos. Echó a andar sin rumbo y, cuando se quiso dar cuenta, se encontraba en los viñedos, frente a las bodegas, junto al lagar.

Se asomó a éste y vio que estaba repleto de uvas que pisar para extraer el mosto. Adriana siempre había disfrutado mucho de esa costumbre. Incluso cuando su familia dejó de acudir, ella estuvo yendo a la finca durante muchos años para participar en la fiesta. Le gustaba el ambiente que había entre los trabajadores, que esa jornada organizaban una comida para todos, en la que celebraban un año de sacrificios, trabajando para que la cosecha saliese adelante.

Se descalzó y se metió dentro del recipiente de un salto. Los pequeños granos de uva se colaron entre los dedos de sus pies y comenzó a andar reventándolos a su paso, sintiendo cómo el líquido salía expulsado de su interior. Sabía que ella sola no podría aplastar todas las uvas necesarias para la elaboración artesanal de los vinos, pero por lo menos podía regresar al pasado para no detenerse a analizar el complicado presente.

—Aquí es donde te escondes. Sola en mitad de la noche, intentando hacer vino. Muy curioso — bromeó Hugo, apoyándose desenfadado contra la madera del lagar.

—Empiezo a pensar que me has colocado un localizador en alguna parte del cuerpo y que lo de la otra noche sólo fue una estrategia para tenerme vigilada.

La sorprendió cómo el estómago se le encogía ante su presencia. Estaba segura de que necesitaba intimidad, estar sola, y, sin embargo, la compañía de Hugo la llenaba como si él no fuera un extraño, sino parte de ella misma.

—Frío. La verdad es que la cámara oculta no está en tu cuerpo, sino en tu ropa. Creo que deberías desnudarte de inmediato.

Adriana puso los ojos en blanco y luego lo miró. En lugar de llevar su uniforme habitual, iba vestido de manera informal, con unos tejanos caídos, que marcaban sus fuertes piernas, y una camiseta blanca. Era como observar al Hugo de verdad, no al escolta, a la persona que se escondía debajo. Una prueba más de que habían avanzado en su relación.

Recordó que él le había dicho que le gustaba cuando llevaba el pelo suelto con aspecto salvaje y se deshizo la coleta, saboreando su reacción. La luna llena iluminó la pícaro sonrisa que se dibujó en su cara al verle el cabello cayéndole por encima del pecho.

—Aparte de lo evidente, que parece un poco irracional, ¿qué estabas haciendo si se puede saber...? —Se quitó las zapatillas y los calcetines y de un salto se metió también dentro. Pasó un dedo por la mejilla de Adriana y se lo lamió—. Está rico.

—¿Qué? —balbuceó excitada.

—La uva —explicó Hugo—. Te había salpicado.

Adriana tenía que levantar la vista para poder mirarlo directamente a los ojos. La fascinaba esa sensación. Le encantaba ver cómo, estando a su lado, se sentía más viva.

—¿Me cuentas lo que hacías o tengo que recurrir a los micrófonos ocultos que he instalado en cada una de las viñas? —insistió él.

—Meditar...

—¿Sobre qué? —Frunció el ceño, como hacía siempre que intuía que iban a hablar de Valeria.

La estaba apoyando en todo y ella habría apostado las dos manos a que siempre podría confiar en él. Sin embargo, no podía contarle lo de Iago y Olivia. No. Ya no sólo porque intuía que él haría lo correcto y avisaría a las autoridades, poniendo en peligro la vida de su hermana si era cierto que tenían infiltrados en la comisaría, sino sobre todo porque no quería involucrarlo. No podía permitir que su carrera se viese manchada por ella. Hugo no se merecía que lo pusiera en la tesitura de tener que elegir.

—Sobre mi nueva vida. Mi marcha de la biblioteca, mi entrada en los negocios familiares, quitarle las bateas a Iria... —enumeró, sin decir la principal razón.

—Una serie de decisiones incorrectas —repuso Hugo con calma.

—Mal empezamos si me llevas la contraria.

—Mal iríamos si te la diera la razón cuando creo que no la tienes.

A Adriana el corazón le palpitó tan fuerte que temió que se le fuese a salir del pecho. Ésa era la frase que siempre había esperado oír. Estaba acostumbrada a relaciones en las que se evitaba la confrontación, defendiendo lo indefendible con tal de no discutir. Siempre había soñado con un hombre sincero que le dijese la verdad sin importar las consecuencias, un verdadero consejero y compañero, y lo tenía delante.

—Mi papel aquí no es decirte lo que quieres oír, Adri. Tenías un nuevo comienzo y has empezado con el pie izquierdo. Pero todavía no has recorrido mucho y puedes rectificar.

—¿En qué debería rectificar, según tu *molesta* opinión?

—Lo primero, centrarte. Los planos de la clínica no se salvaron del incendio por casualidad. No esperes más y embárcate en esa aventura. ¿Sabes lo que me dijo un prestigioso hombre de negocios una vez?

—Yo nunca he tenido escuchas en tu ropa, así que no —bromeó ella.

—Me comentó que cada día acudían a verlo decenas de personas. Todas cargadas de ilusiones y repletas de ideas, para preguntarle si eran buenas o no. Él les decía a todos que no valían.

—Un poco cabroncete ese hombre de negocios...

—Lo hacía porque estaba seguro de que la persona que de verdad anhelase su sueño no cesaría en su empeño por las palabras de un viejo gruñón. No. Esa persona lucharía y lo conseguiría. —La agarró de la barbilla—. No des prioridad a otras tareas. No dejes pasar el tiempo. Ponte a ello mañana mismo. No permitas que pasen los años y la clínica se convierta en una ilusión que poco a poco se desvanezca hasta que ya no quede nada.

Hugo desprendía tanta energía que, si no se tratase de un asunto de vida o muerte, Adriana habría empezado a negociar los préstamos con las sucursales bancarias al día siguiente.

—Apuntado. ¿Y la siguiente cosa?

—Sé que lo haces por la economía familiar, pero a veces ayudar a una amiga no tiene precio. Creo que yo dedicaría más tiempo a examinar alternativas, antes de quitarle a Iria las bateas.

—Créeme que ha sido la última opción.

—Por supuesto, si me lo dices tú, me lo creo.

—¿Y tú a qué venías, aparte de a echarme un sermón?

Hugo le mostró el reloj.

—Son casi las doce, ¿no lo sospechas? —Adriana se encogió de hombros—. Espero que tus juramentos duren más que tu memoria —dijo Hugo y sonrió, acercándose—. Te prometí que te besaría cada día y no puedo faltar a mi palabra ya el primero.

Antes de que ella pudiera decir nada, notó los labios de Hugo presionando los suyos, obligándola a retroceder hasta que tuvo la espalda pegada a la madera del lagar. Se besaron con pasión, mientras las uvas explotaban a su paso al mismo ritmo acelerado que los latidos de su corazón. Adriana pasó la mano por su firme y duro torso hasta llegar a su pecho y comprobar si ella provocaba el mismo efecto en él.

Salieron del lagar y Hugo se quitó la camiseta, dejando al descubierto su cuerpo perfectamente definido. Desabrochó la sudadera con capucha de Adriana, que lo miraba con evidente deseo, esperando ansiosa que retomasen el contacto. Luego Hugo se situó a su espalda y, desde atrás, le quitó la camiseta, los pantalones y la ropa interior, acariciándole el vientre y masajeándole los pechos. Comenzó a besarle

el cuello, atrayéndola hasta que sintió su miembro erecto, para darle la vuelta y devorarle la boca, como un animal sediento e insaciable. Mientras sus lenguas se buscaban desesperadas, la cogió en sus brazos y la tumbó en el suelo.

Se apartó para mirarla y se relamió, como si fuera lo más delicioso que había probado en la vida. Descendió con su lengua desde sus pechos, bajando por su vientre hasta llegar al monte de Venus. La espalda de Adriana se arqueó de placer al notar que comenzaba a jugar con su clítoris, provocándole un torrente de sensaciones. La movía como un experto, haciéndole casi rozar aquel cielo que ella veía como un manto de estrellas que formaban constelaciones.

Adriana decidió tomar el control de la situación y, enmarcándole la cara con las manos, le dijo:
—Hoy mando yo. Túmbate.

Él obedeció como si fuera su ama. Adriana se situó encima y le arrancó los pantalones y los bóxers. Su miembro surgió erecto y, pese a que no era la primera vez que lo veía, tuvo la misma sensación de apetito, consciente de que con él podría saciar todos sus anhelos. Se lo metió en la boca y lo chupó, saboreando las gotitas de deseo que desprendía.

Una vez ambos estuvieron lubricados, Adriana se sentó encima, arqueando la espalda, para dirigir sus movimientos, para cabalgar a Hugo rumbo al placer. Se movió adelante y atrás mientras él le marcaba el ritmo apretándole las nalgas con las manos.

Levantó la cabeza y cerró los ojos para sentirlo más. Era el primer hombre que la había hecho rozar el cielo con el acto sexual. Todas sus relaciones pasadas habían quedado borradas con aquel sexo que la llenaba en todos los aspectos. A ella siempre le había preocupado no probar a más hombres una vez que encontrase a la pareja definitiva, pero después del día sobre el capó del coche, se había dado cuenta de que no quería que hubiese otro después de Hugo.

Él no había sido su principio, pero Adriana deseaba que fuera su final.

Cuando notó que ambos estaban llegando al clímax, se incorporó, quería ver su cara cuando cediera ante el placer que ella le estaba provocando. Y lo que se encontró la dejó sobrecogida. Hugo la miraba fijamente, con tanto amor que era imposible no sentir cómo se desvanecían todas las preocupaciones, para internarse en un universo donde nada más existía. Sólo él y ella y un sentimiento que aumentaba envuelto por los aromas florales y afrutados de los viñedos.

Entrelazó los dedos con los suyos, mientras ambos se corrían a la vez.

Descendió y lo besó con los últimos gemidos. Apoyó su cabeza en el hueco del hombro, fusionando sus dos cuerpos sudorosos, y lo abrazó, con el pecho de Hugo todavía temblando.

—Lo has logrado.

—¿El qué?

Adriana se colocó una mano de él en el pecho y la otra en la cabeza.

—Penetrar en mi cuerpo y en mi corazón.

—Ahora me esforzaré por no salir.

—No podrías. Has embrujado mis cinco sentidos.

Hugo la besó con delicadeza y, en ese momento, Adriana vio el móvil de prepago y se sintió culpable por estar viviendo ese instante repleto de magia, mientras Olivia estaba retenida por un monstruo.

La finca estaba a menos de media hora de Vilagarcía. Hugo, que tenía las llaves del escarabajo de Adriana, cogió el vehículo de madrugada, se dirigió directo al puerto y estacionó en el paseo, en un punto estratégico para poder vigilar a Iago sin que éste se percatase.

Había pasado la mitad de la noche enfrascado en los papeles de su investigación privada. Su intuición le decía que ese hombre escondía algo y, tras varias llamadas, había averiguado cómo había hecho su fortuna. Todo era bastante sencillo. Tras abandonar su cómoda vida en las Rías Baixas, se había dirigido a Palma de Mallorca, donde, tras adquirir un velero en el que vivía y trabajaba, había fundado una empresa de turismo marítimo y alquilaba el barco para despedidas de solteros y demás eventos lúdicos.

Sin embargo, no era así como había engordado su cuenta corriente hasta alcanzar cifras con tantos ceros que mareaban. No. El dinero provenía de su matrimonio. En la isla conoció a Catherine, una millonaria alemana que, tras serle diagnosticado un cáncer terminal de páncreas, decidió mudarse allí para malgastar su fortuna y vivir al límite los últimos meses que le quedaban de vida. Hugo había visto su fotografía y, pese a tener sesenta años, era muy hermosa, esa clase de belleza madura con rasgos nórdicos. No sabía cómo ni cuándo Catherine se había cruzado con Iago, pero el resultado había sido una boda apresurada en la playa y una suculenta herencia para el hombre una vez ella falleció.

Hasta ahí todo correcto. Fiel a su negocio principal, había invertido en hoteles, discotecas y restaurantes, de los que obtenía una buena suma de dinero anualmente. No obstante, a partir de ese punto todo era muy extraño. Hugo había realizado una comparativa entre los ingresos de los locales de ocio de la zona, algunos más populares que los de Iago, y era increíble cómo éste los triplicaba en beneficios, pese a que en las imágenes colgadas en sus redes sociales se veía que muchos días estaban prácticamente vacíos.

Además, era una persona con mucha suerte. Demasiada. Le había tocado la lotería de Navidad en un par de ocasiones y, el dato que más lo hacía dudar, un euromillón. O era la persona más afortunada con la que se había cruzado o estaba blanqueando ingentes cantidades de dinero.

La segunda opción era lo que lo tenía allí esa noche. Sabía que Adriana había empezado a negociar con él para cederle las bateas y las naves de la finca de los viñedos y no quería que se viese involucrada en algún tipo de delito. No sería la primera vez que se acabara deteniendo a un pobre desgraciado que cargaba con todos los delitos de corrupción sin ser consciente de lo que estaba ocurriendo, mientras que la experta mano que había movido los hilos salía impune. La justicia no existía, al menos en su mundo. Los buenos abogados, las estrategias perfectas y la manipulación de personas inocentes hacían que los culpables permanecieran libres o salieran absueltos, disfrutando del dinero oculto en cuentas en paraísos fiscales. Por su parte, los pobres secundarios pasaban meses entre juicio y juicio, hasta que los metían unos años entre rejas y terminaban con antecedentes penales.

La vigilancia no estaba siendo nada fructífera. Por de pronto, nadie, excepto una mujer que había salido despeinada, subiéndose el tirante del vestido, había entrado en el yate de Iago. Ni un movimiento sospechoso. Pero a Hugo eso no lo desesperaba. Sabía que en ocasiones había que pasarse meses a la puerta de un criminal hasta que éste daba el paso en falso que necesitaban para poder detenerlo o abrir una investigación más a fondo.

Hugo era consciente de que él ya no pertenecía a la UDYCO y de que, con toda seguridad, lo retirarían del caso en el momento en que descubriese un indicio contundente, para poner en su lugar a hombres de la unidad. Pero aunque eso le daba rabia, no le importaba. Su único pensamiento estaba centrado en Adriana y su seguridad.

Esperó hasta que el cielo comenzó a clarecer, sin obtener ningún resultado. Encendió el motor para marcharse. Tenía que hacer una segunda visita y regresar a la finca antes de que se percatasen de su ausencia.

Condujo directamente a la rotonda donde la mujer solía estar. Por el camino se topó con numerosas tiendas de marca cerradas, locales que en tiempos pasados pertenecían a los capos, para blanquear el dinero. También se percató de que había un grupo bastante elevado de jóvenes que poseían cochazos de lujo. Investigaría si eso se debía a que invertían todo su sueldo en los vehículos o se trataba de algo más. Analizar eso les había servido en varias ocasiones para destapar redes de tráfico de drogas.

En su afán de hacer ostentación, los chicos gastaban el dinero obtenido con la delincuencia en esas marcas de coche para presumir delante de los amigos. Eran indagaciones sencillas. Muchos de ellos estaban en el paro y sin ningún ingreso conocido. Con un interrogatorio en el que se los empujaba con firmeza contra las cuerdas del ring, caían rendidos, perdiendo el round sin necesidad de esfuerzo.

Hugo supo que estaba en el lugar correcto cuando, en la oscuridad de la noche iluminada por los focos de su coche, comenzaron a surgir siluetas femeninas con poca ropa, que, insinuantes y con caras viciosas, se acercaban a su ventanilla para ofrecerle sus favores sexuales, mientras le mostraban parte de su anatomía, la mercancía que vendían a un módico precio. Hugo disminuyó la velocidad para poder observar bien sus rasgos.

No encontraba a la mujer que buscaba. Tuvo que dar un par de vueltas por la zona hasta que se percató de que ésta estaba tan drogada que no podía ni levantarse y que permanecía hecha un ovillo en el arcén de la carretera. Detuvo el vehículo y abrió la puerta. Otra chica intentó ocupar su lugar.

—No pierdas el tiempo con María. No puede ni moverse, mucho menos llevarte a ver las estrellas con una mamada. —Sonrió.

—La quiero a ella —repuso serio.

—Te haré un descuento —negoció la mujer—. Eres tan guapo que te la chuparía gratis si no tuviera que pagar los impuestos de la zona. —Señaló con la cabeza a un hombre que los observaba, atento a sus movimientos, su chulo—. Dime lo que llevas encima y te ofreceré un pack al que no te podrás resistir. —Le habló al oído, para que viera sus firmes pechos aprisionados por un ceñido corsé granate.

—No pierdas el tiempo conmigo. Ya he elegido.

El proxeneta, que había estado atento a la conversación, se acercó y le dio una patada en el costado a María para que reaccionase, ordenándole que fuera al coche.

—Jodido enfermo, ¿no ves que no se puede mover? —le susurró la prostituta al oído, preocupada, tras asegurarse de que el proxeneta no podía oírlo—. La vas a destrozar...

—Créeme, ésa no es mi intención. María y yo sólo vamos a tener una tranquila charla. Nada más.

Ésta llegó hasta el escarabajo dando tumbos y se montó al mismo tiempo que la otra mujer se apartaba, escrutando a Hugo con su mirada, tratando de descubrir si sus palabras eran ciertas.

Él volvió a dar gas al vehículo y se alejó de la zona. La prostituta drogada estaba apoyada contra la ventanilla, con los ojos desorbitados y con espuma en las comisuras de la boca. Dada la fotografía que él disponía de ella, de una chica dulce y tímida, subida a lomos de un caballo, no le extrañó que le hubiera costado reconocerla en un primer momento.

—Voy a vomitar —anunció la chica, tosiendo entre arcadas.

Hugo detuvo el coche en una carretera secundaria y salió corriendo detrás de ella para retirarle el pelo y sujetarla. Estaba tan delgada que se le notaban todos los huesos.

—Te llevaré a un hospital.

—No, estoy bien.

Se limpió la boca con el dorso de la mano y, de rodillas, comenzó a bajarle la cremallera de la bragueta, mientras se pasaba la lengua por sus dientes carcomidos y negros. Hugo se apartó.

—¿Qué haces?

—Soy puta, mi trabajo. —Gateó tratando de llegar de nuevo hasta él.

—No —la detuvo Hugo.

—Si estamos esperando a alguien más, se dobla el precio.

—Nadie va a venir. No te he recogido para practicar sexo contigo.

—¿Eres madero? —Se incorporó tambaleándose—. Porque ya sabes que la prostitución no es delito y yo soy libre de hacer con mi cuerpo lo que se me antoje. —Recitó esas palabras que al parecer tenía muy bien aprendidas.

—No soy policía —mintió para que se relajase—. Pero tampoco un cliente. Simplemente, necesito obtener información.

—¿Qué tipo de información? Yo no soy ninguna chivata.

Paranoica, miró a ambos lados por si el proxeneta estaba cerca, pese a que se habían movido unos kilómetros y allí no había nadie más que ellos dos.

—Quiero que hablemos sobre Valeria, nada más.

Al oír ese nombre la chica se tranquilizó.

—¿Y qué quieres saber?

—Todo sobre vuestro encuentro el día que falleció. Con detalles, cualquier pormenor puede ser importante.

María era la última persona que había visto a Valeria la tarde del trágico suceso. Su testimonio era el único que figuraba en las actas de la comisaría de Vilagarcía. Si quería ayudar a Adriana a averiguar qué había pasado, descubrir si sus sospechas eran ciertas, tenía que empezar por el principio. Hablar con la prostituta y descubrir si había algo extraño, una pista. Elaborar una cronología de los hechos. Recrear las últimas horas de Valeria.

—No sólo mi cuerpo cuesta dinero, mi tiempo tiene un precio.

—Y lo pagaré. —Le tendió un billete de cincuenta euros, que ella se guardó en la copa de su mugriento sujetador.

—Valeria vino por la tarde. Parecía otra, limpia. Yo estaba fumándome un chino cuando se acercó y le ofrecí un tiro por los viejos tiempos, por el reencuentro, pero ella se negó. Es más, con lástima, me tendió una tarjeta de una clínica de desintoxicación. Me dijo que allí me curarían, que eran muy buenos. Que volvería a tener el control de mi vida. La rompí y le escupí. —Imitó el gesto—. Se creía mejor que yo y eso me dio náuseas. La gente olvida muy pronto todo lo que han sido y lo que han hecho cuando estaban enganchados. Ella que por un gramo era capaz de...

—No es necesario que me hables de su pasado. —No quería conocer los detalles más vergonzosos de la vida de Valeria, sólo lo que había sucedido ese día—. ¿Pilló droga?

—Lo dudo, con lo subidita que venía. Si lo hizo, yo no la vi.

—¿Y qué quería? ¿Por qué venir si no buscaba cocaína?

—Información, como tú.

—¿Sobre qué?

—Rodrigo. —De nuevo surgía el nombre de la expareja de la joven—. Parecía realmente preocupada por la presencia de éste. Me preguntó si seguía en Villagarcía, si se estaba acercando a su familia y otras tonterías de ese estilo.

Apuntó el dato de que a Valeria la preocupase la posible conexión de Rodrigo con los Sierra. La policía seguía sin pistas sobre la persona que les estaba mandando mensajes amenazadores y él podía ser un sujeto que se adaptaba bien al perfil. Consultaría las fechas en la que éstos habían comenzado, para asegurarse de si se correspondían o no con la ruptura de la hermana de Adriana y el drogadicto. Si era así, tal vez acababa de encontrar al autor.

Por otra parte, aún quedaba por resolver quiénes habían quemado el *Valiente Atlántico*. Ese día Rodrigo estaba en prisión, por lo que, en el caso de estar involucrado, no lo habría hecho personalmente. Cada vez que se abría un misterio nuevo, Hugo se convencía aún más de que todo estaba conectado. El problema era que no sabía cómo ni por qué.

En esos casos, faltaba encontrar lo que ellos, en la policía, denominaban la pieza clave, esa que daba sentido a una serie de hechos aparentemente independientes e inconexos, pero que tenían un denominador común. Si la encontraba, lo resolvería todo de golpe: amenazas, actos vandálicos, asesinato y puede que incluso algún hecho más importante. No sabía por qué, tal vez por ese olfato de sabueso que los veteranos le decían que tenía, sospechaba que estaba delante de algo más grande y que el regreso de Iago también era una parte importante en la ecuación.

—¿Y tú qué le dijiste? —continuó con el interrogatorio.

—La verdad. Que el imbécil de Rodrigo estaba todo el día puesto de heroína y no tenía ni fuerzas ni interés para moverse. Ya no podía follarse ni a las putas, como acostumbraba a hacer mientras estaba con Valeria. Además, llevaba unos días en los calabozos y, seguramente, violaría la condicional en cuanto saliese, por lo que se lo llevarían preso a alguna cárcel alejada.

—¿Eso la tranquilizó?

—En parte sí, pero a su vez la desconcertó. Como si esperase que mi respuesta fuera otra y él estuviera libre y acechando a su familia. No lo sé. El caso es que antes de que se marchase, le pregunté si pensaba volver a casa de los Sierra o se quedaría en algún motel de mala muerte.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Sonrió con amargura. Yo iba puesta hasta las cejas, pero creo recordar que dijo algo como que las cosas se habían complicado y tenía que resolver un misterio antes de poder regresar con los suyos.

De nuevo surgía una frase enigmática de Valeria que no ayudaba a avanzar. Si lo que decía María era cierto, la melliza no había comprado droga, tampoco se había querido meter un pico de manera gratuita. Le había hablado a la chica de la gente de la clínica y de cómo allí habían logrado que se curase completamente... ¿Qué había podido suceder en un intervalo tan corto de tiempo para que pasase de ese estado a suicidarse?

—¿Algo más? ¿Un gesto, alguna persona que viniera ese día y te llamase la atención...?

—Sí, pero no esa tarde, después.

—¿Quién? —Hugo se tensó impaciente.

Siempre era bueno tener un nuevo nombre sobre el que investigar.

—Me has pagado por la última visita de Valeria. La información extra se paga aparte.

María tenía bien aprendido su papel. Bajo aquel aspecto de mujer abandonada e ida por culpa de las drogas, se escondía una persona muy inteligente que se iba a aprovechar económicamente de la situación. Hugo volvió a tenderle un billete, que ella se guardó en la copa del sujetador del otro pecho.

—Fue unos días después de que ella muriera. Actuó de una manera similar a la tuya. Vino a buscarme, exigió que yo fuera su prostituta y me interrogó en el interior de su coche. También me dio una buena cantidad de dinero para gastar en mi vicio favorito. De hecho, la heroína de hoy corre a su salud. —Mostró el brazo, donde todavía tenía la marca del pinchazo en el centro de un hematoma.

—¿Qué quería?

—Saberlo todo con pelos y señales. Pero venía más equipado que tú. Me enseñó fotografías de algunos hombres para que le dijese si los había visto por las rías.

—¿Qué hombres?

—No lo sé. Tal como le dije a él, ni me sonaban.

—¿Le preguntaste si era policía?

—Sí y, como tú, me dijo que no.

—¿Podrías describirlo?

—Claro. Junto contigo, sois los dos únicos hombres atractivos que habéis requerido mis servicios, aunque no haya podido disfrutar con vosotros de un sexo placentero. Parece que estoy condenada a gordos sebosos y sudados o viejos a los que ya no se les levanta y lloran impotentes.

—No te desvíes. Dime cómo era.

—Podría hacerlo. Sin embargo, ¿no preferirías saber su nombre y así me ahorro tener que detallarte su color de pelo, estatura, ojos y un largo etcétera?

—¿Lo conoces?

—¡Claro! Y si tú vives aquí, también.

—¿Quién era? —preguntó impaciente.

—Rubén, el jefe del gabinete de prensa de los Sierra.

Los gritos se oían desde la cocina, aunque ésta se hallaba en el extremo opuesto del despacho de Edelmiro. Adriana todavía estaba tomándose el café, en realidad, un vaso de leche manchada, cuando oyó los golpes en los muebles, combinados con lo que parecían gruñidos de su padre.

Temiendo que algo grave le hubiese sucedido a Olivia, se dirigió corriendo al despacho, con el corazón saliéndosele del pecho y la cara desencajada. Entró sin llamar, todavía con el pijama de Disney que tanto le gustaba y que tan infantil la hacía parecer.

Como de costumbre, dentro estaban los tres habituales de aquel espacio repleto de libros. Elvira, que por primera vez parecía querer huir de allí; Rubén, que trataba de contener a la bestia, y, por supuesto, el protagonista, Edelmiro, que iba de un lado a otro con los ojos saliéndosele de las órbitas.

Adriana se sujetó en el respaldo de una silla, esperando lo peor. Esa reacción de su padre sólo se podía corresponder con una cosa.

—¡Hijos de puta, malditos mal nacidos!

Edelmiro comenzó una retahíla de insultos que a Adriana le resultó extraña proviniendo de él, que solía ser siempre muy políticamente correcto y no abusaba de los tacos, como sí hacía en cambio su amiga Iria.

—Creía que tenías a la prensa controlada, Rubén, ésa es tu maldita y única función. —Dirigió su ira contra el jefe del gabinete de prensa y Elvira salió en su defensa.

—No seas injusto y cargues contra quien no lo merece. Su tarea no se limita a eso que dices, y creo que ha conseguido resultados más que evidentes. Tu cara aparece en las portadas cada dos por tres, y siempre relacionándote con cosas beneficiosas para tu carrera...

Rubén la miró agradecido. Elvira nunca daba la cara por nadie que no fuera ella misma. Si se estaba enfrentando al mismísimo Edelmiro, significaba que él le interesaba más de lo que le había reconocido en la conversación de los viñedos. Adriana se preguntó si ya habría tenido también agallas para decirle que sí a salir con él. Sabía que no debía indagar ni tratar de sonsacarla. Su hermana era una persona reservada, que daba los datos justos que quería desvelar. Ni el mejor interrogatorio del mundo sería capaz de lograr que abriera la boca si no era por su propia iniciativa y voluntad.

—¿Y qué hay de esto? ¿Quién defiende mi derecho a la intimidad de esas sanguijuelas morbosas que se alimentan del dolor ajeno?

Edelmiro llamaba así a los periodistas desde que, después de la muerte de Valeria, sus excesos se hubiesen convertido en los protagonistas de las publicaciones, sin respetar el dolor de sus familiares. Hurgando constantemente en la herida todavía en carne viva, buscando cualquier imagen que aún no se hubiese publicado, o reacciones de su familia que pudiesen colocar en algún programa sensacionalista de televisión.

—Ya te lo he explicado. Legalmente hay una línea muy difusa entre el derecho a la información y a la intimidad —aclaró Rubén, que no podía evitar mirar de reojo a Elvira, para ver cómo respondía ante sus palabras.

—¿Podríamos alegar que nos han difamado y obligarlos a retirar los ejemplares? —preguntó Edelmiro un poco más tranquilo. Por lo menos ya no gritaba.

—¿Se han inventado algún dato o es cierto?

—Todo lo que hay escrito en ese periódico es verdad, pero no tiene por qué ser de dominio público. —Se le nubló la vista—. Si Lidia se entera de que todo el mundo conoce su secreto, no sé...

—No seas melodramático. Se va a enterar. Ésa es la única realidad —lo interrumpió Elvira, haciéndose cargo de la situación—. Ahora tenemos que conseguir que los daños sean mínimos, por ella, por nosotros y por el partido.

—¿En qué podría afectar esto a las elecciones? —Edelmiro desvió el tema, sujetando una fotografía de Lidia entre las manos.

—Mucho y lo sabes. Tardaste años en quitarte el estigma de mafioso del abuelo. Con Valeria y su adicción a las drogas perdiste todos los votos de los ultraconservadores. Sin embargo, te quedaba tu defensa a ultranza de la familia y sus valores tradicionales. Con este nuevo dato, has perdido a ese sector también.

—¿Qué propones? —Por primera vez, Edelmiro le cedía la iniciativa a Elvira y parecía muy mayor y cansado.

—Convocaremos una rueda de prensa. —Su padre fue a quejarse, pero Elvira no se lo permitió—. Están apostados en la puerta, montando guardia a la espera de que salgamos. Creo que es mejor coger el toro por los cuernos que sufrir una persecución diaria. Además, me ofrezco voluntaria para hablar. Intentaremos que Rubén pacte las preguntas, pero sabemos que harán algunas incómodas, es su trabajo. Junto con tu ayuda —dijo, dirigiéndose al jefe de prensa—, me prepararé un discurso para los peores escenarios posibles.

—Por supuesto —contestó Rubén sonriendo, impresionado por su rápida reacción y Elvira se ruborizó.

—Luego dejaremos que pase un tiempo prudencial y haremos una encuesta de intención de voto para ver cómo nos ha perjudicado. Y en caso de que haya erosionado tu figura pública...

—Tú asumirás el liderazgo del partido de cara a las elecciones.

Elvira llevaba tantos años esperando ese momento, esas palabras de su padre, que no supo qué decir ni qué hacer. Se quedó quieta como estaba, tratando de dilucidar si estaba soñando o aquello era real. Todos sus sacrificios habían dado sus frutos.

—Eres la persona más preparada para el puesto. Siempre hemos sabido que algún día me sucederías y puede que esté llegando la hora. Estoy muy cansado y ya soy mayor, Elvira. La política te exprime, te agota y te deja sin fuerzas. Se convierte en lo único que tienes en la vida. Y yo ahora debo estar con Lidia y con Olivia cuando regrese.

Adriana no aguantaba más. Estaba perdida desde el inicio de la conversación.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando?

Los tres dejaron de ignorarla y la miraron. Parecía que hasta ese momento, tan inmersos como estaban en su estrategia, ni siquiera la hubiesen visto.

—Sí, díselo. Mejor que se entere por nosotros —contestó Edelmiro a la silenciosa pregunta de Elvira y ésta le tendió un periódico.

Adriana casi se lo arranca de las manos, ansiosa por enterarse de lo que estaba sucediendo. El titular estaba en la parte inferior de la portada y decía: «Los Sierra, la estampa imperfecta de una familia modelo». No especificaba nada más, sólo que continuaba en la página quince. Pasó las páginas, extremadamente finas, hasta llegar a lo que estaba buscando.

Le costó reconocer a Lidia en la fotografía que acompañaba la noticia. Se la veía mucho más joven, con la melena rubia, que acostumbraba a llevar recogida, al viento, tapando con su cabello parte del rostro del hombre que la acompañaba y que, evidentemente, no era su padre. Ambos estaban con el mar al fondo, mirándose como dos adolescentes enamorados.

Antes de comenzar a leer, se percató de que se trataba de un artículo de opinión. Uno de esos en los que los periodistas daban su punto de vista, acertado o no, sobre una persona o acontecimiento, sin necesidad de ceñirse a la veracidad de los hechos. Suspiró, consciente de que no le iba a gustar lo que venía después de esa imagen de su madre que no dejaba lugar a dudas.

Nuestro alcalde, Edelmiro Sierra, es un fraude. Sí, después de muchos años, este servidor, sin importarle las consecuencias, se atreve a hacer esta afirmación que le puede acarrear una querrela. Vayamos por partes. Es de dominio público que su padre, Alfredo Sierra, nunca fue el progenitor ideal de una persona que ostenta el cargo de mayor poder en Vilagarcía. Robó, estafó, traficó y amasó una fortuna de la que ahora se aprovechan sus descendientes, puesto que todavía no he oído que hayan donado sus pazos, viñedos y bateas a ninguna ONG. Es más, según ha tenido conocimiento este periódico, las pocas acciones altruistas que llevaban a cabo han llegado a su fin. Si hace unas semanas os mostrábamos una imagen de Elvira, hija mayor del matrimonio y posible sucesora del hasta ahora alcalde, en un acto solidario en una marisquería de la costa de Carril, hoy nos hemos enterado de que, pese a que la dueña es amiga de la familia y acaba de tener un bebé, le han retirado los ingresos extra que se sacaban su marido y ella haciendo tours turísticos a las bateas. El motivo, el dinero, la ambición, lo único que esa familia lleva en los genes.

Adriana paró un momento. Ahora comprendía por qué Iria le había mandado un mensaje a primera hora de la mañana, diciéndole que ella no tenía nada que ver con lo que se había publicado. Había decidido llamarla más tarde para preguntarle de qué hablaba, pero ya no era necesario. Confiaba en su amiga ciegamente y sabía que no habría hecho algo así.

Pero ése no es el tema de este artículo. La droga que suministró el ilustre Alfredo y que tantas vidas se cobró en Galicia, se les devolvió en forma de justicia, no seré yo el que la califique de divina, con Valeria, la hija que nuestro alcalde repudió y que acabó suicidándose en aguas del Atlántico.

Pensábamos que ya no había nada más, pero los Sierra han demostrado tener bastantes trapos sucios. Ha llegado a nuestra redacción un último dato que añadir al caos de un líder que asegura ser un firme defensor de la familia tradicional. Una prueba más de que si no es capaz de mantener la serenidad y el control dentro de los muros de su casa, mucho menos podrá gobernar una población con tantos habitantes.

El matrimonio formado por Lidia y Edelmiro es una bonita ilusión que mantienen de cara a la galería, para obtener votos, aunque por dentro esté roto desde hace ya muchos años. Tal como nos informa nuestra fuente, la esposa no sólo le fue infiel hace diecisiete años con un militar que veraneaba en las Rías Baixas y con el que «se habría marchado si no la hubiese detenido su marido, asegurándole que se quedaría con la custodia de sus tres hijas», sino que, en aquella época, se quedó embarazada de la menor, Olivia Sierra, adolescente que, según sus amigos, no sabe que podría no ser hija de nuestra máxima autoridad.

Termino como empezaba. El alcalde, Edelmiro Sierra, es un fraude. Lo afirmo porque ha creado una especie de realidad paralela para conseguir votos. A nadie le importa que su mujer le haya sido infiel, pero sí el engaño del que hemos sido víctimas, para no enturbiar su imagen. Si es capaz de manipular a su propia esposa, no por el abandono de ésta, no nos engañemos, sino por no perder unas elecciones, éste no puede ser el hombre frío, evidente hijo de su padre, que nos represente.

Adriana cerró el periódico de golpe. Por un momento, tuvo que contenerse para no ir a la redacción y decirle al periodista todo lo que pensaba de él y de su familia.

—¿Lo sabías? —le preguntó a Elvira, todavía consternada.

Siempre había visto el matrimonio de sus padres como un ejemplo a seguir. Una representación de amor adulto perfecta. Sin embargo, era consciente de que, como ella, eran humanos, con sus virtudes y sus defectos y no iba a juzgarlos por ello.

—Sí —susurró su hermana—. Valeria y tú tendríais unos nueve años... pero yo era más mayor. Las broncas en casa se sucedían y...

—¿Por qué nunca le habéis dicho nada a Olivia? —Miró a su padre.

—Olivia ha sido, es y será mi hija. Da igual lo que puedan decir unas absurdas pruebas de paternidad —sentenció él con firmeza.

Adriana sabía que eso era cierto. Nunca había hecho distinción entre ellas. Es más, en todo caso, la habría hecho para favorecer a la pequeña, que siempre había sido la niña de sus ojos, la más consentida, la adorada. Todo pese a que, al ver la fotografía del hombre que acompañaba a su madre, rubio, con ojos claros y la nariz chata, como Olivia, no quedase mucho margen para las dudas. Su hermana pequeña era la viva imagen del amante de su madre.

—¿Y el militar?

—El artículo miente en esa parte. Yo no obligué a tu madre a quedarse conmigo. Él se marchó, pero no le pidió que lo acompañase. Ni a ella ni al bebé que podía ser suyo. —Se pasó una mano por el pelo canoso—. Doy gracias a Dios de que Olivia no tenga internet.

—¿No tiene internet? —Adriana enarcó las cejas.

—Sí, hace unos días nos escribió para decirnos que había no sé qué problema en la conexión de la escuela y que tardarían un tiempo en solucionarlo, por lo que no podríamos hablar por skype. Por eso sólo nos escribe un email al día, contándonoslo todo...

Adriana asintió con una conformidad fingida. Iago y sus socios eran cuidadosos para que nadie pudiese sospechar nada.

—Eso me da margen para pensar cómo se lo podemos contar, ahora que nos ha explotado todo en las narices —concluyó su padre.

No tenían demasiado tiempo para organizar nada. Habían tenido que citar a la prensa en el pazo donde vivían, devolviendo su función al antiguo salón de actos que Alfredo había mandado construir en una de las estancias del sótano, junto a la bodega.

La seguridad era máxima esa noche, pues la situación era idónea para que los delincuentes que estaban amenazando a la familia actuaran justamente en la intimidad de su hogar. Si hacían cualquier cosa, ésta tendría repercusión directa en la prensa.

Además de Samuel y Antonio, todos los escoltas tenían que encargarse también de la seguridad, durante lo que tenía pinta de ir a ser el mitin de presentación de Elvira, más que una ronda de preguntas para aclarar los asuntos personales de su familia, que, según opinión de Adriana, no le importaban a nadie y no entendía por qué tenían que dar explicaciones.

Su padre era un buen político, se desvivía por ayudar a sus vecinos y ella no podía comprender por qué su vida personal tenía que interferir en la profesional. Qué más daba si su mujer le había sido infiel. Los matrimonios perfectos no existían y más los que llevaban tantos años de convivencia. Adriana estaba segura de que detrás de toda aquella gente que exageraba y ponía el grito en el cielo, se escondían personas frustradas que habían pasado por lo mismo. Sin embargo, así era el mundo

Fue en busca de Hugo, que estaba en la entrada, comprobando que todos los periodistas con acreditación estuviesen en la lista que le había facilitado Rubén. Tras tachar su nombre, procedía a revisar el material que llevaban en las diferentes bolsas, pidiéndoles amablemente que lo pusieran en funcionamiento para comprobar que todo estaba correcto.

Con traje y corbata negros, camisa blanca y gafas de sol, resultaba extremadamente arrebatador. Además, su altura y envergadura, junto con su actitud firme y seria, le otorgaban un aspecto imponente. Detalle que no había pasado desapercibido a las periodistas, que últimamente parecía que saliesen todas de un casting de modelos. Se detenían a su lado con actitud provocativa, buscando llamar su atención, mientras fingían hacer alguna llamada.

—¿De verdad no te importa? —le preguntó Adriana a Elvira por enésima vez.

—No, tranquila. Me desenvolveré bien aunque no estés entre el público. —No parecía nerviosa ni presionada por la situación.

—Me conozco —se justificó ella—. Soy muy impulsiva y, como toquen el botón adecuado con alguna pregunta incómoda, soy capaz de lanzarme como un león sobre una gacela.

—Ahora soy yo la que te lo pide, Adriana, no te quedes a la rueda de prensa.

Trató de que sonase como una broma, aunque su cara decía todo lo contrario. Estaba preocupada por el lío que podía armar su hermana pequeña si se le caía ese tornillo que no tenía muy bien anclado.

—Gracias —dijo ella, dándole un efusivo abrazo a Elvira, que se separó disimuladamente, alisándose con las manos la parte de la chaqueta que Adriana le había arrugado con el contacto—. ¡Cómete el atril y a los periodistas! Y ya sabes que entre el público tienes a un infiltrado dispuesto a abuchear si se portan mal contigo, y a ovacionarte cada vez que hables. —Señaló a Rubén, que estaba atento a que hasta el último detalle saliese a la perfección.

Adriana se volvió entonces para practicar su deporte favorito, observar a Hugo, y se encontró con que éste estaba hablando con una de las periodistas-modelo, que, según su opinión de gata en celo que sacaba las uñas celosa, se estaba acercando demasiado a su hombre.

En esos momentos, odió que éste llevase puestas las gafas de sol y no poder saber hacia adónde estaba mirando. Decidió hacer una prueba y levantó la mano, llamándolo. No pudo disimular su cara de satisfacción cuando él cortó la conversación con la mujer inmediatamente y se dirigió a su lado.

—¿Pueden oírnos?

Rozó con la yema del dedo el micrófono con el que Hugo se comunicaba con el resto de los miembros de seguridad.

—Ya no. —Lo apagó.

—Sé que una de las claves para mantener la pasión es hacerme la dura, pero me va a sangrar la lengua de mordérmela si no te lo digo. Estás increíblemente sexy, señor Molina. Eres la viva imagen del erotismo, sumado al morbo por la autoridad y los uniformes. —Se mordió el labio en un acto reflejo. Lo deseaba en ese mismo instante—. Lástima que con tanta mosca tratando de llamar tu atención, no te hayas dado cuenta de lo bien que me queda esta falda tubo de niña buena.

Él se acercó a su oído sin cambiar el gesto. Cualquiera persona que los viera pensaría que hablaban de un tema de trabajo. Rozó con sus labios el lóbulo de Adriana, casi mordéndolo mientras decía:

—Te garantizo que esas piernas llevan vigiladas toda la noche. —Se apartó—. Si no fueras la hija de Edelmiro, estaría como un cazador al acecho, esperando que cometieras un fallo que me permitiera detenerte, ponerte las esposas, bajarte a la sala de control y...

—No sigas por ese camino o no respondo de que pueda guardar las distancias. Es más, voy a ir a que me dé el aire o entraré en combustión.

Le guiñó un ojo y Hugo le dedicó una sonrisa ladeada, antes de volver a ser la estatua de hielo en la que se convertía cuando estaba trabajando. Adriana sorteó a los periodistas y, mientras salía por la puerta, oyó cómo Elvira daba un par de toquitos en el micrófono anunciando que comenzaba la rueda de prensa.

Estaba atardeciendo. Adriana anduvo por el jardín, internándose en el paseo de magnolias blancas y rosa capricho de su madre, con los incómodos tacones de aguja que se había visto obligada a ponerse junto con la falda tubo negra y una camisa blanca que, según Elvira, le daban un aspecto elegante y formal. Un calzado bastante molesto para caminar cuando el tacón se enganchaba en la gravilla del suelo.

Cansada de merodear como un pato mareado por el singular cinturón arbolado que rodeaba la finca, repleto de eucaliptos, árboles frutales, robles americanos, alcornoques y fresnos, se sentó en el borde de la fuente y metió la mano en el agua, una vieja costumbre de cuando era pequeña y su padre echaba alguna moneda para que ellas la encontrasen.

Lo llamaban el estanque de las ranas y estaba situado frente al *cruceiro* familiar, junto al invernadero y las antiguas cuadras y caballerizas, que ahora estaban vacías. De pequeñas, Valeria y ella se dedicaban a coger los sapos que saltaban entre los nenúfares que llenaban la superficie, para convertirlos en príncipes.

Oyó los ladridos y, antes de que pudiera proteger la camisa de sus patas, ya tenía el pastor alemán encima, lamiéndole la cara con su lengua rasposa. Era la hora del paseo y sabía a quién tenía que presionar. Una prueba más de la inteligencia de los animales.

—¿Cómo está mi hombre favorito?

Romeo se tumbó y Adriana le rascó el vientre como sabía que le gustaba.

Una rana saltó a su lado y el perro trató de capturarla en el aire. Adriana la interceptó y, dándole un beso como en los viejos tiempos, la lanzó de vuelta al interior del estanque.

—¿Debería estar celoso? —preguntó Hugo, apareciendo en ese momento.

Aunque fuera una casualidad, ella quiso creer que era una señal más del universo que le indicaba que había encontrado a su príncipe.

—¡No me lo puedo creer! —Se llevó la mano a la boca en un gesto teatral—. Don Perfecto escabulléndose de sus obligaciones. ¿Quién eres tú y qué has hecho con el señor Molina? —bromeó antes de añadir—: Y no, no hace falta que estés celoso, deberías empezar a asumir que siempre irás un paso por detrás de *Romeo*. Él llegó antes a mi vida.

—Eso es un golpe bajo. —Fingió que le daba en una costilla—. Duele.

—Si alguien te dijo que la vida era fácil, te mintió.

—Y yo que creía que después de haberme enfrentado a los guerrilleros lo había visto todo. Pero todavía me quedaba luchar contra el rival más peligroso, ¡Adriana Sierra!

—No lo dudes.

Hugo se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros para atraerla hacia él. Adriana se apoyó y entrelazó las manos con las suyas.

—Así que aquí es donde te escondes cuando te escabulles sigilosamente, señora solitaria.

—¿Sabes por qué me gusta estar en soledad? Porque tú vienes a rescatarme de ella.

—Claro, para eso soy tu escolta, Adri.

Con familiaridad, le apartó el pelo de la cara rozándosela con las yemas. De nuevo, el contacto le puso a ella los pelos de punta y se preguntó si llegaría algún día en que se acostumbraría. Hugo consultó su reloj.

—Me temo que tengo que irme. Si no, acabarán notando mi ausencia.

—¿Y para qué has venido?

—¿Es que acaso necesito una excusa? He salido al balcón para comprobar el perímetro, te he visto y no me he podido resistir. Es como si ejercieras una especie de atracción magnética que me impide pensar con claridad y me atrae hacia ti sin posibilidad de elección. —Se levantó de un salto para marcharse—. Además, el tiempo es relativo —añadió mientras se alejaba—. Un segundo contigo me aporta más que toda una vida si no estás a mi lado.

Adriana miró a ambos lados para comprobar que no hubiese cámaras o personas, antes de darle un suave toque en la espalda para llamar su atención.

—¿Pasa algo?

—¡Claro! No pensarás que puedes venir aquí, decirme algo tan bonito y marcharte sin darme un beso.

Se puso de puntillas y le rozó los labios levemente, consciente de que alguien los podía ver si no se daba prisa.

Pero necesitaba más y él también. Lo veía en aquel deseo animal que los recorría a ambos cada vez que se producía un contacto íntimo. Cuanto más prohibido, más lo anhelaban.

Estaban en un pazo con muchos lugares recónditos. Las inmensas raíces de uno de los eucaliptos más grandes de Europa, por ejemplo. Además, toda la atención estaba centrada en el salón de actos. Nadie se percataría si ambos desaparecían un rato, y si se daban cuenta, en el fondo no les importaba. No en esos momentos en que sus mentes, nubladas por la pasión, pensaban como si fueran una sola.

Lidia carraspeó a sus espaldas y ambos se separaron inmediatamente.

—Estoy bien, Hugo. He salido a que me dé el aire, nada más. Gracias por preocuparte —disimuló Adriana, cruzando los dedos para que su madre no llevase allí el tiempo suficiente para haber visto la escena romántica que acababan de protagonizar.

Sabía que algún día se lo tendría que decir, pero prefería que las cosas llegaran poco a poco, saboreando los detalles únicos e irrepetibles de las diferentes etapas de una relación.

Hugo asintió, marchándose como si nada y ella regresó a la fuente con *Romeo*, único testigo de su historia de amor, tumbado a sus pies. Lidia se sentó al lado de su hija. Su pelo rubio, que siempre llevaba perfectamente recogido, caía ahora lacio a ambos lados de su cara, tenía bolsas debajo de los pequeños ojos azules y no se había maquillado, como hacía todos los días a primera hora, antes de hacer su aparición estelar en el salón, con lo cual se le veían más arrugas que de costumbre.

Las dos permanecieron un rato sin hablar, mirando al frente, hasta que Lidia rompió el silencio.

—Estás decepcionada, ¿no?

Su voz sonaba más firme que otras veces. Daba la sensación de que, en vez de hundirse, la noticia le hubiese devuelto las fuerzas para luchar. Algo extraño, dado que si alguna cosa le importaba a Lidia era la opinión de los demás. Todo lo hacía analizando qué pensarían sus conocidos, más que disfrutando de sus actos.

—La palabra sería más bien «sorprendida».

—Vamos a dar un paseo. Me gustaría contártelo para que puedas comprenderme.

—No tienes que darme explicaciones, mamá. No las necesito. Hace tiempo aprendí la valiosa lección de que entre el negro y el blanco hay un torrente de tonos. No te voy a juzgar.

—Insisto.

Se internaron por la arboleda cogidas del brazo, recorriendo el laberíntico jardín que se conocían de memoria, en el que cada Navidad se perdía algún familiar lejano. Al otro lado de los setos había una explanada en la que desembocaba el curso del agua de la lluvia de las montañas, dando lugar a un pequeño lago surcado por un puente de piedra blanquecina que había hecho construir Alfredo.

Lidia, que marcaba el paso, se detuvo.

—Lo primero que quiero que sepas es que Edelmiro es un buen hombre que me ha tratado mejor de lo que merecía.

—Pero eso no significa que lo amases.

—Déjame que termine. —Lo dijo con intensidad, desechando cualquier tipo de duda que pudieran suscitar sus palabras—. Le he querido y lo quiero más que a nadie en el mundo a excepción de vosotras. Él siempre ha sido el motor que daba sentido a mi existencia. Una especie de alma gemela que estaba destinada a conocer.

—¿Y qué pasó?

—Que me levanté una mañana y me percaté de que yo ya no era especial.

—¿Cómo que no eras especial?

—Sí. Todos nos creemos únicos y en parte lo somos. Las tragedias les ocurren a otros, nosotros no envejecemos, el universo conspira para que dejemos huella, la vida que nos depara el futuro será más emocionante que la del resto... y así van pasando los años, hasta que te das cuenta de que el tiempo venidero ya ha llegado y sigues exactamente igual.

»Tu familia es idéntica a aquella en la que te criaste, no has logrado ninguna proeza, las patas de gallo te han invadido de la misma manera que le ocurrió a tu madre y esa fantasía con la que habías soñado no se ha hecho realidad y cada vez está más lejana.

»Tienes una vida común. Eres uno más de los millones de seres humanos que habitan en la Tierra. Como te decía al principio, reconoces que ya no eres especial y todo se viene abajo.

—Y en ese punto de debilidad lo conociste a él.

—En efecto. Era diez años más joven que yo. —Se quedó pensativa, retrocediendo al pasado—. Yo estaba haciendo la compra, como todos los días, con el pelo alborotado y los vaqueros desgastados que me ponía porque ya no tenía ganas de arreglarme. Total, la vida ya no me deparaba nada más emocionante que la rutina del día a día.

»Él apareció y me miró exactamente igual que me miraba tu padre cuando éramos novios. Me resistí, pero era insistente. Mi mente fabricó una nueva vida ideal. En esa fantasía, mi rutina ya no era la que dominaba, sino la emoción de un nuevo amor. Volver a sentirme diferente del resto, creer que en mi historia no todo estaba escrito. Yo era una de esas excepciones que se convierten en protagonistas de acontecimientos como en las novelas y las películas.

—Y tuviste una aventura.

—Sí, una que me regaló una de las cuatro mujeres más importantes de mi vida —afirmó y Adriana ya no tuvo dudas sobre la paternidad de Olivia.

—¿Lo querías?

—Eso creía. Estaba convencida, habría apostado mi propia vida. —Jugueteó con el anillo de casada—. Y muy decidida fui a hablar con Edelmiro. Se lo conté todo y le dije que lo quería abandonar para irme con el militar, que él era mi verdadero amor, y fue su respuesta lo que hizo que me diera cuenta de que no podía estar más equivocada.

—¿Cómo reaccionó? ¿Te suplicó que te quedases con él?

—Todo lo contrario. Edelmiro me miró a los ojos, me cogió las manos y, sonriente, me dijo que si era lo que necesitaba para ser feliz, adelante. Ése era su único deseo, fuera con él o con otro.

Ver el amor que su padre le profesaba a su madre hizo que a Adriana se le empañaran los ojos.

—Entonces me quité la venda y me desesperé al ver lo que había estado a punto de hacer —prosiguió Lidia—. Yo no necesitaba ser la protagonista de un cuento de hadas, sino la mujer que consumía etapa tras etapa con el hombre que convertía lo común, la rutina, en un sueño que quería seguir descubriendo día tras día. Eso es lo más maravilloso que se puede encontrar.

—¿Le costó perdonarte?

—Lo había hecho antes de que se lo pidiera.

—El militar... ¿sabe de la existencia de Olivia?

—Lo supo desde el principio. Desde el día en que fui a decirle que no me marcharía con él. Decidió no hacerse cargo y cederle ese papel a Edelmiro, que lo aceptó encantado.

Lidia se volvió y agarró las manos de Adriana.

—También quería hablar contigo de otro tema.

—¿Cuál?

Se tensó, pensando que sacaría a relucir a Valeria. Mencionar a su hermana siempre hacía que su madre cayera en un estado depresivo y, por una vez, Adriana quería poder disfrutar de ella sin pastillas o llantos de por medio.

—De esa mirada que te lleva brillando desde que cierto guardaespaldas, impuesto en un principio, merodea por esta casa.

—No sé de qué me hablas... —le restó importancia.

—Claro que lo sabes. Nunca te había visto así y eso me da miedo. Tú no te das cuenta, pero estás todo el rato pendiente de él. Sigues con la mirada cada paso que da y la cara te cambia cuando te dedica una sonrisa. En un espacio lleno de gente, sois capaces de crear vuestra propia burbuja.

—Sabes que todo es fruto de las imaginaciones de una madre a la que le empieza a apetecer la idea de ser abuela y que me ve como el objetivo más fácil...

—No, lo que siento es temor. Las madres conocemos a nuestras hijas y tenemos un sexto sentido para saber cuándo se están enamorando de esa manera que sólo se siente una vez en la vida. Se pueden tener más amores, cariños diferentes, pero ninguno igualará esa sensación.

»No quiero que te equivoques. Hugo parece un buen hombre, pero sabes que su estancia aquí es temporal. Se irá. Sólo quiero que estés preparada y mentalizada para su marcha y que así no te destruya.

Un Audi A5 la esperaba en las inmediaciones del pazo de los Sierra. Adriana había tenido que salir sin que se percatasen los demás, después de recibir una llamada de Iago en la que, sin rodeos, le había ordenado que acudiera a una nueva «reunión» con él a las dos y media de la madrugada. Por lo que estaba viendo, su disponibilidad para el narcotraficante debía ser total, las veinticuatro horas del día sin excepción.

El chófer, el mismo cincuentón que les había servido la cena en el yate, ni siquiera se volvió cuando entró en el vehículo bastante alterada y cerró de un portazo. A Adriana le gustaba tenerlo todo controlado, saber lo que le deparaba el futuro para poder adelantarse o alterarlo, y en esos momentos estaba completamente desorientada y perdida.

Durante el trayecto, ambos permanecieron en el más absoluto silencio. Tal vez hubiera preferido charlar de algo con aquel completo desconocido, que meditar en la quietud de la noche tratando de averiguar por qué Iago requería su presencia.

No era un hombre fácil de comprender. Los matices que conformaban su personalidad se escapaban del todo al entendimiento y la empatía que solía caracterizar a Adriana. Era imprevisible, visceral y activo, tres ingredientes que, unidos, no daban un buen resultado. En su mente lo comparó con tener un arma que no sabía manejar y que en cualquier instante podía herir a alguien de su círculo cercano.

El Audi se detuvo en el muelle. Como en la ocasión anterior, Iago la esperaba al fondo de mismo, con un sencillo pantalón blanco y una camisa negra con los primeros botones abiertos, mostrando un musculoso pecho color canela. A su lado había una moto acuática.

Adriana se acercó a él y el primer vistazo hizo que sintiese verdadero terror. Los ojos de Iago, una mezcla de verde y azul, se veían oscuros, amenazadores como el océano profundo.

—Vamos a dar una vuelta —dijo muy serio por todo saludo.

—¿Dónde?

Antes de terminar la pregunta, Iago se había subido ya a la moto.

—Sube —ordenó.

—No si no me dices adónde vamos.

Se cruzó de brazos. No le gustaba la idea de irse con él rumbo a un destino incierto.

—No me obligues a bajar y traerte a la fuerza.

Dos armarios, porque aquellos no eran hombres comunes, aparecieron detrás de ella para cortarle el paso por si intentaba huir.

—Mi paciencia se agota muy rápido. No me pongas al límite o no te gustará el resultado, nena.

Sin más alternativa, Adriana trató de subirse sin aceptar la mano que le ofrecía el narcotraficante. Las aguas estaban revueltas y estuvo a punto de perder el equilibrio y caer en sus gélidas fauces, pero Iago la agarró por la cintura atrayéndola hacia él y ayudándola a sentarse con brusquedad.

La falda de tubo se le subió, mostrando sus braguitas, un detalle que a él no le pasó desapercibido y por un instante cambió su gesto rudo y severo, paseando la vista por sus piernas.

Adriana se sintió incómoda y trató de bajarse la prenda para taparse ante su mirada descarada.

—Agárrate fuerte.

—Ya lo hago.

Orgullosa, se sujetó a la parte trasera del vehículo. No quería tener el más mínimo contacto con él.

—¿Ésas tenemos, Adriana? —Se volvió para tomar los mandos—. Mi intención era evitarte un baño helado, pero tú decides.

Comenzaron a surcar las aguas a tanta velocidad que Adriana se vio obligada a desistir de su intento de no rozar al delincuente que conducía y se aferró con fuerza a él, rodeándole la cintura con los brazos. El Atlántico la salpicaba con fuerza por ambos lados y escondió la cara en la espalda de Iago, cuyo olor la trasladó inmediatamente a las profundidades marinas, como si él mismo fuese el salvaje océano, en aquellos puntos tan recónditos que el ser humano no había podido visitar.

—Mucho mejor así —murmuró Iago. Estaba disfrutando con la angustia de ella.

Siguió guiando la moto, con el aire azotándolos, y sorteando las olas que se formaban hasta internarse en el océano más allá del límite que había alcanzado Adriana los días que salía a nadar. Ella esperaba que llegaran a un destino, fuera cual fuese, lo que no se imaginaba era que él se iba a detener aparentemente en mitad de la nada. A un lado podía ver el espectáculo de las luces de la ciudad y su costa y al otro el manto de la noche fusionándose con el peligroso mar abierto.

Que se parase allí no era buena señal, pensó ella, temblando. Los escenarios que se dibujaban en su mente no eran nada agradables. Presentía que nada bueno saldría de ese encuentro tan alejado de la civilización, en un lugar donde le podría hacer cualquier cosa y nadie se enteraría ni podría auxiliarla en caso de que lo necesitase.

—Lo primero, toma.

Iago se levantó en el sillín para darse la vuelta y mirarla directamente. Una vez sentado de nuevo, le tendió una fotografía.

Adriana la cogió con las manos entumecidas por los nervios. La oscuridad le impedía distinguir los detalles, pero no necesitaba mayor iluminación que la de la luna para saber que se trataba de Olivia. Él encendió un mechero y acercó la llama a la imagen.

—En mi profesión, la palabra lo es todo. Es lo único que tenemos. Te dije que tendrías una prueba y no te he mentado.

Olivia, visiblemente demacrada, estaba sentada en una silla de madera, con una pared blanca como único fondo, mientras sostenía un periódico. Adriana reconoció la página por la que estaba abierto: la noticia de la infidelidad de Lidia. Una crueldad que sumar al secuestro. Por si su hermana no tenía suficiente presión ni trauma, habían decidido mostrarle la información de que tal vez Edelmiro no era su padre.

—Suficiente —dijo Iago tras unos segundos y acercó el mechero hasta que prendió la imagen.

Adriana tuvo que soltarla cuando el calor del fuego le llegó a los dedos.

—¿Era necesario venir hasta aquí para esto? La podías haber convertido en cenizas en tu yate y nos habríamos ahorrado el trayecto —se quejó ella, mientras pensaba que si Olivia tenía esa publicación gallega, era que no se encontraba tan lejos. Eso la alivió, aunque en el fondo no significara nada.

—Esto era la primera parte. Ahora tenemos que tratar un tema que me frustra. Creía que te había dejado claros todos los puntos de nuestro acuerdo, pero veo que no me he explicado lo bastante bien. O eso, o eres tan estúpida de pensar que me la puedes jugar. Esto no es una partida de mus en la que competimos por ganar una absurda copa, es un solitario en el que yo tengo todas las cartas vencedoras.

—No sé de qué me hablas.

Cruzó los brazos para protegerse del frío. El agua le había empapado la camisa blanca y se le transparentaba, de forma totalmente explícita. De nuevo, Iago se despistó un segundo del tema de conversación y se tomó su tiempo para observarla contrariado.

—Te hablo del secreto que le has revelado a tu persistente y molesto poli de guardería, que lleva vigilándome desde...

—¿Hugo? —se extrañó Adriana—. Te prometo que no he abierto la boca con él.

—No deberías mentirme. Soy como el diablo, capaz de penetrar en las almas y leer en ellas.

Le levantó el mentón, buscando que la luz de la luna le permitiera poder analizar su mirada.

—No hace falta que me escrutes de este modo, no le he contado nada ni tengo la más remota idea de por qué está vigilándote...

—¿Te lo follas? —la interrumpió él.

—¿Y a ti qué te importa? —Se puso a la defensiva.

—Mucho, cuando afecta a mis negocios. Está tan embrujado con tu entrepierna, que su vena celosa, posesiva y dominante lo lleva a querer investigar al hombre que tocó a su mujer.

—Él no es así —lo defendió.

Sabía que si Hugo estaba averiguando cosas sobre Iago no era porque estuviera obsesionado con ella, sino porque su intuición de policía le decía que el hombre escondía algo. Y no iba nada mal encaminado.

—No me sueltes un discurso edulcorado sobre tu perfecto amante pasajero. Por lo pronto, si tienes necesidades sexuales, yo puedo satisfacerte hasta que te quedes ronca de tanto gemir, pero deja de tirarte al policía y así no lo tendremos siempre pegado a tu jodido y firme trasero.

—No tienes derecho a entrometerte en esta parcela de mi vida, Iago.

—Mientras tenga a tu querida hermana, se podría decir que poseo la llave de tu mismísima vagina. —Volvió a ponerse de pie para darse la vuelta y retomar los mandos—. Además, no te estoy pidiendo que abandones a tu príncipe azul para siempre, sólo que pospongas el «vivieron felices y comieron perdices» al momento en que tengamos toda la droga en nuestro territorio. Después, tú puedes casarte,

hipotecarte de por vida y traer al mundo a un par de bebés malcriados, mientras yo me dedico a fundirme la pasta, disfrutando cada día como si fuera el último. —Encendió el motor—. Vamos a la siguiente parada. Me alegra anunciarte que las bateas de los Sierra van a tener su primera función.

Se dirigió directamente hacia allí. Adriana sintió cómo se mareaba al subir a la plataforma, pero la indisposición no se debía al fuerte balanceo, sino a lo que había en la superficie. Dos hombres sujetaban a un tercero, que estaba de rodillas con una bolsa cubriéndole la cabeza.

—¿Qué vas a hacer? —susurró, puesto que la voz no le salía.

—La estructura jerárquica y la territorialidad es esencial para el fenómeno mafioso, nena. Los cambios de poder son astutos, comparables a las luchas por la dirección de una gran multinacional, sólo que, en este caso, a los competidores se los elimina.

Sacó un revólver y Adriana tuvo que ahogar un grito.

—No puedes matarle... —pensó en voz alta.

—Claro que sí. En este mundo, tú decidiste ser humana, pero yo, yo quiero ser Dios. Ejercer la justicia divina. De hecho, te garantizo que si hubieras visto las imágenes que este enfermo tiene en el ordenador, si conocieras una décima parte de lo que ha hecho, tú misma me quitarías el arma y le dispararías a bocajarro. —Se dirigió a sus hombres, que esperaban recibir sus indicaciones—. Destapadle.

Dicho y hecho. Le quitaron la bolsa y Adriana pudo ver su rostro lleno de sangre y con los ojos amoratados. No le reconoció, pero, aun así, la apremió la sensación de que tenía que hacer algo. No podía convertirse en cómplice de asesinato. Tenía que evitarlo, pero no sabía cómo. Gritar no era una opción. Apelar a la piedad de Iago tampoco. La situación le venía grande. Se sentía como una mosca enganchada en la tela de una araña que iba devorando a los demás insectos, esperando que llegase su turno.

—Mis hombres te sacarán las tripas —le advirtió el hombre, escupiendo sangre.

—Puede. Si no son los tuyos, lo serán otros. En cierta manera es poético verme reflejado en ti. Pensar que algún día yo ocuparé tu lugar, pero esta noche yo mando. —Se dirigió a Adriana—. Ya que te estoy mostrando mi mundo, te explicaré de qué va. Para que lo comprendas, mi banda se parece más a la Camorra que a la Cosa Nostra y, según la tradición, logramos mantenernos con vida poco tiempo. Nuestro sino es morir a manos de otros como nosotros.

—Por favor, no lo mates. —Le agarró el brazo que sostenía el arma, que apuntaba directamente al hombre.

—No hagas eso —le ordenó Iago sin rechazar el contacto—. No supliques y menos por un monstruo que no lo merece. Ésa no es la lección que quería que aprendieras esta noche. Mi intención era que asimilases cuál es el único resultado que puedes esperar si me engañas o me desafías. Nunca lo olvides, nena. No me gustaría tener que dispararte en mitad de la noche para hacerte pagar tu traición.

»Prefiero que un día olvides lo ético y lo moral para que nos entreguemos el uno al otro como los animales que somos, a tener que ver cómo tus ojos se quedan abiertos sin vida, mirando vacíos al infinito.

—Jodido estúpido. Eres un cadáver, ¿acaso no sabes a quién estás apuntando? —lo desafió el hombre arrodillado.

Iago se separó de Adriana y lo miró con la cabeza ladeada.

—Por supuesto que sé quién eres. Pero me temo que tú no me conoces a mí. Ha sido descortés por mi parte no presentarme. Soy Iago, Iago Maneiro.

Los ojos del hombre se abrieron como platos.

—Tu particular muerte a domicilio —añadió Iago y, sin darle tiempo a contestar, se dirigió a Adriana—: Nena, cierra los ojos.

Ella le hizo caso y, en mitad de la quietud, oyó el cuerpo cayendo sin vida contra la superficie. La pistola tenía silenciador. Abrió los párpados con la esperanza de que lo evidente no fuera lo que había sucedido, pero el cadáver del hombre yacía de lado, con un charco de sangre formándose alrededor de la cabeza.

Tuvo que contenerse para no caerse en ese mismo momento o vomitar. No lo soportaba. No podía con lo que le estaba ocurriendo. Quería salir corriendo sin detenerse. Dormir en su cómoda cama hasta que llegase un día en el que, al despertar, comprobase que todo aquello había sido una pesadilla.

El móvil de Iago sonó y éste contestó, pero ella no oía nada, sólo el zumbido de la bala al atravesar la carne, el eco del asesinato que acababa de presenciar y que la marcaría el resto de su vida. Las personas normales, mentalmente sanas, nunca se veían involucradas en asuntos tan escalofriantes. Aquella muerte le había dejado una herida que se abriría de nuevo en cuanto tuviese a Olivia a su lado.

—Y el destino caprichoso pone de nuevo en nuestro camino a tu guardaespaldas —comentó Iago nada más colgar—. Esta noche verás un aviso, pero si no logras que deje de joderme, él será el próximo que pisará esta batea y puede que tú seas la persona que acabe con su vida.

Hugo estaba dentro de su coche, en un aparcamiento desde el que podía ver el yate de Iago. Esa noche había observado más actividad a su alrededor, un par de coches de los que habían descendido dos hombres trajeados, para subirse a la embarcación vecina, un pesquero, como si fueran trabajadores. Lo extraño era el detalle de la indumentaria.

En el resto de los navíos, los tripulantes iban con pantalones impermeables, unas sencillas botas de agua hasta la rodilla y camisetas térmicas, cómodas para pescar, y que daban la sensación de no llevar nada encima, con lo que se ganaba en libertad de movimientos. Nadie vestía trajes caros que, además, en caso de caer al mar, les dificultarían nadar. No sabía cómo ni por qué, pero estaba seguro de que aquellos hombres tenían una conexión con el antiguo compañero de instituto de Adriana.

Un golpecito en la ventana de su Audi A3 blanco, un capricho que se había comprado después de ahorrar unos años, y que había cogido en lugar del escarabajo de Adriana, le hizo desviar la atención. Se encontró con un hombre de unos cincuenta y cinco años, que llevaba extendido un mapa enorme.

—Disculpe que le moleste. Ya sé que las pintas me delatan, pero por si acaso le aclaro que soy un turista totalmente perdido, que no tiene ni la más remota idea de cómo regresar al hotel. Y no me diga, como el resto de los jóvenes, que utilice el Google maps de mi móvil. Bastante hago ya adentrándome en el mundo de WhatsApp...

—Espere un momento —dijo Hugo, bajando del vehículo.

Abrió el callejero, que abarcaba toda la ciudad de Vilagarcía y parte de Carril.

—¿Cuál es la calle o el nombre del hotel?

—No lo recuerdo. Mira que me ha dicho la recepcionista que lo apuntase, que el albariño y el ribeiro eran muy peleones y mataban las neuronas, pero no lo he hecho.

—Me pone usted complicada la tarea de ayudarle.

—Me lo ha señalado con una cruz. —Arrastró el dedo por toda la playa de Compostela—. Tampoco llevo mis gafas de cerca y no soy capaz de encontrarla. Está cerca del paseo, en una paralela —le informó.

—Déjeme a mí. —Hugo le cogió el plano y empezó a buscar entre las callejuelas.

El motor de los dos ciclomotores que se acercan no llamó su atención. Muchos jóvenes los usaban en aquella zona. Sin embargo, le extrañó que el hombre se apartase. Se volvió para decirle que no era necesario que se separase tanto, que no lo molestaba ni le quitaba la luz, pero justo entonces, una de las motos disminuyó la velocidad para recoger al supuesto turista, y los ocupantes de la otra se bajaron con dos palos de golf en la mano.

Hugo se agachó en el instante en que la cabeza metálica del palo impactaba contra la luna delantera, en una trayectoria que buscaba alcanzar su cabeza, rompiendo el cristal en mil pedazos.

No pudo evitar en cambio el segundo golpe, que le rozó la mejilla, desgarrándole la piel. Con destreza, se puso en posición defensiva y analizó a sus dos contrincantes, delincuentes que lo estaban atacando sin motivo aparente. En esos momentos lamentó haber dejado su revólver reglamentario en la guantera del coche. Durante los pocos segundos que tuvo para planificar una estrategia, analizó sus posibilidades. Ambos llevaban la cara tapada con una braga, lo que le impedía distinguir sus rasgos, pero por su fisonomía y altura supo que no se trataba de Rodrigo o sus compañeros.

Los chicos aguardaban a que él se moviese primero, separándose entre sí expectantes. Uno intentaría atacarlo por la espalda y otro por delante. Estaba seguro. Miró a su alrededor. Una cosa que había aprendido en los cursos de defensa personal era que cualquier objeto, por sencillo que pareciese, podía convertirse en un arma llegado el caso. No podía esperar a que lo atacasen, tenía que dar el primer paso, y, tras una fugaz ojeada, localizó un instrumento bastante potente.

Recogió un trozo de cristal afilado que había caído del parabrisas y se lanzó a por el primer chico. Éste intentó golpearlo con el palo de golf, pero Hugo lo esquivó con los buenos reflejos que poseía, hasta arrebatárselo de las manos de una patada y darle con la pierna en las costillas, haciendo que se agachase, aullando de dolor. Mientras éste caía, se volvió y, con el cristal, le hizo al otro un corte en el brazo con que sujetaba el palo, un corte profundo que dejaba ver el hueso. Gritando desesperado, el muchacho lo soltó y Hugo recogió ése y el de su compañero.

La situación había dado un vuelco de ciento ochenta grados. Ahora él tenía el mando. Los miró a la espera de su reacción. No quería hacerles más daño, de hecho, uno de ellos estaba perdiendo bastante sangre, sólo llamar a la policía de Vilagarcía y que los detuviesen. Pero antes de hacerlo tenía que esperar a que se rindieran. No podía permitirse la distracción de coger el móvil.

Sin aprender la lección ni valorar las posibilidades que tenía estando desarmado, el chico que no estaba herido corrió hacia él como los soldados de *Braveheart* tras el discurso de Mel Gibson, pero Hugo se limitó a esquivarlo y darle un puñetazo en la mandíbula que le arrancó un diente. Tras esa demostración, los dos delincuentes se miraron asustados y emprendieron la huida.

Hugo iba a salir tras ellos, seguro de que lograría reducir al menos a uno de los dos, cuando oyó la voz angustiada de Adriana gritándole desde la distancia. Un sonido que lo obligó a detenerse.

Antes de que pudiera volverse y verla, ella ya estaba allí. Tenía los ojos muy abiertos y parecía realmente asustada y preocupada por él. Daba la sensación de que el mero hecho de pensar que alguien pudiese hacerle daño la volvía loca.

Le agarró el mentón para mirar lo que le habían hecho y, de nuevo, Hugo sintió que su simple contacto era capaz de tranquilizarlo y provocar que se olvidase de todo lo demás.

—¿Estás bien? —preguntó Adriana, haciendo que la mirase a los ojos—. Es una herida superficial. Nada grave. —Suspiró tranquila, acariciándole con cariño y familiaridad la mejilla dañada.

—¿Qué haces aquí? —Fue la escueta y directa pregunta de él.

Eran casi las cuatro de la madrugada y suponía a Adriana en casa, tal como ella le había dicho. Su presencia en ese lugar no tenía sentido, a no ser que hubiera algo que no le había contado.

Adriana se puso nerviosa y no supo qué contestar. Y, en lo que parecía un intento frustrado de inventar algún tipo de excusa, un pretexto con el que salir del paso, miró hacia el muelle. Hugo la imitó y entonces distinguió a Iago, que les sonreía con suficiencia de pie sobre las tablas de madera de una batea. El corazón le dio un vuelco, mientras en su interior comenzaban a formarse unas sospechas que esperaba que ella no le confirmase.

—¿Has venido a verle a él? —preguntó, pronunciando la última palabra con más desprecio del que pretendía.

—No sabía que tuviese que darte explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer —replicó orgullosa.

Pero sonaba falsa, alterada, como si hubiese dicho lo primero que había acudido a su cabeza, sin saber cómo salir del atolladero. Se apartó para darle la espalda.

—No. —La agarró del brazo y la obligó a enfrentarse a él—. No te permito que te escudes en mi supuesta actitud machista y posesiva. No te he dado motivos para ello. —Ella se revolvió nerviosa, pero Hugo la sujetó—. Responde a mi pregunta que es justa y sencilla. ¿Te has escapado de la casa para venir con Iago?

—Nunca te he dicho que me fuera a casar contigo. —Sonó dura y evasiva—. No somos pareja. Soy libre y, como tal, puedo barajar opciones.

La contundente respuesta dejó a Hugo con la boca abierta. Lo que habían compartido no podía ser una farsa. Estaba seguro de que ocultaba algo. No podía ser tan simple, se negaba a creerlo. Pero debía hacerlo. Pese a que ella había hablado con voz monótona, como si fuera un robot, no tenía por qué mentirle. Aunque lo más fácil habría sido usar un pretexto, no hablarle de una manera tan clara.

La rabia y la decepción se empezaron a apoderar de él, pero no lo demostró. Contestó calmado y distante.

—Entiendo.

La miró de arriba abajo y notó que se le encogía el estómago. Un dolor más profundo y agudo que el del día en que se quemó la espalda.

Adriana estaba frente a él, con la ropa mojada transparentando su ropa interior, con el moño deshecho, el pelo alborotado y las mejillas coloradas. El resultado de esa ecuación era tan evidente que se le atragantaba en la garganta. Pero no permitió que su mente le hiciera esa mala pasada, se negó a sí mismo imaginar a otro hombre rozando a Adriana de la forma que creía que le correspondía a él.

—Coge tu coche, yo acabo de quitar los cristales del mío y te sigo al pazo.

—Mi pequeño no está aquí. Iago ha venido a buscarme. —Adriana lo miraba con intensidad, intentando que comprendiese su comunicación no verbal y la antepusiese a lo que había salido de su boca.

—En ese caso vendrás conmigo.

Comenzó a retirar los restos de luna, sin tener cuidado de no cortarse. En esos momentos no le importaba que su Audi, por el que se preocupaba cuando le veía la más mínima rayazo, estuviese destrozado. No podía pensar en talleres o seguros, sólo en Adriana y el sabor de sus besos, que, orgulloso y con su ego masculino torturado, se juró que no volvería a probar.

—Y un consejo. Eres mayor de edad. Habla con tu padre, exígele ir a las citas sin seguridad, pero no te escapes como una niña malcriada, menospreciando el trabajo de Antonio, de Samuel y el mío propio, Adriana. —Apretó los dientes al pronunciar su nombre.

—¿Ya no soy Adri para ti?

—La voz le tembló.

—No, nunca más.

El saco de boxeo colgado de la rama de un árbol lo ayudaba a descargar adrenalina, pero no la furia y el resentimiento que sentía. No se había curado la herida de la mejilla y ahora, mezclada con el sudor de las horas que llevaba dando un puñetazo tras otro, le escocía. Pero no podía parar. No hasta eliminar todos y cada uno de los recuerdos que, martirizándolo, lo llevaban una y otra vez hasta Adriana.

Hacía rato que se había tenido que quitar la camiseta. Notaba los músculos hinchados y quejándose del sobreesfuerzo. Al día siguiente tendría unas agujetas terribles, pero eso no lo detenía. Se estaba poniendo al límite, tal como necesitaba. Todavía no se hacía a la idea de que la mujer a la que había entregado las llaves de su maltrecho corazón para que lo sanara hubiera jugado con él de ese modo.

Adriana había supuesto un soplo de aire fresco en su vida. Aquella sonrisa suya con hoyuelos le había devuelto la esperanza, las ganas de confiar en otra persona, de entregarse, de dejar de ser uno para convertirse en dos. Y, del mismo modo que le había dado su amor con tanta rapidez y pasión, ahora se lo había arrebatado sin explicaciones.

Con la mente caliente, se preguntaba cuándo fue el primer día que se fijó en ella. Sabía que el beso en A Lanzada había influido en su decisión, pero fue el día en que vio el barco devorado por el fuego y ella se lanzó a sus brazos. Ese sencillo gesto se convirtió en el desencadenante de su amor y, desde esa noche, la había buscado incluso en sus pesadillas, porque el infierno a su lado no quemaba.

Regresó a su habitación con un sabor amargo en la boca que no sabía cuándo desaparecería. Por lo pronto, necesitaba una ducha de agua fría para desentumecer las articulaciones. Iba a seleccionar los bóxers que se pondría, cuando un detalle captó su atención.

Los años en la UDYCO lo habían convertido en una persona muy concienzuda y cuidadosa con la documentación y, aunque a priori allí en el pazo no hacía falta que colocase los papeles de una manera que pareciese casual cuando en realidad era totalmente premeditada, había seguido su modus operandi. Por ese motivo estaba seguro de que los expedientes que tenía sobre la mesa no estaban igual que los había dejado. Para una persona ajena aparentemente estaban desordenados, pero la memoria fotográfica de Hugo no dejaba nada al azar.

Alguien había entrado en su cuarto. No era una persona muy experimentada o inteligente. Lo primero que aprendían en la academia era a sacar una foto de la colocación de todos los muebles y complementos para, en caso de querer espiar a alguien, dejar las viviendas, despachos o habitaciones como si nadie hubiera pasado por allí.

Encendió el ordenador portátil. Otra mala y antigua costumbre que continuaba teniendo era dejar la cámara de éste grabando todo lo que sucedía en la estancia. Así le pasaba que los PC le duraban menos de dos años, con la batería quemada por el uso.

Fue pasando las imágenes con la opción de avanzado rápido hasta que en un extremo de la pantalla apareció una figura. Al principio el intruso daba la espalda al objetivo y no podía distinguir de quién se trataba. Rebuscó en el maletín de Hugo y sacó toda la información que tenía dentro. Tras una ojeada superficial, por lo visto decidió que aquello no era lo que estaba buscando y se dirigió directamente al escritorio, mostrando su rostro a la cámara: era Lucas, el escolta de Olivia.

Otra noche, habría esperado a que fuese una hora razonable para ir a buscarlo, pero estaba tan alterado que se presentó en la habitación del policía. El chico estaba totalmente dormido, roncando mientras movía la pierna que tenía encima de las sábanas. Hugo encendió la luz sin dilaciones y Lucas se despertó sobresaltado.

—¿Quién está ahí? —preguntó desubicado, cogiendo el arma de la mesilla. Cuando enfocó la vista y vio a Hugo se calmó y, confiado, volvió a dejar el revólver—. ¿Se puede saber qué cojones quieres a estas horas?

—¿Yo? Eres tú el que invades habitaciones ajenas.

—No sé de qué coño me estás hablando. —Se levantó de la cama.

Hugo perdió la paciencia y lo empotró contra la pared de un empujón.

—¿De qué estoy hablando? ¿De verdad? —Lucas fue a decir algo, pero Hugo no lo dejó—. Me refiero a por qué tengo unas imágenes tuyas en mi maldita habitación, husmeando entre mis cosas.

—No es lo que piensas...

—¿No? Pues entonces dame una explicación coherente si no quieres que mañana mismo informe a nuestro comisario general.

—Yo... yo... —balbuceó—. No puedo decirlo.

—Dímelo ahora mismo o te llevo a la comisaría de Vilagarcía a ver si con los compañeros te es más fácil hablar.

—¡No puedes! —exclamó el chico—. Lo estropearías todo.

—¡Dame un motivo, uno solo!

—Ya te digo que no tengo permiso... pero hablaré con él para que mañana te dé una explicación.

—¿Quién es él?

—Rubén —contestó, bajando la cabeza.

—¿Qué coño tiene que ver el jefe del gabinete de prensa en esto?

Era la segunda vez que su nombre salía a relucir. Hugo no entendía nada.

La lluvia impactaba con violencia contra las ventanas. Las gotas golpeaban el cristal y luego descendían por el mismo como si fueran lágrimas caídas del cielo. Adriana se acercó para ver mejor los negros nubarrones, que se quejaban descargando su ira. No había ni rastro de sol. Éste había desaparecido, imposibilitando la salida del arcoíris. La única luz que tenía permitido el paso era la de los relámpagos, que precedían a unos truenos que con su sonido desgarrador parecía que anunciaran el fin del mundo.

—Estás temblando. —Iago se colocó en su espalda y levantó una mano como si fuera a frotarle los brazos y hacerla entrar en calor, pero se arrepintió antes de realizar el movimiento y volvió a situarse a su lado—. ¿Tienes miedo?

—¿Acaso no es obvio?

Adriana se volvió. Iago tenía un aspecto diferente. En vez de vestir de manera informal, como acostumbraba, llevaba un esmoquin que, unido a su mirada misteriosa, su porte y aquel rostro que mezclaba rasgos canallas y otros angelicales, había hecho que todas las mujeres con las que se había cruzado en O Grove no hubieran podido evitar darse la vuelta a su paso.

—No, tú eres demasiado valiente para temer algo así.

—Te confundes, Iago. Eso no es ser valiente, sino imprudente. Por supuesto que tengo pavor a esta situación. Hasta que tú llegaste a mi vida y me convertiste en tu marioneta, yo nunca había presenciado un delito, mucho menos un asesinato a sangre fría, y no entraba en mis planes asistir a esta maldita convención de delincuentes —soltó todo lo que pensaba.

Él la había llamado a primera hora de la mañana. Como siempre, no le había dado demasiados detalles por teléfono, sólo que la quería ver esa misma tarde. Siguiendo el consejo de Hugo, Adriana había hablado con su padre para decirle que iba a salir a comer con un hombre y que no quería protección. Edelmiro, que últimamente estaba metido en otros temas familiares, descuidando la seguridad, había accedido sin necesidad de mucha insistencia.

Lo peor de todo había sido tener que avisar a Hugo. Éste estaba molesto y eso la destrozaba, pero en esos momentos no podía pensar en su relación con él. No era algo prioritario. El primer lugar de su lista de objetivos lo ocupaba Olivia. Ese sentimiento que él había despertado en ella tendría que esperar.

Adriana era una mujer firme y tenía las ideas claras con respecto a ese tema, pero pese a saber que no guardaba ningún as en la manga ni más opciones que seguir barajando para solucionar la situación con él, no soportaba la idea del nuevo trato que Hugo le dispensaba.

No le había reprochado nada, simplemente actuaba con indiferencia y eso la tenía desquiciada, enferma.

Una vez superado el mal trago de hablar con él, Iago la había recogido con su ostentoso Ferrari rojo en la puerta del pazo de los Sierra y le había dicho que su destino en aquel nublado día era O Grove, una localidad vecina.

Durante el corto trayecto, le había explicado que necesitaba su presencia para una especie de reunión con futuros socios que lo ayudarían a distribuir la cocaína por las Rías Baixas, Portugal y transportarla hasta Madrid, donde la red se ramificaba y, como si fueran las venas que componen el cuerpo humano, haría llegar la sangre, en este caso la droga, al resto de los órganos: los capos de otras comunidades, que la venderían usando los canales de sus negocios.

—No deberías estar asustada, estás conmigo —dijo con autoridad, colocándose entre la ventana y ella.

—¿Y eso qué seguridad me da? Recuerda... —cambió el tono de voz para parafrasearlo—: «Podría follarte hasta el punto de no desear a ninguna otra fémina en mi vida. En la peor de las situaciones, incluso podrías convertirte en la mujer más importante de mi existencia. Y, aun así, ten por seguro que, si me ofrecieran una buena cantidad de dinero por ello, te asesinaría a sangre fría, porque yo, nena, no tengo corazón. Y eso te da una pista sobre cómo tienes que tratarme y cómo van a ser nuestros negocios».

—Tranquila —dijo él, ladeando la cabeza y hablando sin mirarla a los ojos, los labios de Adriana concentraban toda su atención—. Digamos que ninguno de los que van a venir tiene dinero para pagar lo que tú vales para mí.

Esa respuesta la dejó con la boca abierta. Por supuesto, se refería a que ella era su acceso a las bateas destinadas a convertirse en la cabeza de puente de Galicia. Ése era su único punto a favor y el motivo por el que Iago le estaba ofreciendo una protección encubierta.

Sin embargo, Adriana, que era muy observadora, se había percatado de que el hombre cada vez se acercaba más cuando quería hablar con ella y que no podía evitar rozarla con caricias casuales y fugaces cada vez que pasaba por su lado.

—Han llegado —los interrumpió uno de sus hombres.

—¿Preparada? —Adriana no lo estaba, pero asintió. Sabía que su opinión no cambiaría nada—. Mantente a mi lado. No te separes de mí.

Despreciaba a aquel hombre que, con aspecto de ángel, albergaba al demonio en su interior, pero, aun así, le hizo caso. Él era la garantía que la mantendría a salvo.

Siguió a Iago por los pasillos del viejo hotel. Había citado a los mafiosos en un antiguo alojamiento en ruinas que había comprado, posiblemente para blanquear el dinero que ganaría por traficar. A Adriana las piernas le fallaban y con cada paso veía más próximo un desvanecimiento. Tuvo que inspirar hondo y llenarse los pulmones para coger fuerzas. Tenía que hacerlo, superar esos instantes que no le deseaba a nadie, para ayudar a su hermana Olivia.

Llegaron al que en otra época había sido el salón principal, un espacio donde los turistas disfrutaban de bufet libre para desayunar, comer y cenar. Ahora las paredes estaban desconchadas, las humedades invadían las esquinas, dejando el suelo resbaladizo, y la iluminación se componía de tres viejas bombillas que colgaban directamente del cable. Las persianas estaban bajadas, no deseaban que unos ojos indiscretos vieses lo que allí iba a acontecer.

A la mesa principal, llena de succulentos platos de marisco, vieiras, carne, jamón y botellas de vino, estaban sentados cuatro hombres, orgullosos y con porte gangsteril, que lo observaban todo con curiosidad. En cada una de las dos salidas de la estancia estaban apostados dos hombres de Iago, una decena más en diferentes puntos del interior y, según había podido ver al llegar, un par de coches con más matones a sueldo en el exterior. Todo para que él mantuviese el control absoluto.

—Buenas tardes, amigos —saludó, sentándose a la cabecera de la mesa. Al ver que Adriana se quedaba quieta, le indicó que se sentase a su lado—. Espero que todo esté siendo de su agrado.

—La comida y la bebida son excelentes —dijo el más próximo a Adriana, un hombre de unos cincuenta años con una calva flanqueada por una mata de pelo gris, prominente barriga y gafas de sol, pasándose la lengua por sus dientes putrefactos—. Faltaban las mujeres —continuó—. Ya se sabe que para que una reunión tenga éxito hay que salir borracho, con el vientre hinchado y la polla roja de tanto follarse. Hasta ahora sólo teníamos dos de tres. Ahora has conseguido un completo.

Colocó la mano sobre la pierna de Adriana, que se apartó. Agradeció llevar vaqueros, que le ocultaban las piernas. Pero él, insistente, se movió para apretarle el interior del muslo con fuerza. Ella miró a Iago con angustia y éste ordenó con firmeza:

—No la toques.

—Me gusta tu putita, te la podría cambiar por un par de las mías —replicó el otro.

—No me apetece probar a tus sucias drogadictas —respondió Iago, y, tras una breve pausa, añadió —: Déjala en paz.

—¿Un narcotraficante con prejuicios contra las que consumen? —De nuevo el calvo centró su lasciva atención en Adriana—. Tiene que tener un coño de oro para que no se la prestes a un futuro socio. No has hecho más que aumentar mi deseo.

Ascendió la mano hasta tocar el sexo de ella, que musitó un «por favor» tan leve que no sabía si Iago la había oído. Se sentía un poco confusa solicitando ayuda al culpable de que estuviera allí.

—¡Te he dicho que no la toques!

El baboso estaba riendo con voz ronca, cuando, sin pensarlo dos veces, Iago le clavó una navaja en la mano con que la tocaba. La retorció en la carne del narcotraficante, mientras uno de sus hombres le tapaba la boca para ahogar su grito. Adriana estaba petrificada, sintiendo la punta afilada contra su vaquero. No había traspasado la prenda hasta herirla, pero la sangre estaba manchando la tela de un color azul oscuro con tonos rojizos.

Los otros tres hombres presentes fueron a levantarse, pero notaron un cañón apuntándoles directamente en la nuca.

—Calma, señores. No quería dar un espectáculo, pero para una buena convivencia hay que fijar una serie de normas. Por ejemplo, no me gusta tener que avisar más de una vez de las cosas. Yo hablo y ustedes cumplen. Ése es el único trato posible. —Se dirigió al herido, que cada vez estaba más blanco—. En cuanto a ti, créeme si te digo que me he mostrado clemente. Es más, dejaré que uno de mis hombres, que tiene nociones de medicina, te cure la herida.

Entre dos levantaron el peso casi muerto del hombre sujetándolo por las axilas. Estaba lívido, a punto de caer inconsciente. El dolor debía de ser devastador, le había atravesado la palma.

—Pero quiero que recuerdes bien mis siguientes palabras —añadió Iago y pronunció con lentitud—: No vuelvas a tocarla o la próxima vez no me andaré con tonterías y te dejaré manco de por vida.

Esperó hasta que el otro asintió en medio de su semidesvanecimiento y luego lo sacaron del salón. El ambiente era tenso. Los tres hombres que quedaban lo miraban cautos, sin saber muy bien qué esperar del joven de piel morena que tenían delante.

—Por favor, dejad de apuntar a nuestros invitados —les dijo Iago a sus hombres—. Ése no es el trato cordial que les había prometido en la invitación. Por no hablar de que se trata de personas inteligentes que no cometerán la estupidez de intentar atacarme.

Todos bajaron las armas y él sonrió satisfecho.

—Durante estas semanas de conversaciones, muchos declinabais mi oferta por el temor a la caza que estabais sufriendo por parte del alcalde y sus policías. Os prometí que tendríamos un contacto perfecto, un cómplice que disiparía todas vuestras dudas. Y aquí está, la señorita Adriana Sierra, hija de nuestro apreciado Edelmiro Sierra —la presentó con ironía.

Ése era el cometido de Adriana en el viejo hotel sin nombre: transformarse en una prueba viviente que animase al resto de los traficantes a negociar con Iago. Un estímulo para que la corrupción regresase a Vilagarcía, después de todo el esfuerzo que había costado erradicarla.

Se convirtió en el centro de atención. Todos lamiraban con la duda pintada en el rostro. Alguno incluso le reprochó, pese a beneficiarle en sus trapicheos, la supuesta traición a su padre. Ella había oído mil veces hablar a su padre y a Elvira sobre cómo lo único que les importaba a esos mafiosos era la familia. Lo principal para ellos. El punto débil que los hacía vulnerables y podía llevarlos entre rejas.

Ahora, pese a ser delincuentes y asesinos, la estaban juzgando, censurando la supuesta trama de la que la creían artífice. Pero a Adriana su opinión le era indiferente. Además, Iago le había dicho que no podía hablar.

Por otra parte, nadie debía enterarse del secuestro de Olivia para que no se les despertara un afán emulador y quisieran imitar a Iago. Una manera de evitar que otra persona llamase a su puerta para extorsionarla con la vida de, por ejemplo, Elvira o Lidia.

De momento él era el único y no le convenía que eso cambiase. No quería añadir otro psicópata a su vida.

—Os he hablado de dos llegadas masivas de cocaína pura, sin cortar, venida directamente desde Colombia.

—¿Quiénes son tus socios allí? —lo interrumpió uno de los invitados, el que parecía más joven, con el pelo recogido en una coleta y un marcado acento asturiano.

—Ése es un dato innecesario que no voy a revelar. Como intermediario, trataréis conmigo. No necesitáis saber nada más.

—Si no poseemos toda la información, ¿qué quieres que hagamos exactamente?

—Distribuir la. Convertiros en los malditos amos de vuestros territorios. Mi socio y yo os prestaremos apoyo para destronar a los que llevan en el poder todos estos años y reciben la droga de otros proveedores. —Dio un trago a su copa de vino—. Queremos que la gente deje de consumir *fariña* venida del estrecho de Gibraltar para volver a los orígenes. Y vosotros sois los elegidos.

—¿Y qué pasará después de los dos envíos? Por muchos kilos que contengan no son suficientes para mantener el liderazgo. Además, dijiste que el de mañana será un alijo bastante insignificante.

—Sí, es una prueba. El proyecto piloto para ver que todo el engranaje gira de la forma adecuada. —Se detuvo para saborear un pincho de pulpo—. En cuanto a la primera pregunta, mi socio, una persona muy importante, vendrá próximamente y, una vez asentado todo de forma segura, abrirá la nueva ruta gallega que está planeando. Después de estas dos remesas, trabajaréis directamente con él.

—¿Tú que ganas? —intervino el que estaba sentado más lejos, un hombre de unos cuarenta años, con pelo espeso y canoso y acento canario.

—Aplicaréis un impuesto del quince por ciento sobre la mercancía y esa diferencia, además del incentivo que me den los colombianos, serán mis propios beneficios —aclaró—. ¿Alguna pregunta más?

Los tres negaron, conformes.

—Entonces me alegra anunciar que somos socios en una nueva era. Brindemos por ello.

Sus hombres llenaron la copa de champán que reposaba vacía delante de cada uno de ellos. Adriana negó con la cabeza, pero no le hicieron caso. Iago se puso en pie e instó a que todos lo imitasen.

—¡Por un futuro de coches de lujo, mansiones en nuestras propias islas y mujeres que peleen por meterse en nuestra cama!

Las copas chocaron y bebieron el líquido burbujeante. Adriana agradeció que todo hubiera acabado y miró su reloj para saber cuánto tiempo le quedaba de estar allí.

—¿A qué hora era la quemada? —le preguntó Iago en voz baja, dejando a los otros tres que iniciaran sus propias conversaciones.

—Ocho y media.

—Entonces deberías irte. Uno de mis hombres puede llevarte a la dirección que le des. Me encantaría acompañarte, pero no puedo. —Señaló al grupo que charlaba y comía—. Me temo que estarán aquí hasta que no sepan ni pronunciar su nombre.

—No es necesario que vengas conmigo —contestó educada, por no decir la verdad: que no quería que él la acompañase a ningún lado.

—Lo sé. Es irónico lo que estás despertando en mí. —De nuevo la miró con la confusión pintada en el rostro—. Siempre he huido de los convencionalismos y las estúpidas tradiciones y, por una vez, me apetecía experimentar la normalidad de una barbacoa con una queimada en casa de unos amigos.

»Si fuera un iluso, pensaría que tal vez sea cierto eso que dicen de que las gallegas tenéis en vuestro interior una bruja escondida y tú la estás sacando para hechizarme. Me decanto más por la mera curiosidad de probar nuevas sensaciones.

—Si tuviera poderes, los emplearía en otras cosas, Iago.

—Cierto. Seguramente yo estaría con un pijama de rayas y Olivia no sería una molesta y petulante carga en mi existencia —trató de bromear, aunque a Adriana no le hizo ninguna gracia. El gesto de él cambió y volvió a tornarse firme y serio—. Mañana tienes que entretener al escolta.

—¿Entretenerle? ¡Si ayer me pediste que lo apartase de mi lado! No dejas de darme órdenes contradictorias.

—No lo quiero por ahí husmeando y tú eres la mejor distracción de que dispongo. Haz lo que necesites para conseguir que no preste atención a nada más que...

—Espero que no estés insinuando lo que yo creo...

—¿Que te acuestes con él? Creía que te gustaba...

—¡Y me gusta! Pero no porque tú me lo mandes. No soy tu maldita prostituta a domicilio. No lo olvides —le advirtió.

—No lo hago. De hecho, le he traspasado la mano a alguien por una mera insinuación. Tú haz que el poli no esté mañana por la noche en el puerto. El cómo es cosa tuya.

Adriana pasó por su casa para cambiarse sin que nadie la viera. Tenía que quitarse aquellos vaqueros impregnados de sangre reseca y olvidar, al menos durante las horas que durase la barbacoa, lo que estaba viviendo.

Se miró en el espejo. Había elegido un vestido verde manzana de tirante fino, ceñido hasta la cintura y con falda de vuelo, que complementaba con sus botas camperas. Decidió soltarse la melena y se hizo dos trenzas de raíz a ambos lados, que sujetó con unas horquillas en la parte de atrás. Necesitaba verse guapa pese a aquellas ojeras que dominaban su cara.

Al mirar su reflejo intentó sonreír, pero parecía que se le hubiese olvidado cómo hacerlo. Lo único que la consolaba era la ilusión de volver a ver a Hugo. Había echado de menos su presencia todo el día, aunque fuera como una sombra sin dirigirle la palabra. Anhelaba observar un destello fugaz de deseo cuando la viese, a pesar de que éste surgiría bajo la capa de indiferencia que ahora llevaba puesta continuamente.

«Tal vez el día que le puedas contar toda la verdad...», pensó e inmediatamente borró ese pensamiento que sólo le daba falsas esperanzas. Lo más probable era que cuando todo saliese a la luz, Hugo la llevase directamente a la comisaría esposada.

Bajó la escalinata de piedra. En Vilagarcía estaba nublado, pero la tormenta todavía no había descargado. El pecho le dolió al ver que no era Hugo el que la estaba esperando en la puerta del escarabajo, sino Lucas.

—¿Y Hugo? —Trató de sonar indiferente.

—Tiene el día libre. Hemos decidido turnarnos hasta que Olivia regrese de Inglaterra. Así no me siento tan inútil. —Sonrió con aquella inocencia que desprendía, sujetándole la puerta para que entrase.

—Conduzco yo —dijo ella, marcando las pautas—. A la vuelta, si he bebido, puedes traerlo tú —añadió, para no parecer tan tajante.

Ambos subieron al coche. Adriana seleccionó un CD en el que tenía una recopilación de música celta relajante.

—¿Sabes dónde está? —Morderse la lengua no había funcionado y tuvo que preguntar.

—¿Hugo?

—Sí.

El corazón se le aceleró. Hugo estaba despechado y dolido y ella sabía muy bien las cosas que hacían hombres y mujeres bajo ese efecto. Lo imaginó en un bar del puerto, con las mujeres insinuándosele y él aceptando para borrarla de su mente.

—Ni idea. —El chico se encogió de hombros y añadió—: Pero siendo fin de semana, espero que lo esté pasando bien. Dando el buen uso que yo le daría a un sábado por la noche libre. —Y luego le guiñó un ojo, divertido, confirmando los peores temores de Adriana.

Condujo hasta la zona de Caldas de Reis, donde Iria tenía una pequeña finca rodeada de árboles frutales, toda ella cercada con un muro de piedra. Era un terreno heredado de su padre en el que simplemente había un huerto, gallinas, una barbacoa y la cocina-merendero donde solían acudir, los pocos días que lo permitía el tiempo, para cenar con los amigos hasta bien entrada la madrugada.

Adriana aparcó en un hueco para tres coches y esperó a que Lucas le dijera que debía revisar el interior de la construcción antes de entrar, pero éste era más novato y descuidado que Hugo y se quedó en el coche jugando con la tablet.

Adriana llamó a la puerta un par de veces antes de que Iria le abriese.

—¡Bienvenida! —dijo su amiga sonriendo y dándole un breve abrazo.

No había en ella rastro de rencor o reproche por lo de las bateas. Iria era una de esas personas con tan buen corazón que le transmitían la necesidad de convertirse en mejor persona.

—¿Soy la primera? —preguntó, al ver que debajo del foco que iluminaba la mesa del merendero no había nadie más.

—¡Y la única! —exclamó su amiga.

—No han querido venir para no verme, ¿verdad?

Se acercó al balancín y se sentó alicaída. Conocía a su grupo y sabía que, desde que se enteraron de lo de Iria, la habían estado juzgando constantemente y sin piedad.

—No te negaré que te han debido de pitar los oídos de lo lindo. ¡Y yo que creía que era experta en soltar tacos! Tendrías que oír cómo se despachan las mosquitas muertas...

Se echó a reír, quitándole hierro al asunto. Iria tendía a pensar que criticar era una parte esencial del entretenimiento del ser humano y que no había que valorar a nadie por lo que dijese mientras estaba bajo lo que ella denominaba «la enfermedad del cotilleo».

—Pero ya sabes cómo funciona esto —continuó—. Si hoy te hubieran visto, después de tomarse un par de copas, habríamos vuelto a realizar una exaltación de la amistad en toda regla, gritando a los cuatro vientos lo mucho que nos queremos. Lo que, por otra parte, es cierto aunque el día anterior nos hayamos puesto verdes...

—Sabes que no estoy muy de acuerdo con esa opinión...

El estilo de Adriana era decir siempre las cosas a la cara y nunca, ni bajo los efectos del alcohol o del enfado más profundo, criticar por la espalda.

—Pero, bueno, ¿por qué no están aquí?

Iria le había comentado que había logrado lo imposible, que dejasen a los maridos y los hijos por un día en casa, para reunirse de nuevo sólo las amigas de toda la vida. Tal vez por ese motivo Adriana había accedido a ir. Era una oportunidad única para evadirse y recordar batallitas del pasado, ironizar con su presente y no pensar en el futuro.

—He actuado un poco como Jim Carrey en esa película con la que nos meamos de risa, *Mentiroso compulsivo*. La verdad es que no las he invitado.

—¿Perdón?

—Quería quedar contigo a solas, pero temía que si te lo decía me pusieras cualquier excusa de mierda por temor a que me transforme en un hombre-lobo bajo la luna llena inexistente y trate de devorarte por los ingresos extra que me has arrebatado... —bromeó.

—Vaya, yo que me había hecho a la idea de comer una grasienta barbacoa y tomar una queimada... ¿Has destrozado mi ilusión de sumar quinientas calorías a mi inexistente Operación Biquini! No hay derecho... —respondió con guasa.

Iria tenía razón y seguramente se habría inventado cualquier pretexto para no enfrentarse directamente con ella.

—Tranquila, que la segunda parte la tendrás. —Le guiñó un ojo.

Adriana pensaba que cualquier ocasión era buena para preparar una queimada y acabar una velada con su dulce y embriagador sabor. Tal vez era cierto que la bebida de origen celta tuviese algo de mágico. Se suponía que en sus aproximadamente treinta y cinco minutos de elaboración se invocaba, a través de un conjuro, a los cuatro elementos, deidades fundamentales de los druidas: el fuego, señor de la purificación; la tierra, simbolizada por el recipiente de barro en que se preparaba; el agua, representada por el aguardiente; y el aire, hacia el que se elevaban y danzaban las llamas.

Era típico hacerlo al aire libre y de noche, viendo cómo poco a poco la llama, con el color azul que le daba el azúcar, se apagaba.

—Vamos, ayúdame a prepararla —la instó Iria, mientras colocaba en un recipiente de barro cocido el aguardiente y el azúcar, reservando unas cucharadas de esta última para el fuego.

—¿Y el marido, niña y hermano dónde te los has dejado? ¿Sobrevivirán una noche sin ti? —Adriana peló los limones y las naranjas y los añadió.

—Bea está con su papá, que me ha dado una ansiada y merecida noche libre de los gritos de la pequeña. Le están saliendo los dientes y... mejor no te lo explico, que se te quitan las ganas de tener bebés aunque sea el siglo que viene, porque a este paso... Por cierto —se mordió el labio mientras removía el contenido—, ¿qué tal te va con el tío con el mejor culo prieto que he visto? No te voy a engañar, me lo imagino como el protagonista de la novela romántica que estoy leyendo, y cada vez que hay una escena subidita de tono...

—Mejor no hablar del tema —zanjó Adriana la conversación e Iria comprendió que no era buen momento para hablar del asunto—. ¿Y Teo? —preguntó por el hermano menor de su amiga.

—¡Llorando por las esquinas por la pequeña bruja rubia de tu casa!

—¿Te lo ha dicho él?

—¿El adolescente pasota? ¡Qué va! Se limita a cerrar la puerta de su habitación cada vez más fuerte, en un intento frustrado de tirar los cimientos de la casa abajo. Menos mal que soy un poco adivina...

En un cucharón puso las cucharadas de azúcar que se había guardado y le prendió fuego. Cuando surgió la llama, la acercó al recipiente para que empezase a arder la superficie. Después comenzó a remover la queimada con cuidado, dándole vueltas sin llegar al fondo.

—Y además también tengo mis propias fuentes —prosiguió—, marujas aburridas que vienen al restaurante a informarme hasta de cuando Teo se tira un pedo.

—¿La echa mucho de menos? —preguntó Adriana, quitándole el cucharón para levantarlo lentamente, dejando que subieran las llamas y el alcohol y así crear cascadas de líquido encendido.

—Sí, y eso que ella es un poco lagartilla con él.

Adriana la miró enarcando las cejas.

—Es tu hermana, pero es una... —Se detuvo antes de decir más. En otras circunstancias no le habría importado el insulto, pero sabiendo lo que estaba pasando la pequeña de la familia al enterarse de que su padre no era Edelmiro, no se lo podía permitir—. Una pequeña mujercita que se dedica a jugar con el corazón de mi hermano como si fuera su esclavo eunuco sin sentimientos.

Añadió un puñado de granos de café, que dieron a la bebida un color tostado, gracias también al caramelo que se formaba por el azúcar.

—Son cosas de chiquillos... —le restó importancia Adriana.

—Pues a mí me recuerda mucho a las lágrimas de sangre que derramé por el maldito de Iago durante todo el instituto. ¡Los hombres tan atractivos y cabrones deberían venir con una advertencia de los efectos secundarios, como los medicamentos! —exageró y Adriana se puso tensa al oír ese nombre.

No quería recordarlo a no ser que fuera absolutamente necesario.

—¿Sabes que ha vuelto por aquí? —dijo Iria.

—No tenía ni idea —mintió ella—. Supongo que ya lo habrás superado...

Su amiga había estado realmente enganchada a Iago.

—¿Mi adicción por ese hombre que follaba como un semental, pero estaba más hueco que un huevo Kinder?

—Creo que hablamos de la misma persona, aunque sólo puedo dar fe de la segunda parte.

—La desintoxicación fue más dura que cuando en mi primera dieta me dijeron que no podía comer chocolate. —Adriana la miró preocupada—. Pero sí —la tranquilizó Iria—. Tras una sesión de masturbación ininterrumpida durante todo un fin de semana, recordando sus caricias, se convirtió en agua pasada. De hecho, creo que si, tal como sospecho, las cosas con el maromo cuyas pelotas rebotan en tu portería no han salido bien, deberías tirarte a Iago. Siempre le llamaste la atención, Adriana. Cada vez que por defenderme te quedabas a un palmo de romperle la nariz, se pasaba toda la tarde preguntándome por ti.

—Antes muerta que acostarme con semejante espécimen —replicó ella, aunque le llamó la atención el detalle de que ya en el instituto se mostrara interesado.

Tal vez con aquella mente suya creada para delinquir se estuviera adelantando a los acontecimientos, investigando a una futura víctima.

—Repito, deberías —insistió Iria, haciéndole un gesto con las manos señalando el supuesto tamaño descomunal del miembro de su antiguo compañero—. Además, debo confesarte una cosa. Desarrollé una faceta de celosa demente y cada vez que me hablaba de ti le contaba una cantidad de rumores falsos que habrían espantado a cualquier hombre, pero no había manera. Al día siguiente, tú le decías que te daba asco y él volvía al ataque.

—Miedo me das... ¿qué tipo de rumores?

—Poca cosa. Tal vez que estabas en contra de la depilación ahí abajo, que meabas en las copas de tus conquistas porque tu abuela te había contado que era un rito celta para enganchar a los hombres, o que les metías un dedo por el culo mientras llegabas al orgasmo... —Adriana fingió que le molestaba—. No te habrás enfadado, ¿verdad? Han pasado muchos años y yo sólo era una cría enamorada... ¡Ahora soy una madre responsable que ha dejado todo eso atrás!

—¡Una cría enamorada más mala que el veneno! —bromeó ella, riendo a carcajadas por las ocurrencias de Iria—. No me importa en absoluto. Antes me meto en un convento a rezar el rosario a todas horas que ceder a cualquier tipo de intimidad con Iago...

—Una pena. Con tus cojones, podrías haber sido la primera mujer que lo besase, para luego dejarlo sumido en el más absoluto desconsuelo.

—Me temo que tendrás que buscarte a otra para llevar a cabo tu venganza de destrozarle el corazón, si es que tiene.

Dejaron que el aguardiente se quemara, consumiendo así el alcohol. Pero a ambas les gustaba fuerte, por lo que lo apagaron a los pocos segundos de un fuerte soplado, sin dejar que se evaporase del todo. La quemada estaba mejor caliente, de modo que la sirvieron en unos cuencos de barro para que mantuviera la temperatura, se sentaron de nuevo en el balancín y bebieron un sorbo.

—Adriana, iba a esperar a que te subiera un poco para contarte por qué te he llamado, pero ya no puedo aguantar más.

—Dime. —Puso las piernas encima del balancín y le prestó toda su atención.

—Lamento estropear este momento mágico, pero me he enterado de una cosa y creo que mereces saberla, para luego hacer lo que consideres oportuno.

—Me estás asustando... —dijo y la apremió a continuar.

Sin embargo, una parte de ella deseaba salir huyendo. No quería saber más noticias negativas.

—Se trata del artículo publicado sobre tu familia. Sé quién filtró la información y no te va a gustar para nada.

—¿Quién? —preguntó, meditando sobre si en realidad quería conocer la identidad de esa persona.

—Elvira.

La noticia la golpeó como una bomba.

—¿Estás segura?

—Me lo contó el propio periodista. Vino al restaurante a celebrar las ventas de la tirada y se pasó con la bebida. Lo oí de su propia boca. En el sueldo de los camareros ya sabes que entra servir mesas y ejercer de psicólogos y confidentes.

—¿Puedo llamar a Elvira o es un secreto?

—Te aconsejaría que esperases a mañana, porque ahora estás caliente, pero haz lo que tú veas.

Ella sacó su móvil y llamó inmediatamente a su hermana mayor, tras dar un largo trago a la quemada que hizo que le ardiera la garganta.

—¿Adriana? ¿Pasa algo?

—¿No tienes nada que contarme?

—¡La verdad es que sí! —exclamó Elvira, con más entusiasmo del que mostraba normalmente—. Es como si lo hubieses presentado. Hoy he cogido el toro por los cuernos y he invitado a Rubén a comer. La conversación ha sido enriquecedora y nos hemos entendido a la perfección y... bueno, ¡me ha besado!

Estaba emocionada, lástima que Adriana tuviese que cortar ese momento.

—No me refería a eso.

—¿Entonces? —Dudó.

—Dime por qué lo has hecho. ¿Por qué informaste al periodista de la infidelidad de mamá, sabiendo lo que eso podría acarrear? —gritó furiosa.

—Yo... yo no... —balbuceó, sin saber por dónde salir.

—¡Deja de mentir! Lo sé. Sólo quiero que me des una buena razón para que no piense que eres una egoísta desalmada a la que lo único que le importa es ella misma.

—Eso no es justo —replicó Elvira, de nuevo con aquel tono de princesa de hielo—. Estaba harta de esperar algo que no sabía ni si llegaría. Sólo he acelerado el proceso.

No lo negó, sino que se justificó. No se lamentó ni pidió perdón. Lo había hecho todo premeditadamente para alcanzar el poder, anteponiendo la política al bienestar de su propia familia.

—¿Aunque eso pudiese alterar la salud mental de mamá? No sabías cómo podía reaccionar... ¿Y Olivia? No tenía que enterarse de ese modo de que su padre era un militar que nunca se quiso ocupar de ella.

—Nada de lo que dije es falso.

—Tu ambición no tiene límites —le espetó.

Un muro de piedra infranqueable se estaba levantando entre ellas.

—¿Se lo vas a contar a todos?

—Es lo único que te preocupa, ¿verdad? No, ese privilegio te lo dejo a ti si algún día quieres hacerlo. Tu estilo es causar sufrimiento en tu propio beneficio, el mío es evitarlo por el bien de los míos.

Colgó y se bebió el resto de su queimada.

El coche de Hugo todavía estaba en el taller. Lucas le había prestado el suyo, un Seat León blanco, para que pudiese ir a hablar con Rubén, que lo recibiría en su casa. La emoción de saber que esa noche despejaría muchas de sus dudas le había evitado el mal trago de pensar en Adriana y lo que ésta estaría haciendo, para no pedirle que lo acompañase e incluso hablar con Edelmiro.

La semilla de la relación que estaban plantando se había podrido y no había posibilidad de que volviese a germinar hasta convertirse en un árbol robusto y eterno.

La urbanización Mar de Compostela, en la que el jefe del gabinete de prensa había alquilado un piso, era bastante lujosa y familiar. Estacionó el vehículo y llamó al timbre. Rubén le abrió al primer toque, señal de que lo estaba esperando, y le indicó que subiese por la escalera, puesto que estaban arreglando el ascensor por un cortocircuito debido a la tormenta que se avecinaba y que en otras localidades ya había descargado.

Lo esperaba en el umbral y Hugo no pudo evitar pensar, como siempre que lo veía, que era idéntico al actor que interpretaba a Jack en su serie favorita, *Perdidos*. Pese a rondar los cuarenta, tenía rasgos finos, pelo rapado negro, una barba rasurada en la que empezaban a aparecer las primeras canas, y una mirada penetrante y oscura que te invitaba a sospechar que ocultaba algo, que iba siempre un paso por delante de los demás.

Era elegante, educado y correcto, con un aura de respeto que hizo que Hugo se contuviese y le estrechara la mano con amabilidad, aunque estaba deseando interrogarlo desde el primer segundo.

—Bienvenido, Hugo —lo saludó y le cedió el paso—. Mejor vamos a la terraza a hablar —indicó, recorriendo el salón, perfectamente ordenado, para llegar a una especie de galería totalmente acristalada que utilizaba como terraza, y en la que había una mesa baja de mimbre y dos sillas.

—¿Una cerveza?

—Hoy no me puedo resistir a una Estrella Galicia —aceptó.

Rubén fue a la cocina. Hugo estuvo tentado de abrir la pequeña carpeta que reposaba encima de la mesa, pero se contuvo y miró fuera. Los niños jugaban alrededor de la piscina en la zona ajardinada común. No hacía día para bañarse.

—Toma. —Rubén le tendió la cerveza—. ¿Quieres vaso?

—Así está bien. —Dio un sorbo que le dejó el agradable regusto a cebada—. Gracias.

—De nada, compañero. —A Hugo no le pasó inadvertida la coletilla. El hombre se sentó enfrente de él y apoyó los codos en la mesa—. Supongo que tendrías pensado hacer una especie de sondeo para sonsacarme la información. Pero si compartes mi opinión, podemos saltarnos el bochornoso paso de la batería de preguntas que sólo nos haría perder el tiempo e ir directamente al grano.

—Lo agradecería, la verdad. Me tienes muy intrigado. Tu nombre ha aparecido dos veces en dos escenarios inesperados que nada tienen que ver con tu profesión. Además, he empleado mi día en estudiar tu pasado más a fondo. Una vida falsa bastante bien documentada.

En un primer momento, se había creído todos los datos que aparecían en el expediente que le habían facilitado desde la central, pero al investigar más, el castillo de naipes se había derrumbado de un solo soplido. En las matrículas de la Facultad de Periodismo no figuraba nadie con su nombre y tampoco en el registro de la propiedad de los bienes que se suponía que estaban a su nombre.

—No sé si eres demasiado bueno o el departamento ha hecho una auténtica chapuza —comentó Rubén con humor.

El tono de voz servicial que usaba para hablar con Edelmiro había desaparecido y se mostraba firme.

—¿Eres policía? —preguntó Hugo.

—Creía que era evidente, después de que te haya llamado compañero.

Él asintió. Sospechaba que los tiros podían ir por ahí.

—De hecho, pude ser tu jefe en la UDYCO, pero estabas demasiado solicitado y se me adelantaron. Una lástima. Yo no habría menospreciado a un efectivo tan valioso, profesional y brillante por un lío de faldas que se le fue de las manos.

De nuevo Hugo se sintió avergonzado. Todo el mundo conocía su caso, aunque no perteneciesen a su propio equipo.

—¿Y Lucas? —Trató de cambiar el rumbo de la conversación para obtener más respuestas.

—Una nueva incorporación. Tiene la pasión y las ganas, pero le falta mucha experiencia. Desde el principio me esperaba la llamada de anoche. Sabía que le descubrirías, de lo que no estaba seguro era de cuánto tiempo necesitarías. La verdad es que, con tu instinto, habría apostado que lo harías el primer día, pero supongo que has estado algo entretenido con otros temas. —Lo miró cómplice, confirmando en silencio con esa mirada que era consciente de su historia con Adriana de principio a fin.

—¿Qué interés podían tener mis documentos como para exponerse espíandome?

—No lo sabía ni lo sé. Todavía no los he estudiado. Sin embargo, lo que me hizo arriesgarme fue el hecho de verte varios días metido en un coche a la misma hora y en el mismo lugar donde yo estaba haciendo las contravigilancias. —Se recostó en el respaldo—. Uno puede formarse, pero el instinto y el olfato son algo con lo que se nace. Tú lo tienes y por eso, llevando la contraria a mis superiores, a los que no informaré de este nuevo movimiento en la partida para capturar a la reina, he decidido que te quiero dentro de la Operación Atlántico.

—¿Operación Atlántico?

—Los ojos te brillan. —Sonrió—. Veo que el sabueso que habita en ti está menos dormido de lo que pensaba, esperando una nueva oportunidad.

Abrió la carpeta y Hugo esperó a que continuase.

—Las nuevas generaciones se están haciendo con el poder en Colombia. No sé si has oído hablar de Adolfo, más conocido como El Destino.

Hugo reaccionó al oír ese nombre. Por supuesto que había oído hablar de El Destino, uno de los narcotraficantes más importantes. Un hombre que mataba sin pestañear y torturaba como si nada, que era buscado a nivel mundial por delitos contra la salud, tráfico de drogas y al menos un centenar de

asesinatos demostrados. Un tipo escurridizo que llevaba años ganando en el juego del gato y el ratón con el FBI.

—Pues bien —continuó Rubén—, ahora se ha jubilado y le ha cedido su puesto a su hijo Diego, que ha tomado el sobrenombre de Puñal. Un chico de unos veinte años, que combina el terror que despierta con su facilidad para matar, de una inteligencia natural para delinquir, lo que lo convierte en uno de los delincuentes más sanguinarios y poderosos con los que me he topado.

—¿Y qué tiene que ver con Vilagarcía de Arousa? —Notaba cómo su interés aumentaba sin poderlo remediar.

—Según nuestros informadores, están intentando implantar su actividad ilegal en España. Ampliar horizontes y abrirse al mercado europeo, utilizándonos como punto de introducción de grandes cargamentos de cocaína. Tratar de volver a colocar nuestro país en las primeras posiciones de consumo internacional del polvo blanco.

—Entonces, deben de tener un socio aquí. —La bombilla se le encendió—. Iago, por supuesto.

—Correcto. Sabíamos que algo raro se estaba cociendo y nuestra intuición nos llevó a pinchar sus teléfonos, además de los de las cabinas próximas a sus negocios y las tarjetas de prepago que pertenezcan a cualquier persona relacionada con él. Hemos escuchado más de mil minutos de conversaciones, pero en ninguna se mencionan drogas, cocaína o heroína. Ya sabes que acostumbran a hablar en clave, pero eso no nos ha impedido averiguar que Iago Maneiro es nuestro hombre. Y, lo más importante, el que va a abrirle las puertas a Puñal.

»De hecho, tenemos constancia de que éste va a venir en persona a supervisar las operaciones en Galicia en las próximas semanas. Hasta entonces sólo nos queda esperar que cometan un error y mencionen en una conversación un lugar u hora para detenerlos.

—Un golpe a la mafia colosal.

—Sí, esperemos que con más de un centenar de detenidos, entre ellos nombres famosos de las redes colombiana, europea y creo que algún italiano también está involucrado.

—Entiendo que es algo muy gordo, ¿qué puedo hacer yo?

—Te quiero dentro de la Operación Atlántico, que emplees tu tiempo libre en demostrarles a todos lo jodidamente equivocados que estuvieron al dejarte marchar y aceleren el papeleo para tu vuelta, después de que me ayudes a que todos esos asesinos pasen el resto de sus días llorando entre rejas.

Le estaba dando la posibilidad de hacer realidad su sueño y Hugo no sabía qué decir.

—No me des todavía las gracias —se le adelantó Rubén—. No soy ninguna alma caritativa. Voy a saltarme la normativa porque creo que eres la pieza clave que falta en nuestro equipo para alcanzar el éxito. Quiero utilizarte, no darte una segunda oportunidad, aunque eso no cambia el hecho de que la Operación Atlántico pueda ser el trampolín que necesitabas para volver a ser un policía de la UDYCO activo.

—No te defraudaré. Pero tengo otra duda, ¿por qué fingir que eres el jefe del gabinete de prensa? ¿Acaso Edelmiro Sierra tiene algo que ver?

Con sus antecedentes familiares, tener dudas sobre el padre de Adriana era casi obligado.

—Al principio tuve mis sospechas, pero ese hombre está llevando a cabo la cruzada más salvaje contra el narcotráfico que he visto en mi vida. En cuanto a la primera pregunta, quería una identidad que me fuera útil, y estar dentro de la casa del alcalde me da acceso al ayuntamiento y a la policía. Además, no te crearías las facilidades que tiene un periodista. A diferencia de cuando muestro mi placa, cuando les digo que es para salir en las noticias todo el mundo está dispuesto a hablar. —Su móvil comenzó a sonar y contestó—. Vaya, Vera, se ha adelantado unos minutos. Espere un momento—. Luego miró a Hugo y preguntó—: ¿Estás dentro?

—¿Acaso lo dudas?

—Así me gusta. Comencemos pues.

Le dio un par de instrucciones a la persona que lo había llamado por teléfono y después de colgar dijo:

—Te voy a mandar con la compañera Vera Martínez. Está aquí para una operación relacionada con un pequeño cargamento que hay que interceptar esta noche para que no pase a manos de un comprador marroquí. Vas a ir con ella. Para que calientes antes de correr la maratón que te devolverá la gloria.

Vera lo recogió en el domicilio de Rubén. Era una mujer que rondaría los treinta años, con una larga melena del color del fuego. Una especie de ardor impregnaba toda su fisonomía, desde los grandes ojos verdes y las pequeñas pecas que tenía sobre la nariz y las mejillas, hasta los labios carnosos, de un rojo natural. Su cuerpo escultural se entreveía a través del chaleco antibalas que llevaba puesto. La clase de persona llamativa que transmite sensualidad y pasión con un simple gesto.

Tenía un carácter dominante y lo demostraba en un acto tan sencillo como conducir. Guió el Citroën con seguridad y determinación hasta la N-640, y una vez allí, se situó en la salida de un camino secundario, cerca del Pazo de Rubiáns, con las luces apagadas, a la espera de cazar a su presa.

—La Guardia Civil nos dará el aviso. Es un camión de pelucas procedente de Oporto —le informó—. En un par de horas estaremos en nuestras camas. No debería surgir ningún imprevisto. Todo está bajo control. —Marcó su territorio, para que quedase claro que sólo ella era la jefa del dispositivo.

—No lo dudo —afirmó él, aunque era consciente de que las cosas siempre se podían torcer.

Ella lo miró fijamente y luego preguntó molesta:

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Hugo trató de hacer memoria, pero en ninguno de sus recuerdos aparecía Vera. Dio la callada por respuesta.

—Lo imaginaba —dijo ella, sonriendo con reproche—. El gran Hugo Molina. Famoso en la comisaría central. Conocido y deseado por todas a partes iguales, pero siempre con ese aire inaccesible, que más que ahuyentarnos hacía que nos volviéramos locas por sus huesos demasiado perfectos.

—Ya será menos... —repuso incómodo. No se consideraba un seductor.

—No hace falta que seas modesto. Constato una realidad.

Iba a añadir algo más, cuando las luces de un camión los cegaron y se puso alerta.

—Creo que va a ser incluso más rápido de lo que te he dicho —añadió, comprobando la matrícula del vehículo.

Avisó al resto de los efectivos por la comunicación interna y, colocando la sirena móvil, salió derrapando en la arenilla del camino para perseguir el camión. Al percatarse, el conductor del mismo intentó aumentar la velocidad, pero además de que la carga no le permitía emprender una huida en toda regla, y menos en cuesta, dos coches de la Guardia Civil le habían cortado el paso, cruzándose cien metros más adelante. No tenía escapatoria. A los lados de la carretera no existían caminos secundarios por los que tratar de emprender una fuga que estaba perdida de antemano.

Vera frenó de golpe, haciendo que ambos se vieran lanzados hacia delante, y salió empuñando el arma, mientras gritaba con fiereza:

—Bajad ahora mismo del vehículo con las manos en alto.

Hugo la imitó y notó la adrenalina recorrer su cuerpo. Se sentía vivo de la única manera que le permitía su profesión. No se había dado cuenta de cuánto extrañaba estar en activo hasta ese momento, y eso que sólo había vivido un pálido reflejo de las emociones que sabía que podía experimentar en

actuaciones más importantes, como la Operación Atlántico que le acababan de ofrecer caída del cielo.

El conductor del camión abrió la puerta de una patada y mostró ambas manos con las palmas abiertas antes de descender. Vera guardó la pistola y corrió a su altura para sujetarle los brazos a la espalda y empotrarlo contra el capó mientras lo cacheaba.

—Lleva una pistola —anunció, sacándola de su calcetín y tendiéndosela a un guardia civil, que la guardó en una bolsa de plástico de cierre hermético—. Comprobad el interior —ordenó Vera, colocándole las esposas al hombre.

Hugo iba a ayudar en el registro, cuando, para sorpresa de todos, el copiloto bajó de un salto y echó a correr hacia el descampado de enfrente como alma que lleva el diablo, como si tuviera alguna posibilidad de escapar sin que lo detuviera alguno de los agentes allí presentes.

—Yo me encargo —le dijo Hugo a Vera, que asintió conforme.

En cierto modo, le habría gustado que se tratase de un criminal algo más inteligente que se lo pusiera un poco más difícil. No un hombre que corría como un pato mareado y espantado. Lo alcanzó enseguida y no tuvo siquiera que placarlo. En cuanto el delincuente se dio cuenta de que estaba a su altura, se puso de rodillas, derrotado, y comenzó a balbucear en portugués unas palabras que Hugo interpretó como: «No he hecho nada. Me han obligado. Soy inocente». La declaración de un culpable que se empieza a percatar de que va a caer sobre él todo el peso de la ley.

Sin necesidad de emplear la fuerza, lo llevó hasta Vera, que le puso también las esposas y le indicó que se metiera en el coche patrulla donde estaba ya su compañero.

—Mira qué modernas son las nuevas pelucas.

Hugo la siguió hasta el interior del camión, donde había postizos de todos los colores y tamaños en cuya malla interna se escondía la cocaína.

—Tendremos que calcular de cuánto se trata, pero me da la sensación de que el cargamento es superior a lo que habíamos previsto en un primer momento.

Hugo sabía que después de la acción venía lo más pesado de las investigaciones. Horas interminables contando la mercancía, anotando hasta el más mínimo detalle, prestando declaración, tomando las huellas a los detenidos, interrogándolos y un largo etcétera que hizo que la claridad del sol estuviese asomando ya detrás de las nubes, transformando el negro en azul, cuando se pudo marchar.

Aun así había disfrutado. Todos sus sentidos se habían entregado por completo al trabajo. No había pensado en nada más. Ni siquiera en Adriana, pero ésta hizo su aparición en el preciso instante en que una Vera bastante juguetona le hizo una proposición.

—Todo ha salido bien. Hay que celebrarlo, pero como todos los bares están cerrados y los que quedan abiertos están plagados de borrachos... te invito a una copa en mi habitación.

No era ningún ingenuo. No hacía falta que se lo dijera en un tono de voz sugerente para percatarse de la insinuación. Vera estaba muy buena y ambos compartían gustos y aficiones. Por no hablar de que al día siguiente se marcharía de regreso a Madrid.

La mejor manera de culminar una noche perfecta era practicando sexo con una mujer sexy, decidida y que, seguramente, tomaría las riendas del encuentro. Sin compromisos. Sin ataduras. Sin dolor. Aceptó, para satisfacción de ella.

—¿Tienes novia? —le preguntó directa y descarada, sentándose a su lado en el sofá de su habitación del hotel, pasándole un vaso con un par de cubitos de hielo y whisky del minibar.

—No. —Y aunque era verdad, notó un aguijónazo de culpabilidad.

—Lo suponía. Un lobo solitario, mis favoritos.

Bebió el contenido de su vaso de un trago y se relamió antes de abalanzarse sobre él. No hacía falta hablar. La conversación preliminar era una pérdida de tiempo y Vera no estaba dispuesta a esperar para obtener lo que ansiaba.

Se colocó a horcajadas sobre él y lo besó con impaciencia. Lo quería todo inmediatamente. Hugo la atrajo hacia sí, mientras ella movía las caderas con lujuria adelante y atrás, tratando de captar su interés y provocarlo. Él cedió al instinto y le agarró del pelo para acercarla con deseo. Vera levantó entonces los ojos y lo miró de un modo obsceno, puramente carnal.

Luego levantó los brazos y, obediente, Hugo le quitó la fina camiseta blanca que llevaba, para dejar al descubierto unos perfectos pechos redondos y firmes. Se los masajeó y vio que estaban operados, y, tras saborearlos, pudo afirmar que también eran deliciosos.

Extasiada, ella le arrancó la camiseta para pasear sus manos por su torso y lamerle los pectorales de forma lasciva, sucia, erótica.

Sus finos dedos se desplazaron rumbo hacia su miembro, que, excitado, ansiaba ser liberado. Se lo acarició arriba y abajo, pasándose la lengua por los labios al ver su tamaño. Hugo cerró los ojos cediendo al placer. Y en ese momento todo se nubló.

Una molesta bruma llenó su mente impidiéndole disfrutar del momento. Trató de expulsarla y entonces, difuminado, surgió el rostro de Adriana. Una secuencia de imágenes. Su sonrisa, su boca, sus ojos mirándolo a través de la cascada de su pelo, sus pequeños pechos y sus largas piernas rodeando sus caderas. Pese a que sabía que no estaba allí, olió aquel perfume dulce y afrutado que le era inherente y sintió la suavidad de sus manos acariciándolo, sus uñas clavándose en su piel.

—Hazme tuya —gimió Vera, pero aquella no era la voz que él deseaba oír.

La joven trató de besarlo, pero al notar el contacto de su boca, Hugo se apartó. Su mente, su cuerpo y su corazón anhelaban otros labios y no existía sustituta posible. Se levantó abrochándose los pantalones y con un simple «Lo siento», que dejó a Vera molesta y frustrada, se marchó de la habitación cerrando de un portazo.

—¿Qué me has hecho, Adri? —susurró al viento, pasándose una mano por la frente sudorosa.

La suerte se había puesto de su parte. Por lo menos ese día Hugo había accedido a acompañarla y, aunque la mataba su comportamiento distante y frío, estaba allí, a su lado, en el asiento del copiloto de su escarabajo.

Todavía no sabía cómo iba a mantenerlo lejos del muelle hasta por lo menos las tres de la madrugada, como Iago le había dicho que hiciera, si no eran capaces de hablarse más que con monosílabos.

Hugo ni siquiera la miraba, se limitaba a fijar su atención en algún punto concreto de la carretera y Adriana se sentía como si no existiese. La ignoraba y eso impedía que el oxígeno llegase a sus pulmones.

Trató de centrarse en la canción que sonaba en Kiss FM, *La frase tonta de la semana*,* de La Quinta Estación. Escuchó la letra que, en ese preciso instante, la cantante entonaba con intensidad.

Notó cómo Hugo se tensaba igual que ella ante la última frase de la canción, como si aplicasen esas palabras a su propia relación. Cambió de emisora. Ese día, con toda la presión de las órdenes de Iago, que la podía llamar de un momento a otro, tenía que estar con los cinco sentidos alerta. No podía escuchar nada melancólico que le recordase la evidencia de que estaba a menos de un metro del hombre con el que no había soñado porque no sabía ni que existiera, pero que, a la vez, se encontraba a millones de años luz de ella.

La voz rota de Pereza sonó en los 40 Principales.

Movió la mano para subir el volumen y sus dedos se encontraron con los de Hugo, sintiendo esa reacción química, casi eléctrica, que experimentaba con cada roce.

Adriana no se apartó, intentando exprimir ese segundo al máximo, pero él lo hizo veloz, como si su tacto le quemase.

No lo soportó. La música la torturaba, expresando en las letras los anhelos que ella tenía. Adriana lo quería todo de Hugo y no aguantaba un segundo más su indiferencia. Él era el único que podía mitigar la presión a la que estaba sometida. Era su luz en mitad de las sombras, lo que hacía que todavía no se hubiera vuelto loca, el recuerdo de que este mundo merecía la pena.

Si sus ojos color caramelo dejaban de adorarla, si no volvía a ver el reflejo de su sonrisa en su mirada, no tendría fuerzas para continuar. Se rendiría. Se aferraba a ese hombre, él era el timón de su corazón, el que podía llevarla a puerto seguro e impedir que se ahogara en medio del océano.

Detuvo el vehículo en la costa, frente a la oficina acristalada de información turística en la avenida Rosalía de Castro, al lado de la playa Concha-Compostela, que a esas horas de la noche estaba completamente desierta.

—¿Pasa algo? —preguntó él con aquel tono neutro que la destrozaba.

Estaba tan erguido que parecía más alto que de costumbre. A Adriana le gustaba mirar a los ojos cuando hablaba con alguien, pero ni aunque se pusiera de puntillas podría alcanzar los de Hugo si él no quería.

—Quiero dar un paseo —contestó para salir al paso, aunque era cierto que dentro del coche se sentía asfixiada. No le gustaba estar encerrada, bastante tiempo pasaría ya en prisión cuando todo terminase.

—¿A estas horas? —Consultó el reloj.

Eran sólo las doce y media. Tenía que conseguir que aguantase hasta las tres a su lado.

—Sí. —Se encogió de hombros.

No tenía ningún tipo de plan. Podía pasear arriba y abajo del paseo marítimo hasta lograr su objetivo. No sólo porque Iago amenazara con hacerle daño a Olivia si no cumplía sus órdenes, sino porque su mayor miedo era lo que le pudiera pasar a Hugo si estaba husmeando por allí mientras llegaba el primer cargamento.

Era irónico cómo lo que menos le importaba en esos momentos era que, después de los acontecimientos de esa noche, ella se fuese a convertir en cómplice de tráfico de drogas a nivel internacional. Su cabeza sólo podía pensar en que si no conseguía que Hugo permaneciese a su lado, podía acabar como el hombre que habían matado en las bateas. El mero hecho de imaginar su cuerpo inerte hizo que la vista se le nublase y tuviese ganas de vomitar.

Ella siempre había pensado que eso era una cursilería, pero estaba aprendiendo de la experiencia. Ahora sabía que había dos verdades muy ciertas. La primera, que, a veces, había personas que importaban más que la propia existencia, gente cuyo bienestar era fundamental, como si los latidos de ambos corazones estuvieran conectados y sólo pudieran bombear mientras la otra persona estuviera bien. La segunda era que el deseo de supervivencia innato del ser humano, ese que hacía que todos quisiesen vivir una larga vida, era un instinto que desaparecía si se perdía la mitad que nos complementaba. Después, todo quedaba vacío, como un cuerpo que vagase sin alma.

—¿Te llevará mucho tiempo?

—No lo sé. —Bajó del coche y Hugo la imitó.

La inundó el olor a salitre y, como siempre que estaba cerca del mar, recobró las fuerzas.

—Tengo planes y...

—Creo recordar que ayer tuviste el día libre —lo interrumpió severa—. No te imaginaba como un vago que se adapta fácilmente a la rutina de no hacer nada —le espetó, consciente de que debía impedir que se marchase a llevar a cabo esos «planes»—. Estás aquí para ser mi escolta, si lo que quieres es estar en Vilagarcía para disfrutar del ocio y de la noche, tendrás que esperar a las vacaciones.

Gastó su primer cartucho: comportarse como su jefa y exigirle que se quedase a su lado.

—Te recuerdo que fuiste tú la que me diste la tarde libre para irte con Iago. —Le devolvió el golpe sin cambiar la postura o el tono de voz—. No dejaré mis tareas de lado, simplemente le pediré a Lucas que me cambie el turno. Algo que se hace entre compañeros en todas las empresas.

Sacó el móvil y Adriana se apresuró a hablar.

—No es necesario. Será poco rato. En menos de media hora yo estaré en mi casa, mientras tú te vas a hacer eso tan importante que no puede esperar y que no quieres decir qué es...

Tal vez esa noche no fuera a ir a vigilar a Iago y nada de aquello fuera necesario.

—Lo que sea, ni te importa ni te interesa —la cortó tajante.

—Tú lo has dicho —replicó ella y, aunque en el fondo sabía que Hugo tenía razón, no pudo evitar que el regusto amargo de su orgullo herido comenzase a ascender por su garganta.

Adriana tenía un carácter que no podía controlar y sabía que estaba intentando hacer su aparición estelar.

Anduvo hasta la orilla, dejando que el agua mojase sus pies descalzos. Hugo la seguía a una distancia prudencial, sin llegar a colocarse a su altura. Ella estaba pensando alguna excusa, algún tema de conversación que sacar de manera casual, cuando se dio cuenta de que no hacía falta darle tantas vueltas. Se detuvo y Hugo la imitó unos metros más atrás. Adriana se volvió y fue directa a su encuentro, a encararse con él.

—Tenemos que hablar. Esto no puede continuar así —comenzó con seriedad.

—¿Cómo?

—Ignorándonos, actuando como si fuéramos dos extraños, ignorando que la boca todavía me escuece de comerte a besos.

—Tal vez el error fue comportarnos de otro modo. Ésta es la conducta correcta, la forma de proceder que se espera de un escolta y su protegida. De hecho, intimar va en contra de las normas. —Se irguió, sujetando la chaqueta que llevaba colgada del hombro.

—No puedes aplicar esa regla a nuestra relación. No cuando nos la hemos saltado por completo.

—Tal vez el fallo fue traspasar esa frontera.

—¿De verdad lo crees? Porque yo no veo nada malo cuando recuerdo tu cuerpo sobre el mío en el capó del coche o nuestras manos entrelazadas en los viñedos...

Oírla mencionar las dos veces que habían estado juntos de una manera íntima pareció que le hacía bajar las defensas, aunque se recuperó enseguida.

—Esta conversación no tiene sentido, Adriana. Tú decidiste la noche que te marchaste con Iago. Destrozaste algo que estaba comenzando. ¿Quieres saber si me gustaba estar contigo? Por supuesto. ¿Acaso crees que me jugaría de nuevo mi reputación sólo por mi satisfacción sexual? No, para eso habría ido a cualquier local de mala muerte y, tras unas copas, habría intentado llevar a mi cama a cualquier candidata que se prestase a ello. —Tomó aire y se acercó a ella—. Te mostré el contenido de mi jodida caja de Pandora, te revelé el secreto que me destrozó el corazón, confié en ti y a cambio sólo recibí una puñalada por la espalda —le recriminó.

—¿Y si eso no fuera del todo cierto?

—¿A qué te refieres? —Un fugaz destello de esperanza cruzó su mirada.

—No me acosté con Iago. Te aseguro que sólo hablamos de trabajo. —Confesó la verdad a medias.

—En ese caso, tiene menos sentido si cabe tu reacción. ¿Por qué mentirme?

Jugueteó con las manos en su regazo y dijo una verdad que, aunque no tenía nada que ver con los motivos que la habían llevado a responderle como lo hizo el día que la descubrió en el yate de Iago, sí era una preocupación que llevaba constantemente consigo, una opresión permanente en el pecho. En cierto modo, ya que no podía ser honesta con una parte de su vida, quería serlo con otra.

—¡Quería alejarte! Fue el pretexto perfecto para dejar de sentirme tan sucia.

—¿Sucia? Empiezo a pensar que estamos tratando dos temas totalmente diferentes... —Puso los ojos en blanco.

Las palabras se agolparon en su boca, dispuestas a salir.

—No, Hugo, estamos hablando exactamente de lo mismo. ¿Cómo crees que me debo sentir cuando en mitad del peor momento de mi familia, cuando debería estar destrozada por la muerte de Valeria —no dijo nada de Olivia, aunque en su pensamiento era el factor fundamental por aquel entonces—, llorando, pasando el duelo de su ausencia, experimento la felicidad más suprema que he sentido nunca y de la que tú eres el responsable?

Tomó aire y se quedó callada unos segundos antes de continuar.

—Mi familia y yo nos estamos arruinando. He hecho cálculos y en un par de meses deberemos alquilar o vender la casa, mi hogar. Y, sin embargo, no me importa. Lo único que me preocupa es que cuando llegue septiembre no podremos permitirnos escoltas y te tendrás que marchar lejos de mí, no te volveré a ver. Eso me desespera más que el hecho de que se hagan efectivas esas amenazas que no paran de llegar.

Él fue a intervenir, pero Adriana le puso un dedo sobre los labios. Quería soltarlo todo hasta quedarse vacía, desnuda y expuesta delante de Hugo. La reconfortó ver que, a diferencia de las anteriores ocasiones, esta vez no se apartaba.

—Me molesta que tengamos que escondernos, no poder pasear de la mano o hacer las cosas normales de las parejas, pero sobre todo, me da miedo que esto cambie. Que, por segunda vez, te enfrentes a unas consecuencias laborales perjudiciales por mi culpa. ¡Que hayas dañado tu jodida reputación por una persona que no es ni por asomo la mujer que crees que es!

»No me conoces bien, pero tengo un carácter difícil de aguantar, un mal despertar, soy muy cabezota, impulsiva, visceral y grito cuando me enfado. No podría soportar que te arrepintieras al ver que si algo me define es que soy la imperfección personificada.

—Y eso es lo que te hace diferente, única y especial —dijo él.

—Quería que te alejaras para volver a tener el control de mi vida y lo que he hecho ha sido perderlo por completo. —Notaba que los ojos se le anegaban de lágrimas—. Me aterroriza el poder que ejerces sobre mí sin ser consciente de ello.

Agachó la cabeza para que él no viese sus lágrimas. Le daba mucha rabia echarse a llorar como una magdalena cada vez que se tenía que enfrentar a algo que le removía las entrañas.

Hugo le agarró el mentón con suavidad y la obligó a mirarlo. Adriana volvió a contemplar el reflejo de sus ojos y lo que vio en ellos la dejó con la boca abierta.

Él era su ancla en medio de la desesperación, el único puerto seguro que impediría que se fuera a la deriva en un océano que la reclamaba y atraía con sus fuertes corrientes.

—¿Me dejas que te conteste? —Su voz sonaba aterciopelada, cálida y cercana. Adriana esperó su veredicto con esperanza—. Siempre lo he tenido todo. Una familia modelo, amigos leales, un trabajo fijo, mi casa, mi coche... pero no he conocido la suerte hasta conocerte a ti.

»Mi intención es hablar con mi jefe y contarle lo que ha sucedido. Una palabra tuya y mañana mismo le informo. No me despedirán, no es para tanto, pero si lo hicieran, firmaría con gusto la carta, sería un precio razonable por besar tus labios eternamente.

Sus palabras la sobrecogieron, pero él aún no había terminado su discurso.

—No me iría dejándote atrás. No puedo, porque tú no eres un equipaje que puedo desechar, sino parte de mí mismo. Y sí, tal vez seas pasional y yo racional, recto, evito el conflicto, medito y pienso antes de hablar o actuar. Somos diferentes y por eso encajamos. Nunca me arrepentiré, porque yo no te he elegido, sólo podías ser tú.

Tras esta afirmación, Adriana no se pudo contener y se lanzó a sus brazos, haciendo que ambos cayesen sobre el agua espumosa de la orilla. Las olas los empaparon y, aunque sus besos sabían a sal, a ellos les parecían dulces.

—¿Sabes una cosa? —Adriana se apartó un poco de Hugo para poder hablar—. Dice la leyenda que los mejores besos tienen el sabor del océano Atlántico y que, una vez que los pruebas, no desearás tener otros.

Le pasó un dedo mojado por la boca antes de devorarla hasta que le dolió.

—¿Eso dice la leyenda? —preguntó Hugo y, apoyándose en los codos y mordiéndose el labio juguetón y pensativo, añadió—: ¿Tú no querrás otros? ¿Ni siquiera por probar?

—No, sólo los tuyos. Para siempre.

—Estoy pensando si esa especie de conjuro funciona también en otros ámbitos de la intimidad... —ronroneó alegre.

El escolta serio y formal se había marchado por una noche.

Se levantó y empezó a desnudarse ante la mirada atónita de Adriana. Parecía distinto, muy alejado de su rectitud habitual.

—¡Estás loco! ¡Podrían vernos! —Señaló el paseo, por el que circulaban algunos coches.

—Me da igual. ¡Que me detengan por exhibicionismo, por escándalo público!

Fue hacia ella, se agachó y le quitó los pantalones, mientras Adriana se desprendía de la parte de arriba hasta quedar también completamente desnuda ante su rostro sonriente.

—Si este océano puede lograr que nada se interponga entre tú y yo, cualquier cosa que venga es aceptable —susurró Hugo.

—No me sueltes —dijo ella, saltando para rodearlo con las piernas y abrazarse a su cuello.

—Nunca —le prometió él.

Entraron en el agua comiéndose a besos. Bajo la luna llena y con la compañía de la brisa marina, Adriana miró a Hugo fijamente durante cada una de sus lentas y placenteras embestidas. Era la primera vez que tenía sexo con alguien en el Atlántico y, según se dio cuenta al ceder a la pasión, aquello no era sexo, sino que estaban haciendo el amor.

No podía negarlo. Estaba completamente enamorada de aquel escolta que, como las mejores cosas en esta vida, había aparecido por casualidad, dándole todo lo que ella no sabía que necesitaba.

Al entrar en su habitación en el pazo, Adriana consultó la hora. Eran las dos de la madrugada. Tenía que asegurarse de que Hugo no se marchaba. Salió al pequeño balcón de su cuarto para ver si su coche seguía allí y, sorprendentemente, lo vio debajo, agachado recogiendo una piedra del suelo.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó divertida, con la ropa mojada adherida al cuerpo.

—Pensaba darte una sorpresa romántica a lo *Romeo y Julieta*, pero ahora que me has pillado, la verdad es que me siento un poco ridículo, desfasado para mi edad.

—¿No tenías algo que hacer? —indagó, para saber si se iba a marchar y sólo había acudido para despedirse.

—Da igual. Esta noche tú eres mi prioridad.

Saber que él la ponía por delante de cualquier otra cosa la hizo completamente feliz. Sin embargo, no pudo evitar que un regusto culpable empañase esa sensación. Todo lo que había dicho y hecho era lo que sentía con honestidad, pero eso no evitaba el manto de traición que había cubierto ese encuentro iniciado por las órdenes directas de Iago.

Negó con la cabeza. El narcotraficante no le podría robar esa noche ni enturbiarla.

—Espera, ya bajo —le dijo.

—Mejor subo yo.

Y, con agilidad, trepó sin esfuerzo hasta llegar al balcón.

—¿Y Samuel y Antonio?

—La verdad es que he sido un claro ejemplo de compañero cabrón. Les he dicho que fueran a mirar la parte delantera, porque había visto un coche sospechoso...

—Todo queda grabado. Nada escapa al objetivo de sus molestas cámaras —le avisó ella.

—Una parte de mí quiere que lo descubran. Así, mañana mismo podría salir de esta habitación contigo de la mano —añadió, recordando las palabras que Adriana habían dicho.

—¿Y qué pretendes con esta invasión de mi territorio? —bromeó ella con curiosidad.

—¿Acaso no es obvio? —Señaló la cama.

—Eres insaciable... —murmuró.

—Eso también. —Se colocó a su espalda y la abrazó por detrás—. Pero en esta ocasión me refería a dormir contigo. Abrazarte, hacer la cucharita o que me ronques al oído, lo que tú prefieras.

—Yo no ronco —replicó.

—Se te olvida que ya hemos compartido habitación, pero nunca cama. Llevo muchos años con un insomnio permanente. Estoy seguro de que contigo eso cambiará y las pesadillas del pasado que me han estado atormentando se transformarán en sueños del futuro que me devuelvan la ilusión.

—No concibo ninguna manera mejor de acabar y empezar el día contigo a mi lado.

Hugo y Adriana se abrazaron en la cama, totalmente desnudos, dejando la ropa empapada en el suelo. Él cruzó los brazos detrás de la nuca y ella apoyó su cabeza en el hueco de su hombro.

—¡Un momento! —exclamó, levantándose de golpe. Rebuscó en los cajones del escritorio hasta encontrar lo que necesitaba. La vieja cámara de Valeria—. «Elige instantes que te enseñen que el tiempo es relativo, transformen las horas en segundos y conviertan algo tan sencillo como el roce de unos labios en la sensación que describas cuando alguien te pregunte qué significa ser feliz» —recitó las palabras de ésta.

—¿Qué? —preguntó Hugo, confuso.

—Valeria me regaló esta cámara instantánea, que tú recuperaste después del incendio del *Valiente Atlántico*, para capturar veinte momentos que quisiera recordar el resto de mi vida. Y estar aquí ahora, contigo, es uno de ellos.

Volvió a colocarse en la misma postura de antes.

—¡Sonríe! —ordenó, colocando la cámara delante de ellos y pulsando el botón, que, tras un sonido que denotaba que el aparato era bastante antiguo y que llevaba mucho tiempo sin ser utilizado, tomó la imagen.

Adriana se incorporó y movió la fotografía con impaciencia, para que el tono negro inicial diera paso a la imagen de ambos. En la misma, se podían ver sus rostros cortados por debajo de los hombros, cosa que agradeció, ya que no era su intención plasmar su desnudez. Mientras ella sonreía alegre a la cámara, Hugo la miraba con devoción.

—Toma. —Se la tendió.

—No, son tus momentos.

—Hugo, cariño, los recuerdos no merecen la pena ni no hay alguien con quien compartirlos.

El sonido del móvil la despertó de golpe. Instintivamente miró la ventana entreabierta y vio que todavía era de noche. Fue a incorporarse para silenciar el aparato, cuando notó unas manos debajo del pecho, y un cuerpo acoplado a su espalda.

Hugo dormía con ella bien sujeta, como si temiese que se fuera a escapar. Trató de escabullirse sin despertarlo, pero no lo consiguió.

—¿Quién te llama a estas horas? —preguntó adormilado.

Adriana aprovechó para incorporarse en la cama y dar la luz de la mesilla.

—No lo sé. Voy a ver.

Era muy tarde. Se habían quedado hablando con familiaridad, tumbados en la cama, hasta las cuatro de la madrugada.

En la pantalla del móvil no salía el nombre de la persona que telefoneaba y eso la inquietó sobremanera. Deseó que se tratase de una equivocación. Las llamadas en mitad de la noche sólo traían malas noticias.

—¿Diga?

—Espero no molestarte, nena.

Oír la voz de Iago al otro lado hizo que se despejase de golpe.

—¿Pasa algo? —preguntó Hugo, que hasta ese momento había estado tumbado, sentándose.

Aunque no podía verse, Adriana imaginaba lo pálida que se habría quedado de golpe.

—No —contestó sonriendo, fingiendo tranquilidad. Con la mano derecha tapó el móvil. Debía evitar que él oyese la voz de Iago—. Es Iria. Estará despejada por la niña y, pensando que todavía soy una veinteañera que se acuesta cuando sale el sol, me ha llamado. Espera un minuto —le dijo entonces a Iago, levantándose sin prestar atención a su respuesta.

Se puso el pijama a toda prisa.

—Salgo fuera. No quiero que te desveles —se disculpó con Hugo, dejándolo en la cama.

Anduvo hasta la terraza, ocultando el temblor de manos que tenía. Había estado muy cerca de ser descubierta. Antes de volver a hablar por teléfono, comprobó que Hugo no la hubiese seguido. Lo vio tumbado sobre el lecho, completamente desnudo, tan sólo con la sábana blanca cubriendo sus genitales. Adriana sonrió antes de darle la espalda y hablar en susurros.

—¿Qué quieres? —inquirió arisca.

—Informarte de que todo ha salido a pedir de boca —contestó Iago.

Ya estaba hecho. No había marcha atrás. Su colaboración los había ayudado a meter droga en el país. Oficialmente se había convertido en lo que su padre odiaba, todo contra lo que Edelmiro había luchado. Ella acabaría definitivamente con los Sierra.

Le quedaba el consuelo de saber que ese paso acercaba el regreso de Olivia. Una entrega más y Iago se la devolvería.

—Te diría que me alegro, sin embargo, mis padres me han enseñado que mentir es de mala educación.

—No es por meterme con tus valores... pero según mi experiencia personal a tu lado, no creo que hayas aprendido muy bien esa lección. De hecho, creo que tienes una habilidad innata para el engaño.

—¿Algo más? —Tenía prisa por zanjar la conversación.

—No, simplemente quería compartir contigo nuestros logros y agradecerte tu esfuerzo. Sin tu intervención habría sido posible, pero más complicado.

—Si no es urgente —miró de reojo y vio que Hugo, que se había levantado y puesto los calzoncillos, se acercaba hacia ella—, podemos hablar mañana tranquilamente.

—Estás con él, ¿verdad? —Su tono se volvió más sombrío.

—¡Claro! —exclamó, mientras Hugo llegaba a su lado—. Justo ahora estoy felizmente ocupada.

—A pesar de que te lo había exigido, imaginarte en los brazos del poli de guardería enturbia en cierta medida la felicidad inicial de esta llamada.

—¡Me alegra mucho oír eso! Tengo que dejarte, pero no me olvido. Te ayudaré a encontrar el regalo, no me queda más remedio. Ojalá estuviera aquí Olivia, ella tiene muy buenas ideas para estos temas.

Y sin darle la posibilidad de contestar, colgó.

—¿Le ha pasado algo a la niña? —preguntó Hugo preocupado, rodeándola por la cintura para que ella se apoyase en su torso.

—¡No! —contestó, intentando restarle importancia al asunto—. Se acerca el aniversario de su boda y quiere comprarle un regalo a su marido. No se le ocurre nada y quería que la aconsejara. Nada más.

La facilidad con que le mentía la asustó. Ella no era así, pero las circunstancias la obligaban.

—Con las manos que tiene esa mujer para la cocina, lo único que tiene que hacer es prepararle su plato favorito y caerá rendido —bromeó—. Lo que sí podrías hacer es ofrecerte a cuidar a Beatriz durante la cena romántica. Nosotros podemos hacernos cargo unas horas...

—¿Nosotros? —lo interrumpió. Dio media vuelta hasta quedar a menos de un centímetro de sus labios.

—Por supuesto, según las reglas universales de las matemáticas de las relaciones, «tú» y «yo» forman un «nosotros», lo que demuestra que uno más uno no suman necesariamente dos, sino una unidad mejorada e infinita.

—Y aparte de para cuidar hijos ajenos, ¿qué más posibilidades ofrece esa figura?

—La unidad mejorada «nosotros» es muy rica, cargada de cosas buenas que aumentan con el paso de los años y que hay que ir descubriendo. —Miró de reojo la cama y añadió con una sonrisa canalla—: Deja que te muestre una.

La cogió en brazos y Adriana se dejó llevar, consciente de que la esperaba una placentera sesión de sexo con un hombre que se estaba entregando en cuerpo y alma, mientras ella lo engañaba una vez tras otra.

El chillido de las gaviotas anunciaba que éstas también se estaban despertando y pronto podrían ver su aleteo contra la gama de tonos del cielo durante el amanecer, una fusión rosada que se fundía con el azul celeste.

—No llevarás la ventana abierta ahora que no tengo manera de saberlo, ¿verdad? —preguntó Hugo, que iba de copiloto en el escarabajo, con los ojos vendados.

—No, palabrita del Niño Jesús —mintió Adriana, cerrando la abertura hasta dejar tan sólo una rendija que permitía que entrase una leve brisa de aire marino que le azotaba el rostro.

—Tendré que fingir que te creo. —Se revolvió incómodo en su asiento. Le gustaba tener el control de la situación y, privado de visión, sin saber adónde iban, estaba inquieto—. Tampoco es que yo esté actuando como el perfecto escolta, mirando si hay vehículos sospechosos siguiéndonos...

—Vamos solos por la carretera, te lo garantizo. He pasado muchas horas a tu lado y algo he aprendido. No paro de mirar por el retrovisor en busca de delincuentes aburridos, que no tengan nada mejor que hacer que perseguir a una inofensiva mujer que quiere darle una sorpresa al hombre que la acompaña... Tú tranquilo, en el instituto ganaba todas las carreras de coches. En caso de que aparezcan esos desalmados, podré despistarlos.

Atravesó el puerto de Vilanova. Las carpas de la Feria del Pulpo, que se celebraba esos días en la ciudad, estaban vacías a excepción de un par de hombres que se habían pasado con el vino y dormían hechos un ovillo en el banco del paseo marítimo, a la altura de la estatua de la Virgen del Carmen.

—Y será verdad...

—¿El qué? ¿Que puedo huir metiéndome por todas esas callejuelas?

—Eso también, pero me refería más bien a las carreras de coches ilegales...

—¿No pensarás que me pegaba más el rol de la chica, ataviada con unos shorts que mostraban parte de las nalgas y un top con las tetas casi fuera, que daba la salida levantando una banderita? O peor aún, el de una fan histérica que corría a los brazos del ganador para que esa noche la eligiera a ella...

—Por supuesto que no. No haría falta que enseñases hasta los higadillos para que los conductores quisieran que les prestases atención. Aunque, dada tu conducta agresiva que te llevaba a golpear a tus compañeros, tal vez te dejaban llegar la primera a la meta por miedo a las represalias... Si tenías mal perder, estarían cagados de que te tomaras la justicia por tu mano.

Adriana soltó una carcajada.

—Nunca participé en carreras, pero de haber existido, no descarto que hubiese sucedido lo que dices. Siempre me han dado mucho respeto los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado... hasta que te he conocido y he comprobado que sois pan comido.

—Un golpe bajo, señorita Sierra. —Fingió que él mismo se clavaba un puñal en el estómago.

—¡Es cierto! Si fuera una asesina en serie, te tendría exactamente en el punto que quería, con los ojos vendados, llevándote a un lugar recóndito para poder torturarte hasta matarte lenta y dolorosamente...

—Me aterrorizas... La verdad es que a veces me recuerdas a una mantis religiosa antes de devorar a los machos.

—¿Me comparas con un insecto? Eso no está en los libros de romanticismo. Deberías decir que ilumino tu camino como si fuera la estrella polar o que las rosas me envidian porque soy la flor más bonita... Haciendo símiles con un bicho no vas a lograr conquistarme, señor Molina.

—¡Vaya, yo que creía que ya estabas totalmente seducida!

—Puede, pero no te descuides, que en cualquier momento me puedo cansar y puedo dejarte en la estacada, escribiendo poemas melancólicos sobre cómo destrocé tu maltrecho corazón —bromeó, enlazando su mano con la de Hugo por encima de la palanca de cambios.

—Tomo nota. Por cierto, ¿queda mucho para llegar?

—Como el tiempo, la distancia es relativa. Por ejemplo, si queda un centímetro para llegar al destino es de chiste, pero recorrer esa distancia se me hace eterno si me separa de tus labios y quiero besarte sin esperar ni un segundo más.

Adriana guió el coche hasta el puente levadizo que pasaba por encima de la ría que separaba Vilanova de la Illa de Arousa. Al fondo distinguió la vegetación salvaje del parque natural de Carreirón, pero se dirigió al punto más al norte de la isla.

Sabía que la felicidad solía ser efímera y que la mayoría de las veces se escurría de las manos. Por ese motivo quería exprimir el tiempo, aprovechar cada segundo del reloj antes de que la dicha tuviera la oportunidad de desaparecer. Aguantar en el pico de la montaña rusa con las manos levantadas, antes de tener que gritar si la atracción descendía de golpe.

Miró el perfil de Hugo, semejante al de un busto de museo. No podía asegurar que el escolta la acompañase durante toda la eternidad, pero sí que esos recuerdos serían la bocanada de aire que le permitiría respirar, el desfibrilador que proporcionase a su corazón la energía necesaria para volver a latir. Si hubiera sido una meiga, una bruja del folclore gallego con poderes, habría detenido el tiempo en ese día, para revivirlo en bucle una y otra vez.

Aunque era una mujer espontánea, le costaba mucho poner en palabras sus sentimientos por temor a que los usasen en su contra. Sin embargo, esa mañana iba con el firme propósito de explotar como una piñata y que todo lo que estaba oculto en su interior fuese para Hugo, entregarse a él sin reservas.

Tras pasar por el muelle de Pau, cogió el camino secundario. Estaba sin asfaltar y los múltiples baches hacían que el pequeño escarabajo saltase de un lado a otro. La mayoría de los turistas se daban media vuelta al ver las condiciones de ese sendero, creyendo que se habían perdido o equivocado y que no llevaba a ninguna parte. Algo negativo para el dinero que la Illa de Arousa podría obtener, pero positivo para ella y la intimidad que buscaba.

—Pensaba que bromeabas con lo de asesinarme en un descampado, pero ahora no estoy tan seguro... —murmuró Hugo.

—No te pongas nervioso. Lo vas a comprobar en tres, dos... —aparcó en uno de los laterales, entre la maleza, procurando no caerse terraplén abajo— uno. ¡Hemos llegado! —anunció.

—¿Puedo quitarme la venda?

—¡No, que romperás la magia del momento!

Adriana le abrió la puerta y lo cogió de la mano para guiarlo mientras seguía con la venda puesta. Él aguzó los sentidos que le quedaban, especialmente el olfato y el oído, para ver si reconocía el lugar.

—¡No hagas trampas y deja que te sorprenda, señor Molina! —se quejó ella.

Descendieron unos metros, hasta que Adriana se detuvo y se colocó a la espalda de Hugo de puntillas, para poder deshacer el nudo del pañuelo que le tapaba los ojos.

—Espero que te guste. Quiero que el primero de muchos amaneceres juntos sea inolvidable —le susurró, antes de quitárselo.

Estaban en el faro Punta Cabalo, una pequeña torre de piedra gris oscura, coronada por un tejado blanco. A su alrededor, la fina arena, la vegetación frondosa, verde con matices marrones, y las piedras blancas con motas negras formaban caminos que llevaban a pequeñas calas desiertas, que se fusionaban con el mar del fondo. En la parte posterior, un pozo antiguo, del que se decía que si se bebía de él nunca se caería enfermo, una terraza que a esas horas estaba cerrada y un mirador desde el que se podía ver, a través de las cristalinas aguas del océano, los corales y los peces que nadaban entre ellos.

Galicia en otra de sus exposiciones de grandiosa belleza.

—Es increíble —dijo Hugo.

—Y nuestro en este amanecer. Un paraíso para los dos.

Recorrieron el sendero de piedra hasta la parte posterior del faro y se sentaron para ver cómo se ponía el sol. Adriana apoyó la cabeza en el hombro de Hugo y éste le pasó un brazo por la cintura hasta rodearla y atraerla más cerca.

—No quiero estropear el momento, pero no te he traído sólo porque sea un paraje natural de ensueño.

—Te escucho.

—Aunque no te lo creas, yo soy una mujer muy reservada para las cosas que más me importan, pero contigo quiero compartirlo todo. —Deslizó una mano por la espalda de Hugo y le levantó la camiseta. Él no pudo evitar erguirse, incómodo—. Yo no tengo ninguna herida —le acarició la cicatriz con dulzura y cariño—, pero prometo curar las tuyas hasta que te olvides de la marca permanente que tienes en la piel.

Él se relajó y Adriana siguió hablando.

—Conoces todos los traumas y secretos de mi familia, la memoria negra de los Sierra. Todo lo que sabes forma parte de un pasado en el que no existías para mí. Sin embargo, quiero que formes parte de mi futuro y para ello te voy a desvelar algo que ni mi pack sabía ni nadie sabe.

—Te prometo que soy una tumba.

—¿Ves ese espacio de allí? —Le señaló una de las calas desiertas—. Venden el terreno y creo que es el lugar perfecto para la clínica de desintoxicación a la que tanto tiempo llevo dándole vueltas. Siempre he pensado que un entorno tan hermoso como éste daría a los pacientes un motivo más para querer salvar su vida y disfrutar de lo que tienen alrededor...

—Mi padre era capataz de obra y tengo todas las nociones, así que, en cuanto me digas, me traigo el mono de Madrid y...

—¡El terreno no es mío! —exclamó Adriana entre risas, al ver su emoción.

—¿Y a qué esperas para pedir el préstamo? Si quieres yo te acompaño, aunque no ejerza ese efecto en ti, suelo imponer respeto cuando me lo propongo.

—Creo que me aterroriza que no me lo concedan y me tenga que enfrentar con la cruda realidad...

—Siempre hay alternativas. Nunca hay que darse por vencido. Yo tengo algunos ahorros...

—No quiero tu dinero —lo cortó tajante.

—No lo haría por caridad, sino como socio, con una fe ciega en la mujer que tiene delante. Si te entregas en cuerpo y alma a este negocio, no me cabe ninguna duda de que triunfará. Tienes la capacidad de mejorar todo lo que te rodea, Adri.

—¿Y cuáles serían tus funciones? —bromeó, fantaseando con lo que estaba diciendo Hugo.

—Por lo pronto, deja que coloque la primera piedra. Luego ya lo iremos viendo.

Adriana se emocionó al ver que estaban haciendo planes de futuro, que su relación no tenía fecha de caducidad.

—Puedo hacer de comercial —continuó él— y hablarles a los drogadictos que me tope en mi trabajo de la segunda oportunidad que les ofrece la mujer con más carácter que conozco.

Adriana levantó la cabeza de su hombro para poder mirarlo a los ojos. Le puso una mano en el pecho y la otra en el suyo.

—No me extraña que estés robándomelo todo. Incluso mis latidos se han marchado porque quieren sonar en tu corazón.

Adriana caminaba a su lado, resguardándose de la llovizna matinal de Vilagarcía. Hugo se quitó la chaqueta y la sostuvo encima de ella para que no se mojase mientras corrían al portal de Rubén. Se detuvieron y llamaron al telefonillo. Ella aprovechó los segundos que tardaba el jefe del gabinete de prensa en contestar para, tras echar una fugaz ojeada a ambos lados, ponerse de puntillas y darle un beso furtivo que lo pilló desprevenido.

Se le hacía tan familiar ese contacto, era tan sencillo acostumbrarse a él, que Hugo se preguntó cómo había vivido tantos años satisfecho sin sus labios.

Sin preguntar quiénes eran, Rubén les abrió. Una vez dentro del portal, Hugo vio que Adriana tenía una gota de lluvia en la nariz y la atrapó entre sus dedos. Ella lo miró mordiéndose el labio, invitándolo a hacer una locura allí mismo.

Parecía que no hubiesen tenido suficiente con la noche anterior, en la que las horas se habían sucedido entre instantes de pasión y amor.

Hugo no se pudo contener y se abalanzó sobre ella, devorándole la boca, que ya tenía roja e irritada. La aprisionó contra la pared para poder saborearla mejor, haciendo que ni el aire se interpusiera entre los dos. Adriana levantó la cabeza y, mientras le rodeaba el trasero con una de sus piernas, lo obligó a aproximarse hasta que sus sexos volvieron a encontrarse, ambos luchando por escapar de las prendas que los tenía aprisionados.

Hugo la agarró de la mano y la levantó, así ella quedaba más sujeta, expuesta, vulnerable. Él dominaba, la tenía prisionera, a su merced. Recorrió su cuello a la vez que notaba, a través de su fina camisa blanca, cómo los pezones se le ponían duros y lo provocaban, llamándolo.

Si el ascensor no se hubiera abierto en ese mismo instante, obligándolos a separarse, la habría hecho suya allí mismo, sin importarle que pudieran llegar vecinos de un momento a otro.

Adriana lo volvía loco, lo hacía ser impulsivo, irracional, un animal cuyo instinto únicamente se calmaba cuando estaba dentro de ella.

—Mejor vamos por la escalera —sugirió Adriana, que preveía que en un espacio tan pequeño no se iban a poder resistir y acabarían deteniendo el ascensor entre dos pisos para dar rienda suelta a sus fantasías.

—Buena idea, Adri. —Los hoyuelos volvieron a aparecer en sus mejillas al oír ese diminutivo que él le había asignado.

Subieron los escalones de dos en dos. Rubén debía de estar extrañado por el tiempo que tardaban. Hugo no entendía muy bien por qué los había citado. Bueno, la duda exactamente era por qué había dicho que acudiese con Adriana, sin darle más explicaciones.

Lo único que se le ocurría es que no fueran a hablar de la Operación Atlántico, sino de algún tema relacionado con la familia Sierra. Puede que de Elvira ya que, según le había contado Adriana, el inspector de la UDYCO tenía una especie de affaire con una de las hijas de la familia. Tal vez por ese

motivo había comprendido tan fácilmente su situación y no le había reprochado nada de su relación con la mujer a la que se suponía que solamente debía proteger.

—Estaba a punto de bajar a buscaros —dijo Rubén y, aunque sonrió, Hugo percibió un matiz, algo que le indicaba que su amabilidad era forzada.

La comunicación no verbal le indicaba, a diferencia del día en que lo recibió para informarle de toda la operación, que ese encuentro no iba a ser tan cordial.

Al apartarse para dejarles paso, Hugo se percató de que el apartamento no estaba vacío. Parecía un centro de operaciones. Las mesas habían sido invadidas por ordenadores, había una pizarra totalmente garabateada y las paredes estaban repletas de planos y fotografías. El sonido incesante de los teléfonos era ensordecedor. Incluso la terraza acristalada estaba cubierta con unas cortinas para que nadie viese lo que sucedía en su interior.

—Vamos a mi despacho —ordenó Rubén cuando la puerta se cerró de golpe. Su actitud hospitalaria había desaparecido de golpe.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Adriana, mientras un hombre que iba de un lado a otro con el móvil pegado a la oreja pasaba a su lado casi tirándola, tan enfrascado en la conversación que ni siquiera le pidió perdón.

Lo vieron irse directo a un plano de las Rías Baixas repleto de chinchetas de diferentes colores y colocar una roja sobre el mar que bañaba Vilagarcía.

—Tranquila —contestó Hugo y le dio la mano para infundirle confianza.

Él mismo no comprendía por qué Rubén había insistido en que ella lo acompañase y menos después de ver que estaban en mitad de un dispositivo urgente.

El despacho estaba al fondo del pasillo, en la estancia donde debería estar la habitación principal. El mobiliario, sin embargo, era el de una oficina. Una mesa, varias sillas, una pizarra, un proyector y, en un rincón, prácticamente olvidado, un sofá cama de cuero marrón en el que posiblemente dormiría Rubén, pero ocupado en esos momentos por Tomás, el comisario de Vilagarcía de Arousa.

—¿Qué pasa aquí? —inquirió Hugo, vacilante.

La mirada de Tomás se detuvo con curiosidad en sus manos entrelazadas, pero no dijo nada.

—Sentaos —indicó Rubén, señalando las dos sillas que quedaban enfrente de la del escritorio.

Por su parte, Tomás se levantó y se quedó de pie al lado del agente encubierto.

—Estamos bien así —respondió Hugo, notando que Adriana estaba tensa, nerviosa—. ¿Podrías darme alguna explicación de este...? ¿De lo que sea esto?

—Hoy uno de los buzos ha encontrado un fardo de cocaína mientras hacía la revisión periódica. Ayer llevaron a cabo la primera entrega —le informó Rubén con gesto severo, defraudado.

—Asumo totalmente la responsabilidad —dijo Hugo.

Le habían dado una segunda oportunidad y él la había cagado. Negarlo era estúpido. Sin embargo, no iba a permitir que nadie le echara en cara haber pasado la noche con Adriana. Ella no tenía la culpa. Si la razón por la que le habían dicho que fuesen los dos era recriminarle cualquier cosa, no lo iba a consentir.

—¿No me preguntas dónde lo han encontrado? —inquirió Rubén, enarcando una ceja.

—¿Adónde quieres llegar?

—A la raíz de todo, Hugo. —Rubén y Tomás se miraron cómplices—. Y, por lo que veo, tú no me vas a poder ayudar. No lo sabes. —Centró su atención en Adriana—. El cargamento estaba en unas bateas.

A ella las piernas le empezaron a fallar y Hugo, desconcertado por la conversación, la agarró para que no se cayese.

—Las de tu familia, exactamente —prosiguió Rubén—. Convendrás conmigo en que es algo inaudito. Una propiedad del alcalde que más se ha ocupado de luchar contra el narcotráfico. Por supuesto, lo primero que he hecho ha sido llamar a Tomás.

—Y yo le he dicho que me jugaría no una sino las dos manos a que Edelmiro no podía estar involucrado —contestó el comisario.

—Hay miles de horas de conversaciones grabadas —retomó Rubén la palabra—, pero sólo me ha hecho falta escuchar las de la última noche para descubrir una voz sorprendente, reveladora e inesperada.

—Por favor, no... —susurró Adriana con un hilo de voz.

Hugo notó cómo temblaba y las lágrimas comenzaban a caer de sus ojos. El estómago se le encogió y la miró atónito, inmóvil. No podía creer lo que allí se estaba insinuando. No, ella no. Adriana era su verdad más absoluta. Él mismo se lo había dicho antes de servirle su alma en bandeja.

—¿Qué pasa, Adri? —Sin importarle que los dos policías fueran testigos, le enmarcó la cara con las manos, desesperado, buscando en sus ojos la respuesta que sus labios no le daban, pero aquéllos se habían convertido en una cascada.

—Hugo... yo... yo no... —balbuceó de modo ininteligible.

—Creo que mereces oír de lo que estoy hablando para que continuemos en igualdad de condiciones —los interrumpió Rubén, dirigiéndose a Hugo—. Ya te expliqué que teníamos todas las comunicaciones de Iago controladas... Por favor, Tomás, ponlo.

El inspector de Vilagarcía pulsó al Play de una pequeña grabadora que hasta entonces había pasado inadvertida para Hugo y que ahora lo significaba todo.

—¿Diga?

La voz de Adriana. Un puñal se le clavó en el pecho, destrozándolo. La impresión era tan dolorosa que sólo podía tratarse de una pesadilla.

—*Espero no molestarte, nena.*

Iago, él la llamaba «nena», con confianza, de una manera íntima. Adriana le clavó las uñas, intentando aferrarse a su mano.

—¿Pasa algo?

Reconocerse a sí mismo en la grabación, identificar el momento en que ésta había sido hecha, casi le paró el corazón.

—No. —Pausa—. *Es Iria. Estará despejada por la niña y, pensando que todavía soy una veinteañera que se acuesta cuando sale el sol, me ha llamado. Espera un momento. (...) Salgo fuera. No quiero que te desveles.*

Antes de que la reproducción se detuviese él ya lo sabía. La vio alejándose de la cama con nitidez, como si estuviera viviendo ese momento por segunda vez. Hugo estaba tumbado, con las manos bajo la nuca, observando el cuerpo de aquella mujer que lo volvía loco.

Adriana salió a la terraza y lo miró a través de las cortinas. Él interpretó que lo hacía enamorada, disgustada por tener que separarse. Le sonrió y se volvió para hablar con su amiga. No distinguió ningún gesto que la delatase, le mintió muy bien.

La mano de ella le empezó a quemar y tuvo que soltarla. La cicatriz de la espalda le empezó a palpar, recordándole que las peores son aquellas que no se ven, como la marca invisible que acababa de dejarle Adriana.

Sin su apoyo, ella se vino abajo. Intentó apoyarse en el respaldo de la silla que antes les había ofrecido Rubén, pero no era suficiente. Arrastrando los pies, logró llegar hasta el asiento y se dejó caer de golpe, sujetándose la cabeza entre las manos, mientras la grabación continuaba.

—¿Qué quieres?

—*Informarte de que todo ha salido a pedir de boca.*

—*Te diría que me alegro, sin embargo, mis padres me han enseñado que mentir es de mala educación.*

—*No es por meterme con tus valores... pero según mi experiencia personal a tu lado, no creo que hayas aprendido muy bien esa lección. De hecho, creo que tienes una habilidad innata para el engaño.*

—*¿Algo más?*

—*No, simplemente quería compartir contigo nuestros logros y agradecerte tu esfuerzo. Sin tu intervención habría sido posible, pero más complicado.*

«Tu intervención», esas palabras retumbaron en la cabeza de Hugo. No había dudas. Un sentimiento de derrota, de vacío marchito y triste se apoderó de él.

—*Si no es urgente, podemos hablar mañana tranquilamente.*

—*Estás con él, ¿verdad?*

—*¡Claro! Justo ahora estoy felizmente ocupada.*

—*A pesar de que te lo había exigido, imaginarte en los brazos del poli de guardería enturbia en cierta medida la felicidad inicial de esta llamada.*

Pensaba que ya nada más lo podía herir, destrozar, reventar por dentro, pero Iago lo dejaba muy claro, él le había exigido a Adriana ese encuentro que para Hugo había sido el mejor momento de su vida.

—El resto ya lo conocéis, ambos. —Rubén apagó aquel sonido infernal.

—¿Cuándo comenzaste a colaborar? —le preguntó Tomás.

Adriana negó con la cabeza, que seguía sosteniendo entre sus manos.

—¿Qué te ofreció? ¿Cuánto dinero? Imagino que debió de ser una suma muy suculenta para...

—¡No es lo que pensáis! —gritó con la voz desgarrada, rota.

—Explícate, pues —la instó Rubén.

—¿Y tú quién narices eres en realidad? —Levantó la vista desesperada, como todos los delincuentes cuando los pillaban.

—A estas alturas, y con lo inteligente que me consta que eres, ya habrás averiguado que soy policía. El cuerpo al que pertenezco no es algo que te interese, pero por la deferencia que te tengo después de haber convivido con tu familia, te confiaré que se trata de la Unidad de Drogas y Crimen Organizado. No intentes desviarte. El tiempo de contar la verdad ha llegado. Ahorra los minutos de excusas y confiesa.

—¿Y tu relación con Elvira? ¿Todo es mentira? —Se preocupó por su hermana mayor.

—No, en mi sueldo no entra engatusar mujeres. Con los sentimientos no juego. —Por un instante, Adriana pareció más tranquila—. Ahora, si te parece, continúa con tu testimonio, admite los delitos y revela el motivo.

—¡No es lo que pensáis!

—Eso ya lo has dicho —intervino Tomás.

Adriana comenzó a retorcerse nerviosa las manos en el regazo.

—El tiempo se agota. No me gustaría tener que esposarte y llevarte a los calabozos hasta que te decidas a hablar... —insistió el comisario, que realmente parecía afectado al ver a la mujer así, al borde de un ataque de ansiedad.

—Tienen a... —se le quebró la voz.

—¿Tienen a? —la azuzó Tomás.

—¡Tienen a Olivia! Y ahora la matarán por haberlo dicho...

Tomás y Rubén se miraron recelosos, escépticos, saltaba a la vista que no sabían nada de lo que acababa de decir Adriana. En otras circunstancias, Hugo habría sido el primero en querer saber más sobre su afirmación con el objetivo de ayudarla en lo posible. Sin embargo, estaba anonadado, hueco, sin fuerzas para hablar.

Adriana comenzó entonces a explicar una historia que se remontaba a la noche que él la acompañó al yate de Iago, que la había invitado a cenar. Desde entonces, lo que estaba naciendo entre los dos había muerto, podrido entre palabras, besos y caricias falsas.

Hugo se mantuvo atento a todo lo que contaba, cómo la habían obligado a aliarse con ellos, cómo la noche en que él se declaró ella ya era consciente de toda la trama, el día que hicieron el amor en los viñedos acababa de facilitarles las naves de su familia y, lo peor de todo, el momento en que le había jurado que nunca más desearía otros labios después de besarlos a él en el Atlántico, en ese preciso instante, una operación de narcotráfico con el nombre del mismo océano se estaba interponiendo entre los dos y ya no había vuelta atrás.

—Esto da un giro muy interesante —murmuró Rubén.

—¿Interesante? ¡Van a matar a Olivia en cuanto sepan que me habéis detenido y os lo he contado todo! —Había dejado de llorar.

—¿Detenerte? —Tomás se adelantó y le cogió las manos. La había creído totalmente y pretendía infundirle ánimos, consolarla—. No vamos a acusarte de nada, estabas bajo amenazas, intimidación y coacción. Ante el juez eso te exime de culpa. No te negaré que lo has hecho mal desde el principio por no confiar en nosotros. No me puedo ni imaginar por lo que has pasado tú sola...

Hugo estuvo a punto de sentir piedad por ella al imaginar la carga que había soportado, pero el rencor era más fuerte y se mantuvo firme, alejado en una esquina de aquella sala que para él era de tortura.

—Además, eso nos permite tener un as en la manga —reflexionó Rubén—. Serás testigo protegido del caso, y harás labores de agente encubierto, lo que nos facilitará los datos que necesitamos para finalizar la operación con éxito.

—¿Cómo?

—Iago confía en ti. Adriana, eres el caballo de Troya que nos ha caído del cielo. En las conversaciones telefónicas evitan decir sitios, horas o mencionar nada referente a las drogas que los pueda incriminar, pero contigo sí lo hará. Te pondremos un micrófono y nos darás lo que necesitamos para obtener la orden de registro de las propiedades de Iago. Y, lo más importante, nos ayudarás a averiguar cuándo y dónde será el encuentro con Puñal.

—¿Y Olivia? —No se negó a hacer lo que le decían, pese a que se trataba de algo muy peligroso.

Hugo sabía que si la descubrían la matarían sin parpadear. Se sintió como si estuvieran intentando reanimarlo con un desfibrilador para hacer que volviese a la vida, notaba las placas metálicas en su pecho, que subía y bajaba, en busca de algo que impidiese que Adriana se expusiera a esa amenaza. Pero no dio con ello y permaneció distante.

—Salvaremos a tu hermana, no te quepa duda —le aseguró Tomás.

Rubén, como cuando preparaba los discursos de Edelmiro o se enteraba de algún inconveniente que le tenía que contar al alcalde, deambulaba de un lado a otro de la estancia. Al parecer, para él era necesario moverse para pensar con claridad.

—Tenemos que mandar un equipo —le dijo a Tomás, que soltó las manos de la joven para acudir a su lado.

—¿Una furgoneta que vigile las naves?

—Sí, que sea de plagas. Diremos que alguna enfermedad ha afectado los viñedos... Que esté fija allí hasta que tengamos a Iago y Puñal y, en ese mismo momento, puedan actuar.

Hugo no sabía si seguía colaborando en la Operación Atlántico, pero en el caso de ser así solicitaría esa tarea que tan bien conocía y que consistía en pasar largos períodos de tiempo en el interior de una furgoneta con los cristales tintados.

A diferencia de lo que se mostraba en las películas, allí no se comía pizza y se charlaba con los compañeros sobre los problemas del día a día. No. Para pasar desapercibidos, los que se quedaban en el interior tenían que permanecer callados y quietos, porque cualquier movimiento, por mínimo que fuera, podría hacer que el vehículo se moviese y los delincuentes, que solían ser más espabilados que la media y bastante observadores, se podían percatar de su existencia.

De hecho, uno de sus primeros días en Colombia, antes de que Denise lo llenase todo, había estado realizando una vigilancia de un intercambio de heroína. Había acudido por la mañana al cementerio, donde, junto con otros, tomó el relevo de los compañeros de la noche y, durante ocho interminables horas, habían permanecido en la misma postura, sin apenas moverse, con los músculos agarrotados, meando en una botella de plástico y procurando no estornudar siquiera.

Incluso cuando vieron que unos hombres prendían fuego a las ruedas del coche, habían permanecido impassibles, conscientes de que su única oportunidad residía en que ellos se marchasen antes de que el coche ardiera. Salir no era una opción. Los traficantes eran más, tenían armas y les dispararían en cuanto vieran que eran policías y que los habían estado espionando.

—Puede llevar días...

—Sí, miraré puntos en los que puedan hacer el intercambio.

Enfrascados en la conversación, se fueron alejando. Antes de salir del despacho, Rubén se volvió.

—Adriana, espera aquí mientras decido con el resto del equipo la estrategia. —Fijó entonces su atención en Hugo—. Te doy unos minutos para que hables con ella y luego vienes.

Hugo asintió agradecido, seguía contando con él.

—Esto es absolutamente secreto —añadió Tomás mirando a Adriana—. Para que salga bien nadie más puede saberlo, ni siquiera tu padre...

—Entiendo. —Y lo apremió a marcharse.

Era evidente que quería quedarse a solas con él, pero Hugo no sabía cómo afrontar la situación.

Pasaron varios segundos en silencio, en los que sólo se oyeron las manecillas de un reloj de pared al avanzar, hasta que Adriana se decidió a hacer algo. Se acercó a él con la cabeza gacha y, al llegar a su altura, trató de cogerle las manos.

—Lo siento mucho —se disculpó, mientras él se apartaba del contacto y miraba al frente.

Su carácter calmado había desaparecido. No contestó nada. Estaba rígido.

—Lo lamento de verdad, Hugo —repitió—. No voy a parar de decírtelo hasta que me creas.

—¿Te dijo él que me entretuvieras anoche, cuando nos acostamos? —No reconoció su voz temperamental, con fuerza, cargada de rencor, como si contuviese una garra que amenazaba con arañar.

—No sabía cómo actuar ni qué hacer. La situación me venía grande... —intentó dar explicaciones ella.

—¿Te dijo él que me entretuvieras anoche cuando nos acostamos? —reiteró la cuestión, severo.

—Sí.

—Comprendo.

—No, no lo entiendes. —Le agarró la cara para obligarlo a mirarla, pero no dio resultado. Hugo era más fuerte y estaba totalmente rígido, como una estatua de hielo—. Nunca he estado contigo porque él me lo haya ordenado. Te lo prometo. Todo lo que te he dicho y he hecho ha sido porque... ha sido porque...

¡ha sido porque te quiero!

Ahí estaban, dos palabras y ocho letras que hacía unas horas lo habrían hecho sentir el hombre más afortunado del mundo y que ahora no significaban nada.

—Joder, Hugo, estoy perdidamente enamorada de ti y deseaba contártelo todos los días. Pero no quería que te vieras involucrado o causarte problemas...

—¿Involucrarme? Si no querías que me viera involucrado, haberme apartado de tu lado de un manotazo el día que, en aquel capó de coche y bajo una tormenta que presagiaba que esto no iba a acabar bien, te entregué mi corazón. Tenías esa opción, pero fuiste egoísta. Elegiste hacer que perdiera la cabeza por ti y, a cambio, ni siquiera confiaste en mí.

»Has tenido miles de oportunidades de decírmelo, ¡pasamos casi las veinticuatro horas del día juntos! En lugar de eso, en vez de ver que lo único que iba a intentar era ayudarte aunque me fuera la vida en ello, te aliaste con un ser despreciable como Iago.

—Fue un error y te juro que he aprendido la lección. Siempre contaré contigo para todo, tú eres mi vida, somos la ecuación matemática de un nosotros...

—No, eso se ha acabado. —Se mostró inflexible—. Tu traición ha enterrado todos mis sentimientos de manera rotunda y definitiva.

Ver las naves convertidas en un laboratorio para tratar las sustancias estupefacientes conmocionó a Adriana. Toda la inocencia de su infancia, plagada de juegos entre los viñedos de la finca, se había evaporado al observar lo que ella misma había ayudado a construir.

Iago caminaba entre los diferentes espacios, mostrándole orgulloso su obra. Tenían todo lo necesario para tratar la cocaína: una prensa hidráulica de gran tamaño, moldes para la elaboración de los paquetes, una envasadora al vacío industrial, un horno, mascarillas industriales, cintas de precinto, cribas de grandes dimensiones, coladores y barreños.

La primera entrega de la operación había llegado. Diez personas estaban allí para transportar, cada una en un medio de transporte diferente, un paquete de un kilo de *fariña* hasta A Coruña, O Salnés, Ferrol, Ribadumia y Santiago de Compostela. Ése era el primer movimiento que estaban organizando cinco cabecillas de la organización, bajo el mando de Iago. Éste tenía que dar el visto bueno a todos los integrantes de la extensa red de distribuidores. Era el rey, el Dios del narcotráfico, tal como él mismo se había definido, sobre todo hasta que llegase el segundo cargamento, que se adivinaba más comprometido, con una cantidad superior y con la presencia del que ahora Adriana sabía que se hacía llamar Puñal, uno de los delincuentes más buscados a nivel internacional.

Sintió los nervios y la presión del pequeño dispositivo de escucha, que llevaba adherido al estómago, cuando Iago dio el primer dato que supuso que podía interesar a los policías que estaban escuchando sus conversaciones.

El laboratorio clandestino en el que trataban y cortaban la droga con el fin de conseguir más dosis y sacar mayor beneficio económico con su venta, equivalía, en cada una de las mesas desplegadas, a más de sesenta y cinco mil dosis, miles de familias a las que se les destrozaría la vida por hijos, maridos, hermanos o amigos que cederían ante el polvo blanco sin medir las consecuencias propias y ajenas.

Instintivamente, rozó el micrófono para asegurarse de que seguía en su sitio. Sentía auténtico pavor. No es que fuera cobarde, pero no estaba preparada, y mucho menos entrenada para saber cómo se debía comportar un agente encubierto. Las pocas nociones que tenía se las había proporcionado Rubén. Pero eran pocas, muy superficiales e insuficientes. Se sentía como un ratón que corría detrás del gato, esperando a que éste se percatase de su presencia y lo atrapase entre sus zarpas.

Pero no tenía otra opción. Desde hacía semanas era una marioneta movida por las manos de diferentes titiriteros. Un medio para alcanzar un fin en el que nadie reparaba. Su opinión no importaba, sólo quería dismantelar el laboratorio, conseguir detener a Puñal y que el fiscal pidiese el máximo de años posible, según le había explicado Rubén, para los dueños del mayor alijo de droga de las Rías Baixas y quién sabe cuántos más para Puñal y los hombres que lo acompañasen.

De hecho, primero tenían que decidir qué país lo juzgaría. Pese a que la policía española se apuntaría el tanto, se coordinarían con los cuerpos de otros países para tratar de llevarlo al lugar donde el peso de la ley cayese con más contundencia sobre las espaldas del colombiano.

Adriana estuvo tensa, casi conteniendo la respiración, hasta que salieron fuera y de nuevo se encontró en libertad, con una difusa sensación de seguridad al ver la pequeña furgoneta de jardinería parada en el aparcamiento y que sólo ella sabía, o eso esperaba, que estaba repleta de silenciosos policías que asaltarían el laboratorio cuando fuese necesario.

Rubén había tratado de tranquilizarla diciendo que todo estaba bajo control. Sabían las ubicaciones exactas del primer cargamento y no actuarían hasta que llegase el segundo y pudiesen destrozar la red desde los cimientos. Sin embargo, le había asegurado que no permitirían que nada malo le pasase y que, si su vida peligraba, se descubrirían. También le había prometido que buscarían a Olivia y esperarían a tenerla sana y salva, vigilada en dependencias policiales, antes de mover ficha en la complicada y astuta partida de ajedrez que se estaban disputando a vida o muerte.

Durante todo ese tiempo, Adriana había buscado sin cesar, casi suplicando, el apoyo de Hugo. Su templanza, un abrazo o una sola palabra de ánimo surgida de su boca la habrían ayudado a soportar toda aquella presión. A buscar el coraje y la valentía que sabía que tenía y que estaban escondidos en algún rincón, para enfrentarse a los días que tenía por delante, tal vez los últimos si la descubrían.

Pero todo rastro de cariño había desaparecido de él. En su lugar, se topaba una y otra vez con una capa de rencor, orgullo y resentimiento por su traición que la destrozaba. Se reprendía a sí misma por darle más vueltas a la forma de obtener su perdón que a buscar ideas y estrategias para lograr sobrevivir a algo que, sin lugar a dudas, le venía demasiado grande, enorme.

Con su vestido granate de tirantes anchos y falda de tablas se sintió como Caperucita Roja paseando con el lobo, esperando a que éste abriese la boca y la atrapase entre sus fauces.

Iago se apoyó con aire despreocupado en la furgoneta y Adriana contuvo la respiración. Llevaba todo el rato dirigiendo miradas furtivas para ver si el vehículo se movía, aunque fuese de una manera leve y fugaz, y no lo había hecho. Los cristales estaban tintados y ni ella misma podía vislumbrar el interior, pero aun así el miedo la dejó paralizada.

Si Iago averiguaba lo que estaba sucediendo, no se entregaría dócilmente. Llamaría a sus hombres y comenzaría un tiroteo en el que no sabía cuál de las dos partes saldría vencedora. De nuevo pensó en Hugo. No podía estar segura de si él estaba dentro o no, pero en el caso de que así fuera, Adriana no podría huir, protegerse del fuego cruzado, como le había aconsejado Rubén que hiciera, mientras no se asegurase de que Hugo estaba a salvo. Y ése sería su trágico final, alcanzada por alguna bala.

—Te invito a tomar algo —dijo Iago, al que le estaban saliendo unas pecas alrededor de la nariz y las mejillas, después de pasar el día exponiendo su piel canela al sol.

Hasta entonces, Adriana había sido una buena compañera y, dentro de lo que su carácter le permitía, se había mostrado bastante amable.

—No te pongas a la defensiva —añadió él al ver que se tensaba, aunque no era por su proposición, sino porque quería marcharse de allí rápido. Antes de que en el interior de la furgoneta alguien hiciese cualquier ruido que sus expertos oídos captasen—. Los socios suelen tomarse alguna cerveza juntos, es sólo eso. No hay truco.

—Está bien —accedió. Tal como le había dicho Rubén, tenía que propiciar quedarse a solas con él, lograr que se abriera y conseguir la información que necesitaban. Una tarea bastante complicada con alguien que vivía encerrado en una caja fuerte para la que no existía llave—. Pero yo elijo el sitio.

Tenía que ser un lugar abierto. Nada de su yate o espacios en los que pudieran inhibir las frecuencias. A poder ser con mucha gente, para que los agentes infiltrados pasasen desapercibidos.

—Nunca le llevo la contraria a una mujer con iniciativa.

Se dirigió a su coche. Su «discreto» Ferrari rojo pasión, que lo convertía en el centro de atención de la carretera. Adriana se abrochó el cinturón de seguridad y suspiró, le daba pánico la conducción veloz de Iago. Cerró los ojos para por lo menos no ver todas las infracciones que éste cometía y los múltiples posibles accidentes que casi provocaba.

—Deberías abrirlos. Te estás perdiendo una magnífica puesta de sol.

Salieron de la finca derrapando, con el sonido del motor invadiendo la tranquilidad de la naturaleza.

—Prefiero no ver todas las veces que casi nos matamos y, si al final ocurre y nos estrellamos, por lo menos no me enteraré ni sufriré.

—No creo que sea eso lo que quieras.

—¿Y tú qué sabes de lo que quiero yo, Iago?

—Quieres a tu hermana.

—Aparte de lo obvio, se me olvidaba añadir —respondió seca a su intento de bromear con la vida de Olivia.

No entendía su humor. ¿Es que acaso el día que le quitaron el alma le desapareció también cualquier rastro de empatía? Ellos no eran dos amigos que salían a tomar una caña para hablar de sus vidas. No, él era el hombre que había secuestrado a su hermana y la estaba extorsionando a ella. Y, por alguna extraña razón que se escapaba a su entendimiento, daba la sensación de que Iago lo olvidaba en innumerables ocasiones.

—Hay dos tipos de mujeres. Las que viven con miedo y las que se entregan a la vida. Tú, mi querida Adriana, perteneces claramente al segundo grupo. Lo veo en el fuego de tus ojos, en la pasión de tus palabras y la ferocidad con que te enfrentas a mí a pesar de que deberías estar temblando ante lo que te podría hacer si un día se me nubla el juicio.

Adriana lo miró para ver si era sincero o estaba con alguno de sus juegos. Iago sujetaba el volante con firmeza, conduciendo de manera muy masculina, recostado en el asiento del lujoso coche.

—¿Sabes lo que impide a las primeras sentirse plenas?

—No, pero imagino que tu faceta filosófica tendrá la respuesta.

—Los límites.

La miró sin prestar atención a la carretera y ella se agarró al asiento. Venía una curva muy pronunciada y temía que salieran despedidos al vacío. Gritarle no habría servido de nada, así que confió en que supiera cuándo girar.

—El mayor de ellos es el temor a la muerte. Nos preocupa y huimos de todo con tal de no enfrentarnos a ella. Como hacías tú hace un minuto, cerrando los ojos, ignorando lo que nos proporcionaría un placer descomunal si no tuviéramos tanta necesidad de sentirnos a salvo, de envejecer, de sumar años, aunque eso no signifique que hayamos vivido más.

—¿Y si abro los ojos antes de un accidente habré tenido una vida más plena?

—No, no seas absurda. No finjas no entenderme porque hacerlo te haría sentir sucia. Estar de acuerdo con un criminal que ha asesinado delante de tus propios ojos debe de ser todo lo contrario a la moralidad que te han enseñado. No, me refiero a que si te enfrentas a la muerte con los ojos abiertos, verás lo hermosa que es y ya no le tendrás miedo.

Adriana ya se estaba viendo caer por el barranco, cuando Iago enderezó el coche.

—Ya no eres una más del rebaño, ahora sabes una verdad.

—¿Cuál?

—Que incluso la persona que más desprecias en este mundo es capaz de regalarte alas. Has mirado a la muerte sin parpadear ni darte cuenta mientras hablábamos, ahora no temerás el día que ésta te llegue, porque es algo natural, el final irremediable de un ciclo que dota de sentido a la vida, y entonces serás libre.

Era cierto. Por un momento, la preocupación había desaparecido.

—¿Adónde vamos? —preguntó Iago.

Adriana le indicó una zona de ocio en el paseo marítimo, junto al puerto deportivo, en el entorno del bello parque y jardines de Miguel Hernández. Era un gran espacio recreativo en el que ella había pasado muchas horas tomando copas al atardecer, o viendo una película en los cines que se encontraban en el

centro comercial abierto. Entre los locales había pubs, coffee shops, restaurantes y hasta un McDonalds donde acudía en su juventud. Aunque fuera una tontería, ver la M del gigante norteamericano en el centro comercial la tranquilizó.

Era todo tan normal y rutinario que, mientras se encaminaba hacia la terraza del Café Pub Harbor, olvidó por un momento por qué estaba allí.

Unas mujeres que subían en la escalera mecánica se volvieron al ver pasar a Iago. Su ropa blanca hacía resaltar su piel cobriza y acentuaba sus ojos, que ese día eran verdes. Era como una bombilla que atraía a las polillas con su luz para luego quemarlas.

Al llegar al bar se sentaron en la terraza. La iluminación era tenue y el hilo musical, con una melodía celta, relajante. Escogieron un sofá blanco con vistas al puerto, alejado de los diferentes grupos y familias, que, ocupando los taburetes rojos del local, veían las reposiciones de partidos de fútbol en la pantalla plana, disfrutando del aperitivo.

Unas nubes teñidas de rosa acompañaban al sol en su suave descenso, para dar paso a la noche. Las vistas eran espectaculares. Adriana pensó que si estuviera sentada con otra persona, el aura romántica la habría impregnado. Le habría gustado acariciar las manos de Hugo sobre la mesa y compartir confidencias mientras aquel amor que sentía en todo su cuerpo se hacía cada vez más grande. Sin embargo, la vida no era justa y su acompañante no se correspondía con su deseo.

—¿Qué quieren tomar? —preguntó la camarera, con su libreta de mano, agobiada al ver que cada vez entraban más clientes. Preocupaciones que se esfumaron al reparar en Iago y quedar encandilada con su belleza.

—Una Estrella Galicia. —Las burbujas de su cerveza favorita la ayudarían a templar su inquietud.

—Que sean dos —dijo Iago.

Adriana comenzó a analizar su entorno en busca de alguno de los agentes encubiertos que supuestamente la protegían, pero las personas que los rodeaban no parecían sospechosas. Y así debía ser. Si ella era capaz de distinguir a un secreta, Iago lo haría también y eso no le convenía.

La camarera regresó a los pocos minutos, sonriéndole a él con descaro, y dejando en la mesa los botellines, que tenían una fina capa de hielo alrededor, junto con un plato en el que había una succulenta tortilla de patatas y un par de costillas de churrasco de ternera asada.

Adriana volvió a centrar su atención en Iago y descubrió que éste la miraba fijamente, como si estuviera intentando penetrar en su interior para analizarla.

—Estás nerviosa. ¿Por qué? —preguntó con un aire suspicaz que la hizo ponerse alerta.

—¿Por qué? Debe de ser una broma... —ironizó y bebió un sorbo de cerveza antes de añadir—: Siempre estoy alterada contigo, Iago. Nunca paso tiempo a tu lado por placer. Lo hago porque tienes a Olivia encerrada Dios sabe dónde y me chantajeas con su integridad.

»No me puedo relajar sabiendo que alguien que se autodefine como abiertamente inestable tiene la vida de mi hermana en sus manos. ¿Cómo quieres que no esté nerviosa? Ésa es la pregunta.

—Tranquila, ya queda poco, nena.

El micrófono le apretó las costillas, recordándole que Hugo podía estar escuchando y confundiendo la intimidad con que Iago se dirigía a ella.

—No me llames así. —Se puso seria.

—¿Cómo? ¿«Nena»? —Despacio, se apoyó en el respaldo y dio un sorbo a su cerveza.

—Sí, yo no te he dado permiso para ello.

—No estoy enamorado de ti —soltó él sin venir a cuento—. No quiero iniciar una absurda y prohibida relación, ¿entiendes? Te lo aclaro para que no confundas términos. Te llamo «nena» porque es una coletilla, un sobrenombre familiar que utilizo con las mujeres que me rodean. No hay nada de

especial en ello, así que no te debería molestar.

—Preferiría que dejaras de hacerlo —insistió Adriana.

—Lo intentaré, pero no puedo prometerte nada. Años de costumbre luchan contra tu petición. —De nuevo se echó hacia delante para poder tenerla más cerca—. Por si acaso, quiero dejar un punto claro. No soy el hombre que se redime al enamorarse de la joven indefensa y especial. No, Adriana, no intentes ver en mí lo que no existe. El príncipe torturado que cambia y se hace dócil ante una mujer a la que le entrega su alma sólo existe en la enfermiza fantasía colectiva. En la realidad, ese monstruo de las tinieblas acabaría consumiéndola hasta matarla o profanar su espíritu puro. —Se pasó la mano por el mentón de su mandíbula cuadrada, meditando y luego añadió—: Sin embargo, reconozco que despiertas mi curiosidad. Eres para mí un enigma que me llama la atención.

—¿Enigma? Tú no me conoces en absoluto...

—Sé más cosas de ti de lo que crees. El azar no me llevó a tu lado, yo te seleccioné. Te elegí porque sabía que tu capacidad de sacrificio llegaría hasta tal punto que arriesgarías tu vida por salvar la de tu ingrata y mimada hermana.

»Puede que te parezca que actuaste lógicamente, y tal vez así sea, pero te garantizo que una vida entera codeándome con la peor calaña y con aquellos que se autodenominan altruistas y bondadosos me ha demostrado que pocas personas se habrían entregado de la manera que tú lo hiciste. No tuviste ni que pensar para comprometer tu libertad.

—¿Cuándo la podré ver? —soltó de repente, probando si había llegado a ese punto en que Iago le confesaría ese dato tan importante.

—Un consejo, si quieres obtener información, empieza con alguna pregunta ligera, sin importancia, que rompa el hielo y facilite el camino para lo que verdaderamente te interesa.

Adriana asintió, mientras Iago se pasaba la lengua por el labio inferior, divertido, sin la tensión ni la profundidad con que hablaba minutos antes.

—¿Cómo empezaste en esto?

—Aunque resulte irónico, empezar a traficar fue la última buena acción de mi vida. Un inicio noble antes de la atractiva corrupción.

Esperó que añadiese algo, pero de inmediato supo que no lo haría.

—¿Nunca has pensado en dejarlo?

—No. Y no lo haré hasta que muera y pague mis delitos en el infierno, con mi entrada directa a sus profundidades. Toda una vida no sería suficiente para redimir mis actos.

—¿Te arrepientes de algo que hayas hecho?

—La culpabilidad es un interruptor que apagué hace mucho tiempo y no lo volveré a encender. Después de tanta maldad, si lo hiciera sería insoportable, me fulminaría como un rayo, en el acto.

—¿Ni tan siquiera asesinar a sangre fría?

—No. —Negó sin ningún ápice de duda—. El hombre del otro día, por el que deduzco que preguntas, era un traficante...

—Como tú... —le recordó ella.

—De personas. Habitualmente no mato a gente con un currículum impecable. No malgasto mis tiros en misioneros o hermanitas de la caridad, pero eso no hace que sea menos asesino ni me justifica.

—¿Por qué nunca has dejado que alguien te bese? —Esta vez fue ella la que se apoyó en los codos y se inclinó hacia delante. Tenía verdadera curiosidad por ese dato.

—Mis labios no son míos, no me pertenecen.

Iago trataba de mostrarse relajado, pero Adriana distinguió una sombra fugaz y oscura que le tensó el semblante.

—¿Y no te pertenecen porque...? —lo instó a continuar.

—Mi palabra es lo único que tengo, nena. —Volvió a llamarla de esa manera, pero Adriana no lo interrumpió para quejarse. Quería que continuase—. Y las promesas son eternas. Ésas son las dos únicas frases que te puedo decir. No me gusta contar historias nostálgicas que arrancan un suspiro e inundan los ojos de lágrimas... para eso ya están los chicos como tu escolta. Hombres que os abren el corazón y os seducen con sus miserias y sus almas torturadas, cuyos sentimientos sólo podéis encauzar vosotras.

Adriana quería seguir indagando, pero vio la oportunidad. Iago, el hombre sin corazón y con una coraza de acero, ahora parecía vulnerable y no tendría otro momento para atacar y conseguir la información que Rubén, Hugo y los demás policías necesitaban.

—¿Cuándo podré ver a mi hermana? —insistió, pillándolo desprevenido, sumido en un pasado que lo atormentaba.

—Más pronto de lo que te imaginas. Esta misma semana.

El corazón de Adriana dio un brinco. Por lo menos la agonía de la espera, fuera lo que fuese lo que pasase, no sería muy larga.

—Ese mismo día recibiremos una visita muy especial —añadió él.

A su cabeza acudió el nombre de Puñal. Imaginó a Rubén excitado, montando todo el operativo para estar preparados.

—Y cuando todos los cabos estén atados y en su sitio, Olivia será libre para acudir a tu lado.

—¿Por qué debería creerte?

—Ya te lo he dicho. Mis promesas son eternas.

Por un segundo, al ver el dolor con que pronunciaba esas palabras, le dio lástima. Un hombre que se prohibía a sí mismo sentir la calidez de unos labios sobre los suyos por un juramento no podía ser tan malo, se dijo. Sin embargo, recordó todo lo que había vivido y lo que le quedaba por vivir con él y se arrepintió de, por un instante, haber deseado consolarle.

Adriana había conseguido su objetivo y estaba deseando volver a la tranquilidad de su pazo. Sólo entre aquellas cuatro paredes volvía a tomar el control de su vida, era normal.

Iago se ofreció a pagar y ella accedió. Hasta que lo vio ponerse de pie, Adriana no se dio cuenta de que se quitaba un peso de encima: la mirada inquisitiva de él observando cada uno de sus movimientos con interés.

Llamar la atención del diablo sólo podía tener consecuencias nefastas.

Lo peor era que tenía una de esas miradas que acariciaban.

Al ver cómo las mujeres del resto de las mesas lo admiraban con disimulo, pensó lo cierto que era que en la naturaleza las cosas más hermosas eran salvajes, indomables y peligrosas.

Seres que ejercían una especie de atracción sobrenatural sobre el resto, incitándolos a aproximarse para quitarles lentamente la vida. La llamada de una sirena capaz de destrozarse todo un navío o del hermoso pulpo de anillas azules y colores llamativos, mortalmente peligroso, cuyas neurotoxinas paralizaban instantáneamente a quienes, asombrados por su belleza y aparente fragilidad, deseaban verlo de cerca.

Sin embargo, si quería hacer un símil de Iago con uno de los animales más letales del planeta era, sin lugar a dudas, la mamba negra. Una especie de serpiente única, oscura, tenebrosa, que sólo unos cuantos habían sido capaces de observar desde la lejanía y los que se habían acercado habían recibido su ataque mortal. Una de las criaturas más temidas, extremadamente rápida y que atacaba sin ninguna provocación.

Por este motivo, lo único que deseaba Adriana era escapar antes de sentir sus colmillos desgarrando su piel, quitándole la vida.

La posibilidad de domesticar a alguien así era nula, imposible, inviable, una pérdida de tiempo.

Notó su mano en la cintura. No tuvo tiempo de oponerse, cuando le acarició el lóbulo de la oreja con los labios. Su cálido aliento desprendía un olor a la exótica pitahaya, o fruto del dragón, como Iria lo había llamado el día que le había dejado probarlo, mezclado con el salitre de la brisa marina. Una fragancia proveniente del mar abierto, del océano sin tierra a la vista, que Iago transmitía a quien lo olía, una sensación de libertad plena y absoluta.

—Nos están siguiendo —susurró y Adriana se puso alerta.

Los había descubierto.

La guió hasta salir en la siguiente calle aledaña, un callejón estrecho con la única iluminación de una farola, cuya bombilla parpadeaba. La atrapó contra la pared de piedra gruesa, cubriéndola con su cuerpo. La sorprendió notar los latidos de su corazón contra su pecho, que subía y bajaba acelerado. Había dado por sentado que su afirmación de que carecía de este órgano era verdad, pero ahora se lo estaba notando, palpitaba contra su propia piel, hasta acompasarse con el suyo propio.

—Eres un paranoico. —Trató de quitarle hierro al asunto.

Necesitaba que se tranquilizara y salir de allí antes de que viera a ninguno de los policías que los estaban siguiendo.

Repentinamente, le colocó un dedo índice sobre los labios, obligándola a callarse. Debió de interpretar mal los temblores que le entraron y añadió:

—Estás conmigo. Nadie te hará daño a mi lado. —Y con delicadeza y suavidad recorrió la línea de su labio inferior, acariciando cada milímetro mientras en su cara asomaba una expresión de duda—. Nunca —sentenció, apretándose contra ella y sujetándole de manera inesperada la cara de un modo íntimo.

Los tres segundos que siguieron a Adriana le parecieron una eternidad en la que Iago miraba confuso su boca. Lo vio apretar los músculos de la mandíbula para apartar la atención de ese punto de su rostro.

Antes de que le diera tiempo a añadir algo más, se oyó el eco de unos pasos en el callejón.

—Aquí viene —anunció Iago, para lanzarse sobre el hombre como si fuera un guepardo a punto de cazar una nueva presa.

Adriana cerró los ojos para no ver lo que vendría a continuación. Apretó los párpados con fuerza y, como pudo, se agarró a la pared para no desvanecerse. No quería ni imaginarse lo que le haría a ella, y mucho menos a Olivia, cuando averiguase que lo había traicionado. Le vino a la memoria la cara de decepción y profundo dolor de Hugo. No, Iago no tendría piedad. La desgarraría y la torturaría hasta que suplicase que acabase con su vida.

—Putas con suerte... —oyó que mascullaba una voz familiar.

Cuando se volvió, se dio cuenta de que el hombre sobre el que Iago se había abalanzado no era otro que Rodrigo, que ahora tenía la boca partida y escupía sangre.

—Vuelve a llamarla así y te juro que te cortaré la lengua y te obligaré a comértela. —Tiró del brazo que le sujetaba a la espalda. Parecía que tuviera el hombro dislocado y aun así el exnovio de Valeria iba tan colocado que no parecía notar el dolor.

—Algún día te encontraré sola, sin polis, y...

—Yo no soy un poli —le espetó Iago, despectivo—. Y tus amenazas sólo hacen que sienta ganas de colocar tu cabeza sobre el bordillo y pisarla hasta reventártela. Es más, no veo nada que me lo impida.

Tiró del joven, que, en esos momentos, ya estaba aterrorizado al ver que el hombre que tenía delante no era un ser tranquilo ni racional, como Hugo, sino una bestia salvaje capaz de arrancarle las entrañas por mirar mal a los suyos.

La vida de un delincuente solía acabar el día en que se enfrentaba con la persona equivocada y Rodrigo acababa de dar el paso que lo llevaba directamente a la tumba. Fue a suplicar clemencia, pero de un puñetazo Iago le destrozó la mandíbula.

En el preciso instante en que su cabeza rozaba el bordillo, Adriana se apresuró a acudir a su lado.

—¡No! —gritó con la voz desgarrada, tratando de detenerlo sujetándole el brazo.

—Lleva días acechándote. Tengo oídos en todos los suburbios y te aseguro que el futuro que te tiene planeado se merece una muerte más dolorosa que la que le voy a proporcionar.

—No dudo de tus palabras. —Habló deprisa, conteniéndolo—. Pero ésta no es la solución. Avisaré a la policía. Lo detendrán. Haré las cosas bien. El ojo por ojo no casa conmigo, Iago. ¡No podría soportar cargar con la muerte de nadie en mi conciencia! Aunque sea una basura como él...

—¿Cargar con la muerte en tu conciencia? ¿Acaso eres tan inocente que no sospechas lo que él haría contigo de encontrarte sola?

—Pero ¡no lo haré! Iré con Hugo, siempre voy con él.

—No me arriesgo. —Levantó la pierna y Adriana se interpuso entre ambos.

—¡Para, por favor!

—Sólo te lo diré una vez, apártate.

—¡No! —Se encaró con él con la adrenalina a tope—. Sé manejar mis asuntos, sé controlar mi vida y, sobre todo, sé que no quiero que un matón solucione mis problemas empleando la fuerza.

—¿Tan difícil te resulta comprender que no dejaré que nadie te haga daño? ¿Que haré lo que sea necesario para mantenerte a salvo?

—¿Y eso me lo dices tú? —Elevó las manos al cielo—. ¡Tú eres la persona que me está destrozando la vida! Si quieres eliminar de la faz de la Tierra a todo aquel que me consume, coge tu pistola y pégate un tiro entre ceja y ceja, porque tú, Iago Maneiro, eres quien está haciendo que mi mundo se derrumbe.

Sabía que no debía enfadarlo, pero ya no podía parar.

—Eres el responsable de cada lágrima que he derramado estas últimas semanas y he llorado más que en toda mi vida. Has dicho que eres un hombre de palabra, ¿no? Entonces, hazlo, ¡quítate de en medio y deja que este pobre desgraciado se largue! Tú eres mi enfermedad, mi cáncer, el tumor que quiero extirpar.

Los dos se miraron en silencio. Adriana acababa de quitarle la anilla a una granada que estaba a punto de estallar. Pero no tenía miedo.

—Si no lo haces por las buenas, será por las malas.

Y sin decir nada más, la cargó como si fuera un saco de patatas y la llevó al otro lado.

Rodrigo intentó huir, pero sus reflejos mermados por la droga se lo pusieron demasiado fácil a Iago, que lo alcanzó de un par de zancadas y lo arrastró de nuevo contra el bordillo.

—Tu reacción no es muy inteligente. —Trató de convencerlo Adriana con otra táctica, pensando a toda velocidad.

—Cállate, nena.

—Si lo matas habrá investigaciones. Puede que den contigo. No sabes si hay cámaras que nos hayan grabado, si has dejado alguna huella, no tienes la situación bajo control. Estás a una semana de conseguir tu meta, ¿de verdad quieres jugártela por una mujer de la que ni siquiera estás enamorado? ¿Antepondrás mi seguridad a tu ambición?

Había tocado el botón justo. Puede que Iago quisiera salvarla para que lo ayudara a introducir la cocaína, pero no querría que Rodrigo fuera una pieza suelta que se pudiera entrometer en su camino. Era muy inteligente y, tras las palabras de ella, se había dado cuenta de que todo se podía venir abajo si cedía a sus instintos y acababa con el drogadicto allí mismo, sin un plan establecido.

—Vete. —Lo dejó libre y Rodrigo corrió hacia la luz de la calle principal—. Recuerda que como te vuelvas a acercar, no habrá nadie que pueda detenerme —añadió, mientras el otro doblaba la esquina.

Adriana estaba segura de que había captado el mensaje y no volvería a molestarla por temor a las represalias.

—Y tú Iago —la señaló directamente a ella— no vuelvas a entrometerte en mis asuntos ni en mis decisiones. Y mucho menos afirmes nada sobre mí. Eres una ignorante que no sabe ni la mitad de esta historia. Créeme cuando te digo que estamos conectados y que lo que más te conviene es que yo viva hasta que todo esto termine.

Iago estacionó su lujoso Ferrari en la rúa A Mariña, un barrio pesquero y humilde de Carril, donde el vehículo desentonaba totalmente.

—Creía que te había dicho que me llevases a casa —dijo Adriana, caminando detrás de él.

Iago seguía alterado y, con la sangre hirviéndole, era difícil seguirle el paso.

—Eso has hecho. Lo que no sé es por qué supones que voy a obedecer tus órdenes.

Rodearon la lonja, que a esas horas de la noche estaba vacía, sin el bullicio que se organizaba entre aquellas cuatro paredes antes del amanecer, cuando subastaban el pescado y el marisco.

—Había dicho en casa que llegaría pronto y... —Intentó poner alguna excusa convincente para regresar, pero Iago no le permitió terminar la frase.

—No, no vuelvas a intentar manipularme como has hecho en el puerto. He pedido información sobre el imbécil ese y cada vez estoy más convencido de que tenía que haberle aplastado el cráneo.

Era cierto. El móvil no le había dejado de sonar en el breve trayecto y con cada nueva ojeada al teléfono, Iago aferraba con más fuerza el volante.

—¿Sabes lo que es un psicópata?

—Sí.

—Pues el hombre al que has salvado es un jodido narcisista sádico. ¿Eres consciente de lo que hace desde que tu hermana drogadicta cría malvas?

—No, las dos veces que he coincidido con él no hemos tenido tiempo suficiente como para ponernos al día de nuestras actividades. El pobre tiene suficiente con insultar la memoria de Valeria y amenazarme a mí —contestó con sarcasmo.

Por primera vez no le molestó que Iago se refiriese a su melliza llamándola «drogadicta». No creía que lo hiciera para ofenderla, sino porque le gustaba decir las cosas por su nombre, sin temas tabú y sin maquillar la realidad.

—Tú eres una afortunada. Las prostitutas sin papeles ni familia que pueda percatarse de su desaparición, no tanto. Ese colectivo tan débil está sufriendo la ira contenida de un hombre mentalmente inestable. Rodrigo busca a chicas de rasgos similares a tu hermana y, tras convencerlas de que le permita atarlas para realizar juegos sexuales por un extra en el precio, las golpea sin control, las estrangula hasta el límite entre la vida y la muerte y, cuando están desmadejadas, sin poder andar con el sexo desgarrado, las tira en la primera cuneta que encuentra.

Llegaron al paseo. Bajo la luz de las farolas, Adriana vio que Iago, el narcotraficante que ella creía que era como el mismísimo diablo, censuraba con expresión angustiada la actitud de Rodrigo de manera contundente.

—Si lo hubiera matado, le habría hecho un favor al mundo. Está evolucionando con mucha rapidez. Cada vez ataca en períodos más cortos de tiempo y llegará un día, puede que la semana que viene o dentro de un año, que maltratarlas no será suficiente y comenzará a asesinarlas para satisfacer su propia

fantasía de enfermo.

»Además, el cabrón es inteligente. Sabe que muchas mujeres provienen del tráfico sexual de seres humanos y que sus documentos están en manos de las mafias. Sin contactos con sus allegados, son invisibles para la sociedad y una presa fácil para un desequilibrado.

—Si todo lo que me estás contando es cierto, deberíamos avisar a la policía. —Se alarmó. Nunca había sospechado que Rodrigo pudiera tener ese instinto criminal.

—¿Todavía eres de esas ingenuas que creen que la justicia es igual para todos? —Se detuvo en la esquina que comunicaba la zona pesquera con la playa de Compostela—. Adriana, el padre de Rodrigo está podrido de dinero y los billetes son actualmente los mejores abogados. Un buen fardo puede convertir al culpable en inocente en un abrir y cerrar de ojos. No, me fío más de que Antón, el chulo de algunas de las agredidas, sea el que le aplique el veredicto de un juicio independiente de las autoridades, pero con más honestidad y conciencia de las que tendrá el señor de la toga. La justicia de la calle es en la única que confío, sin filtros, sin tener que contentar a una sociedad que nunca está conforme, aplicando la verdadera ley.

—¿Y qué le hará el tal Antón?

—Si Rodrigo no huye y se esconde bien, supongo que acabará con su apestosa vida.

Ambos se detuvieron. Desde donde estaban se veía el puerto con Vilagarcía al fondo y la isla de Cortegada. La temperatura era buena y los habitantes de Carril y los turistas habían salido a pasear. Grupos de jóvenes corrían haciendo deporte por la orilla, las ancianas paseaban a sus minúsculos pero ladradores perros y las familias se sentaban en los bancos libres para explicarles a los más pequeños cómo se mariscaba en la zona.

—Un acto muy heroico el de ese amigo tuyo. Salvar a las mujeres para luego explotarlas y obligarlas a prostituirse.

—Nunca me he referido a él como mi amigo. Nadie que viva de delinquir en la calle está libre de pecado. A todos nos llega nuestro momento, sólo hay que esperar. —Apoyó los brazos en la barandilla para mirar a los mariscadores, que, con la marea baja y sin apenas agua, faenaban recogiendo almejas, ante la atenta mirada de multitud de curiosos—. Ven, quiero enseñarte una cosa.

En la esquina de Carril con el paseo marítimo de la playa de Compostela estaba el moderno bar Loxe Mareiro, una construcción de piedra con una terraza con pequeños taburetes de madera blanca. Parecía lujoso, el tipo de sitio que le gustaba frecuentar a Iago. Adriana iba a sentarse, cuando vio que éste se quitaba los zapatos y se internaba en la arena.

—¿Adónde vamos? —le preguntó al llegar a su lado.

—A recorrer mi infancia. Hace demasiado tiempo que no lo hago.

Antes de que pudiera preguntarle por qué quería que ella lo acompañase, Iago la cogió en brazos.

—Los cristales rotos no son lo único que puede cortar tus delicados pies. El suelo está repleto de objetos punzantes que sólo los mariscadores sabemos evitar.

La marea estaba tan baja que se podía cruzar el terreno que separaba la ciudad del parque nacional de las Islas Atlánticas andando. Por el camino, hombres y mujeres faenaban sin descanso para poder vender su mercancía a primera hora en la lonja.

—¿Alguna vez has trabajado aquí? —preguntó Adriana entre sus brazos.

Los mariscadores se volvían a su paso con una idea equivocada. Vistos desde lejos parecían la estampa de una pareja feliz que buscaba intimidad entre las sombras de la noche.

—Yo no, pero mi padre era mariscador. También lo fue la pobre de mi madre, una cubana exiliada en Santiago de Compostela, que creyó que le había tocado la lotería al conocerle. Sin embargo, el premio fueron unos dolores de espalda insoportables después de faenar sin parar.

»Era una mujer espectacular, la más bonita que he visto en mi vida. Cuando yo le preguntaba si no se arrepentía de su decisión de entre todos los hombres haber elegido a mi padre, se echaba a reír a carcajadas y decía que había hecho lo correcto. El amor era la mejor de las fortunas, me aseguraba.

—Parece una mujer muy inteligente. Lástima que los hijos no hereden los mejores rasgos de sus padres —bromeó Adriana, todavía sorprendida de que Iago le desvelase esos detalles de su pasado.

—Mi padre también decía que el dinero no daba la felicidad, la familia sí.

—Creo que ambos te estaban guiando hacia el camino correcto a base de buenos consejos.

—Como dice mi poema favorito de Antonio Machado, «Caminante, no hay camino, se hace camino al andar, son tus huellas el camino y nada más».

—¿Te gusta la poesía? —Enarcó una ceja. No se imaginaba a un hombre como Iago Maneiro inmerso en la lectura de Alberti, Cernuda, Bécquer, Góngora o Quevedo.

—Según tu estereotipada opinión, ¿un narcotraficante sólo puede hablar de droga, pensar en cómo delinquir y ver series de asesinatos? No, fuera de nuestra jornada laboral tenemos tiempo libre y, entre noches salvajes con mujeres bonitas y copas, también podemos abrir un libro.

Adriana asintió, sintiéndose un poco tonta por su pregunta.

—Como te iba diciendo, mi padre decía que el dinero no daba la felicidad, pero tampoco podía saberlo a ciencia cierta, ya que nunca había disfrutado de los lujos y la tranquilidad de poder poseer todo lo que quisiera a golpe de talonario.

—En este punto te equivocas, Iago, no todo está a la venta.

—Ya me estoy dando cuenta. —La miró y, con voz ronca, añadió—: Y eso me genera gran frustración.

Llegaron a la Cortegada, en el parque nacional de las Islas Atlánticas, y Iago, que parecía que estuviera buscando una excusa para seguir llevándola en brazos, finalmente la dejó bajar. No se internaron en la mayor extensión de laureles del sur de Europa, que se encontraba en el centro de la isla, sino que se quedaron sentados en la arena de la orilla.

—Yo vivía allí. —Le señaló un edificio del barrio de los pescadores, de color rojizo, con prendas y sábanas blancas tendidas en todos los balcones—. No tuve la infancia idealizada que nos muestra Hollywood, con ostentosas fiestas de cumpleaños y partidos de fútbol americano, pero estaba tranquilo, feliz. Todo se truncó un 25 de diciembre.

—¿Qué te ocurrió?

—A mí nada. Fue a mi padre. Teníamos un antiguo corral abandonado en la Illa de Arousa y decidió que el terreno sería mi regalo de Navidad. Por aquel entonces, yo no hacía más que repetir que de mayor sería director de una marisquería para turistas y él pensó que ése podría ser el espacio perfecto para ubicarla.

Adriana, que también quería abrir su clínica de desintoxicación en la Illa de Arousa, se percató de las casualidades que la unían con Iago, pero no comentó nada.

—Al llegar, encontró el terreno repleto de fardos de cocaína. Los narcos habían pensado que se trataba de una propiedad abandonada y habían dejado allí su mercancía. Tenía dos opciones: o callarse y fingir que no había visto nada o acudir a comisaría. ¿Tú que habrías hecho, nena?

—Denunciarlo, sin lugar a dudas.

—Y entonces acabarías muerta... Nadie pierde tal cantidad de dinero sin vengarse de ti o de tu familia. Todos tenemos puntos que nos hacen vulnerables.

Sonrió, pero no como el narcotraficante poderoso que lo hacía con suficiencia, sino como un hombre normal que estaba disfrutando de una conversación bajo el manto de las estrellas.

—Supongo que tú escogerías dar media vuelta y si te he visto no me acuerdo. Una elección segura y cobarde.

—Lo has adivinado, pero no creo que sea la reacción de un cobarde, sino de un superviviente. Mi padre, que no quería que nada malo nos sucediese, nunca habló del tema, hasta que un día la policía llamó a nuestra puerta para interrogarlo. Confesó que había visto el cargamento y que no lo había denunciado por temor a represalias. —La mirada se le nubló observando el edificio donde había pasado su infancia—. Pero el inspector era joven y un detenido por tráfico de drogas lo ayudaría a ascender. Metió a mi padre en la cárcel, dejó al auténtico narcotraficante en libertad y, a cambio, le colgaron una medalla en el uniforme.

—¿Recurrió?

—No, antes se me ha olvidado añadir un apunte a mi afirmación de que la justicia no es igual para todos y es que también es muy cara. No nos lo podíamos permitir. Nos habíamos planteado ahorrar durante un par de años para presentar la apelación, cuando nos dijeron que un preso lo había asesinado en el patio. Lo había confundido con un miembro de su banda rival y no lo pensó antes de rebanarle el cuello. Mi madre no lo pudo soportar y un par de meses después se fue detrás.

—Lo siento muchísimo. —Levantó la mano para consolarlo, pero se arrepintió en el último momento. Él, que estaba atento a todos sus movimientos, sonrió con amargura—. ¿Fue así como comenzaste en el mundo de las drogas?

—No, ya te he dicho que mi primer acercamiento fue el último acto noble de mi existencia. Algún día puede que te hable de ello, pero por hoy es suficiente. Lo de mi padre me mostró a qué parte del mundo quería pertenecer: el trabajador que se esforzaba día a día para ser una persona ejemplar y acababa bajo tierra, o el traficante de drogas que exprimía cada segundo como si esta vida fuera un sueño, y salía impune.

Los dos se quedaron en silencio, sólo se oía la radio que llevaba un mariscador, en la que sonaba *Siete vidas*,* de Antonio Flores.

Adriana, que tenía la mano apoyada sobre la arena, notó cómo la de él se movía hasta que los dorsos se rozaron.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —Se apartó.

—No lo sé, tal vez pensaba que hablarte de mi pasado haría que, por un día, dejases de mirarme como a un monstruo y te relajaras al ver que soy de carne y hueso, con mis propios tormentos de serie.

—No puedo cambiar mi opinión con respecto a ti —respondió ella y, aunque quería creer que lo que decía era cierto, su parte más altruista, esa que la obligaba a intervenir en los casos perdidos, se activó.

—Te esfuerzas por ayudar a todo el mundo excepto a mí, ¿es que acaso soy la única persona que conoces que no tiene salvación? —preguntó Iago.

—Eso dices tú. De tanto repetírmelo, he asumido que es verdad.

—También los drogadictos juran una y otra vez que no necesitan ayuda y tú les quieres dar una segunda oportunidad.

—¿Cómo sabes eso?

—Te he dicho que te conozco mejor de lo que imaginas. Contesta a mi pregunta, ¿soy el único ser humano que no merece tu compasión?

—No mientras tengas a Olivia.

El comentario le cayó a Iago como un jarro de agua fría.

—Así que ése es el problema... —susurró meditando.

—Sí, ese gran detalle que tú siempre menosprecias es algo que nunca podré olvidar y que se interpondrá en una hipotética relación cordial entre nosotros para siempre.

El aeropuerto internacional de Santiago de Compostela era el más cercano a Vilagarcía. Por este motivo, habían comenzado a desplazar efectivos hasta allí para intentar interceptar a Puñal antes de que llegase a su cita con Iago Maneiro.

Rubén estaba tan agobiado manteniendo su falsa identidad y a la vez coordinándose con los diferentes cuerpos de otros países que había necesitado la ayuda de Tomás para controlar la situación. Delegar demostraba para Hugo que, en caso de que finalmente se lo llevase con él a su equipo, sería un buen jefe.

El comisario de Vilagarcía le había ofrecido la posibilidad de que los acompañase en la vigilancia de Adriana mientras ésta estaba con Iago. Como el narcotraficante podía reconocerlo, su labor sería permanecer en el centro de escucha, preparado y alerta por si algo salía mal y el hombre sospechaba de la joven.

Hugo había rechazado la oferta con una mala excusa, pero no se veía capaz de verla ni escucharla, sin que un regusto amargo le enturbiase el ánimo.

Desde que había descubierto su engaño, el infierno de sus pesadillas volvía a quemar y esta vez de una manera más desgarradora. Ya no sólo le dejaba la piel en carne viva sino que su corazón quedaba expuesto y atravesado con lanzas repletas de mentiras. Recordar lo feliz que había sido era darse de latigazos él mismo una y otra vez, hasta que el hueso asomaba.

Lo único positivo era que ahora sólo un rostro lo destrozaba. Adriana había fulminado todo recuerdo que pudiese conservar de Denise. Se había adueñado de todo lo que lo convertía en Hugo Molina. El sonido de su risa le producía unos escalofríos que lo obligaban a abrazarse por la noche, el recuerdo de sus ojos le impedía sumirse en un estado de inconsciencia y el sabor de sus labios, bañados con el agua salada del Atlántico, la sensación que buscaría y anhelaría toda una vida, porque nunca encontraría a una mujer capaz de llenarlo tanto como Adriana.

Sin embargo, estaba seguro de que no volvería con ella. No había más oportunidades esperando a la vuelta de la esquina. Hugo era un hombre que otorgaba su confianza una sola vez y si la persona la perdía, no tendría una segunda oportunidad.

No era cruel. Sabía que Adriana seguramente se había visto sobrepasada por la situación, pero ésos eran los momentos clave. En los instantes desesperados era cuando la gente se mostraba como verdaderamente era y ella, en lugar de acudir a él y confiar, había optado por mentirle, utilizarlo y hacerse cómplice de un traficante.

Absorbido por sus pensamientos, dejó de prestar atención a la carretera y cuando se quiso percatar, tuvo que dar un volantazo para evitar colisionar con un vehículo que iba en sentido contrario, por el carril que él había invadido.

—Ten más cuidado, campeón —le dijo Lucas, que estaba recostado contra la ventanilla de copiloto y se despertó con el brusco movimiento.

Tomás le había ofrecido la posibilidad de acompañar a Lucas a Santiago para hablar con la policía aduanera y empezar a distinguir entre los que parecían meros muleros, correos de la droga, y los narcotraficantes de primer nivel que sabían que vendrían. Les constaba que, antes de que un gran capo hiciese su operación, mandaba a muchos muleros al país para que los agentes estuvieran más ocupados con éstos que en controlar quién entraba o no en sus fronteras.

—Se juegan la vida en cada trayecto, pero no les importa. El negocio, su remuneración económica, merece la pena —le había explicado Lucas como si recitase un manual—. ¿Sabes por qué los llaman así?

—No.

Estaba inmerso en el estudio de los expedientes de los muleros especializados. Los perfiles eran diversos y cualquier persona podía ser un correo. Tenía que buscar a los que solían acompañar a Puñal. A los cebos que mandaban por delante antes de que entrase el líder de la manada.

—Comenzó en los años setenta en México, cuando los narcotraficantes usaban mulas para el contrabando de cocaína. —El joven se recostó, poniendo los pies encima de la mesa, satisfecho al sentirse útil e inteligente—. La mayoría eran personas necesitadas, engañados, sin alternativas, que se jugaban el pellejo por una miseria, en comparación con lo que ganaban los cabecillas de la mercancía que portaban.

—Eso no ha cambiado mucho —señaló Hugo—. Lo único es que ahora hay que sumar a muchas personas amenazadas...

—¿Has visto casos?

—Muchos. Y lo peor no es la cárcel, a veces la muerte es su recompensa. —Lucas prestó la atención de un novato—. Los traficantes preparan a sus animales, a sus «mulas», con semanas de antelación. Les enseñan a tragar trozos de comida sin masticar para acostumbrar al esófago y el estómago y evitar los vómitos. Un par de días antes, no pueden comer y se limitan a ingerir líquidos...

—Vamos, que se pillan una buena borrachera para quitarse el acojone de encima...

—No, nunca pueden tomar alcohol —contestó tajante—. Para despistar los rayos X, o por lo menos intentarlo, esconden las cápsulas de cocaína en material similar al de los guantes quirúrgicos, la atan con seda dental y, si el viaje supera las diez o doce horas, les dan un medicamento que retarda los movimientos digestivos y que actúa como tranquilizante. ¿Sabes lo primero en lo que tienes que fijarte para descubrir a una mula?

—Nervios, sudor, viajan solos...

—No. Lo primero es estudiar a los viajeros que no hayan comido durante el trayecto. Son muchas horas y es extraño que alguien no ingiera nada. Claro que, para no resultar sospechosos, sobre todo si provienen de países de alto riesgo, como Colombia o México, muchos llevan una bolsa donde esconder la comida y que así el personal de a bordo no los denuncie. ¿Cuánto crees que puede llevar una persona en su organismo?

—¿Un kilo?

—Un adulto un kilo y medio, sí, durante un tiempo máximo de uno o dos días. Si transcurrido ese plazo no ha expulsado la droga, el riesgo de morir aumenta, porque los jugos gástricos empiezan a actuar sobre las cápsulas y la posibilidad de que se rompan es muy elevada. Por este motivo, te digo que estas personas no nos desafían a nosotros, la autoridad, sino a la muerte.

El resto de la tarde se había sentido como un profesor particular. Lucas, que tenía unas ganas inmensas de aprender, le consultaba cualquier duda que le surgía y Hugo le respondía gustosamente, volviendo a sentirse sabio, respetado en su trabajo.

La jornada no había dado frutos. En los vuelos calientes no había llegado ninguna persona sospechosa. No obstante, antes de regresar a Vilagarcía, momento que Hugo había retrasado todo lo posible para no tener que reencontrarse con Adriana, había hablado con una agente de la UDYCO de Santiago de Compostela para que tuviese a su chivato alerta por si se enteraba de alguna información de llegada de muleros masiva. Era un trabajo que él no podía hacer directamente, porque, igual que un periodista no revelaba nunca sus fuentes, un policía debía proteger como oro en paño a sus infiltrados, mimándolos y cuidándolos por toda la ayuda que les ofrecían y los títulos y medallas que, gracias a un comentario puntual de estos drogadictos y pequeños delincuentes, obtenían.

Saludó a la cámara que manejaban Samuel y Antonio en la casa de los Sierra y éstos abrieron la reja. Era noche cerrada y se podía ver la iluminación de las diferentes estancias. Se lo quiso prohibir, intentó por todos los medios no desviar la vista, simplemente ir al aparcamiento y dejar el coche. Pero no fue capaz. Sus instintos luchaban contra él, ganándole terreno y tuvo que comprobar si Adriana estaba en su cuarto.

El reflejo que salía a través del balcón que él había escalado días atrás le mostró que ella estaba a tan sólo unos metros. Las finas cortinas le impedían observarla aunque fuese a distancia. La única manera en que ahora la vería.

—¿Qué crees que me pasará cuando esto termine? —preguntó Lucas, que se había incorporado y estaba bostezando, mientras Hugo aparcaba.

—¿A qué te refieres? —Dejó de prestar atención a aquel punto de la casa en el que deseaba estar y no podía.

Al ver la cara de preocupación del chico, se reprendió a sí mismo, tal vez le había dicho algo antes y no lo había escuchado, ensimismado con aquella mujer con los hoyuelos más apetecibles que había conocido.

—Mi puesto. Es decir, a ti te expulsaron por liarle con una colombiana.

Lo sorprendió que él también lo supiese. Aunque en realidad no le debía extrañar, a esas alturas su cagada debía de ser de dominio público. Puede que incluso la enseñasen en la academia de Ávila o lo pusiesen como ejemplo de lo que no se debía hacer bajo ningún concepto.

—Y yo he perdido a Olivia —añadió Lucas—. Han secuestrado a mi protegida delante de mis narices y ni siquiera me he dado cuenta.

—En primer lugar, yo no me lié con una colombiana. Yo me enamoré de la cómplice de unos narcotraficantes y jodí una operación internacional para la que se llevaban años preparando. El nivel de mi cagada no es proporcional a la tuya. —Trató de quitarle hierro.

—Te juro que la vi pasar el control. Estaba dentro de la zona internacional, esperé unos minutos y me fui. Debió de salir porque habría olvidado algo. Tal vez la engañaron con alguna llamada... no lo sé. Pero te prometo que nunca fue mi intención... Esa niña es una mimada, una consentida, pero sabe cómo ganarse a la gente. Nunca habría dejado que le pasase nada malo.

¿Tal vez Lucas era el tercero que había caído embrujado en las redes de una Sierra? Hugo no quiso indagar más en el tema. Hurgar por saciar su curiosidad sólo le haría daño a su compañero y, en el poco tiempo que habían pasado juntos, había visto que se trataba de una persona con buen fondo.

No podía decirle qué le pasaría porque ni él mismo lo sabía. Si todo salía bien, comenzaría la lucha encarnizada de los superiores por llevarse el mérito, las condecoraciones y las medallas que iban acompañadas de un suculento aumento de sueldo. Por el contrario, si la operación se convertía en un gran fracaso y por el camino mataban a la hija del alcalde, Lucas sería la perfecta cabeza de turco que ofrecer en una bandeja.

—Por ahora, preocúpate de hacer bien tu trabajo. Pensar lo que va a pasar en un futuro que no puedes controlar no te servirá de nada. Demuestra que eres el mejor, alguien imprescindible en el equipo y te garantizo que habrás comprado muchas papeletas para quedarte en la UDYCO una vez finalice la Operación Atlántico.

—¿Me ayudarás?

—Por supuesto, compañero.

Lucas sonrió satisfecho, como si el nudo que le oprimía la garganta y no lo dejaba respirar se hubiera aflojado un poco, aunque no lo suficiente. Descendieron del vehículo para ir a la casa de los de seguridad, cuando sonó el móvil de Hugo. Miró la pantalla y leyó el nombre de Tomás.

—¿Pasa algo? —preguntó, sin siquiera saludar.

—¿Estás ya en el pazo de los Sierra?

—Sí.

—¿Has visto a Adriana?

—No, pero hay luz en su habitación.

—La he llamado una decena de veces y no contesta.

—Tal vez esté dormida o tenga el teléfono en silencio.

—O tal vez, conociendo sus antecedentes...

—No creo que haya tropezado de nuevo en la misma piedra.

—El ser humano repite sus errores una y otra vez. ¿Podrías subir a comprobar que todo está en orden?

No le apetecía, por supuesto que no. No quería verla y menos en su territorio, en su cuarto, en su cama. Todavía tenía el olor de aquellas sábanas en las que ambos habían estado envueltos, metido en la nariz. Pero Tomás era su superior y no estaba dispuesto a volver a fallar en su trabajo.

—Subo ahora mismo.

—Gracias, Hugo, espero tu confirmación de que nuestro caballo de Troya sigue de nuestro lado y no se ha vuelto contra nosotros.

La puerta de la habitación estaba cerrada. Llamó un par de veces, pero no recibió respuesta. Probó una tercera con la firme determinación de entrar sin permiso si seguía sin contestación.

Y así lo hizo. La estancia estaba revuelta, la cama deshecha y la ropa encima de la silla, junto al escritorio, pero ni rastro de Adriana. Su recelo aumentaba por segundos. En el fondo, una parte de él quería justificar lo que ella había hecho, pero si había repetido una de sus fugas, no habría excusa posible.

Iba a marcharse, con una punzada de dolor que sumar a su enfado, cuando se percató de que la luz del cuarto de baño estaba dada.

—¿Adriana? —Golpeó con los nudillos.

Nada.

—¿Adriana? —insistió.

Nada.

—Voy a entrar —anunció, con la preocupación subiéndole por la garganta.

No podía haber hecho ninguna tontería. No, ella era más inteligente y fuerte. Ella era demasiado mujer como para dejarse vencer por algo así. ¿O no?

La imagen que vislumbró en el cuarto de baño lo dejó sin habla. No lo pensó ni un segundo y fue corriendo hacia ella. Adriana estaba en una esquina de la estancia, encogida sobre sí misma, desnuda y empapada.

—¿Estás bien? —preguntó, nada más llegar a su lado, apartándole el pelo de la cara para poder verla, pegando una patada pasajera a todo el rencor que lo había invadido, para sustituirlo por una sincera preocupación y ganas de cuidarla.

Ella lo observó con la mirada perdida y empezó a temblar.

—¿Qué te ha pasado? —insistió, comprobando que no tuviese ninguna herida o se hubiese dado un golpe.

Una vez estuvo seguro de ello, corrió a coger una toalla con la que envolverla y luego se sentó en el suelo para poder acunarla entre sus brazos.

—Estás helada. —Le frotó los brazos para que entrase en calor y, aunque se había prometido que no lo haría nunca más, la besó en la cabeza, como si sus labios pudiesen hacer que la temperatura de su cuerpo aumentase—. ¿Qué te ha ocurrido?

—No me puedo mover. —Su voz era tan suave que apenas se oía.

Verla tan indefensa y frágil lo asustó más que cuando se había tenido que enfrentar al cañón de un revólver apuntándolo directamente.

—¿Te han hecho algo? —Se tensó. Si la respuesta era que sí, no sabía de lo que sería capaz.

—No —se apresuró a contestar ella, intuyendo sus temores—. Hoy no ha pasado nada diferente al resto de los días, pero he explotado. No puedo más, Hugo. No estoy preparada para ser una espía, para ver cómo un hombre mata a otro, peleas, pensar cómo estarán tratando a mi hermana... He perdido las fuerzas... No me queda energía ni para ponerme de pie.

—Ojalá no tuvieras que pasar por nada de esto. —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. De haberlo sabido lo habría evitado, pero ahora yo no tengo el poder de decisión.

Las lágrimas recorrieron el camino que él había dibujado con los dedos en su cara.

—Sé que llorar no soluciona nada, pero me ayuda a desahogarme.

—Suéltalo todo si eso hace que te sientas mejor. —Inclinó la cabeza hacia su hombro desnudo para darle un beso—. Te voy a llevar a la habitación para que estés más cómoda.

—No concibo ningún lugar más confortable que tus brazos.

Ignorando el comentario, la levantó para llevarla a su cama, abrazada a su cuello, sintiendo sus dedos enredándose en su pelo, despeinándolo. La dejó con cuidado sobre el colchón y, recordando la disposición de la habitación, buscó un pijama, que la ayudó a ponerse.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? Cualquier cosa que te ayude...

—Quédate conmigo.

Se hizo a un lado en la cama, invitándolo a que se tendiese a su lado.

Adriana lo estaba tentando con lo que él deseaba en cuerpo y alma.

Sin embargo, su orgullo seguía herido. La herida no había sanado. Pero eso no significaba que no siguiese perdidamente enamorado de ella y que no soportase verla mal. Hugo era un buen hombre y, aunque algunos lo acusaban de ser demasiado digno y cabezota, sabía cuándo había que dejar eso a un lado por la persona que amaba. Aunque fuese de manera momentánea, porque él no estaba en disposición de perdonarla y posiblemente nunca lo estaría.

El problema era que tenía la capacidad de reprimir sus instintos, controlar su corazón y callar a la razón, pero no podía evitar que Adriana pusiese su mundo patas arriba con un levantamiento de ceja o una mirada suplicante. El dominio, la estabilidad, el control de sí mismo se perdían en el momento exacto en que entraba ella en la ecuación.

Por eso no podía ceder a la proximidad, porque un roce suyo bastaría para que tirase por tierra todos sus principios, autoestima y amor propio y olvidase que ella le había mentado, que había jugado con sus sentimientos y con su trabajo y corriese a sus brazos como si eso fuera lo único que le importaba.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

Recordó cuando semanas atrás ella le había hecho esa misma pregunta, pero ahora dio una respuesta totalmente diferente.

—Esta vez no quiero, Adriana.

Ella se encogió de nuevo y apeló una última vez.

—Te dije que era imperfecta.

—Y yo que eso te hacía especial.

—Dame una oportunidad. Los humanos cometemos errores y aprendemos de ellos. Tú eres lo único que necesito ahora mismo para no ver cómo todo va a la deriva, Hugo.

—No puedo. No cuando los pilares son una mentira. No existe una base cierta en nuestra relación.

—Entonces comencemos a crearla. Hoy, ahora, en este momento, Hugo.

Negó, no podía ceder.

—¿Han desaparecido todos tus sentimientos en tan poco tiempo? Porque yo lo veo imposible...

—¿Qué quieres que te diga? —la interrumpió.

No podría soportar una declaración de amor por su parte. Unas palabras en las que le dijese lo mucho que lo amaba y aniquilase así las pocas fuerzas que le quedaban para poder permanecer alejado.

—Quiero que me digas que no sientes nada por mí. Así sería más fácil olvidarte.

—No puedo.

—Pero yo te lo estoy pidiendo. Es lo único que necesito para poder cerrar este capítulo de mi vida.

—Eso sería mentir y no acostumbro a hacerlo. Sí que siento algo por ti, pero no creo que nunca podamos estar juntos. Ya no. Nuestras personalidades son tan opuestas que nunca podrían encajar. Tú y yo creamos un bucle dañino que nos consumiría lenta y dolorosamente.

Le dolió ver lo rápido que Adriana aceptaba su discurso. Le habría gustado que luchase más, se opusiese a sus palabras y se las rebatiese hasta que a él no le quedasen más argumentos. Pero ella no tenía fuerzas y así se lo hizo saber.

—Si es tu decisión, la respeto, pero, por favor, tumbate conmigo hasta que me duerma. Siento que si te marchas volveré a derrumbarme.

—¿Nada más?

—No, sólo acuéstate a mi lado y deja que descanse como sólo puedo hacer cuando te tengo cerca, en paz.

Hugo accedió y Adriana se recostó en su pecho, agarrándose con fuerza. Por su parte, él luchaba por no mandarlo todo a la mierda, incluida la Operación Atlántico, y fugarse con ella a un lugar donde no los pudiesen encontrar, cualquier punto de la Tierra que transformar en su propio paraíso.

El momento había llegado. Toda la carne estaba en el asador. Las cartas estaban repartidas y tenía que jugar su mano. El resultado era incierto, pero Adriana se tenía que enfrentar a su destino. Lo sabía antes de que Rubén llamase a su puerta y la obligase a acudir a su piso. Fue consciente desde el mismo instante en que Iago le escribió un escueto mensaje en el que le indicaba que aquella noche le daría el regalo por el que tanto se había sacrificado. No hacía falta que mencionase su nombre. Olivia era la recompensa por todo lo que había perdido, entre otras cosas, el amor de su vida.

Además de los policías que había visto en el piso de Rubén la vez anterior, se habían unido numerosos agentes que hablaban en voz baja en diferentes estancias. Hombres profesionales, duros, competentes y curtidos, que esperaban órdenes para llevar a cabo la Operación Atlántico, para la que llevaban preparándose meses, algunos incluso años.

Entre todos, fijó su atención en Hugo. Éste llevaba unos vaqueros negros, botas, una camisa también negra y una chaqueta de cuero. Eso, más la barba recién afeitada y su pose de soldado capacitado, le daba el aspecto imponente de un hombre que parecía de otro mundo, capaz de enfrentarse y vencer a quien se le pusiera por delante.

Se acercó a ella, que esperaba en mitad del salón sintiéndose ignorada, como si estuviese viendo un reportaje en una pantalla 3D demasiado realista que girase a su alrededor.

—No podemos ponerte un chaleco antibalas. Lo hemos estado pensando y sería bastante evidente. Dada tu complexión, te expondríamos demasiado.

La señaló y ella se percató de que, con su pantalón vaquero y su fina camiseta de tirantes blanca, el bulto sobresaldría a través de su figura.

—Lo entiendo.

Trató de no sonar nerviosa y es que en realidad ya no lo estaba. Tenía la misma sensación que cuando afrontaba un examen decisivo en la universidad. Hasta que llegaba el momento, era un mar de dudas, pero cuando se sentaba delante del folio en blanco, éstas la abandonaban. La suerte ya estaba echada y era mejor encarar la situación con energía, fuerza y coraje. El cordero débil siempre acababa en el matadero, la liebre veloz e inteligente a veces lograba escapar.

—No te preocupes. Hay todo un dispositivo que te protege. Helicópteros, la Policía Nacional y efectivos del Grupo Especial de Operaciones. Los GEO estarán en alta mar, rodeando el barco nodriza con sus lanchas silenciosas. A la mínima duda, bucearán hasta el barco con sus fusiles de asalto y detendrán a todos los que estén en el interior.

Detrás de su pose de hombre duro, Adriana vislumbró la intensidad de la preocupación que lo dominaba. Estaba segura de que las palabras que estaba diciendo eran más para tranquilizarse a sí mismo que a ella. Aunque no lo diría en voz alta, Hugo se volvía loco con la posibilidad de que le pasase algo. Saber que iba a estar sola en medio de lo que se convertiría en un tiroteo con alguna baja hacía que los cimientos de su autocontrol se tambaleasen y tuviese que reprimir el deseo de raptarla allí mismo sin importarle las consecuencias.

—Sé que todo va a salir bien y, si no, siempre me queda la segunda opción...

—¿Y cuál es ésta?

—¿No lo sabes? Pues tú eres el protagonista... Un día dijiste que si tenía cualquier problema, sólo tenía que gritar tu nombre y aparecerías para salvarme...

Una sonrisa nostálgica asomó a su rostro y, sin dominar su mano, la movió hasta rozarle la mandíbula con la punta de los dedos. Al percatarse de lo que estaba haciendo delante de todos sus compañeros, la apartó con rapidez.

—Toma. —Le tendió un llavero, pero Adriana estaba tocando la parte de su rostro que él había acariciado para notar un poco del calor que le había transmitido.

—¿Qué es esto?

—Un micrófono espía oculto en un objeto cotidiano, para que pase desapercibido. Adherirlo a tu cuerpo como en la ocasión anterior nos parecía arriesgado. No sabemos si, dadas las circunstancias, te cachearán.

Hugo miró a ambos lados. Estaban rodeados de decenas de personas que de vez en cuando los observaban con curiosidad. Al fin y al cabo, todos sabían que ella era el caballo de Troya a través del cual conocerían el momento exacto en que debían actuar. La intención era detener al máximo de traficantes posibles.

—Adri —olvidó que ya no la llamaba así y el grupo de mariposas que estaba descansando plácidamente en el estómago de ella se revolvió, golpeando todos sus órganos con sus alas—, escúchame bien. —Le enmarcó la cara con las manos para hacer que lo mirase—. El dispositivo está oculto para las radiofrecuencias, pero si en alguna ocasión tienes la sensación de que algo va mal, arrójalo al mar e iremos inmediatamente a por ti. Si percibes que algo va mal, no te hagas la valiente y haznos, hazme —matizó—, alguna señal, por favor —suplicó y aunque su gesto seguía siendo profesional y su mandíbula se mantenía firme, pudo ver que le temblaban las manos.

—Lo haré. Te lo prometo. Nunca se me olvida que eres mi escolta, el guardaespaldas que me protege del mundo. —Sonrió con ternura y supo que sus palabras habían conmovido a Hugo.

—Ten cuidado y bajo ningún concepto se te ocurra convertirme en un asesino.

—¿Convertirte en un asesino?

—Sí, Adri, si algo te pasa, me tomaré la justicia por mi mano y esos narcotraficantes no tendrán sangre suficiente para saciar mi sed de venganza.

Visiblemente afectado, se apartó de ella, mientras Rubén se aproximaba.

—Vamos a tu casa —indicó éste—. Tienes que estar allí antes de que alguno de los hombres de Iago vaya a recogerte. Aún faltan unas horas, pero toda precaución es poca —concluyó Rubén, que imponía más al ver el respeto que le tenían todos los agentes allí reunidos.

El supuesto jefe de prensa le ofreció su brazo para acompañarla a la puerta, donde Tomás esperaba para llevarla hasta el pazo. El comisario de Vilagarcía había organizado para esa noche un partida de mus en casa de Edelmiro, junto con dos compañeros policías, ritual que repetían cada cierto tiempo. Así, si lo veían por la zona, ésa sería la excusa. Él y sus hombres se encargarían de vigilar que Elvira, Edelmiro y Lidia, en su feliz ignorancia, no sufrieran ningún daño si todo se destapaba.

Antes de marcharse del piso de Rubén, Adriana necesitaba ver a Hugo una vez más. Se volvió y, a través del gentío, vio que él estaba haciendo lo mismo. Ella no era la única a la que esa separación, puede que momentánea, puede que definitiva, le dolía como una herida abierta en la que se hurgaba una y otra vez. Después de aquella fría despedida, se torturaba a sí misma con cada paso que daba, hasta que decidió que ya bastaba. Ella no era una mujer que viviese en un mundo de melodramas y cediera ante una negativa impuesta. No. Al contrario, era la clase de persona valiente e impulsiva que se enfrentaba a sus propios deseos sin importarle las consecuencias.

Ante el asombro de los presentes, deshizo el camino con firmeza y seguridad hasta acercarse de nuevo a Hugo, que la miró sin comprender.

—Lo siento mucho, Hugo —dijo, antes de hacer lo que la había llevado hasta allí.

Y sin darle tiempo a decir nada, se puso de puntillas con ímpetu y, atrayéndolo con fuerza hacia ella, lo besó con rabia en los labios, devorándoselos sin piedad, sin importarle lo más mínimo los susurros que oía a su alrededor.

Al ver que él no respondía y se quedaba estático, sintió inquietud y el temor de haberse equivocado, pero el miedo le duró el segundo que tardó Hugo en olvidarse de reprimir sus instintos, pegarle un puñetazo a la razón y darle vía libre al sentimiento.

No quedaba tiempo para esconder la pasión que lo embargaba al estar cerca de ella. La rodeó por la cintura y la levantó para poder alcanzar su boca, que lo abrasaba con su contacto, destruyendo toda barrera existente entre ambos.

De no haber estado en un lugar público, Adriana lo habría hecho suyo allí mismo, para sentirlo de una manera más íntima que los calcinase a ambos hasta que se fundieran con las mismas cenizas. Eran puro fuego y ni el bombero más experimentado podría apagar sus llamas.

El carraspeo de Tomás a su lado los obligó a detenerse.

—Esto —le susurró ella a Hugo al oído.

—Esto, ¿qué? —preguntó él con la respiración entrecortada.

—Esto es exactamente lo que quiero que hagas en cuanto nos volvamos a ver. Me da igual que luego no quieras saber nada más de mí, que digas que nuestra relación es imposible. Pensar que después de esta operación me espera un beso tuyo es lo único que necesito para aferrarme a la vida con uñas y dientes, aunque las cosas se pongan realmente feas en el barco nodriza.

—Lo haré hasta que dejes de sentir los labios, Adri. Te doy mi palabra.

Iago parecía que formase parte de la propia noche. Su atuendo oscuro lo ayudaba a fusionarse con las sombras. Por lo que Adriana sabía, se encontraban en el barco nodriza. A su alrededor había numerosas lanchas y barcos pequeños en los que se repartiría la droga, todos ellos de colores grises y azules para dificultar su visibilidad, sobre todo bajo el manto negro de aquella noche sin luna, salpicado sólo por algunas estrellas.

Distinguió rostros conocidos. Estaba el hombre con acento canario y el asturiano con los que había coincidido en el hotel abandonado. También el narcotraficante de la calva flanqueada por una mata de pelo gris al que Iago le había atravesado la mano. Al igual que la vez anterior, se pasaba la lengua por los dientes putrefactos, pero en esta ocasión no la miraba de manera lasciva. Debía de haberle calado profundamente la amenaza de Iago de que lo dejaría manco de por vida si volvía a tocarla.

Eso la calmó un poco en la medida de lo posible, estando como estaba en medio de una operación de tráfico de droga a nivel internacional.

Los narcos iban acompañados de sus propios matones, aunque, para tranquilidad de Adriana, los hombres de Iago los superaban en número. Además, éste conocía mejor el terreno y tenía todos los datos de la operación, lo que le daba cierta superioridad. Era el jefe y lo sabía. Se movía por el barco con serenidad, hablando con unos y otros para darles las indicaciones necesarias.

—Tenemos el alijo —explicó y todos prestaron atención—. Llevaremos la mercancía hasta las lanchas para poder transportarla a tierra. Deduzco que habéis llamado a vuestros propios transportistas. —Elevó una ceja inquisitiva.

—Somos unos profesionales, no lo dudes —replicó el calvo.

Adriana se percató de que todavía llevaba la mano vendada y, aunque no lo decía en voz alta, su actitud y su tono demostraban que odiaba a Iago con todo su ser.

—No me interesa la comisión que les hayáis prometido por recoger la droga y llevarla donde les digáis. Eso entra en vuestros negocios particulares. Mis hombres harán el reparto equitativo que hemos acordado.

Adriana siempre había pensado que las personas que se relacionaban con mafiosos tenían una estética particular, un porte gangsteril y una manera de moverse sigilosa. Sin embargo, los transportistas de los narcotraficantes parecían gente normal. De esos que después sus vecinos salían en los telediarios diciendo que nunca habrían sospechado los trapicheos que llevaban a cabo. Hombres y mujeres que, cegados por los billetes, arriesgaban su propia libertad y, lo más peligroso, su integridad física. Porque confiar en las personas que los rodeaban era un error que vería hasta el niño más inocente.

Iago consultó su reloj.

—Empezaremos en cuanto esté aquí el colombiano que estamos esperando y que, si no me equivoco, tiene que estar a punto de llegar.

Ése era el dato que Rubén y los agentes estaban esperando. En cuanto Puñal apareciese y lo atrapasen, asaltarían el navío. El engranaje de la maquinaria estaba en marcha, sólo hacía falta saber cuánto tiempo necesitarían para llevarlo a cabo. Adriana sintió la emoción de estar contribuyendo a dismantelar una red internacional de tráfico de droga, lo que evitaría que muchas personas se vieran en la misma situación que Valeria.

Todos se pusieron manos a la obra. Ella tuvo que reconocer que, aunque fueran delincuentes, estaban bien organizados y eran competentes en lo que hacían.

—Y tú —Iago se dirigió a ella—, ha llegado tu momento ansiado. La fantasía soñada que te aleja de mí. —Sonrió, pero el gesto no le llegó a los ojos—. Acompáñame.

Caminó a su lado, mientras todos se apartaban para dejarles paso. Descendieron a la bodega. El corazón de Adriana comenzó a palpar, sabiendo que estaba cerca del reencuentro con Olivia. Ése era otro de los puntos que mantenía a los GEO alejados del barco nodriza. Tenían que estar seguros de dónde se encontraba la rehén para poder preservar su integridad. Según le habían asegurado, mantener a su hermana y ella con vida era la prioridad de ese cuerpo especial en la misión.

Iago se paró de repente y Adriana miró la estancia en busca de un bulto o un objeto donde esconder a una persona, pero no había nada. La desconfianza que le producía Iago la llevó a pensar que tal vez todo hubiese sido sólo un juego y que la hubiera llevado hasta allí para terminar con ella, una vez había obtenido lo que necesitaba.

—¿Sabes por qué los leones que guían el carro de la Cibeles no pueden mirarse? —le preguntó, arrinconándola contra una esquina.

—No, pero no veo la necesidad de una clase de mitología en estos momentos —replicó nerviosa.

—Hipómenes y Atalanta se llaman —continuó él ignorando su comentario e inclinándose hasta quedar a su altura para mirarla a los ojos—. Estaban profundamente enamorados, pero cometieron un error. Cegados por la lujuria, consumaron su amor en una gruta, y hasta después de que hubiesen cedido al placer no se dieron cuenta de que era en realidad un templo dedicado a la diosa Cibeles. —Apoyó las manos en la pared del buque, a ambos lados de su cabeza—. Y eso no le gustó mucho a la divinidad, que, furiosa por la profanación, los castigó convirtiéndolos en leones y condenándolos a tirar del carro por el resto de la eternidad, juntos pero sin poder mirarse ni una sola vez. Una penitencia peor que la mismísima muerte.

—Sigo sin comprender el sentido de esta conversación. —Le temblaba la voz. Estaba indefensa ante él.

—El amor es un proceso químico que se produce en el cerebro. Las fechas de las que hablaba Cupido son endorfinas, sustancias estimulantes. Nos enamoramos en tres fases. Primero reconocemos en la pareja actitudes y virtudes que nos parecen atractivas, luego llegan las fantasías desbocadas, que atribuimos a las cualidades extraordinarias de esa persona que nos gusta y, finalmente, se crea un vínculo emocional y sexual, con una segregación importante de feniletilamina, que también aparece en el chocolate, por eso a veces lo utilizamos como sustitutivo del sexo.

—Veo que eres un experto.

—Tengo que serlo. El amor es literalmente una droga en la que no quiero caer. Las hormonas nos inducen a esa adicción. Para no ser vencido, lo mejor es conocer perfectamente a tu enemigo.

Iago se aproximó más, hasta rozar su nariz con la suya. Parecía un león manso que se acercaba a su dueña, pero Adriana sabía que en cualquier momento podría sacar los dientes. Los animales salvajes nunca se domesticaban, se repitió.

—¿Qué tiene que ver esto conmigo? —preguntó, incómoda por la proximidad.

—Tú eres mi Atalanta. Mi error. El desencadenante que ha activado mis hormonas. Acabo de conseguir lo que ansiaba y sólo puedo pensar en que, ahora que lo tengo, me gustaría haber empleado más tiempo en alcanzarlo. Tener la oportunidad de profanar tu cuerpo, aunque eso me convirtiese en un león encerrado de por vida, tirando del carro del Estado, sabiendo que no podría mirarte ni una vez, porque, no nos mintamos, nena, si yo me redimiera, si tú sacaras lo mejor de mí, no cederías al instinto, porque te sentirías sucia de por vida. Tu conciencia no te permitiría estar conmigo.

»Así que me quede o me marche con la droga, estoy condenado a no volver a ver tu mirada como ahora. Nunca más. —Adriana fue a hablar, pero Iago no la dejó—. No digas nada que estropee este instante, sólo deja que te observe cinco segundos antes de abrir la puerta y que nuestros caminos se separen para siempre.

Y lo hizo. Y durante esos cinco segundos, ni uno más ni uno menos, Adriana miró a su vez aquellos ojos que cambiaban de color, perdiéndose en sus profundidades. Olvidó que Iago era un narcotraficante que tenía a su hermana secuestrada, que la había chantajeado y extorsionado y sólo vio al hombre. A aquel hombre misterioso del que no sabía nada más que el hecho de que sus labios no le pertenecían y que su primer contacto con la droga fue su último acto de bondad.

Transcurrido ese tiempo, Iago se separó y Adriana no se pudo controlar.

—¿Qué sientes por mí? No lo entiendo, de verdad. Un día me dices que no estás enamorado y ahora haces esta declaración...

—Y no lo estoy. Respondo a un proceso químico que no soy capaz de controlar.

De nuevo no entendía sus palabras, en las que la claridad brillaba por su ausencia, pero se había acostumbrado. Él se dirigió a una pared y, sorprendida, Adriana vio que en ella había una puerta que daba paso a un búnker, un habitáculo blindado con todos los tipos de comunicación imaginables y un potente sistema de seguridad. Por todos los papeles, cámaras de seguridad y ordenadores de la sala, Adriana supuso que se trataba del punto desde donde dirigía la compra, venta y distribución de la droga, su centro de negocios.

Lo siguió dentro y vio que allí almacenaba también dinero, cocaína, joyas, relojes, máquinas para contar dinero y, lo más importante, en un rincón, agazapada, estaba Olivia. Adriana no se pudo contener y, ante la mirada despectiva que Iago echó a la menor de los Sierra, se lanzó hacia ella.

Olivia abrió los ojos confusa. Estaba más delgada y desmejorada de lo que la recordaba, y su melena, que siempre llevaba perfecta, ondeando al viento, se le pegaba lacia y sucia a ambos lados de la demacrada cara. Al verla, la pequeña intentó hablar, pero no podía a causa de los temblores que la sacudían.

—Tranquila —dijo Adriana, acariciándole la cabeza—, todo va a salir bien. Estoy aquí y no dejaré que te pase nada malo.

Se aferró a su brazo con tanta fuerza que ella temió que se lo fuese a romper. Las uñas de Olivia se clavaban desesperadas en su carne. Adriana miró entonces a Iago. Quería transmitirle todo el odio que le profesaba por haberle hecho eso a su hermana, cuando se percató de que él miraba hacia las cámaras, con la mandíbula desencajada y los ojos llenos de rabia. En las pantallas se veía a decenas de GEO asaltando el barco.

—¿Cómo cojones...? —La pregunta quedó en el aire—. ¿Quién me ha traicionado?

Adriana no lo pudo evitar y se revolvió incómoda. Siempre le habían dicho que era un libro abierto y si ahora Iago leía sus páginas, acabaría con su vida.

—Tú —le dijo con una voz de ultratumba que no reconocía—. Has sido tú, ¿verdad?

—¡No! —gritó Adriana, pero él negó con la cabeza.

Iago lo sabía. Algún gesto, puede que su expresión, tal vez simplemente el hecho de que no sabía mentir, la habían delatado. Tenía que decir algo para que la creyese. Sin embargo, las palabras se le quedaban atascadas en la garganta sin llegar a salir.

Se acercó a ellas furioso y Adriana se colocó delante de Olivia.

—A mí hazme lo que quieras —afirmó—, pero a Olivia déjala en paz.

—Te vienes conmigo. Ahora.

Cogió una de las bolsas que tenía en el cuarto y, con rapidez, metió dentro dinero, joyas y cinco paquetes de un kilo de cocaína. Pero lo que más preocupó a Adriana no fue lo que guardó, sino lo que sacó. Un revólver con el que comenzó a apuntarla.

—Ven. —Se situó detrás de ella—. Camina despacio delante de mí. No hace falta que te diga que cualquier movimiento para intentar escapar tendrá como única consecuencia un nuevo agujero en tu bonito cuerpo.

Adriana notó el frío acero contra la espalda.

—Por favor, no le hagas nada —suplicó Olivia.

—Estaré bien —trató de tranquilizarla Adriana, con los ojos anegados en lágrimas.

Había recuperado a su hermana y la volvía a perder. Por lo menos le quedaba el consuelo de que ella estaría a salvo. Nadie podía cambiar ese hecho. Si Iago se volvía para dispararle a Olivia, Adriana estaba dispuesta a interponerse entre su hermana y la bala.

—¡Te lo ruego! —insistió la joven.

—¡Cállate, zorra desagradecida! —le gritó él exasperado, antes de salir del búnker con Adriana como rehén.

La utilizó como escudo humano en cada esquina, antes de mostrarse él. La llevaba pegada a su cuerpo, como su propio y particular chaleco salvavidas. Una protección para su integridad física, eso era Adriana. Encima de ellos retumbaban las pisadas, tanto de los delincuentes como de los agentes, hacia todos lados. El eco de los gritos y los disparos penetró en los oídos de ella, que sabía que, antes o después, la pistola que llevaba clavada a la espalda haría ese mismo sonido para terminar con su vida.

En la sala aledaña, Iago abrió una pequeña compuerta que daba a una lancha motora y, sin avisarla y sin contemplaciones, la empujó por la abertura. Las rodillas de Adriana cedieron y cayó de bruces contra el duro suelo de la pequeña embarcación, que se movía a un lado y a otro, agitada por la salvaje marea.

—Agárrate fuerte —le ordenó él, que se había puesto a los mandos de la lancha motora.

Cualquier rastro de amabilidad lo había abandonado. Era lo más cerca que Adriana estaría de ver un monstruo de carne y hueso.

El motor de la lancha no hizo ningún ruido cuando emprendieron la huida. Como en el caso de las lanchas de los GEO, debía de estar silenciado. Iago se movió con cautela. Pese a que no daba la sensación de que nadie los persiguiera, parecía inquieto, desconfiado. Adriana se planteó saltar en marcha. Tal vez no moriría ahogada.

—Ni lo pienses —le dijo él desde los mandos—. Volvería y te pasaría por encima hasta triturarte y dejarte como carne picada. —Estaba tan furioso que tenía en tensión todos los músculos del cuerpo y las venas del cuello parecía que le fuesen a estallar.

El foco de un helicóptero sobre sus cabezas fue la primera señal de que los estaban siguiendo. Los medios aéreos de la Policía Nacional les señalaban el camino a las lanchas del cuerpo, mostrándoles con un halo de luz el lugar exacto donde se encontraban los fugitivos.

Hasta ese momento, Adriana pensaba que se desplazaban a mucha velocidad y que no podrían ir más rápido, pero estaba equivocada. Iago comenzó a serpentear y aumentar la velocidad, hasta el punto de que, en vez de navegar, saltaba por encima de la cresta de las olas.

Adriana se aferró a una barra de metal que había sobre su cabeza, clavándose las uñas de tanto como la apretaba. Con cada salto sentía su cuerpo elevarse para, posteriormente, caer sobre la lancha, chocando de nuevo contra su superficie. Dependía totalmente de sus articulaciones. Si, como amenazaban, sus hombros se dislocaban, saldría volando e impactaría con las dos embarcaciones que los perseguían gritándoles «¡Alto!» por los altavoces.

Iago no hizo caso y se internó más y más en mar abierto. Lo peor vino cuando el primer disparo pasó por delante de Adriana, impactando en la cubierta del pequeño navío. Iago respondió con fuego, volviéndose en marcha para vaciar un cargador sobre la lancha más próxima.

Adriana cerró los ojos, apretando con fuerza los párpados y centrando su atención en mantenerse sujeta a la barra. No supo cuánto rato pasó antes de que la policía los perdiese. De hecho, hasta que no sintió las manos de Iago en la cara no supo que se habían detenido.

—Ponte de pie —ordenó y, tambaleándose y con un dolor atroz que le recorría todo el cuerpo, Adriana le hizo caso—. No tengo tiempo para discursos. —Le puso el frío cañón contra la frente—. Cierra los ojos, nena.

Iba a morir. Lo sabía.

—No. —Levantó la cabeza, notando la sangre que le caía por la cara a causa de alguna brecha que se habría hecho.

—No me lo pongas más difícil.

—Me vas a asesinar igualmente, ¿no?

—Me has traicionado. Es lo justo. —Colocó el dedo en el gatillo sin ningún tipo de duda.

—Un hombre me dijo que hay que enfrentarse a la muerte con los ojos abiertos. Eso nos hace libres. Dispara así, porque no lo harás de otro modo. Con mi última mirada clavada en tus ojos para siempre.

Iago asintió conforme. Adriana había temido ese instante y, sin embargo, no era miedo lo que sentía. No quería que ese sentimiento dominase sus últimos segundos. Si se marchaba de este mundo, quería hacerlo en paz, feliz. Y para lograrlo sólo había una manera.

No podía recordar todo lo que había vivido con Hugo. Le habría gustado que, como en las películas, ante sus ojos pasara una secuencia de imágenes en orden cronológico, con una bonita banda sonora de fondo: el día que se había encontrado con Hugo tras saltar el muro, el primer beso, sus caricias mientras hacían el amor... En lugar de eso, se conformó con difuminar la realidad que tenía delante y recordar su rostro. Lo vio como si estuviera allí, mirándola con sus ojos color caramelo, con el pelo alborotado por el aire, su barba de dos días y la sonrisa, enmarcada en su perfecta mandíbula cuadrada.

Se descubrió a sí misma sonriendo ante Iago, que acariciaba el gatillo y comenzaba a presionarlo con lentitud, saboreando el placer de acabar con la mujer que había hecho que su castillo de naipes de poder y corrupción se viniese abajo.

Estaba segura de que iba a sentir el tiro que destrozara su cabeza, cuando ocurrió lo único que no se podía imaginar. Contrariado y desconcertado, Iago bajó el arma.

—Ven conmigo —le ofreció.

—¿Ir contigo? —repitió confusa.

El corazón, que hasta ese momento había permanecido paralizado, esperando el inminente final, le volvió a bombear.

—Sí, huyamos juntos.

—¿Estás loco? —Notó cómo perdía el control, mientras él la agarraba por la cintura—. ¡Has estado a punto de asesinarme!

—Tú lo has dicho. He estado a punto, pero no he podido. Nadie que me haya traicionado ha vivido para contarlo y a ti, que me has mentido y delatado, acabando con el negocio más importante que he tenido entre manos, te estoy ofreciendo que seas mi compañera. Sí, estoy loco, pero por ti.

Se lo dijo con tanto cariño que, durante una fracción de segundo, Adriana creyó ver al ser humano que se escondía debajo del disfraz de hombre sin corazón, un destello de aquella alma que todavía existía, aunque en una capa muy profunda.

—No, no quiero ir contigo.

—Te equivocas, nena. El corazón de una mujer es tan profundo que ni ella misma llega a ver el fondo, asustada por la oscuridad.

Esa frase la dejó bloqueada. Aquel hombre de piel canela que sólo le había infligido dolor comenzó a acercarse a ella, acariciándole la espalda hasta llegar a su cintura, abrazarla y atraerla hacia él. El sonido de una lancha la sacó de ese momento de ensimismamiento, pero no a Iago, a quien parecía que lo único que le importara fuera su respuesta. El cazador cazado.

—Ojalá algún día seas el hombre que reside en el fondo del océano de una mujer. Ojalá ella te haga reflexionar y saque lo bueno que hay en ti, si todavía existe. Pero yo he viajado al mío y en él vive otra persona. Hugo se ha adueñado de todo y no puedo darte nada.

—Lo entiendo, nena. Las películas de héroes siempre acaban con una gran boda y las de narcotraficantes, con el protagonista agonizando en brazos de la amada.

Iago comenzó a acercar sus labios a los de ella y Adriana temió que fuese a besarla. Y lo hizo. Un contacto suave, tierno y cariñoso en la frente para despedirse.

La Guardia Civil les había dado el aviso. Algunos sospechosos habían pasado la frontera con unos pasaportes falsos que habían identificado. Ante la atenta mirada de los agentes americanos, españoles, portugueses y colombianos, que trabajaban conjuntamente en la Operación Atlántico, los habían dejado pasar, montando un dispositivo de vigilancia tanto en el trayecto, como en el puerto más próximo al navío, a la espera de que llegasen más implicados.

Todo estaba preparado para el colosal golpe que pretendían dar esa misma noche a la mafia. Las previsiones de detenidos pasaban del centenar, después de ver la cantidad de delincuentes, a pequeña y gran escala, que estaban involucrados y que se acercaban a su propia trampa sin sospechar nada, creyéndose los amos de las Rías Baixas gallegas, que iban a conseguir un gran botín de droga.

En comisaría también estaban listos. En alerta para recibir a unos detenidos que lo negarían todo, pero que, gracias al banco de huellas, demostrarían que se trataba de fugitivos de la justicia. Durante la espera, observaron que a los narcotraficantes habituales se habían unido otras personas que no conocían, pero que ahora pasarían a engrosar también la población carcelaria.

No obstante, todos sabían que el principal objetivo era Puñal, el chico de veinte años que combinaba el terror que despertaba con su facilidad para matar, y que tenía una inteligencia natural para delinquir. Todo ello lo convertía en uno de los delincuentes más sanguinario y poderoso con el que se habían topado.

Llevaban meses recopilando datos de los delitos que le querían imputar, entre otros, contra la salud pública, pertenencia a organización criminal, tenencia ilícita de armas, tráfico de sustancias estupefacientes y asesinato. Sin embargo, a última hora habían tenido que añadir nuevas infracciones, como soborno y amenazas. La lista era interminable.

Hugo esperaba en el interior del Audi A3, camuflado entre los coches del puerto, con Lucas, los dos vigilando, atentos a cualquier indicación que les llegase por radio. No tenían que llamar la atención, por lo que no debían salir del vehículo si no recibían una orden directa de su superior.

Lucas había fumado como un carretero durante las dos horas que llevaban allí, y encendió un nuevo pitillo para calmar los nervios. Tenía la punta de los dedos ennegrecida por apurarlos hasta que sólo quedaba el filtro. Hugo abrió un poco la ventanilla de copiloto.

—¿Qué haces? —lo increpó el joven—. Está prohibido...

—Lo sé —contestó Hugo—. Pero si no dejo que el humo empiece a salir, nos acabarán descubriendo al ver un coche que parece que se está incendiando por dentro. —El ambiente estaba cargado hasta el punto de que les escocían los ojos y parecía que una especie de neblina los hubiese invadido—. Por otro lado, si me permites el consejo, deberías dejar de fumar a este ritmo si no quieres padecer un cáncer antes de llegar a los cuarenta. Me sorprende que, con la información que se tiene hoy en día sobre el tabaco, todavía estén enganchadas tantas personas...

—Yo no fumo —se defendió Lucas.

—Cualquiera lo diría —replicó Hugo, poniendo los ojos en blanco.

—Es mi primera misión y estoy un poco atacado, ¿no has visto que con los primeros cigarros hasta he tosido? —Se mofó de sí mismo.

—Pues puedes dejar de estarlo. La responsabilidad no recaerá en nosotros. Los GEO abordarán el barco y, cuando entremos, sólo nos encontraremos con un grupo de matones venidos a menos, acusándose unos a otros y ofreciéndose a colaborar para reducir la condena.

—¿Y si algo sale mal? —preguntó Lucas, aplastando la colilla en el cenicero.

—Todos los cabos están atados y todo controlado.

—Sabes que eso es mentira. Siempre puede surgir algún imprevisto con el que no habíamos contado.

El chico sacó el arma y volvió a comprobar por enésima vez que estaba cargada y lista para ser utilizada. Hugo lo miró de reojo. Le recordaba tanto a sus primeros días en el cuerpo. La emoción contenida, las ganas de triunfar y el temor a ser la persona que estropeaba la operación.

—Sólo un detalle. Las pistolas no son como en las películas. El cargador es limitado. Si tienes que usarla, decide de manera inteligente en qué emplearás cada bala, porque de ello puede depender tu vida.

—Entendido. Nada de salir corriendo disparando. A esa velocidad, sólo los actores de *Fast and Furious* consiguen acertar.

—Exacto y el gran Chuck Norris —bromeó Hugo—. Ese hombre es capaz de detener una bala rumbo a su cabeza con el mero poder de su mente.

Lucas sonrió calmado. Le habría gustado continuar con la conversación, pero entonces oyeron por la radio que Puñal y sus hombres estaban llegando por el parque Miguel Hernández. Ambos se irguieron y concentraron su atención en los cuatro vehículos que entraban en ese momento en el aparcamiento del puerto. Si la información era fiable, el criminal viajaría en el segundo, con un coche por delante para abrirle camino y dos para cruzarse detrás en caso de que se produjera una persecución, dándoles unos segundos de margen a los conductores, expertos en huidas y contratados por una buena suma de dinero.

De cada BMW X6 de color negro metalizado, con los cristales tintados, se bajaron cuatro personas. La mayoría eran gorilas que miraban hacia todos lados mientras custodiaban a un hombre que estaba en el centro de la perfecta esfera formada en torno a él, Puñal.

Desde donde ellos estaban, no podían distinguir sus rasgos, pero sí su tamaño y, en cierta medida, eso fue lo que puso a Hugo alerta. Al igual que sus secuaces, tenía la espalda ancha y era tan alto que parecía un oso pardo. De hecho, todos tenían esa misma pinta menos uno. Entre los delincuentes había un joven más bien desgarrado, que, tras recibir un par de collejas de otro, regresó a su coche, presumiblemente para recoger algo que se había olvidado.

Hugo no sabía por qué, pero fijó su atención en ese joven, olvidando al principal objetivo. Le resultaba extraño que, entre sus guardaespaldas, Puñal llevase a alguien tan pequeño y enclenque, un chico que a duras penas lo podría defender en una pelea cuerpo a cuerpo. Entonces se dio cuenta del detalle, no todos los hombres habían descendido de los vehículos. De hecho, en el BMW negro en que se montaba el joven había un conductor que se estaba poniendo unos guantes antes de encender el motor.

No tenía tiempo para avisar por radio y reaccionó. Sabía que tenía que esperar órdenes y que, si su intuición fallaba, ése sería el último error que le permitirían en el cuerpo, pero estaba completamente seguro de que Puñal no era el que estaba en el centro de la esfera de matones, sino el muchacho, que seguramente se había percatado por algún detalle de su presencia y se montaba en el vehículo listo para huir.

Encendió el motor al mismo tiempo que lo hicieron las luces del BMW.

—¿Qué coño haces? —gritó Lucas, consciente de que su compañero se había saltado todas las normas.

—Abróchate el cinturón y avisa por radio. Nos vamos detrás de Puñal. Necesitaremos refuerzos.

—Pero ¡si Puñal está ahí delante! ¿Acaso estás ciego y no lo ves? ¡Jodiste tu puta carrera y ahora vas a fastidiar la mía!

—Asumiré todas las culpas —sentenció.

El BMW arrancó derrapando y dos cabezas, hasta ese momento ocultas, surgieron, una en la parte de atrás y otra en el asiento del copiloto. Estaban preparados.

En lugar de seguirlos, Hugo, pisando el acelerador a fondo, cogió la carretera lateral para tratar de cerrarles el paso en el cruce que sabía que había más adelante, una vez rodeara el parque botánico Enrique Valdés Bermejo. Oyó los gritos por la emisora y por el espejo retrovisor vio cómo los policías se mostraban y comenzaba el enfrentamiento con los hombres de Puñal, que estaban armados y no eran un objetivo fácil.

Antes de girar, sonaron los primeros disparos y las sirenas de dos vehículos que se sumaban a su persecución.

A toda velocidad, alcanzó la intersección sólo para ver cómo el BMW pasaba de largo la rotonda prácticamente volando sobre la carretera que llevaba a Vilaxóan. Dio un volantazo y se colocó detrás, agradeciendo que a esas horas no hubiera circulación. Estaba seguro de que la persecución habría provocado algún que otro accidente si fuese hora punta o cuando los trabajadores regresaban a su casa después de la jornada laboral.

—¡Agacha la cabeza! —le ordenó a Lucas, en el instante en que uno de los hombres reventaba la luna trasera del BMW y comenzaba a disparar con un fusil de asalto.

Los colombianos los superaban en número y, además, contaban con la ventaja de tener más munición que malgastar y una gran cantidad de armamento.

Ambos se ocultaron tanto como pudieron, al tiempo que las balas formaban perfectos agujeros en el cristal del Audi, hasta que éste cedió y estalló como una bomba de cristales que a Hugo le produjo cortes en las manos. Pero el pulso no le tembló y zigzagueó para no ser un blanco tan fácil.

El sonido de un helicóptero por encima de sus cabezas le infundió la confianza suficiente para volver a sentarse erguido a los mandos del vehículo. Los medios aéreos habían acudido en su ayuda.

Los efectivos del aire comenzaron a disparar hasta que consiguieron darle a las ruedas traseras del BMW, haciendo que el conductor perdiera el control y chocasen contra la pared del edificio más cercano. Hugo frenó de golpe y se bajó, con la adrenalina corriéndole por las venas.

—¡Aquí, detrás! —llamó a Lucas, que parecía un poco desubicado.

El joven policía le hizo caso y corrió a su encuentro. Estaba a punto de alcanzarlo, cuando sonó otro disparo y Lucas cayó de bruces al suelo. Resguardado por la chapa del coche, Hugo lo agarró del pie y tiró de él hasta colocarlo a su lado. Los oídos le pitaban cuando dio la vuelta a su compañero para comprobar que seguía respirando, vivo.

El líquido rojo manaba abundante, empapándolo todo. Hugo le desabrochó la camisa lo más rápido que pudo para presionar con fuerza la herida y evitar que se desangrase entre sus brazos.

—¿Dónde te duele? —le preguntó preocupado.

—En el hombro, creo que me lo han atravesado —contestó Lucas con la boca seca y la cara fruncida de dolor.

Sí, le había dado a la altura del hombro, pero no se lo había atravesado. Hugo se quitó la chaqueta de cuero y, como pudo, le taponó la herida con ella para cortar la hemorragia.

—Te pondrás bien. Los sanitarios vendrán de un momento a otro y te sacarán de ésta. —Suspiró tranquilo. Lucas no iba a morir, al menos no por ese balazo—. Lo único que te quedará será una buena anécdota que contarles al resto de los compañeros y una marca para ligarte a las chicas mientras les cuentas el pedazo agente que eres.

Pero no podía seguir hablando con él. Una vez que comprobó que estaba bien, se asomó con cuidado. El conductor del coche y el copiloto estaban inconscientes, tal vez muertos, por el tremendo choque. Sin embargo, uno de los matones le guardaba las espaldas a Puñal, que había empezado a recorrer un estrecho pasaje aledaño, lo que impedía la visión a los agentes del helicóptero.

Hugo se percató de que al otro lado había un nuevo vehículo BMW X6 esperando y supo que tenía que actuar.

Volvió a echar una ojeada para ver dónde estaba el matón antes de salir y exponerse. Se le acababa el tiempo. Disparó un tiro y no le dio. Probó con el siguiente y tampoco. Tener la puntería suficiente para lograr que cayera un objetivo en movimiento que a su vez lo estaba atacando era muy complicado.

De repente, oyó un balazo que provenía de su misma posición y vio cómo el cuerpo del gorila caía al suelo, alcanzado en el pecho. Se volvió y vio a Lucas sonriente.

—Era el primero en clase de tiro —explicó—. Anda, corre, captura al puto Puñal que me tiene un sábado por la noche con un balazo en el hombro en lugar de borracho como una cuba, recibiendo negativa tras negativa de las mujeres a las que les ofrezco compartir mi cama.

Hugo le hizo caso y se lanzó a la persecución. Puñal estaba a punto de alcanzar su objetivo y él se detuvo en seco y levantó la pistola. Tenía una oportunidad de conseguir que todo saliera bien. Apuntó, esperó a que sus manos dejaran de temblar y disparó. Cerró los ojos una fracción de segundo, consciente

de que ese instante era decisivo; era el que marcaba el éxito o el fracaso. Luego los abrió despacio y vio con satisfacción que el joven estaba retorciéndose en el suelo.

Corrió y se lanzó encima de él antes de que pudiera hacerse de nuevo con el arma. Lo tranquilizó comprobar que el chico al que había reducido era en efecto el famoso delincuente cuyas fotografías decoraban la pared de la casa de Rubén. Su instinto había acertado.

El disparo lo había herido en el abdomen. Sabía que Puñal era muy peligroso, por lo que no tuvo piedad ante su herida y lo obligó a ponerse boca abajo a la fuerza para esposarlo.

—Estás detenido.

—¿Cuánto quieres? Dime una cifra y será tuya —ofreció con marcado acento colombiano.

Era tan pequeño que costaba creer que se tratase de un asesino despiadado.

Hugo lo ignoró mientras se oían ya las sirenas de los coches patrulla que iban a detener a los delincuentes que esperaban a Puñal en el coche.

—Lo has conseguido, máquina —lo felicitó Lucas, que había llegado a su lado sujetándose la cazadora contra el hombro.

—Ven aquí. —Hugo le cedió su puesto encima de Puñal, que se revolvía con las pocas fuerzas que le quedaban.

—No, es tu detenido. ¿Acaso sabes el pedazo de medalla que te van a dar por haberlo capturado?

Por supuesto que lo sabía, pero tenía que marcharse de allí inmediatamente. Su instinto policial lo había superado y había olvidado que en el barco nodriza, a unos kilómetros del puerto, estaba la mujer a la que le había prometido su protección. De nada le servía la satisfacción de saberse el artífice de la detención de uno de los hombres más buscados a nivel mundial. Se reprochaba una y otra vez no haber permanecido allí para poder controlar, dentro de lo que estaba en su mano, todo lo que sucedía una vez asaltaran el buque. Tenía que regresar y, tal como le había prometido a Adriana, besarla hasta dejarla sin sentido.

—Así nos aseguraremos de que lo de perder a Olivia quede en un segundo plano. —Y le guiñó un ojo con gesto cómplice.

Si Lucas se llevaba el mérito de la detención, todo el mundo olvidaría ese detalle, que, en otro caso, habría sido su perdición y desprestigio.

—La leyenda no te hace justicia. —Colocó una rodilla encima de Puñal para que éste no se moviese, aunque a duras penas podía hacerlo—. Es un honor trabajar contigo, compañero.

—No lo olvides y da buenas referencias de mí. Quién sabe, lo mismo incluso consigues que me readmitan en la UDYCO.

El coche olía a goma quemada por el frenazo, que había dejado la marca de los neumáticos en la calzada. Hugo se montó y, al agarrar el volante, notó los pinchazos en las palmas de las manos, cortadas en varias partes, con un reguero de sangre que le llegaba hasta el antebrazo. Ya se lo curaría después, pensó, mientras encendía el motor y la información de la radio de la patrulla comenzaba a abrurarlo. Había tantos datos nuevos que en ocasiones hasta se perdía.

El aire le azotó en la cara durante el breve trayecto, por la ausencia de la luna delantera. Por lo que había entendido, la operación había salido a pedir de boca y ahora estaban trasladando a los numerosos detenidos a prisión; los calabozos de Vilagarcía no eran suficientes para albergar a todos los narcotraficantes.

El ambiente en el puerto era caótico. Los agentes llevaban a los detenidos esposados hasta los furgones policiales. Al no tener capacidad para poder transportarlos a todos, algunos permanecían en el muelle, de rodillas, con los brazos detrás de la cabeza, bajo la atenta mirada de los GEO que los

vigilaban, con sus fusiles de asalto sin dejar de apuntarles ni un segundo. Algunos cuerpos estaban tapados con sábanas o plásticos de un gris metalizado. No se detuvo a contar los caídos, pero por lo menos había diez cadáveres en el suelo.

Buscó a Adriana por todos lados. Sería fácil, pensó, pues ella destacaría con su melena negro azabache. En ese preciso instante vio salir a Olivia del barco, sostenida por dos agentes; parecía que se fuese a desmayar de un momento a otro. Le echaron una manta por encima de los hombros para que entrase en calor y la dejaron sentarse unos minutos en el suelo.

Hugo fue hacia allá para preguntarle por su hermana. Adriana no podía haberse separado de ella. Estaría cerca. Casi había llegado junto a la chica cuando las luces de un helicóptero enfocaron una lancha que huía a toda pastilla del lugar del suceso y, por la radio de uno de los compañeros que pasaban a su lado, oyó el dato que más temía.

—Hay un fugitivo. Lleva consigo un rehén. Una mujer...

No le hizo falta oír más. Sabía quién era el fugitivo. Iago se marchaba con la única persona capaz de desestabilizar la vida de Hugo y poner su mundo patas arriba. No podía perder el control y desesperarse. Tenía que mantener la cabeza fría, coger una moto acuática o una lancha, lo primero que encontrase, y perseguirlo. Tenía el firme propósito de matar al narcotraficante si se había atrevido a rozarle un pelo a Adriana. Sabía cómo actuaban esas alimañas con los traidores y los chivatos. Hugo moriría en el empeño antes que permitir que esas torturas lentas y dolorosas las sufriera ella.

Un compañero corría hacia su moto acuática para ayudar en la persecución, pero Hugo se adelantó y se la quitó delante de sus narices. Se adentró en el mar, dejando atrás los gritos indignados del agente. No le importaba que le abrieran un expediente. En realidad, en esos momentos, su trabajo no significaba nada en comparación con lo que podía perder.

Iago iba muy rápido y sabía navegar. Por más que lo intentaban, tanto él como las lanchas que lo seguían no eran capaces de alcanzarlo. Parecía que le estuviesen pisando los talones, cuando giraba de repente y se perdía de nuevo entre el furioso oleaje del océano.

El agua golpeaba con violencia a Hugo en la cara y, en ocasiones, perdía la visibilidad. Fue en uno de esos envites cuando, al abrir los ojos, se dio cuenta de que la lancha de Iago se había esfumado. Había escapado.

Pero no se dio por vencido. Reaccionar de manera derrotista no solucionaría nada. Podía enfadarse, gritar hasta desgarrarse las cuerdas vocales, pegarle un puñetazo a la moto o incluso, abatido, llorar con amargura. Pero ése no era su estilo. No era una actitud útil. Al contrario, si asumía que Iago había ganado, que le había arrebatado a Adriana, le estaba sirviendo la victoria en bandeja.

Se hizo una promesa. Encontraría a Adriana. Daba igual el tiempo que tardase, le era indiferente convertirse en un naufrago perdido en mitad del océano en su búsqueda. No volvería atrás si no era con ella abrazándolo, sentada en la parte trasera de la moto.

Surcaría el mar toda la noche si era preciso, puede que incluso toda la vida, hasta que la encontrase entre ola y ola. Y así lo hizo, hasta que la brisa marina le trajo el sonido de unas voces y, en mitad de la oscuridad de la noche, distinguió la silueta de un pequeño navío con dos personas a bordo.

Que Iago hubiera detenido su huida no era buena señal. Se debía de haber decantado por una muerte rápida y limpia. Un único tiro letal y arrojar el cuerpo de ella al Atlántico. Sencillo y eficaz.

Hugo fue a su encuentro, golpeando furioso los mandos de la moto por no coger más velocidad. El narcotraficante se inclinaba hacia Adriana y temió que ése fuera el final, pero tras un breve contacto en el que Hugo no pudo saber qué hacía, la lanzó al agua y se alejó con la lancha.

Hugo llegó lo más rápido que pudo. Antes de tirarla al mar no se había oído ningún tiro. Tal vez la estrategia fuera dejar que se ahogase, puesto que a esa distancia era imposible que pudiese llegar nadando a la costa sin verse arrastrada por las corrientes hasta las profundidades marinas.

Se detuvo a su lado. Adriana trataba de mantenerse a flote entre el violento oleaje gallego, tragando agua salada. En marcha, Hugo la agarró por el brazo y la ayudó a subir a la moto acuática. Ella lo abrazó con fuerza por detrás y apoyó la cabeza en su espalda.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Y Olivia?

—Perfecta.

—Entonces puedes seguirle.

Hugo sabía que ése era su deber. Como buen agente, debería salir detrás de la lancha de Iago hasta alcanzarlo y hacer que pagase por todo el daño que había hecho a la familia Sierra y quién sabe a cuántas personas más. Pero las persecuciones eran peligrosas. Posiblemente habría algún tiroteo y una bala podía impactar en Adriana.

Bajó la vista y observó las manos de ella enlazadas en su torso, devolviéndole el aliento y el calor que había perdido.

—No voy a ir.

—Pero escapará...

—No me importa. Prefiero ponerte a salvo que conseguir una condecoración por detenerle.

Allí estaban. En mitad de la nada, sólo ella, él, el mar y el cielo. Saboreó ese momento y giró para regresar al puerto, consciente de que sería la última vez que la tendría tan cerca, con su cuerpo pegado al suyo. Entre los dos todo había terminado y al día siguiente Hugo regresaría a Madrid. Lo tenía decidido. Ya se lo había comunicado a su superior.

Avanzó despacio, echándola de menos antes incluso de haberla abandonado, agradeciendo a las olas aquel suave balanceo que le permitía centrar sus sentidos en la mujer que llevaba detrás y que, sin lugar a dudas, recordaría toda la vida.

Adriana lo acompañaría donde fuese, como un recordatorio de que una vez conoció ese tipo de amor que te desarma, atraviesa y te enseña que la vida, compartida con la persona adecuada es el mejor regalo.

A la llegada al puerto, Edelmiro, Lidia, Elvira y Olivia corrieron al encuentro de Adriana para unirse en un abrazo familiar. Hugo la vio reír de nuevo con aquellos hoyuelos que delataban que se trataba de una risa sincera.

Habría deseado quedarse allí quieto eternamente, observándola desde la distancia, pero tenía que marcharse. Y no podía despedirse ni cumplir la promesa de besarla hasta que no notase los labios. Decirle adiós le resultaba imposible.

En Madrid todo seguía igual. Parecía que el tiempo se hubiese detenido, como si su etapa en Galicia sólo hubiera sido un pequeño paréntesis en su rutina habitual. Dejó las maletas en su piso de la calle Ibiza, una ganga de la que su madre le informó al saber que estaba buscando piso por la zona de El Retiro.

El apartamento tenía dos habitaciones, un cuarto de baño, cocina, salón y, lo que más lo ayudó a decidirse, una pequeña azotea con magníficas vistas al pulmón de la capital, y que estaba en perfecto estado. Que no tuviese que pasar sus primeras horas tras la llegada limpiando se lo debía a su madre, que, con su juego de llaves, había ido a recoger la casa hasta dejarla impecable. Para ella, Hugo siempre sería su pequeño y a veces seguía tratándolo como tal.

La llamó para agradecerse y prometerle que los iría a visitar esa misma semana. Le encantaba pasar tiempo con sus padres, Elena y Javier. Lo único que le daba pereza era la ansiosa necesidad de ser abuelos que les había entrado. En todas las conversaciones surgía el tema al menos un par de veces. Insistían en recordarle que tenía que empezar a pensar en sentar la cabeza. «Rondas la treintena», le decían, como si fuera un dato determinante.

Uno de los rituales que practicaba a diario cuando estaba en casa era salir a media tarde a correr por El Retiro. Aprovechó su regreso para hacer eso que tanto le gustaba y así empezar a adaptarse a la rutina de su vida habitual, esa que ahora le resultaba tan extraña.

Se puso un pantalón ancho gris oscuro, zapatillas y una camiseta blanca. Cruzó la única calle que lo separaba del parque y estiró los músculos antes de lanzarse al trote.

Los madrileños se animaban cada vez más a practicar deporte y se encontró con varias personas haciendo lo mismo que él, mientras recorría los diferentes senderos, pasando junto a estatuas y monumentos, hasta detenerse en la Fuente del Ángel Caído.

Se apoyó en ella para descansar un poco y a su lado pasó un grupo de mujeres siguiendo las órdenes de un entrenador personal, que las animaba a alargar un par de kilómetros la carrera que les había planificado. Tres rezagadas disminuyeron la marcha al verlo y le sonrieron con picardía.

No era la primera vez que Hugo ligaba mientras salía a correr. De hecho, el deporte era muy bueno para iniciar una conversación y acabar intercambiando los números de teléfono.

De entre ellas destacaba la última, una rubia con un cuerpo escultural y cara de ángel, que no dudó en pararse a su lado, fingiendo que ella también necesitaba descansar, mientras le lanzaba miradas furtivas que lo invitaban a charlar.

Pero Hugo retomó el camino de vuelta a su casa. No quería conocer a nadie. No en esos momentos en que su cabeza estaba a kilómetros de distancia.

Había abandonado a Adriana porque su orgullo no le permitía perdonar su engaño. Hugo siempre había creído que, para que una relación fuese sana y duradera, se debía construir sobre los cimientos de la confianza. Si éstos estaban dañados, antes o después la casa se caería hasta derrumbarse por completo.

Para no seguir dándole vueltas al mismo tema sobre el que giraban todos sus pensamientos, puso rock en el ordenador mientras se duchaba. Eligió *I Don't Want to Be*,* de Gavin DeGraw. La música lo ayudaba a evadirse de las fantasías en las que soñaba despierto con Adriana, y que le ponían la carne de gallina como si estuvieran sucediendo en ese mismo instante.

Mientras se vestía con unos vaqueros ceñidos y una camiseta gris clara, comenzó a sonar en el reproductor aleatorio *Always Love*,** de Nada Surf.

La letra le recordaba en exceso a su propia realidad. Iba a pasar al siguiente tema cuando sonó el timbre. Miró su reloj de pulsera y vio que, como siempre, Pablo, su antiguo compañero de la UDYCO, era excesivamente puntual. De hecho, se había adelantado veinte minutos. Como Hugo ya contaba con ello, eran demasiados años de amistad, recogió los bártulos que tenía preparados para esa tarde antes de abrir la puerta.

Pablo y él se saludaron con un abrazo sincero. Hugo lo miró de arriba abajo. Aunque sólo habían pasado unos meses desde que no se veían, le parecía completamente distinto. Había cogido musculatura y ya no parecía aquel policía extremadamente delgado, pero con una fuerza inusual para su tamaño. Además, había decidido dejarse una sombra de barba de un par de días; una buena decisión, ya que Pablo tenía una barba espesa, que le solía crecer pocas horas después de haberse afeitado, haciendo que sus frustrados intentos de eliminarla le hicieran llevar la cara eternamente irritada. Sin embargo, lo que más lo sorprendió no fue el cambio físico, sino el aura de madurez que desprendía.

—¿Carolina no se ha animado a venir? —preguntó Hugo, refiriéndose a su mujer embarazada.

—No, dice que la disculpes, pero que no osaría interferir en una noche de hombres, además de que está a punto de explotar —bromeó—. Eso sí, para compensarla le he tenido que comprar un bote de pepinillos de los gordos.

—Por lo menos le ha salido un antojo barato.

—Tú lo has dicho. Ahora que mi círculo social sólo sabe hablar de embarazos, pañales y bebés, he oído cosas de lo más inquietantes. A una amiga de Carol le dio por chuletones de Ávila.

—¿No podían ser de otro sitio?

—¡Qué va! Su marido me contó que la tía era capaz de distinguirlo. Vamos, que casi tiene que empeñar las joyas de su madre para que la niña no saliese con la marca de una chuleta en mitad de la cara...

—Y luego mis padres se empeñan en que siente la cabeza...

—¡Tampoco es tan malo! Sólo hay que acertar y no casarte con la mujer con la que quieres convivir, sino con aquella sin la cual no puedes vivir. Y después de esta cursilada que me demuestra, una vez más, que tengo que dejar de ver películas pastelosas y el canal Divinity con Carol, ¿no me vas a dejar entrar en tu casa?

—Sí, la verdad es que estás un poco amanerado. Y no, no vas a entrar porque vamos a ir a otro sitio.

—Muy misterioso...

—¡Anda, ayúdame a subir todo esto!

Hugo y Pablo cargaron con los bártulos hasta la azotea. La mayoría de los vecinos de la escalera eran personas de avanzada edad y no solían utilizar el espacio favorito de él, desde el que se veía, en diferentes perspectivas, la inmensidad de Madrid hasta donde alcanzaba la vista. Cuando el tiempo acompañaba, Hugo se subía allí con un buen libro o con su portátil para trabajar.

Colocaron las dos sillas plegables al lado del cubo con hielo y agua, repleto de cervezas.

—No se está nada mal —dijo Pablo, recostándose tras abrir el primer botellín—. Aunque no me olvido de que me debes una mariscada...

—Eso cuando haya nacido el niño, e invito también a Carolina para celebrarlo.

—¿Tú, yo y Carol? ¿Sabes lo que eso significa?

—Me temo que no. ¿No te molestará mi eterno papel de candelabro? —Bebió un trago y echó de menos el sabor de la Estrella Galicia. Extrañaba hasta la cerveza del norte.

—No, amigo. Quiero decir que... ¿tú sabes la cantidad de amigas solteras que tiene Carol? —Hugo negó con la cabeza—. Muchas, demasiadas. Si organizas una cena, estará toda la semana dándome la murga para que te hagamos una encerrona y te presentemos a alguna...

—Ahora mismo no estoy interesado en conocer a ninguna mujer...

—No me extraña, te has empleado a fondo en tu trabajo. ¿Sabes lo que se rumorea en la central?

Hugo se inclinó hacia delante.

—No, pero espero que sea lo que estoy pensando.

—Exacto. ¡Macho, te ha salido un ángel! Una especie de benefactor que te quiere en su equipo.

—¿Rubén?

—Sí, pero ahí no acaba todo. Después de la Operación Atlántico y de que otro te quiera fichar, nuestro jefe también está pidiendo que vuelvas con nosotros... Ya sabes que estoy con la oreja puesta, así que en cuanto me entere de que es definitivo, te llamo y esa noche ni marisco, ni azotea al atardecer, ni porras en vinagre. Compramos una buena botella de Chivas y nos la bebemos hasta que estemos tan borrachos que no podamos ni andar...

Hugo brindó por ello chocando el casquete de su cerveza con la de Pablo. Todavía no tenía nada garantizado, pero que el río sonase era una buena señal de inicio. Recuperar su pasado, aquella vida para la que tanto se había esforzado durante años de estudio. Centrar su existencia en operaciones de narcotráfico a nivel internacional y olvidarse de todo lo demás. La frialdad que necesitaría para pertenecer a ese grupo operativo lo libraría de una vez por todas del calor que lo había abrasado las dos veces que se había enamorado.

—¿Quién es ésta? —preguntó Pablo con las cejas enarcadas.

Hugo, que con las buenas noticias se había evadido momentáneamente, no sabía a qué se refería hasta que lo miró y lo vio recogiendo su cartera, que se le había caído del bolsillo trasero del pantalón. Una fotografía de Adriana, que no recordaba que todavía llevaba con él, se había salido del interior.

—Nadie —contestó, quitándosela de la mano.

La cara sonriente de Adriana la noche que había escalado hasta su balcón lo saludó desde la foto. Era uno de los momentos que ella quería recordar toda la vida y se la había regalado a él, porque, según decía, «los recuerdos no merecen la pena si no hay alguien con quien compartirlos».

—Pues esta señora a la que llamas nadie, además de ser absolutamente deliciosa, ha logrado algo que creía imposible... —le dijo Pablo, mirándolo fijamente.

—¿Qué? —Habló sin poder apartar la vista de Adriana.

—¿Es que acaso no te ves, macho? Te ha activado. Como digo yo, cuando encuentras a la mujer adecuada, es como si pulsara un interruptor que enciende una luz que te hace brillar los ojos. Es como si hasta entonces viviéramos en la oscuridad, desconociendo la existencia de esta otra realidad, y una vez la pruebas estás perdido...

—Muy bonito. Un discurso propio de las telenovelas a las que empiezo a creer que te has aficionado, pero la vida real no es tan fácil.

—¿Qué puede ser tan complicado para que hayas dejado a una mujer a la que te comes con los ojos? Explícamelo.

Hugo siempre había confiado en Pablo. Su compañero gallego era el único con el que se había desahogado después de la historia con Denise, y siempre le contaba sus inquietudes y preocupaciones. Se había propuesto que Adriana no saliese en la conversación de esa tarde, más por el dolor que sentía al recordarla que por no decirle a su amigo que, tal como él le había avisado, una gallega le había robado el corazón. Sin embargo, el azar o el destino la acababan de situar en el centro de atención.

A grandes trazos, Hugo relató su relación con la mediana de la familia Sierra, ante la atenta mirada del insaciable Pablo, que empalmaba una cerveza con otra, mientras el sol se ponía detrás de ambos. Madrid era incluso más impresionante de noche, con las luces iluminando los principales monumentos.

—Déjame ver si he entendido bien —comentó Pablo cuando él terminó de hablar, con la boca seca—. El implacable y controlador Hugo, con una fobia de manual a enamorarse, conoce a una mujer que consigue que sus principios de no entregarse a otra persona, cimentados durante años, se resquebrajen. —Hizo una pausa, meditando—. Ella lo traiciona entre comillas, porque siendo una civil común se tuvo que enfrentar al secuestro de su hermana...

—El engaño nunca tiene justificación.

—Y tu comportamiento de absoluto gilipollas tampoco —le contestó Pablo sin intención de ofender, sólo de enfrentarlo con la realidad, de quitarle la venda del orgullo que tan dañina era de los ojos—. No te tenías que haber enfadado. Es más, ella es la que debería estar molesta contigo por no apoyarla en los momentos más duros.

»Si no eres capaz de ver todo lo bueno, de perdonarla, y encima la culpas por lo que tú consideras una equivocación, entonces, amigo, no la querías ni la mereces. ¿Sabes lo que te pasa? Que entre el sentimiento y la razón, que deben de estar en proporciones iguales para alcanzar el equilibrio, siempre te has decantado por la segunda y por eso no eres consciente de que, como dice Mario Benedetti, es imposible sacarse de la cabeza lo que no sale del corazón. Haz caso de la reprimenda de un amigo que te quiere, Hugo, y no dejes pasar las oportunidades que la vida da una vez.

Aparentemente todo había vuelto a la normalidad. Hasta tal punto que Edelmiro y Lidia, a pesar de ser conscientes de las deudas que arrastraban, habían cedido al capricho de Olivia. Adriana entendía que ésta había pasado por una situación traumática, pero eso no justificaba que sus padres emplearan un dinero que no tenían en alquilar por una noche un lujoso velero para que la niña pudiese disfrutar de una particular fiesta de bienvenida.

Por supuesto, la menor de las hermanas se aprovechaba de la circunstancia de haber sido víctima de una organización criminal para obtener todo lo que quería. El chantaje emocional, éticamente inmoral, era su recurso favorito. Un par de pucheros y su padre firmaba cualquier cheque, aunque ya no tuvieran fondos. Adriana había actuado como la mente racional de la familia, esa a la que todo el mundo desprecia por ser el que amarga las fiestas, recordándoles que tenían que empezar a bajar el ritmo de vida y vender algunas de las propiedades. Aun así, no le habían hecho caso.

Convencida de que era una equivocación darle a Olivia todo lo que pedía y no explicarle cuál era la situación real, Adriana había decidido no acompañarlos en la fiesta y, en lugar de vivir la farsa de que todavía eran una familia que se podía permitir lujosos excesos, saldría a tomar algo con Iria. La malhablada de su amiga lograría que se evadiese entre cotilleos y copas de vino.

El día había amanecido nublado, con un fuerte viento que hizo que su primer plan, pasear por el jardín del antiguo recinto ferial de Fexdega, próximo al puerto deportivo y dedicado a la memoria del poeta Miguel Hernández, fuera modificado.

Así, se dirigieron a la calle Alameda con Méndez Núñez para tomar algo en alguna terraza. La oferta era muy variada por la gran actividad hostelera. En lugar de detenerse a mirar precios, se metieron en el establecimiento más lleno de gente, ya que, según la sabiduría popular, si hay muchas personas en un sitio es porque es bueno.

La terraza estaba cubierta, protegiendo así del aire las bonitas mesas, adornadas con una vela e incienso.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó a Iria Adriana, que se había sentado de espaldas a la gente, cansada de ser el objetivo de miradas indiscretas y comentarios malintencionados.

—¿Qué clase de pregunta es ésta? Llevo una semana a dieta, ¡lo quiero todo! Me comería hasta los platos. Eso sí, con una Coca-Cola Cero, tampoco hay que abusar. —Le guiñó un ojo, pasando directamente a mirar la sección de carnes del menú.

—Vaya, yo que quería pedir una botella de vino para las dos...

—Después de lo que has pasado, yo creo que te la deberías beber tú sola. ¡Y que la pague el Estado, que para eso los has ayudado a detener al colombiano ese!

Adriana rió de la ocurrencia de su amiga. Todos los medios de comunicación, periódicos, radios, televisiones y portales webs, habían amanecido con la noticia del golpe a la mafia que se había producido en Vilagarcía de Arousa. Iria la había distinguido en una imagen que la policía había cedido a los informativos, en la que salía al fondo, abrazada a su familia, y desde entonces no había parado de llamarla y preguntarle como si fuera una periodista.

—¿Ya estás pensando cuándo vas a escribir la novela? —Volvió al ataque—. Y luego que te la compren las televisiones para hacer una serie.

—Ya te he dicho que lo mío nunca ha sido ser artista.

El camarero se acercó para tomarles nota. Iria pidió un solomillo a la pimienta y su Coca-Cola Cero y Adriana se decantó por un churrasco de ternera y una botella de vino blanco, en efecto, para ella sola.

—Yo que estuve coladita por los huesos de Iago, ¡y resulta que es un delincuente! No me lo puedo creer...

—Y uno de los listos. Ha sido el único que ha escapado.

—Lo que voy a preguntar es una estupidez, porque secuestró a tu hermana y tal pero... ¿era tan sumamente malo? Es decir, leyendo lo que se dice sobre él en internet, cualquiera diría que se trata del mismísimo demonio reencarnado en el hombre más jodidamente sexy que he conocido. No te negaré que, si en el inframundo todos tienen esa cara, no me planteé hacer una visita sexual antes de subir, como el ángel que soy, al paraíso.

—¡Iria, que estás casada! —la regañó ella, bromeando.

—¡Mi mente calenturienta a veces parece que no se da cuenta! Pero, tranquila, que sólo son pensamientos impuros que confesaré en mi lecho de muerte. No barajo la opción de la infidelidad.

Adriana sabía que Iria quería a su marido con toda su alma y que sus fantasías nunca irían a más.

—Bueno, dime, ¿cómo era Iago el narco?

Adriana meditó. Realmente no tenía una opinión muy clara sobre él. Se suponía que debía detestarlo y que eso era lo lógico, pero una parte de sí misma sabía que si estaba viva en esos momentos era porque él así lo había decidido. Tampoco tenía el síndrome de Estocolmo y se había enamorado de su secuestrador. Era simplemente que no podía juzgarle, porque en el fondo sabía que sólo había arañado la superficie de Iago. Era como pronunciarse sobre un regalo sólo por el envoltorio. Sin ver el interior resultaba imposible.

Y él se había ofrecido a mostrárselo. Iago le había propuesto que lo acompañase en su huida antes de lanzarla al agua.

—Era duro, serio, agresivo, imponía respeto... Lo normal en un traficante, supongo.

—¿Nada positivo?

—No sé si esto lo será, pero también era protector conmigo... y me enseñaba cosas de mitología y de química.

Recordó aquella última conversación en la que le había contado el mito de los leones de la Cibeles, dos enamorados que estarían eternamente juntos sin poder mirarse, y le dijo que no creía que el amor existiese como un sentimiento, sino como un proceso hormonal que ella estaba desencadenando en su organismo.

—Vaya tío raro... —murmuró Iria, al tiempo que llegaban los platos—. Yo que lo veía más como un amo sexual con una mazmorra donde castigaba a las jóvenes indefensas... y resulta que lo que le gustaba era hablar de ciencia.

—No te creas. —Pinchó patatas y pimientos rojos de la guarnición—. Creo que esa sala también la tenía, pero a mí no me llevó a ella —bromeó.

—¡Te perdiste la mejor parte! Tenías a tu propio Christian Grey para que te diera *pal* pelo, como en *Cincuenta sombras*...

—El personaje de la novela es un sadomasoquista con el que no me habría importado tener una aventura, Iago era un narcotraficante, un asesino...

Iria se mordió el labio y, tras engullir un trozo enorme de solomillo, que Adriana pensó que podría hacer que se ahogase, continuó con el interrogatorio.

—¿Qué tal están tus padres?

—Sorprendidos por no haber sospechado nada. Les está costando asimilar que Olivia ha estado secuestrada, pero con ella en casa es más fácil...

—Más fácil que cuando tú te enteraste y todavía estaba en poder de Iago. Debió de ser durísimo. Sabes que te admiro mucho, ¿verdad?

—Pues no deberías... Tú habrías hecho lo mismo.

—¿Por el mudo de mi hermano Teo? —Elevó una ceja—. ¡Por supuesto que sí! A ver si es capaz de seducir de una maldita vez a Olivia y nos convertimos en familia, joder.

Adriana estuvo tentada a contarle que eso ya había sucedido y que no había salido bien para su hermano. Se abstuvo en el último momento. Olivia había confiado en ella y no podía faltar a su palabra.

—¿Y Elvira ha mostrado algún tipo de emoción o sigue tan inexpresiva como una actriz de Hollywood de sesenta años con más bótox que carne?

—Parece feliz, pero no sé si influye más que Olivia esté a salvo o que mi padre le haya dicho que definitivamente ella va a ser la nueva cara del partido. Él se siente culpable por lo que nos ha pasado y ha tirado la toalla. No digas nada, pero lo anunciarán a la prensa la semana que viene, cuando todo esté un poco más calmado —le explicó.

—Vaya... —lo lamentó Iria.

La cena continuó tranquila. Los temas de conversación giraron desde la pequeña Beatriz hasta el tupper sex que estaba organizando una amiga común, al que acudirían todas sus amigas y al que ella también estaba invitada. En el fondo, Adriana sabía que lo que realmente quería saber Iria tenía que ver con lo único que había salido mal en la historia. Lo que no sabía era cuándo le haría la primera pregunta al respecto.

Fue durante el postre, un succulento brownie con dos bolas de vainilla y chocolate negro fundido por encima, que estaban compartiendo.

—Me encanta que nos estemos comiendo este postre con más calorías que mi comida de toda la semana, pero... llevo un buen rato mordiéndome la lengua y ya sabes que si no hablo estallo. ¿Cómo es que en mi sitio no hay ahora un hombre trajeado, tan guapo, alto, fuerte y deseable que me sacaría los ojos y los enviaría donde estuviese sólo por volver a verlo?

—Hugo ha vuelto a Madrid.

—¿Temporalmente?

—No lo sé. No se despidió de mí, así que imagino que no era un hasta pronto. Un adiós sólo cuesta trabajo decirlo en persona si es definitivo. —Notó cómo la congoja volvía a oprimirle el pecho.

—¿Y tú cómo estás?

—¿La verdad o la mentira?

—¡Mentira, siempre! —bromeó Iria—. ¡Es coña! —Le cogió las manos por encima de la mesa—. Engañar es más fácil, pero me sentiría muy halagada si fueras sincera conmigo.

Adriana bajó la vista, buscando las palabras que pudiesen definir cómo se encontraba.

—¿Sabes esa sensación que sentimos antes del primer beso? ¿Esa montaña rusa que te sacude todo el cuerpo y quieres repetir una y otra vez?

Iria asintió, consciente de lo que estaba hablando.

Adriana cerró los ojos para ver a Hugo en su memoria y así poder explicarse mejor. No encontraba los términos adecuados y se planteó que tal vez debería inventar su propio diccionario de amor por el escolta. Idear un nombre para los sentimientos que desconocía y que había descubierto gracias a él.

—El momento previo a sentir por primera vez los labios de una persona es mágico, espectacular. A veces incluso prolongamos el instante en que las miradas se encuentran y se quedan fijas, para arañar segundos a esa sensación adictiva que nunca se repite con el segundo, tercero, cuarto... con el resto de los

besos.

—Y siempre se echa de menos —completó Iria—. Por eso la mayoría de las parejas no paran de decir que ojalá regresasen al principio, cuando todo era especial. Con el paso de los años se sigue amando, pero de manera diferente.

—Estar con Hugo era distinto a todo lo que había experimentado antes. Con una sola mirada lograba que me temblaran las piernas incluso después de llevar toda la noche haciendo el amor con él. Vivía constantemente la sensación del primer beso. En la peor época de toda mi existencia, me levantaba con una ilusión que me acompañaba incluso en sueños. Y ahora que él se ha ido, siento que no tengo cosas suficientes a mi alrededor para llenar su vacío.

—El tiempo todo lo cura. Conocerás a otro y...

—No hace falta que me consueles con las frases típicas. —Le apretó las manos con cariño—. Por supuesto que superaré esto, igual que lo he hecho con cosas peores en mi vida. Tardaré, pero me abriré de par en par al amor y estoy casi convencida de que conoceré a un hombre que será el padre de mis hijos...

—¡Así me gusta! ¡Positiva! —exclamó Iria.

—Pero por mucho que quiera y respete a ese hombre, sé que el rostro de Hugo será el que me venga a la cabeza cada vez que alguien me pregunte la definición de amor verdadero, y es que, aunque suene patético, cambiaría toda una vida de cariño con otro por una noche de pasión con él.

—Pequeña, vamos a pedirnos un cubata, porque estás de verdad jodida.

Y se lo habrían tomado de no ser por la llamada de su marido, que Iria recibió en ese preciso instante, diciéndole que la pequeña tenía un poco de fiebre. Su amiga se ofreció a llevarla en coche a casa, pero Adriana le dijo que prefería dar un paseo y que después se cogería un taxi. Iria se despidió sin parar de darle besos y repetirle que todo iba a salir bien.

Adriana estaba helada. No sabía si realmente hacía frío o era ella que no tenía energía. Tiritando, se puso la cazadora vaquera por encima del vestido de tirantes blanco, con cinturón marrón oscuro y sandalias a juego que se había puesto ese día.

Caminó entre grupos de amigos y se encontró también con varias parejas que no pudo evitar envidiar con toda su alma. Cuando llegó al paseo marítimo, bajó a la arena y se tumbó mirando la luna llena. Se preguntó si Hugo estaría haciendo lo mismo en esos momentos. Fuera como fuese, sabía que por muchos kilómetros que los separasen, ese manto estrellado los cubría a ambos.

Divisó una estrella fugaz que dejaba su rastro marcando un camino. Adriana recordó que antes de ver a Hugo por primera vez había tenido la oportunidad de pedir el deseo a los cientos de astros que cayeron aquella noche y que no lo hizo. Apretó los ojos con fuerza y susurró:

—Hugo, él es mi deseo.

No había terminado la frase cuando empezó a sonar su móvil. Adriana se sentó de golpe y comenzó a rebuscar en el interior de su bolso, que, por el tamaño, cualquiera podría haber dicho que se trataba de una maleta. No lo encontraba y, nerviosa, optó por vaciar todo el contenido en la arena, para distinguir la potente, y cegadora en la oscuridad, luz del teléfono.

—¿Diga? —contestó emocionada.

—¿Me echabas de menos, nena? —La voz que menos se esperaba sonó al otro lado: Iago—. Me tomaré tu silencio como un sí.

—¿Dónde estás? —Adriana miró a todos los lados en busca de su silueta.

—En una playa paradisíaca de arena blanca y aguas cristalinas. Tumbado en una hamaca atada a un árbol, esperando mi mojito y decidiendo cuál de todas las candidatas me llevaré esta noche a la cama. Y te aseguro que hay muchas que se derriten por un latino de tez morena y mirada penetrante.

—¿Les has mencionado también tus turbios negocios?

—No, mi verdadera identidad no se la muestro a mujeres con las que sólo quiero follar hasta que olvide que tengo a la policía persiguiéndome y que los colombianos le han puesto un succulento precio a mi cabeza. Pero, tranquila, nena, me sé cuidar. —Iago hablaba con un tono cautivador, capaz de acariciar el oído de Adriana a través del teléfono.

—¿No sería mejor que te entregases? Mejor la cárcel que la fosa...

Adriana no podía evitar enfrentarse a Iago siempre que hablaba con él. Eran dos caracteres fuertes, que chocaban de manera inevitable. Sin embargo, esa vez no se lo decía para llevarle la contraria ni como una estrategia para que pagara por sus delitos. Aunque no quería, estaba preocupada por si los narcotraficantes lo encontraban y lo sometían a torturas tan crueles que no podía ni imaginarlas.

—Lo mejor sería que estuvieras tumbada aquí a mi lado porque no nos quedasen fuerzas ni para movernos después de una noche de pasión. Que te hubieras venido conmigo y, en lugar de Atalanta, te hubieras convertido en la mismísima diosa Cibeles. Y yo, igual que esa divinidad que es dueña de la Tierra, te habría entregado todo lo que hay sobre ella...

—¿Me llamas para hacerme una proposición de nuevo?

—No. Ese tren ya ha pasado. Me arriesgo a que tengas pinchado el teléfono para salvarte la vida, otra vez.

—¿Salvarme la vida? —Adriana no comprendía sus palabras. Se suponía que todo había terminado.

—Sí, ¿dónde estás? Espero no interrumpirte en tu nidito de amor, preparando una comidita para tu maridito que estará a punto de volver a casa después de detener a muchos malos...

—Estoy en la playa —interrumpió su sarcástico discurso.

—¿Sola?

—Sí. —Le pareció oír un suspiro de alivio.

—Entonces debes ir directamente a casa, ¿entendido?

—Sí —aceptó, sin comprender qué estaba pasando.

—Ahora que estás fuera de peligro, te daré un regalo un tanto envenenado. He asumido que nunca podré hacerte daño físico, pero me merezco una pequeña revancha que, por otra parte, me agradecerás. Tú obtendrás una información que llevas deseando mucho tiempo y yo me conformaré pensando en el tremendo dolor que te producirá saber la verdad.

—No te lo tomes a mal, pero nada de lo que me digas puede afectarme...

—¿Estás segura? Espero que no tengas memoria de pez y te hayas olvidado de tu hermana...

—¿Qué le pasa a Olivia?

—Ésa no. Ya no nos interesa. Pero espero que la rubita no haya hecho que olvides a otra de tus hermanas, la drogadicta asesinada.

Adriana se quedó paralizada por lo que acababa de escuchar.

—Has dicho drogadicta *asesinada*.

—Es el tipo de afirmación que hace alguien que conoce el nombre de la persona que acabó con su vida.

—Dímelo.

—No será tan fácil. Prefiero darte la pieza que te falta para que luego tú montes el rompecabezas.

—Lo haré con tus normas, como sea, pero dímelo —suplicó.

—No era necesario que fueras a La Toja para obtener información, antes de que yo acabase con Santiago para quedarme con su territorio. No cuando la asesina comparte casa y apellido contigo.

Adriana empezó a notar que le fallaban las piernas y le faltaba el aire.

—¡No puede ser, mientes!

—No, nunca lo he hecho, ni cuando te he dicho que era un monstruo sin corazón ni cuando te he confesado que estaba loco por ti. Ahora me tengo que despedir, nena, y nunca volverás a saber nada más de mí. Palabra de narcotraficante.

Iago era un delincuente, un manipulador, un criminal que disfrutaba con el dolor ajeno, se decía Adriana, de camino al barco en el que la familia Sierra estaba celebrando la bienvenida de Olivia a petición de ésta. Conocía la ambición de Elvira, sabía que había sido capaz de desvelar el secreto más íntimo de sus padres a la prensa simplemente para propiciar que Edelmiro se retirase del partido, pero asesinar a Valeria le parecía demasiado. Incluso aunque con la muerte de su hermana supiera que regresarían los comentarios que relacionaban a su padre con la droga, como siempre que su melliza se convertía en la protagonista, y así pudiera colocarlo contra las cuerdas y avanzar ella en su carrera política.

Cada vez que Adriana creía que la pesadilla había llegado a su fin, surgía algo nuevo que volvía a enfrentarla a situaciones que no era capaz de controlar. Tenía claro que lo primero que necesitaba hacer era hablar con su hermana mayor, decirle que tenía esa información y esperar para ver cómo reaccionaba. En el caso de que confirmase sus peores sospechas, cosa que se negaba a creer, llamaría a la policía y, definitivamente, se volvería loca al imaginar que su propia sangre había terminado con la vida de su melliza.

Las luces del barco estaban encendidas, pero en la cubierta no había nadie. No le extrañó, con el tiempo que hacía, lo más inteligente era utilizar el salón y no estar al aire libre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Olivia, sorprendida, tratando de lanzar por la borda la colilla del cigarro que estaba fumando antes de verla. De nuevo con sus kilos de maquillaje, el pelo recién cortado y alisado de peluquería y el vestido verde perla que le habían comprado esa misma tarde, parecía la muchacha presumida y superficial que todos conocían.

—Tengo que hablar con Elvira. —Subió al barco—. Están en el salón, ¿no?

—Sí. —Olivia se frotó los brazos para calentarse.

Adriana fue directa hacia la puerta que daba al interior del ostentoso salón de suelos de madera y ventanas de un negro metalizado, que impedían ver lo que estaba sucediendo en la estancia.

—No entiendo qué tienes que decirle que no pueda esperar hasta mañana... —murmuró Olivia, disgustada.

—Te lo explicaré cuando sepa exactamente qué está pasando... —Trató de girar el pomo, pero éste no cedía.

—Se suponía que no ibas a venir... —susurró su hermana pequeña en su oído y Adriana notó un objeto presionando su espalda, un objeto de metal redondo y frío, el cañón de una pistola.

Totalmente aturdida y desconcertada, se volvió con lentitud para enfrentarse con Olivia, que la apuntaba tan tranquila. Tenía que haber algún tipo de equivocación. Nada encajaba. Era como comprar un puzle de Nueva York en el que aparecieran de repente piezas del capitolio en Washington. Un sinsentido.

—¿Tú? —Adriana sufrió un cortocircuito mental que le impedía pensar.

Estaba tan conmocionada de ver a su hermana apuntándola con aquella frialdad, que una parte de ella deseó que llegase su final. Continuar después de ese instante sería un ejercicio constante y doloroso.

—Sorprendida, supongo. La rubia superficial, adicta a las compras, tonta y con pocas neuronas, Olivia, empuñando un arma que te sentencia a la pena de muerte. —Se movía en círculos a su alrededor sin quitarle el ojo, como un depredador que está arrinconando a su presa—. En mi defensa sólo quiero

decir que me alegré profundamente cuando te negaste a venir a este encuentro, que he decidido llamar la última cena. En un principio también quería acabar contigo, pero Iago me convenció de que no lo hiciera.

Al final resultaba que el narcotraficante había sido su salvador. Había logrado que permaneciera con vida durante toda la Operación Atlántico y, esa misma noche, la había llamado para decirle que se fuera directa al pazo, pero ella no le había hecho caso y había acudido al barco. Él sabía la verdad y por eso, en todas las conversaciones, siempre hablaba de Olivia con desprecio.

—Me eras más útil con vida —continuó ésta—. Además, no me habrías molestado. Tras la muerte de la estirpe Sierra esta noche, tú habrías abierto la maldita y estúpida clínica y yo podría haber disfrutado de todo el dinero, de la herencia y de lo ganado por mi colaboración con el inepto de Iago, al que, no sé cómo, engañaste... Gracias a Dios, fui más inteligente y exigí mi pago por adelantado antes del secuestro...

—¿Fingiste que te habían raptado? —preguntó con un hilo de voz. Tenía la garganta seca, pero las lágrimas se le estaban acumulando en los ojos, que le comenzaban a escocer de una manera insoportable.

—Te estoy apuntando con una pistola, ¿es necesario que preguntes eso? Adriana, tú no me entiendes. No estaba dispuesta a renunciar a mi vida de lujos y comodidades. Os escuchaba cada día, mientras vosotros sólo me veíais como una niña de apariencia cándida y personalidad estereotipada, y decidíais un futuro austero para mí que ni deseo ni voy a vivir.

»Estaba desesperada, pero entonces recordé al abuelo y sumé dos más dos. El fin sí justifica los medios. Si él fue capaz de hacer dinero con el tráfico de drogas, ¿por qué yo no? Pero no tenía el poder de cederles las bateas y naves, cosa que tú sí. Sabía que tu espíritu altruista te llevaría a hacer cualquier cosa por salvarme y lo sugerí. Iago cambió el final que tenía pensado para ti y acepté los términos. Además, si me secuestraban, nadie sospecharía que yo estaba implicada. Todo estaba perfectamente planeado hasta que llegó ese maldito cabo mal atado que, otra vez, lo complicó todo.

—Valeria —susurró Adriana y tuvo que apoyarse en la pared para no caerse, consciente de lo que venía a continuación.

—En efecto. Veo que has cesado en tu empeño de preguntas estúpidas y das por sentado que fui yo quien lo hizo. No te confundes, yo asesiné a Valeria. —Se pasó la mano por el sedoso pelo rubio, coqueta, como si no estuviera confesando el crimen de su propia hermana—. Ella me vio hablando con los narcotraficantes y se hizo una idea equivocada. Creyó que yo era tan débil como ella y que había empezado a consumir.

»Le supliqué que no se lo contase a Edelmiro y Lidia y que se reuniese conmigo esa misma noche. El resto de la historia ya la conoces. Le obligué a drogarse hasta casi perder el sentido. Gastó sus últimas fuerzas en lanzarse al vacío y reposar en el océano. No quiero ser cruel, así que no detallaré cómo rogaba que la dejase vivir ahora que estaba curada... No paraba de recordarme que éramos familia, argumentos un tanto absurdos, si tenemos en cuenta que cuando ella desapareció de mi vida yo era sólo una niña...

—¿Cómo pudiste? —El llanto le subió por la garganta.

Adriana siempre había creído que una vez que conociera la verdad alcanzaría la paz y ahora sabía que era completamente al contrario.

—Como dijo Truman Capote en *A sangre fría*, ¿por qué esa irrazonable ira cuando veo a otros contentos, felices y satisfechos? ¿Por qué ese creciente desprecio por la gente y esas ganas de herirla? —Sonrió.

Adriana no podía creer que detrás de aquel rostro tan dulce se escondiese alguien tan despiadado y, lo peor, cómo no se había dado cuenta conviviendo en la misma casa.

—No me considero una enferma. La definición tal vez sería narcisista. Sí, me amo a mí misma sobre todas las cosas. Imagino que crees que soy una psicópata y, la verdad, en una etapa de mi vida yo también me lo planteé y busqué su definición. Encajo en varios puntos: hago sufrir a los demás con mi personalidad y no me interesa nadie de mi alrededor si no es para manipularlos y satisfacer mis propias necesidades...

Jugueteó con la pistola. Adriana sabía que lo inteligente en esos momentos sería buscar una forma de poder escapar de allí. Recordó las pocas nociones que Hugo le había dado el día que la instruyó brevemente en la defensa personal. «Cualquier objeto se puede convertir en un arma», le dijo. Pero ella no tenía fuerzas ni para intentar sobrevivir. Si lo que estaba escuchando no era una pesadilla de la que podría despertar, tal vez lo mejor fuera caer en el sueño eterno.

—Recuerdo una vez que mis amigas se bajaron un test de internet para ver si alguna éramos una psicópata, un juego que se puso de moda en el instituto. Te contaba la siguiente historia. Una chica está en el funeral de su madre y, mientras la están enterrando, descubre entre los asistentes al hombre de su vida. Pero como hay tanta gente, no le da tiempo a hablar con él. La muchacha se desespera sabiendo que debe volver a verlo. Al día siguiente aparece muerta su hermana, ¿por qué? —Hizo una pausa como si esperase que Adriana interviniese en la conversación, pero ésta no lo hizo—. Veo que no estás muy colaboradora. Según el estudio, las personas mentalmente sanas contestaban que no veían una relación y los locos, esos seres sin emociones ni moral, decían que la protagonista la había matado para volver a ver al hombre de sus sueños. Si era amigo de la familia volvería al entierro y esta vez no dejaría que se marchase sin hablar con él.

»¿Sabes lo que pensé yo? Que la chica no había sido muy inteligente con su plan. Si el desconocido había asistido al funeral de su madre, serían conocidos del matrimonio y tendría más posibilidades de volver a verlo si mataba al padre que a la hermana. ¿Eso en qué me convierte a mí?

—¿Dónde están papá, mamá y Elvira? —preguntó, al recordarlos por la tonta adivinanza.

Contuvo la respiración ante su respuesta. Tenían que estar vivos.

—¿Conoces la dedalera? Le llaman también el guante de brujas, las campanas de muerto y los dedos sangrientos. Siempre me he sentido un poco identificada con esa planta letal y a la vez hermosa. Digamos que les he servido un té que, pese a su sabor desagradable, han tomado por satisfacerme y que está proporcionándoles el dulce placer de morir envenenados. Todos menos Elvira, que, intoxicada y con alucinaciones, no para de decir que ve aureolas amarillas, blancas y verdes...

Estaban vivos, pero necesitaban ayuda. No tenía tiempo que perder. Debía entretenerla y barajar las opciones que tenía con rapidez. La ambulancia tenía que llegar antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Por qué haces esto? Nadie ha descubierto lo que has hecho con Valeria. Tenías el dinero...

—Pero quería más. La herencia de Edelmiro me permitirá poder blanquear lo que he ganado. Marcharme de aquí con la excusa de que el sufrimiento es demasiado grande...

—Supongo que tienes un plan para que no te descubran...

—¿Todavía dudas de mí? —Se acercó un par de pasos, mirándola con la cabeza ladeada—. Teo cargará con todas las culpas.

—¿Teo? —¿El hermano de Iria también estaba involucrado?

—¿Acaso crees que no había pensado en un cabeza de turco? Pobre Teo, tan paleta, sumiso, dócil y obediente. Necesitaba a alguien a quien poder manipular. Una persona que supiera que sería capaz de hacer cualquier cosa, incluso asesinar, por mí. Y lo encontré. Mi belleza lo tenía fascinado. Un par de besos y un revolcón a la luz de la luna y ya era la mano armada de mi plan.

Se acercó a Adriana y, tras una pausa, colocó la pistola en su sien antes de susurrarle al oído:

—Él cree que es mi cómplice, pero será una víctima más. El loco de esta matanza que estudiarán los futuros criminólogos. ¿Recuerdas el día de San Juan, cuando te conté que había roto con Teo y que no se lo había tomado nada bien? No eres la única que conoces esa información. Para la opinión pública, él se obsesionó conmigo, vino a verme después del secuestro y, cuando le dije que no quería que volviéramos, perdió la cabeza matándolos a todos. Sólo yo escapé del desequilibrado tras, con mucho dolor, acabar con su vida —siseó—. Pero no se lo cuentes cuando salga. Todavía no sabe su final, dejemos que lo sorprenda.

Olivia volvió a apartarse y al cabo de unos segundos siguió hablando:

—No me descubrirán. De todas maneras, aunque lo hicieran soy menor. Sí, sé que están revisando el Código Penal, pero por el momento, incluso un asesino en serie con más de dieciocho años no cumpliría más de treinta años en prisión. ¿Cuánto crees que me caerá a mí en el hipotético caso de que entre en un centro de menores? ¿En cuánto se quedará al final la condena si colaboro y tengo buena conducta? Es un período de tiempo que me atrevo a apostar en esta partida en la que tanto puedo ganar.

A Adriana ningún plan le pareció bueno. Lo único que podía hacer era abalanzarse sobre ella y rezar por que el primer disparo no le acertara en ningún órgano vital. Si lograba quitarle la pistola, todo estaría solucionado. Aunque era consciente de que había la posibilidad de que recibiese el primer tiro en su cabeza, matándola al instante, pero era un riesgo que estaba dispuesta a correr. Al fin y al cabo, la iba a matar de todas formas. No tenía ningún tipo de duda. Olivia no parecía para nada arrepentida por lo que había hecho ni planeaba hacer.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Olivia confusa, colocándose a su espalda con el cañón apretado con fuerza contra su columna. Sacó el móvil y escribió un mensaje—. Vamos, Teo, léelo —musitó.

Adriana no comprendía aquel nerviosismo repentino hasta que lo vio y el corazón comenzó a dolerle tanto, con un pinchazo tan agudo, que temió que le estuviera dando un infarto. Los latidos eran tan violentos que pensó que le iban a partir alguna costilla. Hacía unos minutos había pedido al cielo que lo trajese de vuelta y ahora sólo podía desear que Hugo no estuviera allí, caminando por el muelle, con una sonrisa que ascendió iluminándole los ojos en cuanto la distinguió en el yate.

—Hola, Adri —saludó nervioso. Debió de interpretar mal su cara desencajada y su gesto serio—. Quería comprarte un ramo, pero todas las floristerías estaban cerradas y he robado una rosa de camino. —Sonrió con la flor en la mano—. Samuel y Antonio me han dicho lo de la fiesta y no he podido esperar.

»Me habría gustado hacer una aparición más espectacular para que no te quedase más remedio que perdonarme por ser un cabezota, egoísta y orgulloso, que, en vez de apoyarte, se ha marchado a las primeras de cambio. Sin embargo, para planificar algo necesitaba tiempo y no quería pasar ni un segundo más separado de ti. —Ladeó la cabeza y vio a Olivia detrás de Adriana—. Si no estás muy molesta, me gustaría que bajaras para decirte una y mil cosas, hasta que no te quede otra que aceptar que te dé los besos que te prometí antes de la Operación Atlántico.

Adriana abrió la boca para decir algo, pero Olivia se adelantó.

—Muy bonito —dijo con sarcasmo—. Me temo que has elegido una mala noche para hacer tu declaración de amor. Hasta tal punto has tenido una suerte nefasta, que creo que no sólo vas a morir, sino que verás cómo deja de respirar tu amada...

—¿Qué coño...?

Frunció el ceño, mientras Olivia se volvía para que él viese que tenía la vida de Adriana en sus manos. Un disparo y terminaría con ella.

—Yo no haría eso... —le aconsejó la chica, al ver que intentaba sacar su arma—. Es más... —Teo apareció en ese momento e, ignorando la presencia de Adriana y de Hugo, miró a Olivia con la cabeza gacha, como si fuera su esclavo— títala al suelo y dale una patada para que éste la pueda recoger.

Hugo barajó las posibilidades y, como respuesta, Olivia clavó más el arma en la espalda de Adriana, que profirió un pequeño grito. Sin apartar la vista de ellos, dejó la pistola en el suelo y le dio una patada para apartarla de su lado. Teo se apresuró a recogerla.

—Cachéale —ordenó ella, y el hermano de Iria lo hizo.

Hugo aprovechó un descuido de éste, mientras le estaba palpando la cadera, para hacerle una llave, retorcerle el brazo por detrás de la espalda y volver a coger la pistola.

—Si le haces algo a Adriana, mato a tu novio.

—Eres un agente de la ley.

—En el amor no existen las reglas —aseguró él con mirada sombría.

Adriana nunca lo había visto así.

—¿De verdad crees que ese chico me importa tanto como ella a ti? Contaré hasta tres y si no estás en este barco, desarmado y con las manos en la cabeza, y Teo con tu revólver, le dispararé a bocajarro a Adriana hasta reventar esta cabecita que al parecer tan locos vuelve a los hombres. Tú decides. Uno... dos...

Parecía que Hugo estuviese calibrando a Olivia, analizando si sería capaz de cumplir las amenazas que estaba profiriendo. Debió de pensar que sí, por lo que, antes de que finalizase la cuenta atrás, soltó al chico, le tendió el arma y, presionado por éste, subió al yate totalmente indefenso.

Olivia también soltó a Adriana y la empujó contra Hugo, que la recibió rodeándola con sus brazos durante un segundo, antes de ponerse delante de ella como escudo humano.

—Teo, vamos a mar abierto. Terminemos con esto.

El chico asintió y, poniéndose al timón, inició el recorrido hacia las espesas y oscuras aguas en las que últimamente tanto tiempo había pasado Adriana, arriesgando su propia vida. Tal vez ése era su destino y ya se había librado de él en demasiadas ocasiones.

Hugo parecía tranquilo, mirando todos los recursos a su alcance, sin dejar de cubrir su cuerpo con el suyo para protegerla.

A los pocos minutos, el barco se detuvo y se quedó balanceándose, esa noche débilmente. El hermano de Iria se colocó al lado de Olivia, un par de pasos por detrás.

—¿Has rociado todo de gasolina, Teo?

—Sí.

—Bien, arderá rápido y los cadáveres quedarán irreconocibles. —Asintió satisfecha y al chico se le hinchó el pecho de orgullo—. Dame el arma que le has quitado al escolta.

Teo se la tendió y Adriana se percató de que su hermana la cogía sin rozar la culata, con unos guantes que no se había percatado que llevara antes. No entendía por qué quería dos pistolas, pero tampoco tuvo mucho tiempo para hacer conjeturas.

—Muchas gracias por toda tu ayuda —le dijo Olivia a Teo antes de volverse y pegarle un tiro en la sien derecha que le atravesó la cabeza e hizo que cayese inerte al suelo, sacudiendo levemente las piernas.

—¡No! —gritó Adriana, que no se dio cuenta de que estaba temblando hasta que Hugo le apretó las manos tranquilizándola.

Olivia soltó la pistola de Hugo, que era la que había utilizado para asesinar al chico a sangre fría, y sostuvo en alto la otra. No tuvo ni un instante de remordimiento, ni siquiera miró de reojo a su compañero, su cómplice, aquel muchacho que habría dado cualquier cosa por tenerla a su lado y al que ella había matado sin piedad. Intentar encontrar un ápice de bondad en su hermana pequeña era una causa perdida.

—Teo nos tenía secuestradas. Mató a Adriana. Hugo se volvió loco y ambos se dispararon a la vez. Yo me lancé al agua asustada, atemorizada, y la guardia costera me encontró gracias al fuego que estaba devorando el barco —recitó, antes de volver a centrar su atención en ellos—. Puede que no sea el crimen perfecto, pero se acerca. Y ahora os toca el turno a vosotros.

Suplicar no serviría de nada. Puede que incluso se deleitase más con sus muertes sintiéndose tan poderosa. Olivia disfrutaba de un modo sádico que sólo podía significar que estaba enferma. Apuntó yladeó la cabeza sonriente, no lo pensaría, no tardaría en llevar a cabo su acto final. Hugo miró hacia atrás.

—Te quiero —dijo, despidiéndose de ella y apoyando la frente en la suya, al tiempo que le daba un dulce beso.

Luego se volvió de nuevo hacia Olivia y Adriana adivinó sus intenciones. Iba a lanzarse contra ella para hacer que descargase la pistola en él, o bien para llegar hasta ella con la suficiente fuerza como para desarmarla.

En ninguno de los casos Hugo sobreviviría. Adriana supo que no podía permitirlo. Olivia acarició el gatillo y, sin que nadie se diese cuenta de lo que iba a hacer, Adriana se puso delante de él al tiempo que sonaba el primer disparo, cambiando los papeles, sacrificando su vida por la de Hugo.

Todo sucedió muy rápido, notó un impacto que la hizo retroceder dos pasos tambaleándose, mientras Hugo corría en dirección a la pistola abandonada en el suelo, disparaba a Olivia en el brazo con el que sostenía el arma y ésta se le caía de la mano.

Adriana lo observaba todo como si no estuviera allí. No sentía dolor. De hecho, dudó que le hubieran dado hasta que bajó la vista y vio la sangre que resbalaba desde su estómago hasta el suelo de la cubierta. La impresionó un poco el rojo intenso contra su vestido blanco, lo que indicaba que posiblemente su propia hermana la había herido mortalmente.

Todo se había ralentizado, como si la vida sucediese en fotogramas que pasaban de uno en uno delante de ella. Pudo ver como a cámara lenta la cara desencajada de Hugo, que, tras esposar a Olivia, corría a su encuentro.

Los sentidos también se le habían agudizado en esos últimos instantes y, mientras Hugo la sujetaba antes de que se desvaneciese y cayese al suelo, notó que no era ella la que temblaba, sino él, que parecía incapaz de coger el aire suficiente para volver a respirar con normalidad.

Lo quería calmar y levantó un brazo para acariciarle la cara. El esfuerzo de mantener la mano elevada, tocando la mandíbula y los labios del hombre que amaba, le costaba más de lo normal y, finalmente, sus dedos cayeron inertes, dejando un sendero de sangre en el rostro de Hugo.

—Te pondrás bien, ¿me oyes? —gritó él desesperado, atrayéndola contra su pecho.

A ella la vista se le nublaba y le costaba mantener los ojos abiertos. Tenía frío. Muchísimo frío. Hugo trataba de calentarla abrazándola, pero ni él, que siempre había conseguido cambiar su temperatura corporal, era capaz de hacerlo.

—No me dejes. ¡Te lo prohíbo, Adri! —Levantó la vista y vio las luces de la guardia costera que iba hacia el barco.

Ella intentó sonreír para tranquilizarlo y comenzó a toser, escupiendo sangre a borbotones. Eso no era buena señal. Se estaba muriendo entre los brazos de Hugo. No se arrepentía de haberse interpuesto entre la bala y él, es más, estaba orgullosa de haber cambiado su vida por la suya.

Una placentera somnolencia la incitaba a cerrar los ojos y descansar. Empezó a tener convulsiones. Le quedaban pocas energías, pero sabía en qué tenía que gastarlas.

—Te amo, Hugo Molina. —Elegió que sus últimas palabras expresasen el amor que había dado energía a su vida.

—Y yo, Adri. No sabría vivir sin ti, así que, por favor, no me abandones a mi suerte en un mundo en el que, si tú no estás, no me interesa seguir existiendo. —Adriana quiso decirle que sí, que se quedaría a su lado, pero las fuerzas le fallaron y, mientras Hugo palidecía, desolado, sus párpados se cerraron y la oscuridad lo invadió todo.

La Guardia Civil costera trasladó a los heridos hasta el muelle, donde los esperaban unidades móviles de los servicios sanitarios. Durante el trayecto, en el que no soltó a Adriana en un solo momento, Hugo les explicó a los agentes en líneas generales lo que había ocurrido.

Una vez estuviesen todos fuera de peligro, tendrían que tomarles declaración. Hasta entonces era imposible, teniendo en cuenta que Edelmiro, Lidia y Elvira habían sido envenenados, Olivia tenía un disparo en el hombro, a consecuencia del cual se había desmayado, Teo había fallecido y Adriana se encontraba en la difusa y delgada línea entre la vida y la muerte, con una bala en el estómago.

Los médicos intubaron a Adriana antes de meterla en la ambulancia y Hugo fue con ella y le sujetó la mano durante todo el camino hasta el hospital comarcal Do Salnés. Luego siguió la camilla en la que se la llevaban, hasta que un enfermero le dijo que debía esperar en la sala para familiares. Iban a operarla de urgencia.

Con un sentimiento que no sabía identificar y un miedo tan atroz como no creía posible, se sentó en una de las sillas de metal que había en la sala, a la espera de que Adriana saliera del quirófano. Pero no aguantó demasiado. Los nervios le impedían estar quieto.

No era la primera vez que se encontraba con la muerte cara a cara y, sin embargo, nunca había temido tanto que pudiese llegar como en ese momento. Adriana tenía que salvarse, no se atrevía a barajar otras opciones.

Estaba allí solo, en una larga y agónica espera y cada segundo que pasaba sin tener noticias le suponía una tortura lenta y dolorosa. Sentía el impulso irrefrenable de romper todo el mobiliario de la sala hasta que sus propias heridas le hiciesen olvidar las que estaban consumiendo a la mujer de su vida. En lugar de eso, intentó llorar para expulsar toda la impotencia contenida, pero las lágrimas no le salían. Él nunca cedía al llanto. Era como si su organismo no se lo permitiese.

Pasó las horas siguientes con una sola idea en la cabeza: si Adriana no sobrevivía, ya nada tendría sentido. Así de simple. Durante años, se había cansado de escuchar que la vida puede cambiar en un segundo, pero experimentarlo en sus propias carnes convertía esa frase en real. ¿Cómo era posible que la misma noche en que iba a declarar su amor a Adriana, lleno de ilusión, tuviera que asimilar que le habían disparado y estaba debatiéndose entre la vida y la muerte? La desgracia lo había elegido como protagonista de una nueva historia trágica.

Se suponía que después de la Operación Atlántico estaría a salvo... Golpeó la pared con fuerza, reprendiéndose a sí mismo.

Rezó a todos los dioses de los que había oído hablar alguna vez. Lo peor de la espera era saber que no existía absolutamente nada que él pudiese hacer por ayudar.

Rubén fue a verlo al cabo de un rato para decirle que Elvira, Edelmiro y Lidia estaban fuera de peligro. Hugo se alegró al menos por ese lado y miró impotente la puerta tras la que estaba Adriana. Tardaban demasiado en salir a decir algo. Rubén se quedó para acompañarlo, a unos metros de distancia, permitiéndole el silencio y la soledad que necesitaba.

El móvil de Hugo sonó. No pensaba contestar, pero al leer en la pantalla el nombre de Pablo, pensó que tal vez pudiese desahogarse con él.

—Señorito Hugo Molina, le llamo porque acabo de enterarme de que, oficialmente, vuelve a ser agente de la UDYCO...

Iba a contestar, a decirle lo poco le importaba la noticia en esos momentos, cuando un médico abrió la puerta, quitándose la mascarilla.

—¿Familiares de Adriana Sierra?

El móvil se le escurrió de las manos y se estrelló contra el suelo, partiendo la pantalla en dos, mientras él se acercaba al médico, tratando de escrutar su gesto antes de escuchar sus palabras.

Rubén fue con él y le dio una palmada en el hombro para infundirle ánimo.

—Adriana ha ingresado en estado muy grave. —Miró fijamente a Hugo a través de sus gafas de media luna—. Afortunadamente, hemos conseguido estabilizarla y se encuentra fuera de peligro...

Siguió hablando, pero Hugo ya no lo escuchaba. No podía. Esta vez las lágrimas afloraron solas, con agonía, procedentes directamente de sus entrañas. No podía parar.

Hugo Molina lloró por primera vez sin consuelo y lo hizo de felicidad.

Epílogo

Los meses habían pasado deprisa. Diciembre había llegado sin que Adriana ni siquiera se diera cuenta. Parecía que fuera el día anterior cuando se había despertado en el hospital, aturdida. Lo primero que había visto era la silueta alicaída de un hombre sentado en una silla en su habitación.

Después se había enterado de que Hugo no había sido el único que había velado por ella día y noche. Su familia también lo había hecho. Nunca la habían dejado sola, a pesar de que sabían que se encontraba fuera de peligro.

Olivia estaba detenida y Elvira se había hecho cargo de la situación, enfrentándose a las acusaciones más duras de su carrera. Insinuaban que había colaborado con la mafia, los periodistas la acosaban y la ciudad nunca más confiaría en los Sierra. Con la cabeza alta, la joven había visto cómo su sueño de ser alcaldesa se rompía en mil pedazos sin posibilidad de arreglo.

La habitación estaba repleta de flores, bombones y tarjetas de ánimo. Entre todas ellas, hubo una que, cuando estuvo lo bastante fuerte como para leerlas, le llamó especialmente la atención. Al recibirla, sus padres creyeron que se trataba de una equivocación, pero en la floristería les confirmaron que Adriana era la destinataria. Tenía la imagen de la Cibeles, iba acompañada de unas rosas azules y verdes y, con una letra pulcra, decía:

Querida Atalanta:

Aunque nunca más volveré a verme reflejado en tus ojos orgullosos, me alegro enormemente de que éstos sigan brillando con vida. Una bala será mi final, pero el tuyo debe ser en la cama, siendo una anciana, con tantos amaneceres vistos como arrugas tenga tu rostro.

Hipómenes

Adriana había guardado la tarjeta junto al resto. Ahora que sabía que Iago en realidad no había estado involucrado en el secuestro de Olivia, ya no le guardaba rencor. Sin embargo, tampoco se arrepentía de no haberse marchado con él. No le amaba, pero deseaba que encontrase una persona que le devolviese la humanidad.

Al ver que Hugo tenía los ojos cerrados, Adriana se incorporó lentamente para no despertarlo y empezó a comprobar qué movimientos podía hacer y cuáles no, con la herida de la bala todavía abierta en su abdomen.

No obstante, él se había levantado en cuanto ella cogió las sábanas para apartarlas, como si presintiera que por fin, después de la larga espera, estaba consciente, como si, tal como ella sospechaba, estuvieran conectados por algo que la ciencia no era capaz de explicar.

Adriana no sabía cómo comenzar la conversación. Hugo le había confesado que la amaba, pero tal vez eso se debiera a un acto de piedad cuando creía que la vida se le escapaba. Ahora que estaba sana y salva, quizá el rencor por su traición hubiese vuelto a aflorar en él y no fuera capaz de perdonarla. Eso le dolía más que el impacto de la bala destrozando sus entrañas.

Todas sus dudas se disiparon al instante. Hugo no le permitió hablar antes de cubrir sus labios con los suyos y atraparlos en un beso dulce cargado de pasión y anhelo. Notó el balanceo de la cama y tuvo que rozarlo para comprobar que era él el que estaba temblando, mientras se sentaba a su lado con

cuidado de no quitarle el gotero.

—Abrázame, por favor —suplicó él.

Adriana respondió a su petición rodeándolo con sus brazos, mientras notaba cómo se venía abajo. Hugo siempre había sido un hombre fuerte, decidido, sereno, con autocontrol y, mientras su torso musculoso se relajaba, Adriana descubrió que en esos momentos tenía ante sí a un hombre vulnerable, frágil y desvalido.

No le hizo falta que se lo dijera para saber la tortura que había supuesto para él pensar que la perdía. No lo necesitaba, porque se puso en su lugar y el aire comenzó a faltarle.

—No vuelvas a darme un susto así nunca más. —Se apartó para mirarla a los ojos, mientras enredaba entre sus dedos un mechón de su pelo—. Si te llega a pasar algo... yo... —Se pasó la mano por la cabeza, buscando la frase exacta que quería decir—. ¿Sabes lo primero que nos enseñan en el cuerpo de policía?

—No. —Tenía la boca reseca y Hugo le tendió un vaso de agua.

—Nos entrenan para no tenerle miedo a la muerte. Es nuestra mayor enemiga y en cada una de las operaciones nos enfrentamos a ella. Unas veces ganamos y otras perdemos, es ley de vida.

»Yo creía que tenía la lección aprendida, hasta que te vi cerrar los ojos el otro día y me di cuenta de que tenía asumido que ella pudiese acabar conmigo, que fuera yo el que recibiera el disparo, pero no tú. Nunca estaré preparado para verte desaparecer, Adri. Si me faltas, contigo se irá todo lo que me hace humano y tendré que aprender a vivir sin ilusiones, sin expectativas, sin ganas.

»Y no sé si seré capaz, porque tú eres la dueña de mi corazón y de cada latido, si tú no estás a mi lado, mi vida se convertirá en una tortura lenta y dolorosa, en un martirio, en un tormento insoportable. —Apoyó su frente en la suya—. Puede que para el universo, en su infinito esplendor, tú sólo seas un ser insignificante, pero para mí lo eres todo.

—Te amo, Hugo Molina. —Fue lo único que alcanzó a pronunciar antes de que el deseo, el ansia de volver a saborear sus labios, la obligase a besarlo, tratando de acariciar su alma.

Ahora, el eco de sus palabras le produjo un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, haciendo que se tuviera que abrazar a sí misma, mientras caminaba por la playa de A Lanzada con la única compañía de *Romeo*. No estaba allí por casualidad. Podría haber paseado al perro por cualquier sitio, pero siempre acababa en ese lugar donde Hugo le había dado el primero y el último beso.

La nostalgia la invitaba a recorrer una y otra vez esa arena blanca que había sido testigo de los dos momentos más intensos de su vida. Como si deshacer el camino que había recorrido con él la pudiera trasladar a ese pasado que añoraba y sabía que nunca regresaría.

Todo parecía perfecto. Hugo y ella podían comportarse como una pareja normal y Adriana disfrutaba de cada instante a su lado. Aprovechaba cada segundo, porque una parte de ella le decía que su felicidad tenía un contador que había iniciado una cuenta atrás, aunque hasta el 30 de agosto no comprendió que su intuición tenía base y la realidad se interpuso de nuevo entre los dos.

Rubén pasaba muchos días en casa de los Sierra. La mayor parte del tiempo hablando con Elvira, explicándole por qué le había mentado todo ese tiempo y tratando de recuperar su amor. Ella se hacía la dura, pero Adriana sabía, como ocurrió unas semanas después, que sólo era cuestión de tiempo que lo perdonase y se entregase, con todas las consecuencias, a la primera relación formal que tenía en su vida.

El día que había chocado contra el muro que la separaría irremediabilmente de Hugo, Rubén se encontraba hablando con el escolta en la entrada del pazo. Le insistía en que tenía que incorporarse de nuevo a la UDYCO, que era la oportunidad de su vida, esa que llevaba esperando tanto tiempo. Pero Hugo se negaba una y otra vez, alegando que no podía separarse de Adriana, que ningún puesto lo valía y menos uno cuyo destino estaba en Colombia y al que no podía llevar compañía.

Adriana se quedó paralizada al oírlo hablar así y tuvo que esforzarse en convencerlo de que aceptara. Era lo justo. Merecía triunfar en su carrera y ella no quería ser un impedimento.

Lo despidió con una sonrisa, aunque por dentro se sintió vacía, incompleta. Los acontecimientos que habían sucedido después de ese momento habían hecho que el tiempo, que estaba segura de que siempre era relativo, alterase el ritmo de las manecillas del reloj hasta ese día 4 de diciembre. Todo había cambiado. Su vida no era la misma ni nunca lo sería, estaba segura de ello.

Su familia lo había perdido todo. Una a una, tuvieron que vender sus propiedades. Todo menos las bateas familiares, que se las habían regalado a Iria, con la esperanza de que algún día pudiesen retomar su amistad. Adriana sabía que llevaría tiempo.

La muerte de su hermano a manos de Olivia la había afectado muchísimo. Sin embargo, no condenaba, como otras personas de la ciudad, a todos los Sierra de ello, sólo a la que lo había matado. Por lo que todavía no había podido hablar con Adriana era por el sentimiento de culpa al imaginar a su hermano tratando de asesinarla. Se sentía responsable, como si lo hubiera tenido que saber logrando así detener al pobre y manipulado Teo.

Con cada pérdida, Adriana sentía que se marchaba una parte de su infancia, de su juventud y de su recién iniciada madurez. No consiguieron el valor real del pazo ni de los viñedos. El suelo estaba devaluado y los precios habían caído en picado, pero, aun así, les dio para lo que necesitaban.

Sus padres se habían trasladado a un pequeño piso en Madrid. El motivo era muy sencillo. No huían de los comentarios dañinos ni de los susurros malintencionados a sus espaldas, a eso se habían acostumbrado con el paso del tiempo. No, su marcha respondía al ingreso de Olivia en un centro de menores de la Comunidad de Madrid en régimen cerrado.

A pesar de todo lo que había hecho, para ellos seguía siendo su pequeña y se veían en la responsabilidad de cuidarla. Una clase de amor paternal que hacía que, con un dolor inmenso al saber que había intentado matarlos y que había asesinado a otra de sus hijas, quisieran salvarla, redimirla, estar a su lado. Encontrar una solución a su locura, luchar por que algún día se arrepintiese de sus actos.

Adriana no lo veía tan sencillo. Una parte de ella seguía sufriendo cada vez que recordaba el destino que le esperaba a Olivia. Podía verla asustada, recorriendo la celda de un lado a otro con desesperación, mientras otras chicas de su misma edad, más fuertes y experimentadas, le hacían la vida difícil a esa princesa que había entrado, por voluntad propia, en el mundo de los convictos. A veces se despertaba sobresaltada con el eco del sollozo de su hermana menor, que la invadía en las pesadillas.

Sin embargo, cuando se llevaba la mano al abdomen y rozaba la cicatriz del balazo que le disparó sin que le temblara el pulso o, lo peor de todo, pensaba en Valeria, su lástima se transformaba en dureza.

Llevaba consigo en su cartera la nota de su melliza, la que le dejó para decirle que volvía. Al releerla, era como si oyese de nuevo la voz de ésta, ilusionada, limpia al fin, con toda una vida por delante después de años de esfuerzo.

Podría haberle perdonado a Olivia que le hiciera daño a ella, pero no a su pack. No era capaz de hacerlo ahora y dudaba de que lo fuera con el paso del tiempo. En su relación con su hermana menor siempre se interpondría la imagen de Valeria. Era un hecho.

Por lo menos, contra todo pronóstico, la convivencia iba bien con Elvira. Sus padres habían empleado la otra parte del dinero en comprar un pequeño piso para las dos en el casco histórico de Vilagarcía, y le habían dado a Adriana el capital necesario para comenzar las obras de su negocio, la Clínica de Desintoxicación Valeria. Su sueño no podía tener otro nombre que no fuera el de su melliza. Ella sería el rostro que vería en cada uno de los pacientes a los que ayudase a lo largo de los años. Por ella se dejaría la piel en todos los casos, para regalarles a otras familias el final feliz que, desgraciadamente, los Sierra no tuvieron.

Desde el primer momento, Elvira se había mostrado entusiasmada con la idea, aceptando el plan de empresa que Adriana había preparado durante años y ayudándola en el regateo para la compra de los terrenos que había visto en la Isla de Arousa, así como utilizando los contactos que aún le quedaban de su etapa política para agilizar algunos trámites.

Esa misma mañana, la había informado de que las obras comenzarían en enero, transformando lo que hasta entonces era una ilusión en realidad.

Debería estar feliz. Había logrado lo que tanto ansiaba. Pero le faltaba algo. Una parte importante de sí misma que se había marchado y al que ahora recordaba mientras vagaba por la playa. Miró a ambos lados, la niebla le dificultaba ver si había algún vecino antes de soltar a *Romeo*. El nuevo piso era muy pequeño y el pastor alemán necesitaba correr para quemar las energías acumuladas con su vida sedentaria en unos pocos metros cuadrados.

—No te vayas muy lejos —le dijo, como si el perro pudiese entenderla y, posiblemente serían imaginaciones suyas, pero le parecía que hasta había asentido.

El aire soplaba con fuerza, por lo que tuvo que ponerse la capucha de la sudadera negra que llevaba, y de la que se escapaban algunos mechones. Se subió la cintura de los vaqueros para protegerse los riñones del frío invernal y se sentó para entregarse a su melancolía. Necesitaba olvidar a Hugo para poder pasar página, continuar la historia de su vida sin que él fuera el protagonista de todos los capítulos, pero era incapaz. Le habían dicho que el paso del tiempo traía consigo el olvido, pero en su caso sólo transportaba desesperación y un deseo irrefrenable de verlo, aunque fuera una última vez.

Si estuviera moribunda y le preguntasen cuál era su última voluntad, sería ésa, ver a Hugo un instante para llevarse su imagen al otro lado, en el caso de que éste existiese.

El Atlántico estaba bravo, enfadado, iracundo. El viento levantaba olas de varios metros, que se estrellaban con fuerza contra la orilla dejando un rastro de espuma. Parecía imposible que en otro tiempo, que ahora se le antojaba como una época distinta, la etapa más trágica y feliz de su vida, dos personas se hubieran entregado en cuerpo y alma la una a la otra dentro de sus aguas. Extrañar a Hugo era el precio por haber vivido a su lado tantos momentos inolvidables.

Romeo jugaba con el agua, apartándose en el instante justo en que las olas rompían en la costa. Adriana lo vigilaba, gritándole cuando el animal esperaba demasiado, temiendo que la marea se lo tragase. Iba a regañarle, cuando el perro, sin motivo aparente, comenzó a correr en su dirección.

—No me mojes.

Se apresuró a ponerse de pie, previendo que la iba a empapar al intentar secarse sacudiéndose de un lado a otro.

Pero en lugar de hacer eso, pasó de largo ladrando, internándose en la densa niebla. Adriana comenzó a llamarlo. Seguramente había oído u observado algo, tal vez los animales pudiesen ver a través de la bruma, habría distinguido a otro perro y corría para jugar con él. Si los dueños eran amables, no habría problema, pero no podía arriesgarse a que fueran huraños o poco amistosos y la increpasen por tener a *Romeo* suelto por la playa.

—¡*Romeo*! ¡*Romeo*, ven aquí! —lo llamó, balanceando la cadena.

El hocico del perro asomó.

—¡Buen chico! —exclamó ella, agachándose para atarlo, cuando sintió una presencia detrás del animal que la desestabilizó e hizo que no fuera capaz de enganchar la correa.

La brisa marina le trajo su olor y notó cómo su corazón quería salir de la cárcel impuesta por su propio cuerpo para correr a abrazarlo, para internarse dentro de Hugo y que de ese modo no los pudieran volver a separar.

Se levantó despacio, deleitándose con aquellas piernas fuertes y firmes cubiertas con unos vaqueros, y le pareció que iba a perder el equilibrio al llegar a su torso, con un jersey negro que se le ceñía, marcando sus pectorales, y sobre todo al vislumbrar su rostro.

Hugo esbozó una sonrisa nerviosa, mirándola con aquellos ojos color caramelo en los que le encantaba verse reflejada y con el pelo alborotado.

—Espero no llegar tarde —fue su enigmático saludo.

—¿Tarde? —repitió ella, conteniendo la respiración, sin poder creer que fuera cierto, Hugo había regresado.

No sabía para cuánto tiempo ni cuál era el motivo, pero eso le daba igual. Estaba allí y era más de lo que había soñado. Las heridas de su ausencia, que desconocía que llevase tan profundas en sus entrañas, comenzaron a sanar. Se había acostumbrado a vivir con el dolor permanente de su ausencia y la dicha del reencuentro era tan grande que embriagaba todo su ser.

—Sí, tengo el firme propósito de sujetar tu mano, mientras se coloca la primera piedra de la Clínica de Desintoxicación Valeria. —Se acercó hasta que la punta de sus narices se rozaron—. Espero no haberme perdido ese momento, como otros muchos que no he podido pasar a tu lado. Pero no te preocupes, te compensaré. Prometo estar junto a ti el resto de tu vida, colocando los cimientos de una relación que nada ni nadie, ni el huracán más salvaje, pueda tirar abajo.

—Te imaginaba a miles de kilómetros, con un océano entre tú y yo. —Apoyó la frente en la suya y cerró los ojos para disfrutar con los cinco sentidos del contacto.

—¿Cómo podría ser eso verdad si es el mismísimo océano el que nos une?

Le retiró la capucha, sujetándole la cara con las manos. La miró fijamente y habló despacio, tranquilo, con un tono lleno de amor, que pretendía que calase en lo más profundo de Adriana.

—Recuerda que hay una leyenda que dice que los mejores besos tienen el sabor del Atlántico y que, una vez que los pruebas en unos labios, no desearás tener otros en tu vida. Me embrujaste desde el día en que acepté este mito. Este segundo océano más extenso y joven de la Tierra me atraía directamente a ti. Era difícil oponerse al poder de unas aguas con más de doscientos millones de años y, finalmente, he cedido y he regresado a tu lado, arrastrado por su llamada.

A Adriana la piel se le erizó.

—Deberías haberme olvidado... —murmuró.

No sabía si una vida sería suficiente para agradecerle todo lo que había hecho por ella, para demostrarle lo mucho que lo amaba. Era tal la responsabilidad, que la abrumaba.

—Eso es como pedirme que estornude con los ojos abiertos, un imposible.

—¿Y tu trabajo? —Ésa era su mayor preocupación, que lo hubiese dejado todo por ella y no saber cómo devolvérselo.

—Las hermanas Sierra y su poder de seducción y para enloquecer a los hombres. Rubén ha pedido el traslado a Vilagarcía y me ha reclamado como parte de su equipo.

—Aquí no podrás cumplir tus metas, tus expectativas de salvar al mundo, de hacer algo que cambie la vida de cientos de personas...

Deseaba con toda su alma que se quedase, pero se sentía egoísta. Sólo quería lo mejor para él, por encima de sus propias necesidades.

—Todavía no te has dado cuenta. —Hugo sonrió y lo iluminó todo con su sonrisa—. Adri, mi cabezota gallega, yo sólo quiero ser tu héroe.

Ella no soportó más la distancia que los separaba y lo besó, entregándose a él en cuerpo, alma y corazón. Hugo la envolvió entre sus brazos.

—Después de esto creo que no volveré a pedir nada más a la vida, no sería justo, contigo me lo ha dado todo —susurró Adriana, sin dejar de besarlo—. Hugo Molina, la Tierra, con sus millones de años, envidiará nuestra corta existencia, porque a tu lado un segundo se transforma en algo eterno, imborrable, mágico, y esos besos que prometimos que siempre serían nuestro momento favorito del día, se convertirán, a partir de este instante, en nuestro propio infinito de felicidad. Te lo prometo.

.

Agradecimientos

¿Cómo dar las gracias a todas las personas que han conseguido que este sueño, que me parecía imposible, se haga realidad? Lo intentaré, pero no existen palabras suficientes para expresarlo.

En primer lugar gracias a Planeta, concretamente a Esencia, por confiar en mí y, sobre todo, a Esther Escoriza, mi editora. Lo habrás escuchado millones de veces pero el día que me llamaste cambiaste mi vida a mejor. Tus consejos, las horas al teléfono, tu entusiasmo, tu apoyo, la dedicación y el cuidado que has puesto en cada detalle de este libro han conseguido que esté experimentando lo que es cumplir un sueño con la mejor de las profesionales, gracias.

También quiero dedicarles unas palabras a todos esos blogs, foros y autores que he conocido gracias a internet, muchos de ellos por mis anteriores novelas, y, sin conocerme más que de una pantalla de ordenador, me han animado y apoyado. Sus palabras son las que hacen que siempre teclee con entusiasmo, por ellos. En especial quería agradecer a Noelia Martín Toribio y Tiaré Pearl su ayuda incondicional en este mundo que me era desconocido, con sus aportaciones para la portada, sus consejos y esos montajes de Hugo y Adriana que son mi fondo de escritorio.

Gracias a mis padres, Javier y Elena, mis abuelos, Fidel, Juliana, Berta, Emiliano y Antonia, mis tíos, Miguel Ángel, Jorge y Amparo, y mis primos, Rubén y Nuria. Mi familia incondicional que vive mis logros como propios y me obligan a seguir escribiendo, por ellos.

A Pablo, y esa segunda familia que con tanto cariño me ha acogido, Pepe, Carmen, Lola, Sara y Joel.

A toda la gente de mis dos pueblos, Villar del Maestre y Villora, que me acompañan constantemente en mi camino literario.

A todos mis amigos, esos que sintieron mi sueño como propio y siempre han permanecido a mi lado: Alba, Tamara, Paloma, Alejandro, Clara, Jesús, Alberto, Miguel, Carolina, Mónica, Toni, Antonio, Samuel, Sergio de la Llana, Víctor, Carmen, Tamara, Rubén, Nuria, Lara, Vanesa, José, Nico, Paula, Mario, Diego, Rodrigo, Blanca, David, Jasmine, Dario, Andrea, Carlos, Irene, Alicia, Nerea, Noah, Laura, Guillermo, Raúl, Ana, Alberto, Rosa, Sergio, Belén, Nagore, Berta, Natalia, Cristina, Andrea, María, Daniela, Bea, Silvia, Raúl, Alberto, Carlos, Pilar, Marien, Alejandro, Cristian, Ana, Paula, Sara, Mado, Ángela, Roberto, Laura, Jana, Violeta, Mónica, Jaime, Leire, Rubén, Hugo, Aitor, Susi, Verónica... La lista es larga, ¿no? Pues me dejo alguno seguro y es que tengo la suerte de tener a mi lado a mucha gente que hace que la vida sea mucho más fácil.

Por último, quería agradeceréte a ti. Sí, lees bien, a ti, lector, que has dado una oportunidad a Hugo y Adriana para que te cuenten su historia. Lo más bonito de escribir es que alguien te lea, que los personajes vuelvan a cobrar vida, que sus hazañas se compartan, saber que esa historia que durante tantos meses ha sido tuya ahora la puedes compartir con otros. Gracias, de corazón, espero que te haya gustado y nos encontremos en una nueva novela. Por mi parte, ya estoy manos a la obra inventando historias, creando personajes y reflejando sentimientos con la ilusión de que tú los quieras vivir en tu propia piel.



Alexandra Roma (Madrid, 1987) es licenciada en Periodismo, con un máster en guion de ficción y dirección cinematográfica. Escritora de novelas románticas, periodista de cultura y emprendedora, hace un par de años fundó una agencia de comunicación y dos periódicos con tres amigas periodistas. Además, ha participado en el departamento de dirección de algunas series televisivas españolas.

Utiliza el seudónimo Alexandra Roma para sus novelas románticas adultas y su verdadero nombre, Alexandra Manzanares Pérez, para las juveniles y los dramas. En este sentido, *Sangre y corazón: juicio de genes* y *Latidos de una bala* fueron sus primeras obras en el mercado.

La gran pasión de su vida es escribir, ya sea novelas o noticias. Le encanta pasar tiempo con la familia, con su pareja y con sus amigos, y tener animales, hasta que deba cobrar entrada por entrar a su casa porque ésta parezca un zoológico.

Al publicar la novela que tienes entre las manos ha cumplido el sueño de su vida y por eso estará eternamente agradecida.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

<www.facebook.com/alexandra.manzanaresperez>,
<www.facebook.com/AutoraAlexandraManzanares>
y en Twitter [@AlexandraManza](https://twitter.com/AlexandraManza)

Notas

* *La frase tonta de la semana*, EMI MUSICAL SA DE CV y EMI SONGS ESPAÑA SRL, interpretada por La Quinta Estación. (N. de la E.)

* *Siete vidas*, UNIVERSAL MGB LOCAL, interpretada por Antonio Flores. (N. de la E.)

* *I Don't Want to Be*, Primary Artist, interpretada por Gavin DeGraw. (N. de la E.)

** *Always Love*, SFORZANDO EDITIONS MUSICAL y SFORZANDO ESPAÑA EDITIONS MUSICALES, interpretada por Nada Surf. (*N. de la E.*)

Un océano entre tú y yo
Alexandra Roma

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, © Oleksandr Kotenko - DarkOne, Shutterstock

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Alexandra Roma, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2015

ISBN: 978-84-08-13976-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com